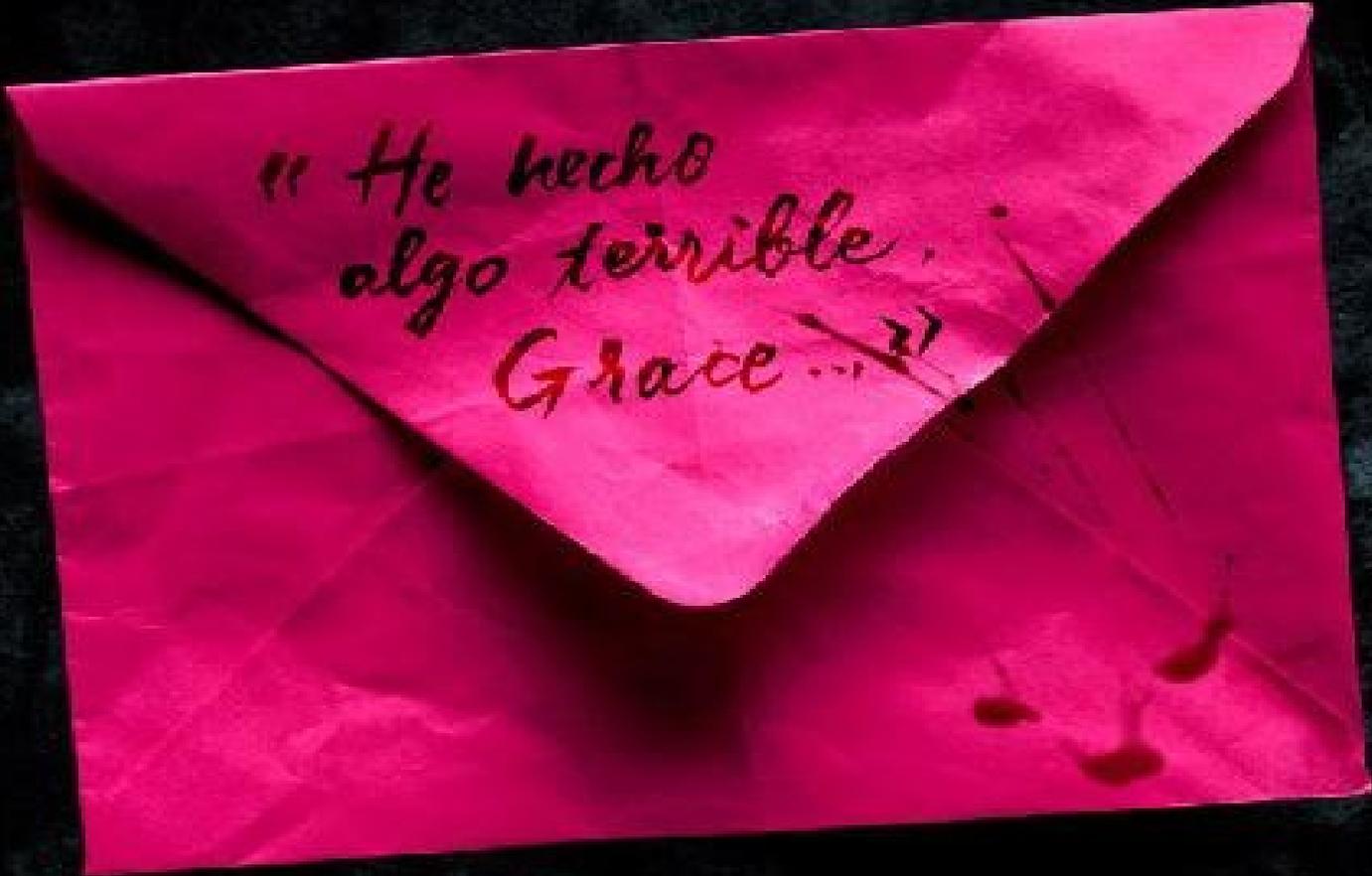


La hermana



« He hecho
algo terrible.
Grace... »

UN THRILLER IRRESISTIBLE
CON UN GIRO QUE NO VERÁS VENIR

LOUISE JENSEN



Louise Jensen

La hermana

Traducción de
Ana Momplet



SÍGUENOS EN
megustaleer

 [@megustaleerebooks](https://www.facebook.com/megustaleerebooks)

 [@megustaleer](https://twitter.com/megustaleer)

 [@megustaleer](https://www.instagram.com/megustaleer)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Ian Hawley.
Muy querido. Profundamente añorado*

AHORA

Bajo del coche con las piernas cargadas de pena, me cierro la cremallera de la chaqueta y me enfundo unos guantes de cuero antes de coger la pala y la bolsa del maletero: ha llegado la hora. Mis botas de agua resbalan por el fango hasta el hoyo que hay en el seto. Lleva ahí desde siempre. Tiemblo al entrar en el bosque: está más oscuro de lo que creía, y respiro hondo aspirando el aire impregnado de olor a pino para serenarme. Intento hacer frente al deseo de marcharme a casa y volver por la mañana recordándome a mí misma por qué estoy aquí, y me obligo a seguir adelante.

Mi *smartphone* ilumina el camino buscando madrigueras de conejo en las que podría tropezar. Con pasos de gigante esquivo ramas caídas que antes habría saltado como en una carrera de vallas. Tengo veinticinco años, no soy demasiado mayor para correr, pero la carga que llevo es pesada; además, no tengo ninguna prisa por llegar, se suponía que no iba a hacer esto sola.

Me detengo y me apoyo la pala sobre la cadera, estiro los dedos para aliviar el hormigueo. Hay un ruido entre los arbustos y me da la sensación de que me observan. Mi corazón palpita al ver salir a dos conejos que desaparecen dando saltos asustados por la luz de mi linterna. «Estoy bien», me digo, pero mi voz suena aguda y llena de eco, recordándome lo sola que estoy.

La mochila me aprieta los hombros y vuelvo a ajustarla antes de seguir adelante, haciendo crujir ramitas bajo mis pies. Cuando empiezo a pensar que me he equivocado en la bifurcación, llego al claro con el árbol que golpeó el relámpago. No estaba segura de que siguiera allí, pero al mirar a mi alrededor parece que nada hubiera cambiado. Y, sin embargo, todo es distinto. Los recuerdos de la última vez que vine me sacuden con tal fuerza que me dejan sin aliento. Caigo al suelo. La humedad de las hojas y la tierra cala mis pantalones,

como el pasado cala mi presente.

—Date prisa, cumpleañera, que a este ritmo te van a caer los dieciséis. Me muero de frío —gritó Charlie. Estaba apoyada sobre la vieja cancela en el extremo del maizal, con bolsas de plástico a sus pies, y su pelo rubio brillando bajo la tenue luz coral del sol. Tan impaciente como siempre, Charlie se golpeó los talones mientras avanzaba lentamente hacia ella, llevando la caja con nuestros sueños e ilusiones.

—Venga, Grace. —Se bajó de un salto, cogió sus cosas y salió corriendo hacia los árboles. Me puse la caja bajo el brazo y traté de seguirle el ritmo, fijándome en los destellos de su abrigo morado y las ráfagas de olor del espray corporal Impulse que siempre robaba del dormitorio de su madre.

Ramas y zarzas trataban de agarrarse a nuestros vaqueros y engancharnos del pelo, pero seguimos corriendo hasta llegar al claro.

—Tu cara toda roja hace juego con tu pelo —dijo Charlie riendo, mientras yo soltaba la caja y me agachaba apoyando las manos sobre las rodillas para recobrar el aliento.

A pesar del fresco de la tarde, tenía las sienes cubiertas de gotas de sudor. Charlie volcó las bolsas: aperitivos, bebidas, cerillas, una pala de jardinería y un pequeño regalo, envuelto en papel brillante morado con una pegatina que decía: «Felices quince», desperdigados sobre la tierra suelta. Sonriendo, me dio el regalo. Me senté con las piernas cruzadas, abrí cuidadosamente los extremos sin romper el papel, y saqué la caja. En su interior había una cadena con un colgante dorado en forma de medio corazón con las iniciales «MAPS», Mejores Amigas Para Siempre. La miré con los ojos escocidos por las lágrimas. Se bajó el cuello del forro polar y me enseñó la otra mitad del corazón. Me puse la cadena alrededor del cuello mientras Charlie empezaba a cavar el hoyo y yo, como buena *girl scout*, encendí un pequeño fuego. Cuando se fuera el sol haría más frío todavía; las tardes eran cada vez más cortas. Cuando el hoyo fue lo suficientemente grande, Charlie estaba sin aliento y tenía las uñas manchadas de tierra.

Acerqué la caja de recuerdos al hoyo y la dejé en el suelo. Nos habíamos pasado el domingo entero eligiendo su contenido y decorando el exterior de la caja de plástico, pegando fotos de revistas de *top models* y estrellas del pop a quienes queríamos emular.

—Nunca se es demasiado delgada o demasiado rica —dijo Charlie. Arrastró la tierra con un brazo y empezó a cubrirla.

—¡Espera! —exclamé—. Quiero meter esto —añadí ondeando el papel de

regalo.

—Ahora ya no puedes; está sellada.

—Lo haré con cuidado. —Lentamente, quité la cinta adhesiva y destapé la caja. Para mi sorpresa, encima del montón de fotografías había un sobre rosa que, sin duda, no estaba allí cuando habíamos llenado la caja. Miré a Charlie, que tenía un aspecto misterioso.

—¿Qué es eso, Charlie? —Fui a coger el sobre.

Charlie me agarró el brazo.

—No lo hagas.

Me zafé de su mano, frotándome la muñeca.

—¿Qué es?

Charlie no me miraba a los ojos.

—Es para que lo leamos cuando volvamos a por la caja.

—¿Qué dice?

Charlie me quitó el papel de regalo de entre los dedos, lo metió arrugado dentro de la caja y volvió a cerrar la tapa encima con un golpe. Cuando no le apetecía hablar de algo, tampoco tenía sentido insistir. Decidí dejarlo pasar; no dejaría que su silencio me fastidiara el cumpleaños.

—¿Bebemos algo? —Cogí una lata de sidra, le quité la anilla y empezó a salir espuma con un ruido sibilante. Me limpié la mano en los vaqueros y le di un sorbo; me calentó el estómago, llevándose el malestar.

Charlie llenó el hoyo de tierra, dio unos golpes con la pala en la superficie hasta dejarla plana, y vino a sentarse a mi lado.

El fuego crepitaba mientras tostábamos nubes rosas de azúcar ensartadas en palos, con la espalda apoyada sobre el tronco de un árbol caído, y no me di cuenta de lo tarde que era hasta que se apagaron las brasas.

—Deberíamos irnos. Tengo que estar en casa a las diez.

—Vale. ¿Juramento de que volveremos y la abriremos juntas? —Charlie extendió su dedo, lo abracé con el mío y chocamos las latas para brindar por una promesa que no sabíamos que iba a ser imposible de cumplir.

Ahora solo quedo yo. «Charlie», susurro. «Ojalá estuvieras aquí». El medio corazón de Charlie, colgado para siempre de una cadena alrededor de mi cuello, gira al inclinarme hacia delante, como si buscara su otra mitad, desesperado por volver a estar entero. Dejo suavemente la corona funeraria en el suelo. El pánico abrumador que me ha invadido desde que Charlie murió hace cuatro meses empieza a salir burbujeando, y tengo que aflojarme la bufanda de la garganta para poder respirar. *¿De veras soy yo la culpable? ¿Soy siempre la culpable?*

Tengo calor a pesar del frío de enero, y al quitarme los guantes creo oír las últimas palabras de Charlie resonando entre los árboles: «He hecho algo terrible, Grace. Espero que puedas perdonarme».

¿Qué hizo? No puede ser peor que lo que hice yo, pero estoy decidida a averiguar qué fue. Sé que hasta que no lo haga no seré capaz de pasar página. No sabía por dónde empezar hasta esta mañana, cuando recibí un sobre rosa con el correo, y despertó el recuerdo de la carta que Charlie no quería que leyera, escondida en nuestra caja de recuerdos. ¿Es posible que la carta contenga alguna pista? En cualquier caso, será un comienzo. Preguntar a la gente que la conocía no me ha llevado a ninguna parte; además, yo soy quien la conocía mejor, ¿no? Era su mejor amiga.

Pero ¿se puede conocer del todo a una persona? ¿Conocerla de verdad?

Me siento sobre los talones, y me quedo quieta durante una eternidad mientras el aire se enfría a mi alrededor. Las ramas se mecen y silban como si los árboles me susurraran sus secretos, animándome a desenterrar el de Charlie.

Sacudo la cabeza, desperdigando mis pensamientos, y me estiro la manga por encima de la mano para enjugarme las mejillas húmedas. Con los brazos demasiado pesados para ser míos, cojo la pala asiendo el mango con tanta fuerza que siento punzadas de dolor en las muñecas. Respiro hondo y empiezo a cavar.

AHORA

Mittens? —digo, llamando a nuestra gata—. Ya estoy en casa. —Sosteniendo la caja en alto, paso cuidadosamente por el pasillo hasta el salón, logrando no tirar ninguno de los grabados marinos de las paredes amarillas—. Aquí estás. —Una bola de pelusa gris está hecha un ovillo sobre la banqueta del piano que papá me enseñó a tocar, colocándome sobre el asiento de cuero prácticamente en cuanto fui capaz de sentarme sin ayuda. Nos poníamos uno al lado del otro, él y yo, y navegaba por los acordes con una agilidad sorprendente para sus enormes dedos de morcilla, mientras yo escogía una melodía. Nunca volveré a tocar. Aún me resulta demasiado doloroso recordar el tiempo en que tenía una vida normal. Una familia normal.

El salón está oscuro a pesar de la luz que entra por las puertas francesas. Afuera, nubes furiosas se desplazan rápidamente por el cielo oscurecido. Enciendo la luz. Este año el invierno ha sido duro y apenas recuerdo las tardes de verano y girasoles en las que me sentaba afuera con un vaso grande de Pimms, cubitos de hielo tintineando, hasta que la luz del sol se volvía dorada y los murciélagos batían sus alas a través del cielo añil.

La bandeja de Alfred Meakin que guardo para las ocasiones especiales está sobre un montón de revistas masculinas *FHM*, con manchas de yema de huevo reseca y ketchup ocultando sus diseños florales. Un salero yace volcado en el suelo, y montoncitos de granos blancos se esparcen sobre la alfombra. Dan ya ha cenado.

Paso por encima de una toalla de baño hecha una bola para alcanzar la mesita baja y aparto la copia desgastada de *Mujercitas* que estoy leyendo a mi vecina la señora Jones, que a pesar de las lentes de culo de vaso ya no puede leer la letra pequeña. Casi he llegado a la parte en la que muere Beth y, por muchas veces

que lo haya leído, sé que me hará llorar. Al dejar la caja de recuerdos en la mesa caen trozos de barro seco sobre la superficie de color crema y los echo al suelo. El exterior de la caja está cubierto de fotos envejecidas de estrellas musicales efímeras y *top models* que en su día pegamos a conciencia pero ahora cuelgan penosamente; apenas me acuerdo de la mitad de ellos. Con la uña rasco el borde de la cinta que sella la tapa; ha perdido todo el adhesivo y se levanta con facilidad. La quito y vuelvo a ponerla alisando la superficie, presionando con fuerza con ambos pulgares. No me parece bien abrir la caja sin Charlie, aunque no tengo elección si quiero averiguar lo que hay dentro del sobre rosa, así que lo hago. Pero me siento incómoda, como si estuviera invadiendo su intimidad.

La casa está demasiado silenciosa. Pongo un disco. Nina Simone canta *Feeling Good*^[1]. Me alegro de que una de las dos se sienta así. Dan se descarga toda su música pero a mí me reconfortan las cosas antiguas con las que crecí, a pesar de que hasta el abuelo sea más moderno que yo, con sus altavoces Bose y su reproductor Blu-ray. Me dejo caer en el sofá de cuero marrón y me hundo en la blandura de mis cojines dispares. El vinilo gira y gira, crujiendo y silbando, pidiendo mi atención, igual que mis recuerdos.

No parece que haga siete años desde que nos mudamos a esta casa. Por aquel entonces no tenía ninguna otra preocupación: mi vida iba por fin tal y como se suponía que debía ir, y me obsesioné un poco con la decoración textil. Dan ponía los ojos en blanco cada vez que me veía llegar con un cojín nuevo. «“Baila como si nadie te viera”, otro cachito de sabiduría relleno de espuma». Me lo quitó de las manos y empezó a moverse por el salón, sosteniéndolo a un brazo de distancia.

«Nadie quiere verte bailar *a ti*», le dije en ese momento. Me hizo cosquillas hasta que nos caímos al suelo quitándonos la ropa el uno al otro; se puso encima de mí, luego dentro de mí, e hizo que mi espalda quedase abrasada del roce con la alfombra de espirales roja que acabamos sustituyendo por una gruesa color chocolate. Más tarde, nos cubrimos con las colchas multicolores que adornaban el respaldo del sofá y comimos pizza hawaiana. Yo le había dicho que la pidiera de pepperoni; nunca ha entendido lo de la fruta en la comida salada pero sabía que me encantaba la combinación con el dulce.

Ahora parece que hubiera pasado mucho tiempo desde que nos reíamos así. El dolor nos ha apartado como imanes que se repelen: por mucho que intentemos llegar al otro, entre nosotros hay un abismo que simplemente no podemos salvar.

Mittens se sienta y arquea la espalda, con las patas tiesas, recordándome que me he saltado otra clase de yoga. No hay nada tan corrosivo como la culpa; te reconcome desde dentro. Ya debería saberlo: el remordimiento es mi segundo nombre; tendría que haber nacido católica. Mittens se baja de un salto de la

banqueta, con una elegancia de la que solo los gatos son capaces, y, con un maullido que dice dame-de-comer-ya, me da cabezazos contra los gemelos.

La sigo hasta la cocina. El aire está impregnado de hedor a aceite rancio, y el fregadero, que estaba limpio y reluciente cuando me fui, está medio lleno de agua estancada. El mango de una sartén sobresale como una señal: lávame. Voy a la ventana de guillotina y la abro bruscamente. Un aire helado entra desde el jardín trasero; han previsto nieve para mañana. Enciendo el hervidor, recojo dos cáscaras de huevo que dejan un rastro de baba sobre el suelo de madera, y las suelto en el cubo de pedal que está a rebosar. Tendré que vaciarlo más tarde. Friego el suelo manchado y enjuago una taza, deseando una vez más que Dan no cogiera una limpia cada vez que se prepara algo de beber. No tenemos lavaplatos, eso sí no me cuentas a mí, algo que estoy segura que él hace. Nuestra cocina es diminuta, o «compacta pero funcional», como diría Dan si fuera una de las casas que vende. Apenas tenemos espacio para armarios, pero me encanta la despensa, porque en ella cabe todo lo que necesitamos.

Meto la mano en la lata de té y toco el frío metal del fondo. Abro la puerta de la nevera y la luz ilumina estantes prácticamente vacíos. ¿Qué puedo hacer con media tarrina de queso de cabra y un pimiento rojo encogido? Dan volverá después del fútbol esperando que la cena esté preparada. Bueno, eso tampoco es justo: nunca me pide que cocine. Simplemente se da por sentado que lo haré. Siempre lo hago. Intento no pensar en la época de la que ya no hablamos. La época en la que apenas recordaba mi propio nombre, por no hablar de cómo utilizar un horno. Ahora me las voy arreglando como puedo. De verdad que sí.

Garabateo «Bolsas de té» en la lista interminable de la compra que hay pegada sobre la puerta de la nevera junto al imán de «Stop», el que tiene una imagen de un cerdo. Dan me lo compró el año pasado —para darme ánimos, dijo—, cuando dejé un nuevo régimen. Las revistas elegantes que devoraba no ayudaban. En una página me decían que tenía la talla media de una mujer británica, que lucir una cuarenta y dos no significa estar gorda, y en la siguiente ponían fotos de modelos raquílicas, con la clavícula protuberante y los pómulos hundidos. Conservo el imán como un recordatorio constante de que debería perder cinco kilos. Nunca lo hago.

Mittens serpentea entre mis tobillos, urgiéndome a que coja su cuenco vacío. Queda un sobre de comida para gatos en el armario. Lo apuro sobre su plato y mido las galletitas mientras ella maúlla impaciente.

Veo a Mittens comer despreocupada, como lo hacen los animales. Ha sido un consuelo inmenso desde que murió Charlie. Su silencio me reconforta más que las torpes palabras de Dan. No me había propuesto tener una mascota, pero hace tres años la gata de la vecina de la abuela tuvo una camada de seis y fui a

hacerles unas fotos para enseñarlas en la guardería donde trabajo. Los gatitos eran adorables, y cuando la más pequeña se subió a mi regazo y se quedó dormida, no costó convencerme de que me la trajera a casa. La llevé a mi Ford Fiesta de segunda mano. Se sentó en el asiento del copiloto dentro de una caja de patatas fritas Walkers envuelta en una manta rosa deslavada, entornando los ojos bajo la luz del sol que veía por primera vez. Conduje más despacio de lo habitual, aparqué en una callejuela llena de baches a la entrada de mi casa y tuve que sacudir las manos porque estaban agarrotadas. Me había hecho a mí misma marcas con las uñas en la palma de las manos, y recuerdo que no podía creer cómo me sentía. Teniendo en cuenta que cuidaba cada día a treinta y seis niños de cuatro años, hacerme cargo de una gatita debería ser coser y cantar.

Una vez en casa, me quedé mirándola mientras deambulaba sin miedo por su nuevo hogar. ¿Cómo podía llamarla? De pequeña me fascinaba Beatrix Potter. Papá me leía un cuento cada noche antes de irme a la cama, y ponía un acento distinto para cada animal. Me encantaban las historias de Tom Kitten y sus hermanas Moppet y Mittens. Las garras de mi gatita eran más claras que el resto de su cuerpo, así que Mittens^[2] me pareció el nombre perfecto; era una conexión con papá.

La primera vez que la dejamos salir casi la atropella el camión de la basura. Se quedó tan aterrada que no quiso volver allá fuera. Intentábamos animarla a que saliera al jardín, pero cada vez que lo hacíamos se alteraba tanto que el veterinario nos aconsejó que la dejáramos, que ya lo haría cuando estuviera preparada. Pero nunca lo estuvo.

No puedo imaginar cómo sería esta casa sin ella. La observo mientras termina su cena y lame el agua con su lengua rosa y rápida, antes de volver a escabullirse de la cocina.

El hervidor empieza a espurrear y echar vapor, se apaga, y sigo a Mittens hasta el salón. Nos sentamos una al lado de la otra en el sofá, contemplando la caja. Me pregunto si recuerda que ella llegó a esta casa dentro de una.

—No te preocupes, no hay nada vivo ahí dentro —digo para tranquilizarla. Pero es mentira. Mis recuerdos están vivos y son más difíciles de contener que una gatita retorciéndose.

Me muerdo la uña del pulgar, como si esperara que Charlie saliese de repente diciendo: «¡Sorpresa! ¿No creerías que iba a dejarte?». La soledad me engulle. Estoy casi siempre al borde de las lágrimas y no me siento lo bastante fuerte como para afrontar los recuerdos que he enterrado. Temo que si empiezo a recordar no seré capaz de parar, y hay cosas en las que prefiero no pensar. Ahora no. Ni ahora ni nunca.

La casa está hecha un desastre; en vez de abrir la caja, me pongo a limpiar.

Siempre he encontrado una especie de terapia en la limpieza, y a menudo agradezco la oportunidad de volcarme en algo que no sean mis pensamientos. Abandono la caja y empiezo en la cocina, me remango, echo un chorro de lavavajillas en el fregadero y abro el grifo del agua caliente. Mientras el nivel del agua sube y va haciendo espuma quito la grasa del hornillo. Una vez lleno el fregadero, hundo las manos en él, las saco de golpe y abro el grifo de agua fría para calmarme la piel que quema.

El bote de crema de manos sobre el alféizar está vacío. Estoy segura de que Dan utiliza mis productos de tocador, aunque siempre lo niega. Voy al piso de arriba y me dirijo al dormitorio de invitados donde guardo lociones de repuesto. Cuando vimos esta casa sabíamos que le diríamos a Charlie que viniera a vivir con nosotros, y aunque nunca llegó a verla, todavía la considero su habitación.

Encuentro la crema de manos y la froto sobre mi piel irritada. El olor a lavanda me calma, me recuerda a las bolsitas que hacía la abuela cuando yo era pequeña, y me acechaban pesadillas en cuanto cerraba los ojos. Solía ponerme bolsas de lavanda en el cajón de los pijamas y bajo la almohada; el olor me acompañaba suavemente hasta el sueño y me protegía toda la noche. Hace mucho que los dedos artríticos de la abuela no le dejan coser, pero para mí el consuelo sigue oliendo a lavanda.

El teléfono móvil me vibra en el bolsillo. Lo cojo con los dedos resbaladizos, lo coloco entre mi hombro y mi oreja, y me limpio las manos con el delantal.

—Hola, Dan. ¿Habéis ganado?

—Sí, tres a dos. Marqué en el último minuto.

—Estarás contento. Hacía siglos que no marcabas.

—Gracias por recordármelo.

—No quería decir... —Hago una pausa. Hago como si fuéramos una pareja normal y elijo mis palabras con cuidado—. Qué buena noticia. Voy a comprar bistecs y vino para celebrarlo.

—Ya estamos celebrándolo en el bar. Vente.

—No puedo.

—En algún momento tendrás que empezar a vivir otra vez. ¿Por qué no esta noche? Están todos aquí.

Todos no. Pienso en la caja sobre la mesa; es parte de Charlie. ¿Cómo puedo irme dejándola aquí?

—Tengo cosas que hacer.

—Vale. —Casi puedo oír el rechazo en su voz, y por una milésima de segundo desearía estar en el bar con él, bebiendo sidra calentita y riéndome con chistes demasiado soeces para repetirlos—. No me esperes despierta.

Cuelga antes de que pueda contestarle que no le esperaré despierta. Nunca lo

hago.

La noche se extiende ante mí, larga y silenciosa, y, aunque todavía no he cenado, tampoco tengo hambre. En la cocina abro una botella de vino. Me justifico diciendo que lo hago porque no me puedo tomar una taza de té. Siempre me siento rara bebiendo sola.

El salón está oscuro así que enciendo las lámparas de mesa y atenúo un poco la del techo. El brillo de color albaricoque es cálido; me siento en el sofá con las piernas cruzadas y apoyo la mano sobre la figura dormida de Mittens.

—Esta noche estamos tú y yo solas —le digo. Miro la caja, y sé que no es verdad. Charlie está en todas partes.

No tardo en acabarme la primera copa de chardonnay, y el líquido helado se instala entre las mariposas que revolotean por mi estómago. Cuando estoy a medias del segundo vaso consigo abrir la caja con los dedos temblorosos. La hoja de papel de regalo color morado brillante sigue encima de todo; recuerdo que la carta está justo debajo. Me llevo el sobre rosa a la nariz y respiro hondo, con la esperanza de oler a Charlie. Huele a humedad y a tierra. El nudo que estoy tragando eternamente vuelve a subirme a la garganta. ¿A cuántas personas más voy a perder? A veces, cuando oigo la llave de Dan en la cerradura, se me tensa la mandíbula y me armo de valor para una nueva pelea, pero la idea de estar sola me aterra. Además, si lo ocurrido no nos ha matado, nos habrá hecho más fuertes, ¿no?

Mis dedos se doblan alrededor del móvil. Busco entre mis llamadas recientes. Dan está el sexto. Pulso el botón de llamar. Aparece nuestra foto, esa en la que estamos disfrazados de Superman y Wonder Woman en una de las fiestas de Lyn. Es más amiga que jefa, y la foto siempre me hace sonreír.

—Solo quería decirte que te quiero.

—Lo sé. —Su voz suena tensa.

—Por favor, ten cuidado esta noche, no conduzcas si bebes.

—¿Qué? No te oigo bien.

—Digo que por favor tengas...

—Grace, casi no hay cobertura; te oigo entrecortada. Espera, voy a...

La línea se corta. Pulso rellamada y una voz mecánica me invita a dejar un mensaje. Frustrada, lanzo el teléfono al sofá y me inclino hacia delante para sacar las cosas de la caja.

Miles de recuerdos revolotean por mi mente mientras hojeo el pequeño álbum de fotos. Ahí estamos, Charlie y yo posando en la playa, orgullosas de nuestros primeros bikinis, enseñando nuestros pechos planos como una tabla de planchar; en la discoteca del colegio, con los brazos cubiertos de purpurina plateada. Hay varias de Charlie, Dan y yo riendo en el jardín mientras nos regamos con la

manguera en un día abrasador de verano, y una en la que Charlie sonríe a la cámara mientras Dan la mira con adoración. Ahí estamos Charlie, Dan y yo el último día del trimestre, riéndonos y arrojando al aire las corbatas del uniforme que nunca volveríamos a llevar. Qué libres nos sentíamos. Otra foto, esta vez de grupo: Esmée, Charlie, Siobhan y yo. Nuestro pequeño cuarteto. Qué unidas estábamos. ¿Quién iba a decir que acabaríamos atacándonos de esa forma?

Saco la última foto de su forro de plástico. Es Charlie de pie en el jardín de mis abuelos, con su melenita rubia removida por el viento, una camiseta *tie-dye* naranja y pantalones vaqueros cortísimos y blancos. Se ganó una buena bronca por cogerle los pantalones del cajón a su madre y fastidiarle las tijeras de peluquería a la abuela cortando las perneras.

Cojo un marco de plata de encima del piano, con una foto de Dan y yo enseñando las llaves de la casa y una botella de champán, y en su lugar pongo la foto de Charlie.

Suena mi móvil. Me abalanzo sobre él, esperando que sea Dan, pero es un número desconocido. Mi mente se apresura a sacar conclusiones: Dan ha tenido un accidente y está en el hospital, y una película de sudor me recubre la piel. Contesto y escucho una respiración.

—¿Dígame? —Y otra vez, más alto—: ¿Dígame? ¿Dígame?

Nadie habla. Finalmente, el tono de llamada empieza a zumbar contra mi oído. Es la tercera vez que me pasa en el día, así que desconecto el teléfono.

Me inunda una ola de cansancio. El alcohol y la emoción ayudan, haciendo que mis ojos se cierren; me los froto, tratando de disipar el pasado. Cojo la foto y el sobre, me los llevo a la cama y los pongo junto a la lámpara de la mesilla. Las fotos han despertado tantas emociones que temo que si abro la carta de Charlie esta noche me volveré completamente loca. Saco una pastilla para dormir de su nidito de aluminio, la coloco sobre la lengua y la trago con agua tibia. Me deslizo en un duermevela enturbiado por sueños con Charlie y con mi padre.

—Es culpa tuya, Grace —dice mi padre en el sueño—. De no ser por ti, seguiría estando aquí.

—Abre el sobre, Grace —susurra Charlie a mi subconsciente—. No me decepciones.

Por la mañana, despierto con las sábanas revueltas y la almohada empapada. Dan no ha vuelto a casa.

ENTONCES

Poco a poco, el mundo dejó de dar vueltas y empecé a notar que el abuelo me frotaba la espalda en movimientos circulares con su mano cálida y firme.

—Respira despacio, Grace —me urgía, mientras yo soltaba nubes de vaho como un tren de vapor. Aspiré con fuerza y el viento helado me hizo toser. Con lágrimas cayéndome por las mejillas congeladas respiré hasta llegar a cinco, tal y como me habían enseñado, hasta que me sentí lo suficientemente tranquila como para enderezarme y soltar las barandillas de hierro. Me había agarrado a ellas con tal fuerza que tenía manchas de pintura verde incrustadas en los guantes. Di una palmada desperdigándolas sobre la acera, y contemplé la monstruosa estructura delante de mí.

—No me hagas entrar ahí.

—Sé que el traslado ha sido difícil para ti.

Decir eso era quedarse corto. No echaba de menos solo a la gente que había dejado atrás, mi dormitorio amarillo girasol, o el colegio. Eran los ruidos que componen un hogar. Caminar cada mañana con el rumor de las olas rompiendo; el crujido del tercer escalón cada vez que alguien lo pisaba; el canto de las gaviotas mientras iba al colegio; el crujir de las piedras bajo mis pies cuando corría por la playa de vuelta a casa, llenándome los pulmones de aire.

Siempre me había gustado ir a visitar a mis abuelos durante las vacaciones escolares. Ver cómo crecía año tras año aquel pintoresco pueblecito de Oxfordshire conforme construían casas de ladrillo rojo en las afueras. Abrieron otro pub, un café, un supermercado Co-op. «Todas las comodidades modernas», decía la abuela, pero, aun así, no me sentía en casa. No me sonaba a mi casa. Nunca me haría un ovillo bajo la colcha mientras el viento y la lluvia declaraban la guerra a los acantilados, y la luz del faro parpadeaba a través de mis cortinas.

—Pronto harás amigos —dijo el abuelo, siempre optimista.

—No si se enteran de lo que he hecho.

—Deja de culparte. Nadie lo sabrá si no se lo dices. —El abuelo me puso bien el sombrero—. Tienes que ir al colegio, Gracie. —Sonrió, pero sus ojos no se arrugaron en las esquinas como de costumbre, y yo asentí, avergonzada de haber armado aquel numerito. Había cumplido nueve años; tenía que portarme como tal. De haberme acompañado la abuela, habría entrado directamente.

—Venga. —Me ofreció una mano, cubierta de manchas de la edad y arrugas—. Vamos a entrar.

Doblé los dedos alrededor de su mano y avanzamos a través del patio desierto. Acababa de terminar de leer *Los viajes de Gulliver* y me sentí como una liliputiense al detenernos al pie de las escaleras de hormigón y contemplar el inmenso edificio rojo. Parecía un millón de veces más grande que mi antigua escuela de primaria.

Me dio la impresión de que el abuelo iba a decir algo, pero finalmente se limitó a asentir con la cabeza y tiró suavemente de mi mano hasta que mis pies reticentes le siguieron hacia la calidez selvática de mi nuevo colegio.

A la entrada, encontramos una recepcionista seria detrás del mostrador. En la pared sobre su cabeza decía: «¡La comunidad de aprendizaje de Greenfields os da la bienvenida!», en letras amarillo limón.

—Grace Matthews. —El abuelo me dio un golpecito en el hombro—. Es su primer día.

La recepcionista señaló hacia unas sillas de color salmón que en su día tal vez fueran rojas, y me hundí agradecida en su asiento mullido. Mis pies colgaban sobre el suelo. Con un golpe dejé mi nueva tartera de la comida sobre una mesa de madera donde habían escrito: «La señorita Markham está de campeonato».

—Supongo que la señorita Markham será la profesora de Educación Física —dijo el abuelo reflexivamente.

Miré a mi alrededor mientras tiraba de hilos sueltos que salían de mi asiento raído. Las paredes manchadas no estaban decoradas con dibujos ni manualidades. En la esquina, un triste árbol de Navidad, con las ramas prácticamente desnudas y una sarta demasiado corta de luces chillonas de colores retorcidas en el centro. Nunca más quería celebrar la Navidad. Unas semanas antes me sentía como cualquier otra niña de nueve años, pero ahora tenía mi propia terapeuta, Paula. Odiaba las sesiones semanales, hablar de mis sentimientos: como si eso fuera a cambiar algo. Sin embargo, en ese momento deseaba estar en la consulta de Paula, con sus paredes tan azules que me hacían sentir como si me estuviese ahogando. Deseaba estar en cualquier sitio que no fuera aquel.

El olor cítrico de los productos de limpieza era empalagoso y de pronto sentí una nostalgia sobrecogedora por mi antigua escuela que me revolvió el estómago: el olor a zapatillas de tenis y pintura al agua; mis antiguos amigos; rayuela y pilla pilla. Apoyé la cabeza contra el respaldo y cerré los ojos. El silencio era inquietante. Nos habían dicho que no viniéramos hasta después de pasar lista para que no me agobiara tanto, pero para mí aquello era peor. Tendría que entrar en una clase una vez empezada. Respiré hondo, tal y como me había enseñado Paula, e intenté transportarme a un lugar feliz. Me imaginé en mi habitación, la de verdad, la que probablemente ya nunca volvería a ver. Los puños se me relajaron poco a poco y debí de quedarme dormida, porque de repente desperté con el clic-clac de unos tacones. Por un instante, había creído que todo volvía a ser normal. Que estaba de vuelta en casa y mamá estaba preparando la cena para papá.

—Aquí está la señora Beeton —dijo el abuelo—. Con ella fue con quien hablé cuando te matriculé.

—Grace, encantada de conocerte. —La directora estaba delante de mí, bien preparada con su sonrisa de empatía. Últimamente había visto muchas de esas.

Me quedé mirándola en silencio, con los labios tensos y serios.

—¿Quiere acompañarme, señor Roberts? Tengo que hacer algún papeleo. Grace, no tardaremos.

Se inclinaron sobre el mostrador de recepción, juntando las cabezas, y empezaron a hablar en susurros, lanzándome de vez en cuando miradas preocupadas.

—Te veo luego, pequeña. —La voz del abuelo sonó ligeramente alta al despedirse unos instantes después, y su sonrisa fue demasiado ancha. Sus pasos resonaron con fuerza al son del latido de mi corazón viéndole salir por la puerta.

Fui trotando detrás de la señora Beeton a través de un laberinto de pasillos idénticos, ralentizando el paso cada vez que pasábamos delante de una ventana, ansiando ver al abuelo, con la cabeza agachada contra el viento y las manos sin guantes metidas en los bolsillos de sus pantalones de pana. Mis elegantes zapatos nuevos de Clarks chirriaban sobre el suelo de linóleo y ya empezaba a notar las ampollas en los talones.

—Ya hemos llegado. —La señora Beeton empujó la puerta del aula. Un mar de rostros se volvió hacia nosotras y nunca me había sentido tan pequeña como en aquel instante.

—Grace, esta es la señorita Stiles.

La señorita Stiles se bajó las gafas al puente de la nariz. Llevaba pantalones y era más joven que mi anterior maestra, que siempre iba con vestido. Rogué que no me pidiera que me presentara.

—Hay un asiento libre atrás, Grace.

Mareada por la sensación de alivio, me precipité hacia la silla vacía demasiado rápido para unos zapatos a los que aún no me había hecho. En cuanto noté que resbalaba estiré las manos para amortiguar la caída. La tartera golpeó contra el suelo y caí despatarrada al lado, queriéndome morir.

Sin mirar a nadie a los ojos me bajé la falda tratando de proteger la poca dignidad que me quedaba, y empecé a gatear a mi alrededor recogiendo mi comida. No encontraba la cuchara del yogur, pero me daba igual. La tapa de mi nueva tartera estaba torcida y una de las bisagras se había roto, pero metí todo dentro otra vez y me la apreté contra el pecho. Al levantarme noté un dolor en el tobillo y tuve que contener las lágrimas.

—Creo que esto es tuyo.

Un niño inclinó su silla hacia mí, extendiendo un papel.

Asentí. Avancé cojeando a cogerlo.

—«No olvides lo mucho que te queremos, Gracie».

Me quedé helada escuchando cómo leía con tono de burla aquellas palabras que solo podía haber escrito amorosamente mi abuelo.

Le quité el papel ante las risillas de la clase.

El niño me señaló con el dedo.

—¡Mirad, la pelirroja se ha puesto tan roja como su pelo!

—Ya basta, Daniel Gibson. —Agradecida por la intervención de la señorita Stiles, fui cojeando hasta mi sitio, con la mirada clavada en el suelo como si pudiera convertirse en el Sendero de baldosas amarillas y llevarme a ver al Mago. No hay ningún lugar como el hogar.

Había un pupitre para cada dos alumnos. Mi compañera deslizó el libro de texto hacia el centro para compartirlo conmigo, pero no hice ningún gesto de reconocimiento. Podía aguantar la hostilidad, pero la amabilidad me haría llorar. Y ya había llorado bastante últimamente.

Intenté tranquilizarme imaginando que estaba en la playa, pero eso me hizo pensar en casa, y me entraron ganas de apoyar la cabeza en el pupitre y sollozar por lo injusto que era todo. Me pareció que pasaron horas hasta que sonó la campana de la comida.

La clase se abalanzó hacia la puerta mientras la señorita Stiles se abría paso a empujones hacia la parte trasera del aula.

—Charlotte —dijo a la niña sentada a mi lado, que estaba metiendo sus cosas en una mochila rosa—. ¿Le puedes enseñar a Grace dónde comemos, por favor?

—Vale —contestó Charlotte—. ¿De dónde eres? —me preguntó, mientras íbamos serpenteando por el laberinto de pasillos. Era alta. Tenía que correr para seguir su paso. Notaba punzadas de dolor en el tobillo, pero no me quejé;

agradecía no estar sola—. ¿Cómo es que empiezas el cole tarde?

Esperaba aquella pregunta, pero las mentiras que había estado ensayando delante del espejo de mi habitación parecieron quedarse pegadas en mi garganta. Charlotte dejó de andar y tragué saliva, pensando que aguardaba mi respuesta; entonces me di cuenta de que habíamos llegado al comedor. El espacio se parecía a una escena en una cárcel que había visto en televisión: filas de mesas grises y sillas naranjas. La comida acababa de empezar, pero el suelo de parqué ya estaba cubierto de patatas y trozos de pan. Sentí un doloroso anhelo de estar en mi antigua escuela, donde comíamos el almuerzo en el aula, intercambiando barritas de chocolate Club por barritas Penguin, y yogures por tarta.

—Bueno, este es el comedor. Como diría mi madre: «No es que sea el *jodío* Ritz», pero bueno...

Asentí, aunque no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

Charlotte saludó a dos chicas que había sentadas en una esquina.

—Esas son Esmée y Siobhan; luego os presento. Normalmente me siento con ellas, pero hoy no. Vamos.

Fui detrás de Charlotte, inclinándome hacia delante para poder oírla.

—Si quieres, puedes venir a mi casa después del cole. Puedo peinarte y maquillarte. Mi madre es cantante y tiene muchas cosas chulas. Casi nunca está en casa así que no se enterará.

No podía. El abuelo iba a venir a buscarme; además, a la abuela le daría un ataque si me viera llegar a casa maquillada.

—Tal vez —dije, no queriendo parecer una cría.

—Sentémonos aquí. —Charlotte dejó sus cosas junto al niño que me había humillado en clase. Dudé un instante, pero me dije que era mejor que sentarme sola, aunque noté cómo se me encendían las mejillas—. Toma asiento. —Charlotte se quedó mirándome. Sus ojos verdes claro me recordaban a nuestra vieja gata, Bessie, y algo me dijo que podía confiar en ella.

Cada vez que me ponía nerviosa notaba que se me cerraba la garganta, pero me senté y saqué mi comida de todos modos. Si no hubiera perdido la cuchara habría podido tragar algo del yogur. Además, era de albaricoque: mi favorito. Lancé una mirada de odio al niño, Daniel, perforé mi brik de zumo de manzana con una pajita y empecé a beber a sorbitos. Charlotte agitó su botella de leche de plátano.

—¿Me puedes traer una pajita? —dijo Charlotte con una sonrisa deslumbrante a Daniel.

—Sí. —El chico se sonrojó, se echó el pelo para atrás y fue hasta el otro lado del comedor pavoneándose con aire engreído.

—Tú vigila. —Charlotte cogió el sándwich a medio comer de Daniel y le

quitó la rebanada superior de pan. Agarró la botella de ketchup del convoy, echó un chorro de salsa sobre la mermelada de fresa y volvió a cerrar el sándwich.

Me quedé rígida observando cómo Daniel volvía, cogía su comida y le daba un buen mordisco. Masticó una vez, luego otra, y lo escupió todo frotándose la boca con la manga.

—¡Mira! —exclamó Charlotte señalándole—. Tiene la cara tan roja como su sándwich.

—¿Quién ha sido? —Daniel se puso de pie, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo.

—He sido yo. Te lo mereces, por ser tan malo con Grace en su primer día.

—Eres una maldita puta, Charlotte Fisher. —Daniel metió bruscamente su comida en la mochila mirándome con odio, y me estremecí—. Me las pagarás. —Se fue hacia la salida como un huracán.

—¡Adiós, muy buenas! —gritó Charlotte.

—No puedo creer lo que has hecho, Charlotte —dije.

—Si vamos a ser amigas, llámame Charlie, no Charlotte —contestó ella—. ¿Quieres una?

Tenía la boca demasiado seca para comer, pero cogí una patata de queso con cebolla y me la puse sobre la lengua.

—¿Por qué te has mudado aquí, Grace?

Noté la patata pesada y sólida en la boca. Intenté tragar, pero se me había cerrado la garganta.

AHORA

Anoche tardé horas en dormirme. Ver el álbum de fotos despertó tantos recuerdos que mi estómago no dejaba de revolverse de pena, y mi mente tampoco quería parar. Las pastillas para dormir no son tan eficaces como antes. Decido ir al médico el lunes, para decirle que he perdido la última receta. Así podré conseguir un poco más y duplicar mi dosis.

La última vez que miré la hora, loca de preocupación porque Dan no había vuelto a casa, eran las dos de la mañana, y creí que no conseguiría dormir, pero, al comprobar mi reloj ahora, veo que son más de las seis, así que supongo que acabé cayendo. Salto de la cama tan rápido que me mareo, meto los pies bruscamente en las zapatillas y cojo la bata de su gancho detrás de la puerta. Es posible, me digo, que Dan haya entrado a hurtadillas y se haya tumbado en el sofá para no despertarme, pero, cuando irrumpo corriendo en el salón y enciendo la luz, solo veo a Mittens, parpadeando ante la inesperada luminosidad.

Abro las cortinas. Con la cabeza a punto de estallar, llamo al teléfono de Dan por enésima vez, mientras una secuencia de imágenes desesperadas atraviesa mi mente: Dan metido en una zanja, el coche volcado con las ruedas dando vueltas aún; Dan tirado en un callejón, medio muerto, después de haber sido atracado; Dan sangrando y destrozado en el arcén de una carretera.

No veo mucho más allá del jardín delantero. Todavía hay una oscuridad invernal y la niebla pende con mucho peso sobre el aire, arrojando dedos serpenteantes que avanzan hacia mí, haciendo imposible ver la calle. Hasta que nos instalamos no comprendí lo poderoso que es el clima en este lugar: ahora lo ves, ahora no. Tiemblo aunque no tengo frío, y me ciño un poco más la bata. Llevo un paquete de caramelos de menta en el bolsillo y me meto uno sobre la lengua. La medicación que estoy tomando me deja un sabor asqueroso en la boca

que dura todo el día, por mucho que me lave los dientes y por muchos caramelos de menta que coma.

Vuelvo a mirar mi reloj, como si de algún modo pudiera acelerarlo. Todavía no son las siete, es demasiado pronto para que cunda el pánico, y, sin embargo, eso no me impide imaginar lo peor: siempre lo hago. Paula solía decirme que se debe al miedo a la pérdida, Dan dice que es por ser tan nerviosa. Camino de un lado a otro delante de la ventana del salón, aplastando el pelo de la alfombra con mis zapatillas, como una tigresa en una jaula, de aquí para allá, erizada por la tensión.

¿Cuándo empezamos a resquebrajarnos Dan y yo? Mi vida parece dividida en dos: antes y después de la muerte de Charlie. Creo que antes éramos felices, pero me cuesta recordarlo. A veces me da la sensación de que le he alejado tanto que será imposible volver a acercarle a mí, pero, aunque estoy aterrada por perderle, no puedo detener la irritación prácticamente constante que siento. Me digo que no importa si deja las cosas hechas un desastre, si no hace lo que ha prometido, pero siempre acabo regañándole, provocándole casi, deseando a veces que me devuelva el mordisco.

Tiemblo al oír el viento aullando y haciendo repiquetear la verja. El cerrojo no engancha bien y se abre de par en par para después volver a cerrarse de golpe. Le he pedido a Dan que lo arregle muchas veces. Oigo un coche y entorno los ojos tratando de ver algo. Unos faros aparecen entre la niebla al final de la calle, como ojos de gato, y espero a que el coche se vea del todo. Tiene que ser Dan. Nuestra calle solo da a campos. Cuando compramos la casa, yo tenía una visión de ovejas pastando y caballos asomando sus cabezas por encima de la cerca de cinco tablas, pero las tierras son cultivables. Aquí siembran trigo, y cada vez que como cereales Weetabix me entra una extraña sensación de orgullo, como si lo hubiera cultivado yo.

El coche emerge de entre la niebla. Es demasiado pequeño para ser el de Dan, y apenas se mueve. Me pregunto si el conductor se habrá perdido. Solo hay dos casas por aquí. La nuestra y la de la señora Jones. Ella no tiene coche y solo recibe visitas en Navidad y por su cumpleaños; además, ¿quién vendría a verla a estas horas de la madrugada? Ni siquiera se ha hecho de día.

El coche se acerca muy lentamente hasta detenerse prácticamente delante de casa, pero hay demasiada niebla para ver su interior. El motor tamborilea y los faros iluminan nuestro manzano, pero nadie se baja. Los segundos siguen pasando, y me pregunto qué estarán haciendo. ¿A *quién observan*? Las palabras me atraviesan con un escalofrío. No es la primera vez que siento que me vigilan, y me digo que estoy siendo absurda. ¿Quién iba a vigilarme? Sin embargo, no puedo apartar los ojos. La última vez que pedí una receta renovada, mi médico

me preguntó si las pastillas me estaban causando algún efecto secundario. Le dije que no, pero una especie de ansiedad se ha ido metiendo dentro de mí; se me eriza la piel, mi mente empieza a flotar y me cuesta concentrarme. La verdad es que debería dejarlas. Estoy nerviosa, paranoica, y apenas me reconozco.

Solo es un coche.

De pronto surgen otros faros y aparece el viejo Land Rover de Dan. Corro hacia el sofá, me reclino en una postura relajada y cojo mi libro con una mano que sigue temblorosa. Voy a estar tranquila. Dan entra en el salón arrastrando los pies, deja su abrigo en el sofá cerca de mis pies y me mira con los ojos irritados. Tiene un aspecto terrible. La ira y la alegría pelean en mi interior: gana la ira.

—¿Dónde demonios has estado? ¿Quién está contigo?

—¿Conmigo? —Mira por encima de su hombro.

—El otro coche.

—¿Otro coche?

—¿Vas a repetir todo lo que digo? ¿Por qué no me has llamado?

—He perdido el teléfono.

—¿Dónde?

—Si lo supiera, no lo habría perdido —contesta bruscamente.

—No...

Dan levanta ambas manos con los dedos extendidos.

—Perdona. Debería haberte llamado desde casa de Harry, pero me quedé dormido en su sofá.

Siento una punzada en las entrañas al imaginar a Dan, Harry y a su novia Chloe hechos un ovillo delante de la chimenea de Harry, con una caja de Budweiser y cuencos de nachos y salsa, igual que hacíamos nosotros los sábados por la noche antes de que muriera Charlie.

—Estaba preocupada.

—Siempre lo estás. Voy a ducharme y a dormir un par de horas.

Evitando mi mirada, Dan sale del salón a grandes zancadas y sube las escaleras con paso pesado. Un segundo más tarde, oigo la puerta del baño crujiendo al deslizarse y el gorgoteo de las tuberías cuando abre el grifo.

Me pregunto si volverá a bajar después de la ducha para proponer arrumacos de domingo por la mañana. Y me pregunto también por qué no me siento capaz de proponerlos yo misma. Al poco tiempo, la puerta del dormitorio se abre y se cierra. Los muelles de la cama chirrían.

En el cuarto de baño, el vapor sube y se queda suspendido, como una nube de incertidumbre que planea sobre mí. Abro la pequeña ventana y recojo la toalla de Dan del suelo. Me meto en la cabina de vidrio, enciendo la ducha y me quedo temblando mientras espero a que se caliente el agua. Mis ojos se cierran al

recordar cómo solíamos meternos los dos apretados. Yo apoyaba las palmas de las manos sobre los azulejos mojados. Él sus manos sobre mis caderas. Más tarde, me enjabonaba la cabeza con un masaje mientras yo ponía mi cuerpo de espaldas contra el suyo. ¿De verdad ha estado toda la noche en casa de Harry? Me ducho con gel de lavanda: la fragancia familiar, consuelo de mi infancia, disuelve mis miedos hasta que uno a uno desaparecen por el desagüe. No tengo ningún motivo para creer que Dan me haya mentado. El dolor me ha nublado el juicio. Mi percepción de la realidad parece tenue, en el mejor de los casos. Paula siempre me animaba a procesar mis pensamientos racionalmente en lugar de rendirme al miedo. «La mente puede crear varios escenarios posibles a partir de un solo pensamiento, y la mayoría de ellos no serán ciertos», me decía. Estoy demasiado cansada como para pensar bien en ello.

Salgo de la ducha, alejándome de mis pensamientos, y vuelvo a ponerme el pijama. Dejaré que Dan recupere el sueño. Si me quedo tengo miedo de lo que puedo decirle, miedo de lo que puedo oír, y solo cuando estoy bajando las escaleras se me ocurre comprobar si el otro coche sigue afuera. Pero ha desaparecido.

El cobertizo está helado; cada respiración se hace vaho ante mí. Enciendo el calefactor y me pongo unos mitones grises. La mesita del teléfono que he lijado está sobre varios papeles de periódico, lista para pintar. Es para el cumpleaños de la señora Jones. Siempre dice lo mucho que le gusta mi mesa. Mojo el pincel y extiendo pintura a la tiza de color pistacho sobre la madera desnuda. Dan no entiende mi fascinación por los muebles antiguos, pero me encanta reutilizar y preservar pedacitos de historia. Siempre pienso en los anteriores propietarios: cómo habrán sido sus vidas, ¿serían felices? Consigo relajarme aplicando la pintura y, cuando termino, noto los hombros menos atenazados por la tensión y mis miedos están bien guardados, donde no se puedan ver. Mi teléfono suena y deslizo el dedo por la pantalla. Es el abuelo confirmando la comida a la una: no me iba a olvidar, dado que vamos la mayoría de los domingos, pero desde que la abuela le compró un móvil el año pasado por su setenta cumpleaños no para de mandarme mensajes. Le escribo una respuesta bastante más alegre de lo que me siento, y vuelvo a meterme el teléfono en el bolsillo. Debería despertar a Dan.

La salsa ha quedado espesa y suave. La vierto en una salsera de porcelana blanca, limpiando con el dedo las gotas que caen por los lados. El abuelo trincha el rosbif mientras la abuela pone las verduras coloridas y humeantes en cuencos

de servir. La boca se me hace agua con el olor de los púdines de Yorkshire. Estoy hambrienta. No he desayunado, me encontraba demasiado mal. En uno de los lados del frasco de las pastillas para dormir pone: «No beber alcohol», pero es un consejo típico, ¿no? Y todos pasamos de esos consejos. Me llevo un trozo de carne a la boca, y mi nariz empieza a moquear por la salsa de rábano picante. La abuela me pasa un pañuelo de papel y sigue hablándonos del «amable joven» que vino a instalarles el ordenador nuevo, y cómo ahora cabalga todos los días por Google.

Los hombros me tiemblan tratando de contener la risa y busco la mirada de Dan. Está encorvado sobre su plato, moviendo la comida, y no levanta los ojos mientras empiezo a quitar la mesa. Llevo los platos sucios a la cocina y apilo en equilibrio la vajilla junto al fregadero. He intentado convencer a mis abuelos mil veces de que compren un lavavajillas. Pueden permitirselo y tienen espacio. Siempre contestan que lo pensarán, pero creo que les gusta la rutina de lavarlos a mano: la abuela friega y el abuelo seca, uno al lado del otro, mientras hablan de lo mucho que han crecido los calabacines o identifican los pájaros que se van posando en el comedero.

La voz del abuelo se filtra a través de la pared, grave y seria. Si no le conocieras creerías que fuma. Dan se ríe y tardo un instante en identificar ese sonido: hacía mucho que no lo oía. Crecimos juntos, y a veces me pregunto si es natural que nos hayamos alejado, si tal vez habría ocurrido de todos modos y no es culpa de las circunstancias.

La abuela revuelve las natillas caseras para el *crumble* de manzana que está calentando en el horno. Me pongo de puntillas para coger la jarra de lo alto del aparador, la rosa con el dibujo de vacas pastando. La aclaro bajo el grifo.

—Gracie, el otro día recibí un correo electrónico de mi amiga Joan. Te lo he dejado encima de la nevera.

—¿Lo has imprimido?

—Sí. Me mandó una receta que quería reenviarte.

Abro la boca para explicarle lo que significa «reenviar», y vuelvo a cerrarla. Por ahora ya es bastante que haya logrado redactar un e-mail, aunque escriba: «Esto es de parte de la abuela», en el asunto, y luego me llame por teléfono para asegurarse de que lo he recibido.

Es una receta de *risotto* de calabaza; parece deliciosa. Intentaré prepararla para cenar la semana que viene, aunque a Dan le tendré que hacer un filete o si no levantará los trozos de verdura con el tenedor y me preguntará dónde está la carne.

—Ah, y vi a Lexie.

Me quedo helada al oír el nombre de la madre de Charlie.

—Borracha otra vez, casi no se tenía en pie.

A Lexie siempre le gustó tomarse una copa cuando Charlie vivía, pero desde que murió su hija ha descarrilado por completo. La abuela apaga el fogón y me mira.

—No sabía si debía decírtelo, Grace. Lo último que quiero es que esa mujer te altere. —Ella nunca ha tenido muy buena opinión de Lexie.

—¿Decirme qué?

—Quiere verte.

El pulso se me dispara ante la idea de enfrentarme a la madre de mi mejor amiga. No la he visto desde el funeral de Charlie. El mismo que tuve que abandonar después de que Lexie me dijera que nunca me perdonaría por la muerte de su hija.

No tuve la culpa de lo que ocurrió antes de que muriera Charlie; ni ella tampoco. ¿Cómo iba a serlo? *Entonces, ¿por qué huyó Charlie?*, susurra la voz en mi cabeza, y trato de ignorarla, pero no desaparece.

La abuela vierte las natillas en la jarra y me la da para que la lleve al comedor. Se derrama mientras camino, salpicando el líquido caliente sobre mi mano, pero apenas lo noto. La abuela me sigue con el *crumble* de manzana que ya no seré capaz de comer. Me siento a la mesa, agarrando mi cuchara. El zumbido de las voces a mi alrededor se va alejando más y más hasta hacerse indescifrable. Sonrío y asiento en momentos que creo adecuados, mientras un mismo pensamiento da vueltas y vueltas por mi mente: ¿qué quiere Lexie de mí?

ENTONCES

Daba saltitos de un pie a otro, frotándome los brazos mientras miraba calle abajo esperando a que apareciera Charlie. Venía a cenar. Cuando la abuela sugirió que invitara a alguna amiga a casa al cabo de mi primera semana en el colegio, me lo pensé bastante. Esmée era encantadora, Siobhan más reservada pero simpática, hasta Dan había acabado siendo amable conmigo después del primer día, pero entre Charlie y yo ya había un vínculo fuerte. Nunca me había defendido nadie antes; supongo que tampoco lo había necesitado.

—Se va a escapar todo el calor —refunfuñó la abuela.

Cerré la puerta de entrada detrás de mí, pero me quedé en el escalón de arriba, poniéndome de puntillas cada vez que oía un coche. Charlie apareció veinte minutos después; venía andando sola.

Hice que entrara por la puerta de delante.

—Vamos arriba a mi habitación.

—Sin zapatos, jovencita, ya conoces las reglas. —La abuela apareció de pronto en el vestíbulo, limpiándose las manos enharinadas en el delantal.

Sentí un hormigueo de vergüenza en el cuero cabelludo mientras Charlie se quitaba sus deportivas azules desgastadas. La abuela las cogió y las colocó en la estantería de los zapatos, chasqueando la lengua al ver que las suelas estaban casi raídas por las punteras. Charlie y yo subimos corriendo a mi habitación y nos tiramos sobre la cama.

—¿Qué quieres hacer?

Aún no había desembalado todas mis cosas. En la esquina del dormitorio había cajas con juegos y libros. Charlie se acercó, sacó Ratonera y agitó la caja haciendo sonar su contenido.

—Toma. —Me lo pasó y le quité la tapa. No era uno de mis preferidos,

algunas de las piezas eran demasiado complicadas—. ¿Por qué vives con tus abuelos?

Esperaba aquella pregunta pero aún no me sentía preparada para contestarla.

—Mis padres no se pueden ocupar de mí. ¿De qué color quieres el ratón? —
Estiré la mano.

Charlie cogió el verde y me miró fijamente.

—¿Por qué no?

—Están muertos. —La mentira se atascó en mi garganta, cogí el vaso de plástico rosa de refresco de grosella que la abuela había dejado en mi habitación y me lo bebí como si pudiera tragar mis palabras y hacerlas desaparecer, arrugando la nariz al notar el dulzor meloso.

—¿Muertos? —Charlie frunció la frente.

—Sí.

—¿Cómo murieron?

—Creo que me voy a poner triste. —Metí los otros ratones en la caja—.
¿Tienes hermanos o hermanas?

—No —contestó Charlie—. Solo somos mamá y yo. Me sentía tan sola que tenía una amiga imaginaria.

—¿En serio?

—Sí, se llamaba Belle. Me decía que hiciera travesuras y mamá se enfadaba y gritaba, y Belle se reía cuando me metía en líos. Una vez me regalaron una Barbie por Navidad y Belle me hizo cortarle el pelo y pintarle la cara con esmalte de uñas. Pero era muy divertida.

—¿Le pusiste ese nombre por Belle de *La bella y la bestia*?

—Supongo que sí. Al final me cansé de ella, y de Disney.

—Yo también. —Confié en que no abriera la caja donde estaban mis vídeos. Hasta hacía poco tiempo había tenido una pequeña fijación con las princesas. Ahora, después de lo ocurrido con mis padres, ya había madurado. Cualquiera maduraría con eso.

—Qué suerte tener abuelos.

—Lo sé. ¿Tú tienes alguno?

—No. Mamá dice que no necesitamos a nadie más. Somos ella y yo frente al *jodío* mundo. Pero ahora nos tenemos la una a la otra, ¿no? Tú y yo somos iguales, no tenemos padre. Seremos mejores amigas.

Charlie cogió su abrigo y sacó un Kit Kat. Le quitó el envoltorio, rompió el papel de aluminio con el pulgar, luego lo partió en dos y me ofreció la mitad. Lo tomé agradecida.

—Vamos a jugar a Ratonera: tú vas a ser mucho más divertida que Belle, aunque no gane seguro. —Charlie sonrió y agitó los dados—. ¡Y sonríe! Tú,

Siobhan, Esmée y yo seremos como una pequeña familia en el cole. Yo me encargo.

Estábamos enfrascadas en Ratonera y le tocaba a Charlie cuando la abuela llamó a la puerta. La alfombra se salpicó de harina de sus manos. La quitó con la punta de su zapatilla.

—Grace, teléfono.

—No hagas trampa, Charlie. Vuelvo en un minuto.

Una vez abajo, la abuela desapareció en la cocina. Cogí el auricular y enrosqué el cable alrededor del dedo, escuchando la estática al otro lado de la línea. No dije nada. Ya sabía quién era y no tenía nada que decirle.

—¿Grace? ¿Grace? —La voz de mamá sonaba lejana y colgué de golpe.

—Qué rapidez —comentó la abuela mientras subía de vuelta a mi dormitorio con fuertes pisadas.

—Se ha cortado —contesté.

Charlie me dio los dados en cuanto me volví a sentar.

—¿Quién era?

—Nadie —contesté, cruzando los dedos—. No era nadie.

AHORA

No duermo en toda la noche, preguntándome por qué Lexie le dijo a la abuela que quería verme. Paso de pensar que va a disculparse por su comportamiento en el funeral de Charlie a estar convencida de que quiere matarme. Mi mente zumba como una colmena de abejas atareadas y ruidosas, y, cuando sale el sol tiñendo el cielo de un rojo fogoso, ya me he bebido tres tazas de té y sigo sin decidir si quiero verla o no.

Sé que Lexie dejó de cantar en el pub local y se la ve poco en público, salvo en el supermercado, empujando un carrito con más alcohol que comida. Dan cree que está desquiciada, lo pensaba incluso antes de su comportamiento en el funeral, pero la abuela es más compasiva. «No tendría que haberte hablado así», dice. «Pero la gente afronta el dolor de maneras distintas».

Cuando llego al trabajo estoy exhausta y con los ojos hinchados.

—Buenos días, Grace. —Mi jefa, Lyn, siempre está alegre—. ¿Lista para la embestida? —Corre el pestillo de la puerta de entrada y la deja abierta, saludando a cada padre y cada alumno por su nombre.

Un mar de niños inunda el cuarto de los abrigos, seguidos de madres agotadas, que dejan caer sus botas en el suelo mientras agitan sus paraguas. Se forma un charco de gotas de lluvia. Me hago una nota mental de pasar la fregona, de lo contrario se caerá alguien. Emily viene corriendo y me abraza las rodillas. No debería tener favoritos, y quiero a todos los niños, pero con Emily tengo un vínculo especial. Le bajo la cremallera del chubasquero y se lo quito de los hombros, descubriendo la camisa rosa de *Dora, la exploradora* que lleva debajo.

—Buenos días, Sarah —digo. La madre de Emily está pálida, tiene sombras violáceas bajo los ojos—. ¿Cómo estás?

—Cansada. Esta enana ha estado gritando toda la noche. —Mece el cochecito.

Me asomo a mirar a la bebé, que duerme como una estrella de mar, con las manos cerradas en puñitos—. De todos modos, me cuesta dormir desde que... —Nuestras miradas se encuentran por encima de la cabeza de Emily, y entiendo que quiere decir desde que Greg se marchó. Sarah nos avisó hace unas semanas de que Emily podría estar algo alterada porque echaba de menos a su padre. Le había echado de casa después de encontrarle en la cama con su secretaria, un cliché que hasta entonces nunca había creído que ocurriera en la realidad—. En fin, voy a echarme una siesta —continúa Sarah—. Antes de que esta despierte. —Le da un beso a Emily en lo alto de su rubia cabeza y va hacia la puerta, empujando el cochecito con una mano mientras con la otra se cubre con la capucha.

Paso la mañana feliz en la mesa de artes y manualidades, contemplando cómo los niños crean sus obras maestras de purpurina, completamente absorta en lo que hacen.

—Mira, Grace. —Emily desliza delante de mí un papel con dos figuras de palotes. Me caen gotas de pintura azul en los pantalones.

—Es precioso, Emily. ¿Sois Lily y tú?

—Sí.

—Debe de ser divertido tener una hermana.

—No. Lloro todo el tiempo. Mamá dice que cuando sea mayor será más *interesante*.

Sonrío al oír cómo lo pronuncia.

—Estoy segura de que será muy interesante. —Cuelgo el papel empapado con una pinza en la cuerda de tender que pende sobre la mesa—. A mamá le va a encantar. Estará seco cuando te vayas a casa.

Emily se va corriendo a la esquina de disfraces y me quedo mirando el dibujo de las dos niñas. De pequeña, quería tener una hermana, alguien con quien compartir las cosas; entonces conocí a Charlie y pensé que siempre nos tendríamos la una a la otra. Que nos saldrían canas y acabaríamos caminando con bastón juntas, que chuparíamos caramelos de menta sentadas en el banco de un parque comparando nuestros dolores y molestias. Riéndonos de los viejos tiempos.

—Un penique por ellos... —Lyn me toca suavemente el brazo.

—No creo que valgan tanto.

—Estoy segura... —La frase queda colgando, interrumpida por el timbre de la puerta. El sonido no cesa: o alguien está apretando el botón sin parar, o se ha roto—. Que los niños se queden aquí —le dice a Hannah, y yo la sigo al pasillo, cerrando la puerta del aula de actividades detrás de mí.

El padre de Emily suelta el botón del timbre en cuanto nos ve, y empieza a

golpear la puerta con la palma de la mano. La lluvia cae a chorros por su rostro furioso y enrojecido.

—¡Dejadme entrar!

Lyn aprieta el telefonillo y habla con su tono de voz normal; solo detecto un ligero titubeo en su voz porque la conozco bien.

—¿Qué quieres, Greg?

—A Emily.

—Vete a casa y tranquilízate. No puedo dejarte entrar así.

—Abre la puta puerta. —Empieza a darle patadas. El vidrio se mancha aquí y allá de huellas de barro, como las impresiones que los niños realizan con sus sellos hechos con patatas, y el marco de la puerta retumba. Pero por el momento sigue firme.

—Vas a asustar a los niños. Si no te vas, llamo a la policía.

—Tengo derecho a ver a mi hija, maldita puta. Todas sois unas malditas putas.

Me pregunto cuánto tardará en llegar la policía. El aula de actividades se ha quedado en silencio. Me imagino la cara de los niños, pálidos y nerviosos, tapándose los oídos con sus manitas. La ira aparta a mi miedo de un codazo. ¿Cómo se atreve? Se supone que un padre debería proteger. Se me encienden sentimientos que había olvidado hace mucho mientras atravieso la sala de profesores y salgo por la puerta trasera, jadeando bajo la lluvia que el viento arroja en mi cara. Avanzo con los hombros encorvados y la cara agachada rodeando el edificio hacia la puerta delantera.

—Greg.

Se vuelve hacia mí. Le late la vena de la sien.

—¿Dónde está mi maldita hija?

—No te la voy a traer. —Un hilo de agua helada me recorre la espalda y la camiseta violeta de Little Acorns se me pega a la piel.

Greg se abalanza hacia delante, levantando el puño. Me tiemblan los músculos de los muslos, parecen demasiado débiles como para mantenerme de pie. Pienso en Emily, con su lengua rosada entre los dientes, concentrada en su dibujo.

—Grace, si no me la dejas ver, te juro que lo lamentarás. —Le tiembla la mandíbula.

Deja el brazo suspendido en el aire y nos miramos. Un trueno ruge a lo lejos. Sus piernas ceden y cae arrodillado, con la cara empapada de lluvia y arrepentimiento. Se cubre los ojos con las manos temblorosas.

—La echo de menos. A las dos, las echo tanto de menos... —Baja la cabeza hacia el suelo como si estuviera rogando a un Dios que no le escucha.

Estiro el brazo y le toco el hombro, sin saber si trato de consolarle o de mantener el equilibrio.

Levanta la cara y me mira con ojos inyectados en sangre.

—No puedo soportar el dolor que he causado.

Pero sí puede. Todos tenemos que cargar con las consecuencias de nuestros actos, por mucho que pesen. Lo sé mejor que nadie.

—Por favor, déjame verla, Grace.

—No puedo.

—Entonces haré que te sientas como me siento yo ahora mismo. ¿Te gustaría eso?

Lyn hace cola para recoger nuestra bebida, mientras yo cojo una mesa junto a la ventana. Me quito la bufanda y el abrigo. Llevo la ropa del gimnasio de Hannah. Mi uniforme de guardería está calado y hecho una bola en el maletero del coche. Me reclino en el silloncito y me deslizo hacia delante sobre la piel sintética. Hordas de gente pasan por delante de la ventana y me pregunto adónde irán: ¿a casa, a recoger a los niños, a reunirse con su amante, tal vez? Sus pies golpean la acera mojada mientras se abrochan los abrigos sobre cuerpos temblorosos y se ciñen mejor la bufanda. Aún no hay previsiones de nieve, pero el aire de enero es cortante.

Al otro lado de la calle, bajo la farola, hay una figura solitaria: abrigo acolchado negro, capucha puesta, rostro en sombra. Está mirando directamente hacia la cafetería. ¿A mí? Incómoda, cambio de postura en el asiento y aparto la mirada, pero cuando vuelvo a mirar sigue ahí. No se ha movido. La misma sensación que tuve el domingo, cuando aquel coche desconocido se detuvo delante de mi casa, me recorre la espalda de arriba abajo.

—Aquí tienes. —Lyn deja dos tazas de chocolate humeante sobre la mesa. Una gota de nata chorrea por un lado y se chupa los dedos.

—¿Ves a esa persona al otro lado de la calle?

—¿Dónde? —Entorna los ojos sin las gafas.

—Allí. —Me levanto y aprieto las manos sobre la ventana. Mi frente toca el cristal, que se empaña con mi respiración. Me vuelvo hacia ella—. ¿Lo ves?

Lyn se pone las gafas y se levanta, arrugando la frente y mirando hacia la calle oscurecida.

—¿Qué es lo que tengo que ver, Grace?

Vuelvo a mirar otra vez, pero la figura solitaria ha desaparecido, y me pregunto si en realidad estaba allí.

—No importa —digo—. Creo que Greg me ha puesto nerviosa. Gracias por el chocolate. —Me siento y cojo la taza, escuchando a medias la explicación de Lyn sobre una confusión con el pedido. Mis ojos vuelven a verse atraídos hacia

la calle. Es evidente que no hay ninguna figura, y me reprendo a mí misma por mi paranoia. Desde que murió Charlie mis sentidos están en alerta máxima. Es extraño, cuántas caras tiene el dolor: lágrimas y pena, confusión e ira. Me inclino hacia delante, abro una bolsa de *muffins* diminutos, cojo uno y le doy un mordisco. La inyección de azúcar me ayuda un poco a recuperar la energía que el día me ha quitado.

—Menudo día. —Lyn arranca trozos de chocolate de un *muffin* con las uñas y se los coloca sobre la lengua.

—Al menos Emily está a salvo. —Encontré el número de teléfono de la hermana de Greg en una agenda de contactos de emergencia y vino a buscarle. A pesar de todo, tampoco creía que mereciera que le detuvieran. Sé lo que es sentir la culpa en la boca del estómago, comiéndote por dentro. Es un dolor sordo que nunca llega a desaparecer. Greg es humano, tiene tantos defectos y remordimientos como cualquiera de nosotros, y todos cometemos errores, ¿no? Aunque algunos son más difíciles de perdonar.

—¿Crees que Sarah no le dejará volver? —dice Lyn.

Me encojo de hombros y me meto una cucharadita de nata en la boca, saboreando su dulzura aterciopelada al disolverse en mi lengua.

—Qué gusto sentarse —continúa Lyn—. Bailé tanto en la fiesta del dieciocho cumpleaños de la sobrina de Steve que tengo ampollas en las ampollas. Ojalá hubieras venido.

—Lo sé. Es que...

—Hace demasiado poco tiempo de lo de Charlie. —Lyn me da una palmadita en la mano, coge otro *muffin* y se reclina.

Ya hace más de cinco meses y estoy intentando reconstruir mi vida. A veces tengo una efímera sensación de algo parecido a la normalidad, pero por mucho que agradezca los esfuerzos de Lyn por hacerme salir, mis pies siguen en duelo y aún no están listos para bailar. Intento dejar que la gente vuelva a entrar en mi vida, agradezco que sigan ahí. Después de enterrar a Charlie, me derrumbé; no lograba levantarme de la cama. Hasta que vi a mis abuelos junto a mi cama con la sonrisa forzada y regalos con envoltorios llamativos por mi veinticinco cumpleaños, no me di cuenta de cómo se había marcado la preocupación en su rostro. A partir de ese momento, empecé a rehacerme. Me digo a mí misma que lo estoy superando, pero no es así. En realidad no. Si me quitaran los somníferos, me haría añicos.

—La abuela se encontró con Lexie, la madre de Charlie. Quiere verme.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que solo hay una manera de averiguarlo.

—¿Crees que es buena idea? Se portó fatal contigo, Grace. Echarte del funeral

de tu mejor amiga...

—Lo sé, pero es la madre de Charlie, y no tiene más familia. Debería asegurarme de que está bien. Probablemente quiera disculparse.

—Probablemente —dice Lyn. Pero parece tan poco convencida como yo.

La lavadora aclara mi uniforme mientras hago agujeros en el film transparente que cubre la empanada de pescado que he encontrado languideciendo al fondo del congelador. Tenía intención de hacer la compra, pero el incidente con Greg y la sensación de estar siendo observada me han alterado, y he venido directamente a casa después de dejar a Lyn. Meto la empanada en el microondas y sirvo un poco de vino blanco en una copa. Dan tiene entrenamiento de fútbol los lunes, y al terminar siempre se queda a cenar en el bar. Me ha mandado un mensaje diciendo que ha encontrado su móvil; me alegro de que no se hubiera comprado otro todavía. Comeré algo y me acostaré temprano.

Miro entre mis vinilos, buscando algo que vaya con mi día. La televisión casi nunca está encendida si Dan no está. Bajo la aguja y escucho la estática antes de que empiece a sonar el tema. Ella Fitzgerald canta *Stormy Weather*^[3]; yo también quiero un poco de sol para mí. Aún es pronto, pero me enfundo un pijama abrigado, el de cuadros que Dan dice que me hace parecer el oso Rupert. El sobre rosa de Charlie está en la mesilla, entre la lámpara y un montón de libros que tengo por leer. Lo cojo con cuidado, como si fuera a explotar, lo llevo al piso de abajo y me quedo mirándolo mientras como directamente del recipiente de plástico grasiento para no tener que fregar. Tengo tanta curiosidad por saber lo que Charlie ha escrito como reticencia a abrirlo, por miedo a las emociones que pueda despertar. Es el último recuerdo nuevo que me puedo formar de Charlie. Una vez que lo abra, todo lo demás serán repeticiones, para siempre.

Dejo la bandeja en el suelo, subo los pies al sofá y me estiro, cubriéndome las piernas con una colcha de *patchwork*. Cojo el sobre con el pulgar y el índice, y suavemente abro la solapa.

ENTONCES

Están saliendo los bulbos. Ya hay narcisos. —El abuelo se lavó las manos en el fregadero, mientras la abuela quitaba salpicaduras de agua de los grifos de acero inoxidable con su paño de «J'Adore Paris». Nunca había estado en Francia, ni siquiera había salido de Inglaterra, pero le encantaban los paños de cocina, se compraba uno cada vez que visitaba algún sitio, y a menudo los compraba para regalarlos. Tenía un cajón lleno de lugares en los que no había estado. Tampoco es que yo hubiera salido al extranjero, pero a mis trece años creía que tenía todo el tiempo del mundo.

Estaba sentada entre la mesa de pino de la cocina y el aparador galés lleno de vajilla azul y blanca. Solo quedaban unas miguitas de la tarta de limón; aparté el plato y me acerqué el montón de álbumes de fotos.

Abrí las páginas marrones arrugadas. Me llevé la mano al dolor punzante que sentía en el pecho. Ver a mi familia fracturada siempre me dejaba sin aliento. Era algo que solía evitar, pero necesitaba algunas fotos para un proyecto del colegio. El abuelo se colocó detrás de mí y me puso las manos sobre los hombros mientras iba pasando silenciosamente las hojas, recorriendo el contorno de las caras con las yemas de los dedos. Parecíamos una familia normal: mamá, papá y yo. Cajas de bombones en Navidad y castillos de arena en verano. Sí habíamos sido una familia normal. Lo echaba de menos. Me detuve ante una foto de mamá y papá sonriendo en la playa, cogiéndome orgullosos entre los dos, como si fuera un trofeo que hubiesen ganado, con el pelo ondeando al viento. Yo tendría unos dos años y estaba enseñando a la cámara un cono de helado que me chorreaba por la barbilla. Aquella imagen había capturado un instante en el tiempo con tal perfección que casi podía sentir el sol, ver las olas rompiendo, oír las gaviotas. La sensación de hogar. También había una foto granulada de papá y mía.

Estábamos sentados en el mostrador del desayuno, con tazas de chocolate en la mano, cubiertas con nata montada y copitos. Papá me solía hacer chocolate caliente de verdad: «Nada de esa basura en polvo para mi niña». Tenía un cazo especial para la leche, e iba echando trozos de una tableta Cadbury y removiéndolos hasta que la leche quedaba cremosa y marrón.

—Esta. —La saqué del plástico y la añadí al montón de fotos de mis abuelos, de mamá y de varios tíos y tías que no creía haber llegado a conocer. Nombres garabateados en tarjetas de Navidad que no reconocía.

—Debes de echarles de menos. —El abuelo se sentó a mi lado—. No tiene por qué ser así. Tu madre llamó anoche. —Cubrió mi mano con la suya. Tenía la palma calentita y húmeda.

—No quiero hablar de ella. —Mi estómago se hizo un nudo cuando pensé en lo que había hecho y aparté la mano.

—Deberías hablar de ella. Aclarar las cosas en tu cabeza.

—Ya hablé con Paula en su momento, ¿no? ¿Qué sentido tiene ir a una jodida terapeuta si también tengo que hablar con vosotros?

—No digas palabrotas, Grace.

Me levanté echando la silla hacia atrás y las patas rechinaron sobre el suelo de azulejos.

—Me voy a casa de Charlie.

—Espera. —La abuela levantó la mano como un policía que detiene el tráfico, y me apoyé contra el marco de la puerta, tamborileando los dedos sobre la madera mientras ella ponía un trozo de bizcocho en papel de aluminio y lo envolvía—. Esto es para que te lo lleves. Esa niña necesita comer. —Según la abuela, nadie comía bien excepto nosotros—. Podrías preguntarle si quiere venir de vacaciones con nosotros este año, nos vamos al extranjero.

—¿En serio? ¿Adónde? —La curiosidad me animó de repente. Crucé los dedos detrás de la espalda: *Eurodisney, Eurodisney, Eurodisney*. El año pasado Esmée había ido a visitar a su tía en París y desde entonces no paraba de hablar de ello.

—A la isla de Wight.

—Ivy, eso no es el extranjero. Ya te lo he explicado. —El abuelo me guiñó un ojo y no pude evitar sonreírle, aunque mi enfado para nada estaba olvidado.

—Si no es el extranjero, ¿por qué tenemos que coger un ferry para ir hasta allí? Explícame eso.

La bolsa de Tesco llena de fotos y tarta me golpeaba las piernas mientras corría por el pueblo, pasando por delante de máquinas cortacésped y mangueras

rociando de agua coches mugrientos. Mis deportivas abofeteaban el hormigón conforme aceleraba más y más, tratando de zafarme de las palabras del abuelo, que daban vueltas y vueltas en mi mente. Mi vida parecía haberse partido en dos. Antes y después.

Tenía la camiseta empapada de sudor cuando llegué a la calle principal y me apoyé en el buzón para recobrar el aliento. Una ráfaga de risas me llegó desde la otra acera. Siobhan. Salía de Boots con su hermana pequeña, Abby. Cuando empecé a llamarla se cubrió la boca con la mano y le susurró algo al oído a Abby. Las dos me miraron y se echaron a reír. Tensé la mandíbula y miré los horarios de recogida del correo, consciente de que mis mejillas probablemente estaban del mismo color que el buzón, y deseando haber atajado por el parque, pero a la abuela no le gustaba que anduviera por allí sola. «Indeseables», decía, pero de día el parque solía estar lleno de niños pequeños pegajosos y madres alteradas. Yo no sabía qué problema tenía Siobhan conmigo, pero nunca me había aceptado como Charlie o Esmée, y, a medida que nos hacíamos mayores, menos simpática era. Abby y Siobhan se metieron en el café y pasé rápidamente por delante del ventanal con la cabeza baja y los hombros encorvados.

La casa de Charlie estaba en medio de una hilera de casas victorianas adosadas de ladrillo rojo y chimenea. Allí era donde vivían los empleados de la vieja fábrica de telas. La fábrica llevaba mucho tiempo cerrada y ahora era una escuela primaria, pero las casas seguían allí.

La hierba me llegaba por la rodilla y estaba llena de ortigas, así que avancé hacia la entrada con las manos levantadas. Ignorando el timbre, que nunca supe cómo funcionaba, llamé con la aldaba. Cayeron fragmentos de pintura negra sobre el escalón. Esperé, y justo cuando estaba a punto de volver a llamar oí unos pasos de tacón de aguja, pulseras tintineando, y la puerta se abrió con un chirrido.

—Hola, Lexie. —La madre de Charlie se apoyó contra la pared mientras yo me escurría hacia el vestíbulo. Lexie agitó las manos.

—Uñas recién pintadas. Cierra la puerta, Gracie Grace.

Empujé la puerta hasta cerrarla detrás de mí y me agaché a recoger el correo del felpudo.

—Si hay algún sobre rojo, llévatelo a casa —dijo Lexie—. No los quiero. —Se sopló las uñas de color rubí—. ¿Qué tal te va? ¿Ya tienes novio?

—No. Yo...

—Mejor. No valen para nada, ninguno. Charlie está en la cocina, preparando la cena. ¿Tienes hambre?

—Estoy hambrienta. —Había bajado toda la tarta de limón corriendo.

Charlie estaba poniendo *nuggets* de pollo y patatas en una bandeja de horno

cubierta de óxido.

Lexie casi nunca cocinaba. Charlie se alimentaba prácticamente a base de pizza, hamburguesas y patatas fritas. Era asombroso que estuviera tan delgada. «Comida vaga para gente vaga», decía la abuela, pero a mí la boca se me hacía agua.

—Hazme un favor, enciéndeme un pitillo. No quiero fastidiarme las uñas. — Lexie señaló la cajetilla con un gesto de la cabeza; saqué un cigarrillo dándole un golpecito y se lo sostuve. Lexie cerró los labios rojos alrededor del cigarrillo. A la tercera conseguí encender el mechero y cuando Lexie se inclinó hacia delante temí que se prendiera el pelo, seco y desgredado de tantos años de tintes. Inhaló y la punta del cigarrillo se prendió con un rojo brillante.

—¿Qué llevas ahí? —Lexie señaló mi bolsa de plástico.

Moví un montón de cartas desperdigadas por la mesa como hiedra de papel y saqué mis fotos.

—Es para nuestro proyecto de historia. El del árbol de familia. Una idea estúpida, pero es obligatorio. Charlie también necesita fotos.

—No sé si tengo ninguna adecuada. Son fotos de publicidad. Un poco subidas de tono, ya me entiendes.

No lo entendía, pero le seguí la corriente y me reí con ella.

—¿Y el padre de Charlie?

—¿Qué pasa con él? —Frunció el ceño y se apartó el humo de los ojos.

Charlie me miró enfurruñada y metió los *nuggets* en el horno con un golpe metálico.

—¿Tenéis alguna foto? Necesitamos a toda la familia. Es ridículo, pero...

—Yo soy toda su familia. ¿Qué pasa, que no soy lo bastante buena? —Lexie apagó el cigarro.

—Sí, pero...

—Pero ¿qué?

—Se supone que tenemos que poner fotos. ¿Las perdisteis en el incendio?

—¿Qué incendio?

—Charlie dice que recuerda un incendio, aquí, cuando era más pequeña.

—Pues Charlie tiene una *jodía* imaginación hiperactiva.

—Pero mamá..., yo recuerdo...

—Tú no recuerdas nada, mentirosilla. Nunca hubo ningún incendio. —Lexie empujó su silla hacia atrás, golpeando la pared—. Voy a salir.

—Mamá, estoy cocinando.

—No tengo hambre. —Sus tacones afilados resonaron por el pasillo. La casa vibró con el portazo de la entrada.

—¿Por qué has hecho eso? —Charlie se puso en jarras.

—¿Qué?

—Ya te he dicho cómo se pone cuando menciono a mi padre.

—Tienes derecho a saberlo; de todos modos, necesitamos...

—No necesitamos nada. Siobhan tiene razón, a veces eres una pesada, Gracie. Solo porque tu familia sea un desastre... Deja de meterte en la mía.

—Mi silla cayó hacia atrás con un golpe al levantarme, con los puños cerrados.

—No me creo lo que acabas de decir. Se supone que eres mi mejor amiga.

—Pues quizás ya no deberíamos ser amigas. No necesito un padre y tampoco te necesito a ti, Grace Matthews. Vete a la mierda.

Charlie se puso de pie de un brinco y salió disparada por la puerta. Se oyeron pasos rápidos subiendo la escalera y la lámpara sobre mi cabeza tembló cuando entró en su habitación. En su casa no había alfombras que amortiguaran el ruido. Recordé que Charlie había dicho que las quitaron cuando se estropearon por el humo, y no pude evitar preguntarme por qué Lexie negaba que hubiera habido un incendio. ¿Qué intentaba esconder? Ahora bien, pensé mientras volvía a meter las fotos en la bolsa, Charlie tenía razón en una cosa. Mi familia era un desastre, y todo era por mi culpa.

AHORA

Tengo la carta en las manos. El papel tiene un borde rasgado. Es evidente que lo arrancó de un cuaderno de ejercicios y hasta casi puedo oír a la señorita Stiles, nuestra maestra, gritando: «¡Charlotte Fisher! ¿Qué crees que estás haciendo?». Charlie se metía en líos muy a menudo.

Cojo la copa de vino, me reclino y empiezo a leer.

ESTO SOLO LO PUEDEN LEER GRACE Y CHARLIE, ASÍ QUE, SI NO ERES NINGUNA DE LAS DOS, ¡¡VUELVE A ENTERRAR NUESTRA CAJA Y LÁRGATE!!

Bueno, pues ya no tenemos quince años, y somos adultas y fantásticas y aquí está mi lista de cosas por hacer, si es que no las he hecho ya:

1. *Quiero encontrar a mi padre. Toma, lo he dicho. Grace, siento mucho haber sido una pedorra llorica cuando me has intentado ayudar, pero mamá no quiere y yo no sé qué hacer. Me pareció que sería más fácil escribirlo que decirlo pero me siento culpable solo por pensarlo. Mamá es una bruja loca a veces, pero es lo único que tengo y no quiero disgustarla. Tú ya sabes lo que es no tener a tu padre cerca, ¿verdad, Grace? Siempre hay un vacío, ¿no? Una tristeza bajo la superficie que no desaparece, y se hace más y más difícil de ignorar.*

Me da la sensación de que cada vez pienso más en él. Me pregunto si me pareceré a él (esta belleza tiene que venir de algún sitio), si tendremos el mismo sentido del humor (alguna explicación habrá para mi obsesión con Monty Python), si odiará la remolacha tanto como yo. Soy la mitad de alguien a quien no conozco y quiero hacerlo. Quiero saber quién soy y de dónde vengo, y quiero que él me conozca a mí también (¡aunque solo las cosas buenas!).

Ojalá que cuando leamos esto mamá haya confesado y me haya dicho quién es (por cierto, yo nunca voy a mentir como lo hace ella), le hayamos encontrado y ya hayamos pasado varias vacaciones tiradas junto a la piscina de su mansión en Hollywood. (¿Es demasiado pedir que también sea una estrella de cine millonaria?).

2. *¡¡¡No ponernos gordas!!! Vamos a pasar mucho tiempo en bikini. Véase más arriba.*

3. *Ser amigas para siempre. Grace, Siobhan, Esmée y Charlie. Las Cuatro Fantásticas. Os quiero mucho (especialmente a ti, Grace. Mi MAPS).*

Charlie Bsss

Leo la lista dos veces más mientras termino la copa. No me acerca lo más

mínimo a descifrar el significado de sus últimas palabras. No contiene nada que me ayude a entenderlas y la decepción se agria en mi estómago. La verdad, tampoco sé qué esperaba. ¿Una carta titulada «Pista»? ¿Una gran flecha negra que dijera: «Empieza por aquí»? Cuando la vuelvo a leer, me doy cuenta de que en realidad nunca encontramos a su padre, me levanto y empiezo a caminar por la habitación. ¿Adónde fue Charlie cuando desapareció? ¿Es posible que encontrara a su padre? ¿Sabrá él qué fue lo que hizo Charlie que a ella le parecía tan terrible?

Cierro los ojos. *Piensa, Grace.* Si le localizara, se lo podría preguntar. El único problema es que solo hay una persona que conoce su identidad. Lexie.

AHORA

Nubes cargadas de lluvia cubren el cielo de pizarra mientras conduzco a casa de Lexie, y estallan cuando aún no estoy a mitad de camino. Caen gotas gordas como metralla, rebotando contra mi parabrisas. Aún no son ni siquiera las cuatro, pero enciendo las luces de cruce.

A pesar de mis ruegos, Dan se ha negado a acompañarme. He intentado explicarle que tengo que hacer las paces con Lexie, que es mi única posibilidad de dar con el padre de Charlie, pero no comprende por qué siento tal necesidad de encontrarle. En el mejor de los casos, su padre la vio cuando ella desapareció y podrá darnos alguna respuesta. En el peor de los casos, no la vio, pero si es así al menos podré hablarle de ella. Honrar su recuerdo.

Además, tengo que desentrañar el significado de las últimas palabras de Charlie: «He hecho algo terrible, Grace. Espero que puedas perdonarme». Tengo que empezar por algún sitio.

Mi móvil vibra y me detengo en una parada de autobús para ver quién llama: si es la abuela, contestaré. Un Corsa rojo se para detrás de mí. La llamada es de un número 0843 y pienso que probablemente sea de publicidad así que la rechazo. Pongo el intermitente y vuelvo a incorporarme, inclinándome sobre el volante y entornando los ojos para ver a través del diluvio. Es un alivio llegar a casa de Charlie.

El jardín delantero de Lexie está abandonado, y, cuando consigo abrirme paso entre la maleza y alcanzo la puerta de entrada, la mitad inferior de mis vaqueros está empapada. No parece que hayan pasado siete años desde que acabé con las palmas de las manos escocidas de golpear la puerta, con lágrimas cayendo por mis mejillas, llamando a gritos a Charlie, pidiendo la verdad. En aquel momento no tenía ni idea de que no volvería a verla durante años, y que la próxima vez

que llamaría a esa puerta sería para llevar a Lexie al funeral de su hija.

La aldaba está dura, y al levantarla chirría como protestando. Mientras espero me quito el barro de los zapatos. El estruendo de un relámpago me sobresalta; al principio creo que es un coche petardeando y me vuelvo. Hay un Corsa rojo aparcado detrás del mío, pero está demasiado oscuro para ver al conductor y lamento no haberme fijado en la matrícula del vehículo de la parada de autobús. ¿Cuántos Corsas rojos puede haber? Probablemente cientos de ellos, pero cuando pienso que tal vez sea el mismo coche que estaba delante de casa el sábado pasado se me pone la carne de gallina.

Vuelvo a llamar. Fuerte y rápido.

—¿Quién es?

—Soy yo. Grace.

La puerta se abre y trato de mantener la sonrisa en su sitio al ver asomar la cara arrugada de Lexie. Diminutas venas rojas tiñen el blanco de sus ojos.

—No abro a no ser que sepa quién es. Estoy harta de esos putos buenos samaritanos. No sabía si vendrías.

—Ni yo.

Entro en el recibidor dispuesta a defenderme si empieza a gritar, pero para mi sorpresa abre los brazos y de repente su comportamiento en el funeral ya no me resulta tan importante. Es la madre de Charlie y está sufriendo. Las dos sufrimos. Siento los huesos de su cadera clavándoseme al darnos un abrazo algo incómodo —nunca ha sido de mucho contacto— y aparto la cabeza de su pelo. Las raíces gris oscuro contrastan con el rojo chillón de las puntas abiertas, y huele como si no se lo hubiera lavado en varias semanas.

La sigo por el estrecho pasillo, dejando con mis zapatos huellas mojadas sobre la madera desnuda.

—Toma asiento.

La cocina huele fatal. Hay basura apilada contra la puerta trasera, rebosando en bolsas de plástico. Me invade una vergüenza abrasadora. Es la madre de Charlie, y pasara lo que pasara en el funeral, tendría que haber venido a verla antes. No tenía a nadie más. Cojo una silla. Las patas tiemblan, y quito las migas del asiento antes de sentarme.

—¿Té?

—Gracias.

El fregadero está lleno de platos sucios, como un enorme juego de Jenga, y, cuando Lexie coge una taza, los cubiertos caen con estrépito, rompiendo el incómodo silencio.

—¿Azúcar?

—No, gracias.

Lexie aclara la taza manchada bajo el grifo del agua fría y vierte el agua sin que hierva todavía sobre la bolsita de té. Aparto un montón de cartas y un cenicero a rebosar para que deje mi bebida. No me molesto en pedir leche.

Levanto la taza, acercándola a mis labios, y hago como si bebiera.

—¿Qué tal estás?

Lexie se encoge de hombros y mira la cocina a su alrededor, como si eso bastara para saber todo lo que necesito; y así es. Vuelve a hacerse un silencio incómodo.

—Voy tirando, supongo. Tu abuela me manda guisos y tartas suficientes para alimentar a toda la calle.

Oculto mi sorpresa. La abuela nunca ha sido gran admiradora de Lexie. Me conmueve su gesto.

—Bueno. —Respiro hondo—. ¿Querías verme?

Lexie se enciende un cigarrillo con el pulso tembloroso. Lleva el cenicero hasta la puerta de atrás y vuelca el contenido en una bolsa que ya está llena. Cae ceniza al suelo.

—Voy a meter a un inquilino. Necesito dinero. No he vuelto a trabajar desde... Ya sabes.

Asiento.

—Tengo que limpiar la habitación de Charlie. No puedo hacerlo sola.

Lexie coge su Zippo dorado, lo abre y vuelve a cerrarlo con un clic, una y otra vez. Se me tensa la mandíbula. Quisiera cubrir su mano con la mía y hacer que pare, pero no lo hago.

—¿Quieres que yo te ayude?

—Sí. Se instala mañana.

—¿Mañana?

—Sí. ¿Me ayudarás?

La pregunta se queda suspendida en el aire, exigiendo una respuesta, pero mi boca está seca y no soy capaz de hablar. No quiero volver a entrar en el dormitorio de Charlie.

Sus ojos grises se clavan en los míos.

—Por favor. —Las palabras salen en un susurro tan suave que apenas las oigo.

Abro la boca. Tengo el «no» en la punta de la lengua, como un pájaro enjaulado esperando a ser liberado, pero mi sentimiento de culpa tiene otros planes.

—Sí —contesto.

Siento la puerta fría y dura contra la palma de mi mano, como si supiera que

protege una habitación que ha perdido el corazón. Al empujarla, no sé si es el polvo o los recuerdos lo que se me atraganta. Las cortinas violetas desgastadas que nunca llegaron a juntarse en el medio están cerradas; las aparto y abro la ventana. Cojo aire como si hubiera estado bajo el agua mucho tiempo, agradeciendo las gotas de lluvia que salpican mi cara.

Nadie utilizó el dormitorio de Charlie en los seis años que precedieron a su muerte, pero se marchó de forma tan repentina que la mayoría de sus cosas siguen ahí. Apenas se ve un centímetro de espacio en el suelo bajo el caos que una vez fue Charlie, y sin embargo la habitación parece vacía. Hueca.

Lexie se queda en la puerta, sin llegar a cruzar el umbral, mordiéndose la uña del dedo pulgar.

—Voy a por una bolsa de basura —se ofrece.

Asiento, aunque creo que necesitaremos al menos un rollo entero de bolsas, y probablemente un milagro, para vaciar la habitación en un solo día.

El corcho cubierto de fotos sigue inclinado sobre la pared de gotelé. Charlie odiaba su habitación: «¿Quién tiene paredes que parecen el techo?». Recuerdo un fin de semana que desistió de pedir a Lexie que contratara a un albañil, y pintamos de rosa fuerte las paredes manchadas de nicotina. Quedaron aún peor. Charlie se vino a mi casa llorando mientras se quitaba pintura del pelo, quejándose de que su cuarto parecía una nube de azúcar gigante. La abuela nos preparó una empanada de carne mientras el abuelo iba a buscar sigilosamente su rodillo y la escalera del cobertizo. Cuando Charlie volvió a casa al día siguiente, las paredes de su dormitorio eran de un blanco deslumbrante, pero el gotelé seguía ahí.

Cojo una foto y mi estómago se contrae al recorrer suavemente el perfil de la cara de Charlie con el dedo.

—Te echo de menos —le digo.

—Yo también la echo de menos. —Lexie me da unas bolsas y una caja de cartón—. Estoy bebiéndome la última cerveza para que podamos usar la caja.

Me trago el comentario sarcástico que quiero soltar. Está intentándolo.

—¿Por dónde quieres empezar? Tal vez deberíamos dividirlo en partes. Cosas para guardar, cosas para la tienda solidaria, y basura.

—Voy a deshacer la cama y a meter las sábanas en la lavadora. Tú empieza por los cajones. Quédate con cualquier cosa que pienses que te puede valer.

Me arrodillo. Mis rótulas se clavan en las tablas de madera y me alegro de haberme puesto pantalones. El cajón de arriba se resiste y tengo que dar un tirón para abrirlo. Me quedo con el tirador en la mano y pienso en pedirle un destornillador a Lexie, pero acabo guardádomelo en el bolsillo. Tengo una pequeña caja de herramientas en el maletero del coche. En el cajón hay un

maravilloso arcoíris de diminutas camisetas arrugadas. Aunque quisiera ponérmelas, serían demasiado pequeñas. Cojo varias que creo que a Charlie le gustaría que tuviera —una de diseño *tie-dye* naranja, una de tirantes de colorines — y las demás las meto dobladas en una bolsa para llevar a la tienda solidaria. Hay una camisa de flores en el cajón inferior.

—Esta es mía —le digo a Lexie—. A saber qué más voy a encontrar.

Una sombra de sonrisa atraviesa los labios de Lexie.

—¿Qué sucede? —pregunto.

—Cuando Charlie tenía cinco o seis años, buscó entre mis cajones para disfrazarse. Yo estaba haciendo la cena en la cocina y de repente entró con mi vibrador en la mano. Encendido. «¿Qué es esto, mami?», me preguntó.

—¿Y qué le dijiste?

—Que era un masajeador especial para hombros que usaba cuando había tenido un día duro.

—Muy rápida.

—No le di importancia, pero a las dos semanas, cuando voy a buscarla al cole, su maestra, la señorita Johnson, me pide que hablemos. Me cuenta que el día anterior le había dicho a los niños que le dolía un hombro y que no podía escribir bien en la pizarra. Y que Charlie le había llevado mi masajeador especial para que lo usara. Y todo esto devolviéndome el vibrador en una bolsa de Tesco. Casi me caigo de espaldas.

—Ay, Dios. ¿Y qué dijiste?

—Que gracias, y que esperaba que pronto sintiera alivio.

Solté una risa por la nariz.

—Pobre, y pobre Charlie. ¿Se metió en un lío?

—No. Solo quería ayudar. Fue peor cuando vinieron los de la recogida de cosas para la beneficencia pidiendo donativos para los niños enfermos de África.

—¿Qué pasó?

—Yo estaba en la ducha, pero Charlie decidió darles una de mis plantas. Les dijo: «Son hierbas que te ponen feliz. Dénselas a los niños», y les dio una de mis plantas de marihuana.

—¡Lexie! Tuviste suerte de que no te detuvieran. —No puedo contener la risa. El ambiente ya no parece tan denso.

—No creo que supieran qué era. Le dijeron a Charlie que solo querían dinero. Ella les contestó: «En esta casa nunca tenemos un *jodío* duro». Tendría cinco años o así.

—No me la puedo imaginar tan pequeña. ¿Tienes alguna foto?

—Alguna. Si quieres te las enseño luego.

—Sí, por favor. —Imagino a Charlie con cinco años, con coletas e intrépida.

Nunca olvidaré cómo me defendió el día que nos conocimos.

—Grace, te debo una buena disculpa... —La frase se queda colgando.

Aliso arrugas de vestidos de verano, doblo jerséis de invierno. Ropa para estaciones que Charlie ya no verá.

—El funeral fue estresante. No tienes por qué disculparte.

—No es solo por el funeral. —Un movimiento rápido con el encendedor, y una ráfaga de humo—. Es complicado...

—No tenemos por qué hablar de ello hoy. —Saco lo último que queda en el cajón—. Estos eran tuyos, ¿te acuerdas? —Le enseño unos diminutos vaqueros cortos blancos.

—Me encantaban esos pantalones. Mira quién los tenía.

Los pongo con las cosas que he separado para Lexie.

Los cajones están vacíos. Me levanto frotándome las rodillas y abro la caja de joyas de Charlie. Suena una música tintineante mientras una bailarina con un tutú rosa hace incesantes piruetas.

La otra mitad de mi colgante de corazón está dentro de una cajita forrada con terciopelo. Lo cojo. Gira, igual que hizo el mío en el bosque, buscando la mitad que le falta.

—Deberías quedártelo —dice Lexie—. Lo llevaba puesto ese día. Ella querría que lo tuvieras.

Asiento, muda de la emoción. Desabrocho mi cadena y deslizo la mitad del corazón de Charlie hasta que se une al mío, aunque sin llegar a encajar: un corazón roto que nunca volverá a estar entero.

Trabajamos en silencio hasta que sale la luna, arrojando un resplandor cremoso sobre las hileras de bolsas negras alineadas como soldados contra las sucias paredes.

—Las llevaré a la tienda solidaria el lunes. —Me echo una bolsa al hombro y con la mano derecha cojo otra. Me siento como Santa Claus bajando las escaleras cuidadosamente para no resbalar. Reclino los asientos del coche y de algún modo logro embutir toda la vida de Charlie en mi maletero, todo salvo la bolsa de cosas que creo que podría ponerse Lexie. Eso lo meto en su armario.

Me despido del dormitorio de Charlie. Los perfiles desdibujados de pósteres y los restos pegajosos de Blu-Tack son las únicas huellas visibles de una vida que una vez fue. Con qué rapidez podemos borrar la presencia física de alguien, y sin embargo su recuerdo permanece para siempre. Apago la luz y me uno a Lexie en el piso de abajo.

—¿Una copa?

—Por favor.

Me siento en el sofá de cuero agrietado, con las piernas cruzadas a lo indio, y

bebo a sorbitos una copa de merlot. Espero a que la aspereza del alcohol calme mi nerviosismo. Voy a aprovechar la tesitura para preguntar sobre el padre de Charlie. Tengo que hacerlo bien. Es mi oportunidad para sacarle un nombre, incluso una dirección.

—Bebí mi primera copa de vino en esta casa —le cuento a Lexie—. Charlie me dijo que era sangre y me retó a bebérmela. Cuando llegué a casa me puse a llorar. Le dije al abuelo que me había convertido en vampira.

—Qué cabronzuela era la Charlie —contesta Lexie cariñosamente.

—¿Podrías enseñarme esas fotos de cuando era pequeña? —Mi tono es el normal, pero el corazón me late a golpes. Doy otro trago, esta vez más largo.

Lexie busca en el aparador mientras yo cruzo los dedos por detrás de la espalda.

—Aquí están. —Saca un sobre A4 marrón con «Charlotte» garabateado con rotulador en la parte delantera, y esquinas de fotografías asomando por los bordes rotos.

—Siempre he querido ponerlas en un álbum. —Lexie las saca poniéndolas entre nosotras.

Una Charlie desdentada me sonrío desde el fregadero de la cocina, con el pelo cubierto de espuma de champú.

—Muy mona. —Cojo una polaroid antigua. Es Lexie con el pelo rosa luciendo una bata de lunares, con una pulsera de hospital en la muñeca y un bebé dormido apoyado contra su cuerpo—. ¿Es el día que nació?

—Sí. Catorce horas de parto. Dios, acabé reventada. Aunque el gas ese que me pusieron en la anestesia me flipó.

—¿Estaba el padre de Charlie?

—No. —Da un trago a su vino.

—¿Por qué no?

Se encoge de hombros.

—No quería saber nada. El cabrón salió por patas en cuanto supo que estaba embarazada.

—¿Nunca conoció a Charlie?

—No.

—Debió de ser difícil para ti. Sola con un bebé.

—No te puedes hacer una idea.

—Háblame de él.

—Es un hijo de puta. Charlie estaba mejor sin él.

—Seguro que sí. —La mentira se me cae de la lengua—. Solo tengo curiosidad.

El silencio entre nosotras se tensa más y más hasta romperse.

Lexie suelta una exhalación profunda.

—Vale. ¿Qué quieres saber?

Sirve las últimas gotas de vino en su copa, que está casi a rebosar, y tantea con el brazo a un lado del sofá. Saca otra botella llena y me la muestra arqueando las cejas.

—Tengo que conducir. —Cubro mi copa con la mano y me reacomodo en el asiento. El aire está nublado de humo de tabaco y secretos. Lexie ojea las fotos y saca una medio doblada de un hombre. Está brindando con una cerveza, mirando a alguien detrás de la cámara. De sus labios cuelga un cigarrillo. Es clavado a Charlie.

—Se llama Paul Lawson. Le conocí cuando tenía dieciséis años. Estaba siempre por The Folk Lore. Era un garito de música genial. Tenían grupos fijos que iban cambiando cada pocas semanas. Creo que ya lo han cerrado. —Lexie arruga la frente y me inclino hacia delante, animándola a seguir—. Yo solía colarme por detrás sin pagar. Me quedaba al fondo de la sala viendo a los grupos, deseando ser yo la que estuviera en el escenario. Un día, el dueño, Frank, me dio una palmada en el hombro. Casi me cago encima. Creí que me iba a echar. Me dijo: «Si vas a seguir colándote, al menos haz algo útil y recoge algún vaso». —Lexie sonrió al recordarlo—. Paul era cantante. Era su primer concierto y estuvo increíble. Me enamoré de él ahí mismo.

Lexie hizo una pausa para encenderse otro cigarrillo. El humo se arremolinó ante mi cara como sus palabras lo hacían en mi mente. ¿Quería al padre de Charlie? ¿Le quería de verdad?

—Él tenía veintidós. No es mucha diferencia de años, pero se sentía mucho mayor que yo. Todo un hombre, ¿sabes? Yo me moría por él. Tenía el pelo rubio claro y los ojos más verdes que he visto en la vida. —Cae ceniza del cigarrillo sobre su pierna. No parece darse cuenta.

—Toma. —Le doy el cenicero—. O sea, ¿que tuviste una relación con él?

—La primera noche que cantó, se bajó del escenario con un subidón brutal. Me levantó por los aires y me dio una vuelta tan rápido que creí que iba a echar la papilla. Me dijo que lo celebrara con él, pero Frank dijo que no me serviría nada, ni siquiera después de cerrar. —Lexie abre el tapón de rosca de la segunda botella y se rellena la copa—. Paul compró una botella de whisky para llevar y nos fuimos al parque. —Se rodea con los brazos, como si estuviera aferrándose al recuerdo. Nunca la he visto tan vulnerable—. A mí no me gustaba el whisky, me parecía asqueroso. Pero no se lo dije. En vez de tragar echaba la mitad de cada trago otra vez en la botella. —Se estremeció—. Nunca intentes cambiar por un hombre, Grace.

—¿Qué pasó?

—Me dijo que era especial y me creí su mierda. Nos acostamos sobre su abrigo. Fue mi primera vez. Con clase, ¿eh? —Lexie apura su vino.

—¿Y luego te dejó?

—Qué va. Pasamos las seis semanas siguientes juntos. Pero entonces se esfumó. Ni siquiera me dijo adiós. Desde entonces no he vuelto a verle. Ni quiero.

—¿Y estabas embarazada cuando se fue?

—Sí, pero él no lo sabía.

—Podrías haberle encontrado o habérselo dicho, ¿no? Tenía derecho a saber lo del bebé.

Lexie juguetea con el paquete de tabaco, postergando la respuesta, como si estuviera formulando las palabras en su cabeza antes de decirlas.

—Se lo dije. No nos quería.

—Creí que habías dicho que...

—No lo sabía hasta que se lo dije. Eso quería decir. No quería hijos. Quería que abortara. Cabrón.

—¿Sabe que no lo hiciste? ¿Que tuvo una hija?

—Claro. —Lexie baja las piernas del sofá, tirando la copa de vino—. Mierda, mierda, mierda.

Voy a coger un paño y me arrodillo. Limpio la alfombra raída, absorbiendo el líquido rosado.

—¿Y qué te dijo cuando le hablaste de Charlie?

—No lo sé, joder. Hace veinticinco años. Casi no me acuerdo de lo que hice ayer.

—¿Sabe que Charlie murió, Lexie?

Se queda mirando la mancha rojiza, con los ojos a rebosar de lágrimas contenidas.

—No me apetece seguir hablando.

—Pero, Lexie, es importante...

—No lo jodas, Grace. Me ha gustado volver a verte, pero estoy cansada. —Lexie extiende la mano y le paso el trapo mojado, me pongo los zapatos, y cojo mi abrigo y mi bolso.

—Hablamos pronto —le digo.

Lexie asiente y nos despedimos con un abrazo.

Al subirme en mi Ford Fiesta, siento el tirador del cajón de Charlie en el bolsillo. No llegué a atornillarlo de nuevo. Pero, bueno, así tengo una excusa para volver. También tendré que devolverle la foto de Paul que me he metido en el bolsillo cuando no miraba. Arranco, y no puedo evitar un escalofrío de emoción. Tengo un plan.

AHORA

Me duelen los músculos. Estoy en equilibrio al borde del colchón, balanceándome como un funambulista sobre la cuerda floja. Dan sigue dormido, tumbado de espaldas, con la boca abierta y la frente suave como un canto rodado. El sueño ha borrado las arrugas que fruncen su ceño en cuanto despierta. Entre nosotros se extienden sábanas blancas y frías, un abismo que aún no soy capaz de atravesar por mucho que lo desee. Ya no estoy segura de lo que siente por mí. Contemplo el subir y bajar rítmico de sus costillas conforme sus pulmones se expanden y se contraen. Quisiera poner mi cabeza sobre su pecho. Sentir el cosquilleo de su pelo oscuro sobre mi mejilla, oír el latido de su corazón.

El dolor es aplastante, aislante, solitario. Ambos hemos perdido a Charlie, pero Dan no sabe cómo me siento, en realidad no, ¿cómo va a saberlo? Al principio me quedé muda de la conmoción, era incapaz de afrontar la mínima tarea, de utilizar electrodomésticos que había usado miles de veces. Se me quemaban las tostadas, la ropa se me arrugaba. Perdí la capacidad de comunicarme. Las palabras se me anudaban en la lengua hasta que las tragaba y chocaban con la masa de emociones arremolinadas en mi interior. Si ni siquiera yo podía precisar lo que sentía, ¿cómo iba a explicárselo a él? Dan empezó a volver cada vez más tarde del trabajo, a menudo cruzaba la puerta a medianoche. Las escaleras chirriaban con sus pasos pesados y yo apretaba los ojos y me quedaba quieta y callada mientras se quitaba torpemente la ropa y se dejaba caer a mi lado, con un olor tan fuerte a alcohol que parecía que yo misma me lo hubiera bebido.

Últimamente la cosa es distinta. Ha habido un cambio. Él está más en casa y yo he vuelto al trabajo. Me relaciono con la gente como si fuera uno de ellos, como si no hubiera cambiado el tejido mismo de mi universo.

Las ventanas traquetean con los latigazos del viento. La verja del jardín rechina al abrirse y se cierra de golpe. Me incorporo y me inclino para coger las zapatillas. Me cruje el cuello. Meto los pies en el pelo falso, descuelgo mi bata, bajo sigilosamente y abro la puerta de entrada. El manzano está encorvado como un anciano, resistiendo contra el viento. Avanzo cuidadosamente con mis

zapatillas sobre el sendero cubierto de escarcha, cierro la verja con fuerza y le pongo el cierre, aunque sé que no aguantará.

En la cocina, enciendo el antiquísimo sistema de calefacción que gorgotea y tose al revivir, y saco el beicon de la nevera. Antes nos turnábamos los domingos para prepararnos el desayuno en la cama, y no recuerdo cuándo dejamos de hacerlo, si fue cuando murió Charlie o antes de eso. Corto varias rebanadas gruesas de una hogaza de pan blanco y las unto con mantequilla y salsa HP. El beicon silba y escupe mientras Mittens ronronea a mis pies, diciéndome que a ella también le gusta. Recorto la grasa. Le daré la mitad a ella y la otra mitad a los pájaros.

—Buenos días. —De vuelta en el piso de arriba, dejo la bandeja a los pies de la cama. Las tazas chocan y se derrama un poco de té en los platitos.

Dan se incorpora, se coloca las almohadas detrás en vertical y quita las revistas y los paquetes de gominolas tirándolos al suelo. Le paso su desayuno.

—Gracias. Anoche volviste tarde. ¿Qué tal fue con Lexie? —Le da un mordisco a su sándwich. Un hilo de grasa le cae por la barbilla. Se lo quita con el dorso de la mano.

—Ha metido a un inquilino. La ayudé a vaciar el cuarto de Charlie y luego nos tomamos una copa. Me habló de Paul.

—¿Paul?

—El padre de Charlie.

—Joder. Nunca creí que te lo contaría. Para ser sincero, ni siquiera pensaba que supiera quién era. Con lo golfa que es.

—No siempre. Él fue su primera relación, y le quería de verdad.

—Lexie enamorada. ¡Quién lo hubiera dicho! ¿Qué pasó?

Me froto los ojos.

—No estoy segura. Dijo que él no sabía que estuviera embarazada, pero luego cambió su versión de los hechos diciendo que se marchó en cuanto se lo contó. Estuvo bastante reservada. Pero bueno, ahora le podemos encontrar, ¿no?

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Sí. No sabemos adónde fue Charlie cuando desapareció. Si le conoció, es posible que sepa qué es lo que hizo que le parecía tan imperdonable.

—Puede que nunca lo averigües. Es poco probable. Y si lo haces, puede que no te guste lo que descubras. —Dan mastica su sándwich.

—Si no lo intento no lo sabré. Por favor, Dan. —Encontraré a Paul Lawson con o sin Dan, pero si él me ayuda será más fácil.

—Grace, últimamente has tenido que enfrentarte a muchas cosas. No quiero que nada más te altere.

—Entonces, ayúdame. Quiero pasar página, Dan. De veras. Quiero que las

cosas vuelvan a ser como eran antes, dentro de lo posible. Quiero que nosotros volvamos a ser como antes.

Dan se termina el sándwich y se limpia los dedos con la colcha. Gotas de grasa se filtran en el algodón blanco y le doy un sorbo al té para no saltar. Extiende la mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—Yo también. Vale. Te ayudaré. ¿Dónde vive?

Suspiro. De repente la misión me parece inmensa.

—No estoy segura.

—Entonces, ¿cómo vamos a decírselo?

—Se llama Paul Lawson y es cantante de folk. Pensaba que tú lo podrías encontrar en internet de algún modo.

—¿Porque soy un genio?

—Porque nos gastamos la pasta en un MacBook al que solo le falta cantar que tú dijiste que valía ese precio desorbitado porque puede hacerlo todo.

—Puede que no sea capaz de obrar milagros; pero bajemos a ver, y lo buscaré en Google.

Dan tiene el portátil en equilibrio sobre el regazo. Se enciende con un zumbido y la pantalla empieza a brillar. Se inclina sobre el teclado. Me siento lo más cerca que puedo, juntando mi muslo contra el suyo. Es el mayor contacto físico que hemos tenido desde hace meses. Le doy la foto que cogí de casa de Lexie anoche. Espero que no se dé cuenta de su ausencia.

Los dedos de Dan vuelan sobre el teclado.

—¿Has dicho Paul Lawson? ¿Cantante de folk?

—Sí.

—Hay resultados con «Paul Lawson» o «cantante de folk», pero no con los dos a la vez.

—Echémosles un vistazo de todos modos.

Dan se ríe.

—No sabes mucho de internet, ¿verdad? Hay cuarenta millones de resultados. Si quieres revisarlos todos, sírvete tú misma.

Le quito el portátil y empiezo a mirar página por página. Los nudos se van tensando en mis hombros hasta que tengo que levantarme, juntar los dedos detrás de la espalda y estirar los brazos.

—Busquemos sitios web dedicados a encontrar gente.

La tarde se nos pasa volando viendo páginas: el Ejército de Salvación; Personas Desaparecidas; parece que todo el mundo está buscando a alguien. Leo historias de niños que se han escapado, de maridos que fueron a por tabaco y no

volvieron, de madres que se esfumaron.

El sándwich de beicon que tan rico me supo ahora me pesa en el estómago. Sus tentáculos grasientos suben por mi cuerpo.

—Vale. —Dan se rasca la nariz—. Nadie nos va a ayudar a encontrar a Paul porque no tenemos parentesco con él, ¿no? Pero puede que ayuden a Lexie, si saben las circunstancias. ¿Hay alguna posibilidad...?

—No.

—Entonces creo que solo nos quedan las redes sociales.

—Pero eso ya lo hemos hecho.

—Hemos buscado en las redes sociales, pero podemos escribir algo en algún grupo. Hay muchos relacionados con la música. Alguien tiene que conocerle.

Mi optimismo crece. Asiento.

—Ve a coger el menú del chino, mujer, y deja que yo haga mi magia. —Dan mueve los dedos como el malo de los dibujos contemplando un vil plan. Voy a buscar el folleto de la comida a domicilio para elegir lo que queremos, aunque siempre acabamos pidiendo *chow mein* especial de la casa y arroz frito con huevo.

La mesa baja está cubierta de restos de comida china. Mis recipientes de aluminio a medio comer dentro de los de Dan, vacíos. Mittens juega con un fideo que cuelga de un lado de mi plato. Sus ojos van de izquierda a derecha al verlo columpiarse, como un espectador de Wimbledon siguiendo la pelota.

—Subiremos la foto que cogiste de casa de Lexie. ¿Qué quieres poner?

Me como otra galletita de gambas.

—¿Qué te parece: «¿Es usted Paul Lawson o le conoce? Si es así, por favor contacte con nosotros, es un asunto urgente. Tenemos que darle una noticia importante».

—No estoy seguro. Suena como si le fuera a caer dinero del cielo. No queremos que empiecen a escribirnos locos fingiendo ser él.

—Vale. ¿Y esto: «Estamos buscando a Paul Lawson por motivos no relacionados con dinero. Si conoce a Paul, por favor, contacte con nosotros»?

—Ahora parece como si hubiera hecho algo malo. Yo no contestaría a eso.

—Eso es porque eres demasiado desconfiado.

—No me queda otra, dado lo confiada que eres tú.

—A ver: «Soy un viejo amigo de Paul Lawson del mundo de la música y me encantaría saber qué magia está haciendo con su guitarra a día de hoy».

—Mejor. Es cordial. Debería despertar su curiosidad. Abriré una cuenta de correo electrónico para esto, algo relacionado con la música pero sin nombres.

Me reclino sobre el brazo del sofá y veo cómo la pantalla ilumina el rostro de Dan. Está totalmente absorto: mi friki de la tecnología. Hacía mucho que no me sentía tan contenta.

—Ya está. —Dan me enseña lo que ha hecho, cierra la pantalla del ordenador y lo mete debajo de la mesa baja.

Cojo mi copa de vino. La distancia entre nosotros se está evaporando. Me pregunto si él también lo siente. Respiro hondo y estoy a punto de sugerir que nos retiremos temprano cuando el teléfono de Dan empieza a vibrar. Lo saca de su bolsillo y frunce el ceño mirando la pantalla.

—Ojalá los del curro me dejaran en paz en domingo.

—Apágalo.

—No puedo. El estudio ha detectado un problema con la casa que estoy intentando vender en Easton Road. Los compradores quieren echarse atrás. Tengo que hacer una llamada. Hablaré con ellos de camino a la tienda de la esquina. Voy a comprar más vino.

—Todavía nos queda un cuarto de botella. Y mañana hay que trabajar.

Pero ya tiene el teléfono apretado contra la oreja y no me oye.

La casa está más silenciosa sin Dan. Más vacía. Pasado un rato, me acerco a la ventana. Retiro las cortinas. No hay coches ni figuras misteriosas, pero aun así espero que Dan haya cerrado con llave la puerta de entrada. Voy a cerciorarme. Mi mano va a coger el pomo cuando oigo un ruido. Me quedo quieta. Algo se mueve en el porche. ¿Son pasos? Apoyo la oreja contra la puerta y creo oír una respiración, pero sé que es imposible con el sonido de mi corazón. *Un ruido metálico*. Algo, creo que el paragüero, se ha caído. Me digo a mí misma que es un lobo, pero entonces oigo una voz que dice: «Mierda». Es un susurro, así que no puedo notar si es hombre o mujer.

—¿Quién anda ahí? —Mi voz tiembla y estoy tan asustada que apenas puedo moverme, pero extendiendo la mano y enciendo la luz del porche. Apoyo la oreja contra la puerta. Silencio. Imagino que alguien hace lo mismo al otro lado. Una mano se cuelga por la ranura del correo y me agarra. Un puño hace añicos la vidriera. Mientras me debato entre ir a coger mi teléfono del salón o un cuchillo de la cocina, oigo el rumor del coche de Dan. Sus zapatos pisando sobre el sendero. La puerta de entrada se abre chirriando y prácticamente le quito la botella de las manos; miro por encima de su hombro hacia la oscuridad, pero no hay nada que ver.

AHORA

La semana pasa rápido y ya es viernes. Llevo todo el día preocupada porque no voy a tener nada que ponerme para salir esta noche, pero al llegar a casa del trabajo hay una tarjeta de correos sobre el felpudo diciendo que han dejado un paquete para mí en casa de la señora Jones. Llamo a la lustrosa puerta verde de mi vecina, hundo las manos en los bolsillos y empiezo a balancearme de un pie a otro para mantener el calor durante lo que parece una eternidad. Me agacho a mirar por la ranura del correo y veo a la señora Jones arrastrando los pies hacia la puerta con la cabeza cana agachada. Me enderezo justo cuando la puerta se abre.

—Hola, Grace querida, me alegro de verte.

—Yo también, señora Jones. ¿Cómo está?

—No me puedo quejar, querida. Todo funciona y sigue donde debería estar.

—¿Ha cogido un paquete para mí?

—Está aquí, sobre mi nueva mesita del teléfono. Me gusta tanto, querida... El color es precioso. Esa chica tan bonita, Kirstie Allsopp, tenía una igualita en su programa de anoche.

—Ha sido un placer; de verdad he disfrutado restaurándola. Me alegro de que le guste.

La señora Jones estruja el paquete y me mira con expectación.

—Es blandito.

—Es un vestido, de eBay.

—¿Vas a algún sitio elegante, querida?

—Es la despedida de soltera de Hannah, una compañera de trabajo. Vamos a Pizza Express.

—Qué bien, querida. Supongo que pronto será tu despedida de soltera, ¿no?

Sonrío irónicamente.

—Primero tendré que esperar a que me lo proponga.

—¿Una chica joven y guapa como tú? Le voy a decir a tu novio que se dé prisa, ¿te parece? Antes de que otro se le adelante.

Sonrío a la anciana de la que tanto me he encariñado.

—¿Se encuentra mejor ya? —continúa.

—¿Quién?

—Dan. El lunes le vi irse al trabajo y volvió una hora después. Pensé que estaría enfermo. No soléis librar en días distintos. Se quitó el traje y salió otra vez. Al médico, ¿no?

Vacilo. Si admito que no tengo ni idea de que Dan no estuviera trabajando ni por qué, todo el pueblo se habrá enterado antes de la hora del té. La señora Jones debe de mantener el negocio de la compañía telefónica, con la cantidad de llamadas que hace, entre sus «¿te has enterado?» y «no te lo imaginas». Pero no tiene ninguna malicia; creo que se trata meramente de soledad.

—El estrés, ¿no? Todos los jóvenes parecéis tenerlo. En mis tiempos no existía. Le oí gritando a alguien por su teléfono inalámbrico. Deberíais hacer como mi nieta.

—¿Qué?

—¡Ante todo, relax!

Mi risa me suena forzada hasta a mí.

—Lo intentaremos.

Cojo mi paquete y paso por encima de la valla que divide nuestras propiedades. Su peso es insignificante comparado con la tonelada de preguntas que quiero hacerle a Dan.

El vestido corto azul claro me queda perfecto y estoy muy contenta, porque ha sido una ganga. Normalmente no puedo permitirme comprar en Coast, y parece casi nuevo. Aliso la tela sobre mis caderas y me giro de un lado a otro mirándome en el espejo: estómago dentro, pecho fuera. Ella Fitzgerald canta *Someone to watch over me*^[4]. Está claro que la señora Jones ha estado «velando» por Dan. Practico una sonrisa feliz con los labios pintados de rosa.

La puerta de entrada se cierra con estruendo. Oigo las llaves caer en el cuenco de la mesita del teléfono y los zapatos golpeando la pared al quitárselos de una patada.

Encuentro a Dan en la cocina, con la camisa arremangada y la corbata aflojada. Está de pie delante del fregadero, mirando el jardín, con una cerveza helada en la mano, las gotas de la condensación deslizándose por la lata.

—¿Estás bien? Creí que ibas a llevarme a la ciudad más tarde.

—Solo me tomo una. He tenido un día de mierda.

—¿Quieres hablar de ello? —Pongo mi mano sobre su hombro, siento los músculos bajo su camisa tensándose al apartarse.

—No hay nada de lo que hablar.

—La señora Jones dice que últimamente pareces estresado.

—No hables de mí con los malditos vecinos, Grace. —Sus dedos presionan la lata, que empieza a abollarse.

Me tenso.

—No lo he hecho. Me comentó que te había oído gritar por el móvil. ¿Con quién hablabas?

—Con un cliente. Por Dios. —Dan da un golpe con la lata sobre el escurridor. La cerveza empieza a soltar espuma, cubriendo la superficie reluciente—. ¿Es que no puede uno tomarse una cerveza después del trabajo sin que le interroguen?

Me apoyo contra la nevera cuando Dan pasa bruscamente por delante de mí, y me quedo inmóvil un rato después de oír el portazo de la entrada. Cuando mi corazón deja de latir a golpes, llamo para pedir un taxi con los dedos aún temblando.

Los jalapeños de mi pizza de carne picante son volcánicos, y no paro de beber vino fresco para apagar las llamas. Lyn rellena mi copa con pinot gris mientras vuelvo a mirar el móvil. Ningún mensaje de Dan.

—No puedo creer que Charlie quisiera encontrar a su padre. Es tan triste... —dice Lyn.

—Leí un artículo en *Take a Break* esta semana sobre una madre que dio a su hijo en adopción. —Hannah estira el brazo por encima de la mesa para coger una rebanada de pan de ajo. Su manga brillante roza la pizza, y le quito el queso que se queda pegado a la tela con la servilleta. Es gracioso verla tan arreglada, sin su camiseta de Little Acorns y sus mallas—. Se pasó la vida esperando a que llamara a su puerta. Imaginad que el hombre esté esperando a Charlie, creyendo que la conocerá algún día. Que tendrá nietos.

—Ya. Por eso quiero encontrarle. Para contarle la verdad. —*Y para averiguar la verdad*, pienso, aunque no lo digo.

—¿Crees que Lexie te dijo su verdadero nombre? —pregunta Lyn.

—¿Paul Lawson? Sí. Parecía muy aliviada al hablar de él. No tiene amigas ni familia. Probablemente se lo haya guardado durante años. Aunque cuando intenté averiguar si sabía que Charlie existía se volvió bastante cautelosa.

—¿Lexie sabe que lo estás buscando? —pregunta Hannah.

—No. Le guarda rencor por abandonarla cuando estaba embarazada. Probablemente ni se le haya ocurrido contarle que su hija ha muerto.

—La entiendo. El tipo parece un poco cabrón —dice Lyn.

—No hemos oído su versión de los hechos.

—¿Y ahora qué? Puede que no se maneje bien con internet. Mucha gente de

esa generación no lo hace.

—No estoy segura. Pero le voy a encontrar. De un modo u otro.

Hago una señal al camarero, mostrándole nuestra botella vacía.

—Grace —Lyn cubre mi mano con la suya—, no te cargues con demasiadas cosas. Estoy preocupada por ti.

—No te preocupes. —Me zafo de su mano y cojo mi copa.

—Y estás bebiendo mucho. Creía que no podías, con las pastillas. ¿Has dejado de tomarlas?

—Casi. —No le hablo del blíster que llevo en el bolso. De cómo parto cada pastilla en cuartos y me tomo uno cada vez que la vida me avasalla. No es lo bastante para dormirme, pero sí para crear esa cálida confusión en la que tanto confío. Lo dejaré. De veras lo haré. Pero todavía no.

Cambio de tema.

—Un brindis por Hannah. —Levanto mi copa—. Por el amor eterno.

—No puedo imaginar el amor de ningún otro modo —dice Hannah.

La conversación vira hacia la boda, y cuando pagamos la cuenta y salimos tambaleándonos a la negra oscuridad son más de las once. Después del calor del restaurante, el aire frío me corta la respiración, así que me abotono el abrigo y me enfundo los guantes.

—¿Vamos a una discoteca? —pregunta Hannah.

—Si es el deseo de la novia... —dice Lyn—. ¿A cuál?

—No sé. ¿Para cuál habéis contratado el *stripper*?

—Nos matarías si lo hubiéramos hecho. —Hannah solo tiene ojos para Andy.

—Os agradezco que no me hayáis obligado a ponerme una L ni una polla hinchable. Probemos en Rumours. Allí ponen mucha música de los ochenta y los noventa.

Nos cogemos del brazo y caminamos haciendo eses por la acera. Es el primer día de paga desde Navidad y la gente ha salido en manada: hombres con barba de tres días cuidada, chicas que parecen demasiado jóvenes para beber. Vestidos diminutos, falsos bronceados, brazos y piernas desnudos. Yo me siento vieja porque sigo temblando a pesar de llevar varias capas. La cola para la discoteca es larga y esperamos dando patadas al suelo en medio del aire helado.

Unos seguratas con corbata negra nos evalúan y asienten a la puerta. Pagamos la entrada a una rubia teñida con cara de aburrimento y emprendemos el descenso por las escaleras apenas iluminadas. No es fácil con tacones; casi nunca me los pongo. Los graves de la música retumban bajo nuestros pies y la escalera tiembla, despertando un cosquilleo en mis dedos. Pestañeo para adaptar los ojos al brillo deslumbrante del neón. El cartel de los cócteles se enciende y apaga; mesas negras brillantes reflejan los destellos de las luces estroboscópicas.

—¿*Sex on the beach*? —dice Hannah. Me alegro de que aún queden dos semanas para su boda. Creo que mañana tendremos resaca.

Me abro paso hasta la barra pegajosa y espero una eternidad para que me sirvan, a pesar de estar enseñando un billete de veinte libras.

—¿Qué te pongo? —El joven barman apoya los antebrazos en la barra y me mira a los ojos. Tiene demasiados botones desabrochados en su camisa blanca deslumbrante, revelando un pecho moreno y sin vello.

—Tres cócteles, por favor. *Sex on the beach*. —Me alegro de que esté oscuro en la discoteca, porque noto cómo me voy sonrojando.

Vuelvo a abrirme camino entre la multitud hacia Lyn y Hannah, que están subidas en taburetes altos cerca de la pista de baile. Bailamos con los hombros mientras bebemos nuestras copas. Los cócteles están suaves y dulces.

—Vamos a bailar. —Hannah va hacia el DJ contoneándose.

Tres canciones más tarde estoy jadeando. Hago un gesto hacia nuestros taburetes.

—Aún no. —Hannah me agarra por la muñeca y me grita al oído—. Esta me encanta.

La voz gutural de Madonna nos invita a adoptar una pose, y, mientras todos en la pista se lanzan a bailar *Vogue*, mi cuerpo se empieza a tensar. El sonido vibrante de la discoteca se ralentiza y desaparece. No necesito cerrar los ojos para ver la cara de Charlie. Casi puedo oír a la abuela gritando por las escaleras que parecemos una manada de elefantes perfeccionando nuestro baile.

Siento una mano caliente sobre el brazo. Veo la cara de preocupación de Lyn. Me digo que debería estar pasándolo bien y finjo una sonrisa.

—Voy al baño —digo solo moviendo los labios, y señalo hacia la pared del fondo.

Me dirijo a empujones hasta los aseos y me uno a una cola de chicas demasiado maquilladas con diminutos vestidos negros. Entro en un cubículo y apoyo la cabeza contra la puerta fría. Se me ha enganchado papel higiénico al talón, y me lo quito con el otro pie. Quiero irme a casa, pero no me apetece fastidiarle la noche a Hannah. Alguien golpea mi puerta, urgiéndome a que me dé prisa, pero tardo un rato en sentirme preparada para salir. Pongo las muñecas bajo el chorro de agua helada; me repaso el pintalabios. La puerta que da a la discoteca es pesada, y, al tirar de ella, alguien empuja desde el otro lado. Chocamos y mi vestido nuevo se mancha de vino tinto.

Hago un gesto con la mano disculpándome y vuelvo a meterme en el aire viciado de la discoteca. Menuda pinta debo de tener, abriéndome paso entre la muchedumbre, con el vestido azul manchado de rojo y el pulso latiéndome al ritmo de la música. No veo a Lyn ni a Hannah.

Abro el bolso para sacar un pañuelo de papel, pensando que tal vez pueda limpiar lo peor de la mancha, y veo que la pantalla de mi móvil está iluminada. Es un mensaje de Dan: «Hemos encontrado al padre de Charlie».

Lyn y Hannah no quieren irse aún, pero yo no puedo esperar a hablar con Dan y me despido de ellas, aduciendo que estoy agotada. Saben que no duermo bien y puedo ver la lástima en sus ojos. La brisa nocturna refresca mis mejillas encendidas. Un olor grasiento y dulce a cebolla frita de la furgoneta de hamburguesas inunda el aire. Doy golpecitos impacientemente con el bolso *clutch* sobre mi muslo mientras busco un taxi en la calle. Las discotecas todavía no han cerrado y no se ve ninguno. La parada tampoco está demasiado lejos. Decido caminar.

La calle está desierta, todo el mundo sigue de fiesta. Me desvío de la calle principal, y, a medida que el ruido de los locales se acalla y desaparece, empiezo a oír pasos detrás de mí. Me detengo. Juego con mi bolso y miro por encima del hombro. No veo a nadie, pero las entradas de las tiendas proyectan sombras, y me pregunto qué esconden. A quién esconden. Me pongo en marcha otra vez. Mis tacones golpean la acera, clic-clic-clic, y ahí está de nuevo. La suela de unos zapatos abofeteando el hormigón.

Acelero. Los pasos también. El alcohol da vueltas en mi estómago y calculo la ruta más rápida para volver a la calle principal. Corro a toda velocidad. Empiezo a resollar con la boca abierta en un grito silencioso. La reacción para optar entre lucha o huida se ha activado, y yo soy definitivamente de la segunda. Los tacones me están haciendo ir más despacio y me pregunto si tengo tiempo para quitármelos —si ya cuesta caminar con ellos, no hablemos de correr—, pero los pasos se acercan cada vez más y no puedo permitirme parar. Siento un aliento cálido en la nuca. Algo me roza el hombro. Me zafo de ello, me lanzo hacia la esquina y doy de bruces con algo sólido. Un policía. Me agarro a su brazo, llorando de alivio, y me vuelvo hacia atrás para señalar. Pero allí no hay nadie.

ENTONCES

Los aseos del colegio siempre olían a tabaco y perfume barato. Intenté no respirar demasiado mientras introducía mi camiseta en la mochila, me ponía otra ajustada y me remetía la cintura de la falda hasta que el dobladillo quedaba bien por encima de la rodilla. Deseaba desesperadamente parecer mayor de quince años.

Me uní a Charlie delante del espejo y cogí su rímel Seventeen de Boots.

—¿Bosque? —pregunté—. ¿O parque? —Estábamos aprovechando al máximo las noches agradables.

—Parque. Hemos quedado allí con Esmée y Siobhan.

Solté un suspiro largo y profundo.

—Alguien me ha quitado los deberes de historia de la mochila. Estoy segura de que ha sido Siobhan. No le caigo nada bien.

Siobhan siempre estaba invitando a Charlie y a Esmée a su casa sin mí, diciendo que su madre era muy estricta y solo le dejaba llevar a casa a dos amigas a la vez. «Lo siento, Grace», decía, poniendo carita de pena, pero yo sabía que no era sincera, en realidad no. «Si tuvieras madre, lo entenderías». Y me entraban ganas de darle una bofetada. Fuerte.

—Bueno, a Esmée y a mí nos caes bien. Siobhan se acostumbrará a ti.

—¡Charlie, llevo seis años viviendo aquí!

—Sí. —Sonrió—. Es un poco lenta.

—Le he oído decir que soy aburrida. ¿Tú crees que lo soy? —Nunca entendí por qué Charlie seguía siendo mi amiga. Éramos polos opuestos.

—No eres aburrida. Eres calmante. Mamá dice que si no fuera por ti sería una *jodía* descarriada. Grace, deja de analizarlo todo. Te quiero, y Siobhan no tiene ni idea de lo que habla. De todos modos, no estaremos solas. Esta noche vienen Dan y Ben.

Mis sentimientos por Dan estaban cambiando. Cada vez que lo veía, todo mi cuerpo chisporroteaba como polvo de estrellas. Aún no se lo había contado a Charlie. Me guardaba mis emociones para mí, regodeándome en la delicia de lo desconocido. Estaba medio aterrada, medio esperanzada de que yo también le gustara a él. Por la noche me tumbaba envuelta en la manta, soñando con el día

en que me cogiera en sus brazos al tirarme por el tobogán, y rezando por que mi trasero no se quedara atascado a media bajada. «Eres la razón por la que vengo todos los días», diría él, y luego me daría a probar los labios de un chico por primera vez.

Charlie ya había besado a la mitad de nuestra clase. «¿Cómo es?», le había preguntado, con tanta curiosidad como asco.

«Está bien hasta que te meten la lengua en la boca y empiezan a moverla. La de Ethan era como una anguila. Me la restregaba por los dientes. Aunque me quitó los restos de patatas con sal y vinagre».

«¡Charlie!».

«Has preguntado tú. Sobre todo saben a cigarrillos. Deberías probarlo».

Había practicado con la mano, pero eso no sabía a nada. Estaba esperando al chico adecuado. Estaba esperando a Dan. Si Charlie hubiera sabido que me gustaba, habría tratado de unirnos. Yo no estaba del todo preparada: demasiado aterrada por el rechazo, supongo.

«Ten cuidado con tu corazón», me había dicho la abuela. «Solo tienes uno y es muy valioso».

«Si no puedes ser buena, sé prudente», fue lo que Lexie le dijo a Charlie, por el contrario, mientras le daba preservativos. Y los preservativos se nos rompieron, uno tras otro, cuando intentamos desenrollarlos sobre un plátano. Al terminar me lavé las manos tres veces. El olor a goma me duró varias horas.

—Dan me ha pedido que salgamos —dijo Charlie en ese momento, mientras se embadurnaba los labios de brillo. Se me resbaló el cepillito del rímel y fui al cubículo a coger papel higiénico. En el interior de la puerta ponía: «Charlie Fisher es una puta». La semana anterior ya había tachado un comentario parecido. Esta vez lo dejé. Los ojos se me llenaron de lágrimas mientras me frotaba la mejilla con el papel hasta dejar la piel tan dolorida como los sentimientos.

Me soné la nariz.

—¿Qué le has dicho? —pregunté, saliendo del cubículo.

—Le dije que a lo mejor. —Charlie se extendió el brillo rosa sobre los labios.

—¿Te gusta?

Charlie se encogió de hombros.

—Nunca he pensado en él de ese modo. Solo es Dan, Dan, el chico del ketchup, ¿no? Pero quiero hacerlo.

—¿El qué?

—Sexo. Dios, a veces eres tan ingenua... Aunque no sé si hacerlo con Dan. Creo que le mola a Siobhan.

—¿Sí? —Me entraron náuseas solo de pensarlo.

—Sí. Puede que deje que se lo quede ella. Pero encontraré a alguien. Ya va siendo hora de quitármelo de en medio.

«Una vez que pierdes la virginidad, ya no puedes recuperarla. Dásela a alguien especial», me había dicho la abuela.

«No te quedes preñada», es lo que Lexie la había dicho a Charlie.

—Voy fuera. Aquí dentro apesta. —Señalé el cubículo con un gesto de la cabeza—. Alguien te ha llamado puta. —Vi cómo Charlie se quedaba boquiabierto y dejé que la puerta se cerrara de golpe detrás de mí.

Dan y Ben ya estaban en el parque. Dan se había sentado en lo alto del tobogán y blandía una botella de vodka como si fuera la antorcha olímpica. Charlie, que nunca guardaba rencor, se volvió hacia mí y sonrió, subiéndose un poco más la falda. Ya tenía las piernas morenas. Aunque estábamos en junio, mi piel lucía una palidez de enero.

—Bien hecho, pequeño Danny —le gritó Charlie—. Vamos a darle un trago. —Dan bajó por el tobogán y aterrizó delante de nosotras—. Algo huele mal. —Charlie arrugó la nariz.

—Es Old Spice. —Dan sonrió—. Es sexy.

—¿Para quién? Hueles a viejo. —Charlie se tapó la nariz con la manga y dio un trago largo al vodka antes de pasármelo. La garganta me empezó a quemar y tuve que tragar con fuerza para no atragantarme.

—Mirad. —Señalé con la cabeza el hueco en el seto. Siobhan apareció, seguida de Abby, que imitaba los andares de su hermana mayor, contoneando las caderas y sacando su pecho inexistente. Con ellas había cinco chicos mayores que nosotros. Les había visto por ahí, aunque no iban a nuestro colegio. Siempre vestían de negro, con la piel pálida y el pelo de colores chillones. Les llamábamos los Muertos Vivientes. La abuela se cambiaba de acera cuando nos los cruzábamos en la calle mayor. ¿Por qué hablaba Siobhan con ellos?

Le di otro trago al vodka para que Siobhan no viera mi sonrisa al verla caminar hacia nosotros con los tacones hundiéndose en el césped y torciéndose los tobillos.

—¿Tenéis algo de dinero? —Siobhan se paró con los brazos en jarras, y su miniyó Abby la imitó. A ella no le daban paga. Sus padres metían hasta el último penique en una cuenta de ahorros para que fuera a la universidad: quería ser abogada. El abuelo llamaba a los abogados «chupasangres». A Siobhan le iría que ni pintado.

—No. Estoy pelada. —Charlie nunca tenía dinero—. ¿Y tú, Grace?

—Un poco. ¿Por qué?

—Tienen maría. —Siobhan hizo un gesto con la cabeza hacia los Muertos Vivientes, que estaban apiñados junto al seto oscuro, apenas visibles.

—¡No voy a comprar droga!

—No tienes que hacerlo tú. Lo haré yo.

—No.

—A veces eres tan aburrida, Grace. Vive un poco.

—Sí, vive un poco —dijo Abby.

—Ya tengo vida, gracias. —Di un trago al líquido transparente. Me quemó tanto al bajar por el esófago que tosí hasta que los ojos me lloraron.

Siobhan soltó una risa socarrona.

—Pringada.

—Al menos no soy una yonqui copiona.

—Al menos yo no he matado a nadie.

Salté hacia ella con las manos como garras y le clavé las uñas en la cara.

—¡Retíralo!

Dan me cogió por la cintura y tiró de mí hacia atrás. Me apoyé sobre su sólido cuerpo, jadeando, deseando volver a lanzarme sobre ella.

—Siobhan, no seas tan cabrona —dijo él—. Grace nos ha contado su historia porque somos amigos.

—Y sabes que no fue así. —La voz de Charlie sonó tan grave que casi gruñía—. Cállate o vete a la mierda.

—Lo siento —murmuró Siobhan mirando al suelo.

No volví a hablar en toda la noche, pero vi cómo Dan miraba a Charlie, y cómo Siobhan miraba a Dan, y seguí bebiendo vodka hasta que ya no pude ver nada, aunque las palabras de Siobhan seguían resonando en mis oídos. ¿De verdad le maté? ¿Era eso lo que todos creían?

AHORA

Es uno de esos pocos días de febrero que podría pasar por abril: cielo azul y nubes de algodón. Un sol de albaricoque entra por la ventana de la cafetería, dando la sensación de que hace más calor del que en realidad hace. Me quito el abrigo. Tengo suerte de encontrar una mesa junto a la ventana. La cafetería está llena de padres domingueros, con la camisa arremangada, cogiendo a bebés llorones de sus carritos. Las parejas se miran a los ojos, ajenas al mundo que les rodea. Dos chicas adolescentes discuten sobre quién le mola realmente a Nick.

La nata se derrite en mi chocolate caliente mientras disecciono un *muffin*. Mi estómago se retuerce del nerviosismo. El aroma a café recién molido es opresivo.

Me cuesta creer que hayamos encontrado a Paul Lawson, o, más bien, a alguien que le conoce. El correo de respuesta de Anna fue escueto, pero accedió a reunirse conmigo para contestar a mis preguntas y que yo conteste a las suyas, lo mejor que pueda.

Mi teléfono suena; es un número desconocido. Lo cojo, esperando que no sea Anna para cancelar la cita. Oigo una respiración, estática, y luego nada.

La campanilla de la entrada de la cafetería tintinea y se abre la puerta. Vuelvo rápidamente la cabeza, veo a un hombre y no puedo reprimir la desilusión. Por ahora, solo llega cinco minutos tarde. Pero cuando llegan las doce y veinte el chocolate ya se ha enfriado y he deshecho el *muffin* en suficientes migas como para que Hansel y Gretel encuentren el camino al País de Nunca Jamás.

Mi teléfono vibra, moviéndose sobre la mesa de madera. Es otro mensaje de Dan, preocupado. No quería que viniera sola. Escribo una respuesta: «Estoy bien, todavía no ha llegado», y, justo cuando mi dedo pulsa el botón de «Enviar», una sombra cae sobre mi pantalla.

—¿Grace? —Su voz es suave. Tiene un ligero acento. Del norte, creo, pero no estoy segura.

Asiento.

—Eso pensé, eres la única pelirroja en el local.

—Anna. —Mi voz suena pequeña y aguda. Me froto la mano en los vaqueros antes de estrechar la suya. La agarra con largos dedos—. Gracias por venir.

Espero que no hayas venido de muy lejos.

—No. —Anna se quita una chaqueta de cuero rosa claro que codicio inmediatamente y la cuelga en el respaldo de su silla. Se alisa la falda sobre las caderas estrechas y decido que el lunes empezaré un nuevo régimen.

—¿Quieres otro? —Señala mi taza. Niego con la cabeza, cojo el monedero y empiezo a levantarme.

—Está bien. —Hace un gesto para que me siente y va hacia la cola, agitando su reluciente melena rubia sobre los omóplatos.

Me quedo observándola mientras hago trizas el montón de servilletas que hay sobre la mesa. Esperaba a alguien mayor, alguien de la edad de Paul, no de la mía. *¿Quién es?* Examinó cuidadosamente los restos de servilleta como si pudiera encontrar las respuestas escondidas en medio.

—Han tardado mucho. —Anna deja su café americano sobre la mesa. Su taza tiembla sobre el platito sin derramar una gota. Ella no toma bollo. No debe de usar más de una treinta y seis, seguramente no coma carbohidratos, no coma nada. Tiro al suelo las migas de mi *muffin* junto con mi envidia.

—No es un sitio para venir con prisas, pero ya sabes lo que vas a encontrar.

—¿Mercantilismo a precios exorbitantes?

—Yo iba a decir buena repostería, pero sí. Eso también. Trabajé aquí en mi último año de instituto. A tiempo parcial. —Estoy balbuceando—. Tampoco teníamos muchas opciones en este pueblecito.

Decir «pueblecito» es un poco exagerado; en los quince años que llevo viviendo aquí se ha expandido muchísimo. Ahora es un pueblo basado en el comercio, con una buena selección de tiendas, pero seguimos aferrándonos a nuestras raíces aldeanas.

Nos quedamos en silencio. Anna remueve su café. El sonido de la cucharilla golpeando la cerámica me pone nerviosa. Busco palabras mirando por la ventana, y luego al suelo, como si pudiera encontrarlas escritas ahí.

—Bueno. —Anna apoya los codos en la mesa, acunando la barbilla entre las palmas de las manos—. ¿De qué conoces a mi padre?

Me echo hacia atrás tan de repente que golpeo la pared con la cabeza, pero si duele ni siquiera lo noto.

—¿Paul es tu padre?

—Lo era. Murió cuando yo tenía ocho años.

—Perdona. —Retiro la silla hacia atrás rechinando y corro al servicio.

Me apoyo en el lavabo, sujetándome sobre la cerámica, y tomo aire con respiraciones lentas y profundas. En el espejo rayado veo reflejada mi cara de

ansiedad. El padre de Charlie está muerto. Anna es la hermanastra de Charlie. ¿Cómo decirle que ha perdido a otro miembro de su familia? Abro el grifo del agua fría y cojo el líquido con la mano. Se me cae por la barbilla y me la seco con la manga.

—¿Te encuentras bien? —Anna ha venido a buscarme.

—Sí —contesto a su reflejo. Tiene un cierto parecido con Charlie. No sé por qué no lo había visto antes. Su pelo es de un rubio más oscuro, y no es tan alta como ella, pero los ojos son del mismo verde.

—Bueno, ¿y tú quién eres?

Cierro el grifo, me seco las manos con una toallita de papel y me planteo mentirle, pero no se me da muy bien.

—Paul, tu padre, también era padre de mi mejor amiga, Charlie.

—No comprendo...

—Charlie es, era, tu hermanastra.

—¿Era?

—Será mejor que nos sentemos.

Tardo un rato en hablarle a Anna sobre Charlie y Lexie. Al principio voy despacio, contándole cómo se conocieron Paul y Lexie. Anna me hace alguna pregunta, pero la mayor parte del tiempo escucha en silencio: pálida, con el ceño fruncido. Le explico que Charlie creció sin saber quién era su padre, que siempre sintió que le faltaba una pieza. Anna se suena la nariz y se enjuga los ojos.

—¿Intentó encontrarle?

—Quería hacerlo. Lexie se disgustó.

—¿No quiso ayudarla?

—No.

—Menuda cabrona.

—Creo que tenía sus motivos. Pensaba que era lo mejor.

—¿Qué motivo podía tener para separar a una familia?

—No lo sé. —Me reacomodo en la silla—. Probablemente no supiera que tú existías.

Frunce el ceño.

—En fin, háblame de ella, de mi hermana.

Y lo intento. Al principio, titubeo: palabras como «preciosa», «graciosa» o «increíble» son demasiado genéricas, no captan la esencia de Charlie.

Le hablo sobre nuestra época en el colegio, nuestro proyecto de historia sobre mujeres poderosas e inspiradoras. Charlie se metió los embudos para hacer mermelada de la abuela en la mochila y al día siguiente se presentó en el colegio

con un sostén cónico de fabricación casera, proclamando a Madonna como la mujer más influyente del mundo. Hablo hasta que me duele la mandíbula y la garganta.

El camarero se lleva nuestras bebidas frías y vuelve con un paño para limpiar la mesa. Retira los restos de la merienda y se mete el trapo en el bolsillo del delantal.

—Vamos a cerrar.

Miro mi reloj.

—Son las cuatro y media. No puedo creer que hayamos estado tanto tiempo aquí.

—¿Qué tal está el pub al final de la calle? ¿Quieres ir a beber algo y cenar pronto? Me apetece mucho que me cuentes más cosas sobre Charlie.

—Me encantaría. Nunca he comido allí, suelo ir al Hawley Arms, al lado del parque, pero seguro que está bien. Voy a escribir un mensaje a mi novio para decírselo.

—Ah, déjale que espere. —Anna me coge del brazo y vamos hacia la puerta. No deja de hablar mientras atravesamos el pueblo, y me alegro de no estar sola. Aún noto el miedo de anoche cuando me persiguieron esperando bajo mi piel, listo para dispararme el pulso y hacer que me hierva la sangre. No sé quién era e intento ignorar la idea de que pueda volver, pero, por mucho que la aparte, de nuevo se cuela dentro de mí.

El pub está tranquilo. La moqueta de rayas desgastada se pega a la suela de nuestros zapatos mientras caminamos con paso pesado hacia una mesa de madera desconchada junto al rincón. Se tambalea cuando dejo el bolso encima, y meto varios posavasos bajo una pata para calzarla. Hay una pizarra con el menú colgada detrás de la barra y la miro entornando los ojos.

—¿Quieres que pidamos? —La camarera se acerca a nosotras, con el cuaderno preparado y el boli masticado en la mano. Tiene las comisuras de los labios manchadas de tinta negra. Su camisa mugrienta que un día debió de ser blanca se ve tirante a la altura de los botones.

—Para mí lasaña con patatas fritas, por favor.

—Y una ensalada de pollo para mí —añade Anna.

Me doy cuenta de que mis muslos se despliegan sobre la silla y me cubro el regazo con una servilleta de papel.

—¿De beber?

—¿Una copa de vino? —me atrevo a proponer.

—Qué demonios, nos merecemos una botella. ¿Blanco?

—Perfecto.

—Voy un segundito al baño.

Aprovecho la oportunidad para mirar el móvil. Hay varios mensajes de Dan, cada uno más frenético que el anterior. Le tranquilizo diciendo que estoy bien. Que Anna es un encanto, no una asesina con hacha.

La camarera deja con un golpe sobre la mesa una botella de vino blanco de la casa tibio y dos copas. Sirvo, pero, antes de dar el primer sorbo, suena mi teléfono. Otra vez un número desconocido. Cuando contesto, el tono de llamada me atruena el oído. Miro a mi alrededor en el pub, silencio el móvil y lo meto en el bolso.

—¿Qué tal está el vino? —Anna vuelve a sentarse deslizándose en su asiento.

Le doy un sorbo y hago una mueca.

—Si no tienen vinagre para las patatas fritas esto me servirá perfectamente.

—¿Tan rico está? —Anna se ríe.

—¿Qué le sucedió a tu padre? Aunque, si es demasiado doloroso hablar de ello, lo entiendo.

—No pasa nada. Ocurrió hace mucho. —Anna da vueltas a su copa—. Nos íbamos de vacaciones y yo estaba emocionada por ir a ver el mar. Mamá compró un paquete de ositos de gominola para el viaje. A mí me encantaban los naranjas; les arrancaba la cabeza y luego iba bajando. Por supuesto, comí demasiados y empecé a tener náuseas. Mamá me dijo que tomara el aire. Saqué la cabeza por la ventanilla como un perro y me empecé a encontrar mejor, pero de repente oí un zumbido. Creí que se me había metido una abeja en la oreja. Sacudí la cabeza y grité. Papá se volvió para ver qué pasaba y eso es lo último que recuerdo. Aparentemente invadió el carril contrario y chocamos de frente contra otro coche. Mamá y papá murieron al instante. —Anna baja la cabeza y extendiendo la mano sobre la mesa para cubrir la suya—. Solo tenía nueve años. Me culpé a mí misma: si no hubiera comido tantas chucherías; si no hubiera abierto la ventana; si no hubiera gritado. Ojalá hubiese dejado que me picara la abeja.

—¿Perdiste a tus padres a la vez?

—Sí. Como Annie, la pequeña huérfana. Esa soy yo también. Solo me hace falta tu pelo pelirrojo y podría cantar lo de que el sol brillará mañana. —Me da una palmadita en la mano y sonrío irónicamente.

La camarera nos pone los platos delante. Un charco de grasa amarilla rodea la lasaña. Anna se lleva trozos de ensalada a la boca mientras yo empujo las patatas por mi plato.

—¿Dónde fuiste a vivir después?

—¿Te parece que hablemos de algo más alegre? Dejemos la historia trágica para otro día.

Doy un trago a mi vino, agradeciendo el sabor agrio que desvía mi atención de la dolorosa tristeza que amenaza con sobrecogerme.

—¿A qué te dedicas? —pregunta Anna.

—Trabajo en una guardería. Me encanta. ¿A ti te gustan los niños?

—No. —Anna echa un chorro de vino en mi copa—. Tienes suerte de hacer algo que te gusta. Yo estoy trabajando de secretaria y lo odio.

—¿Por qué?

Su rostro se retuerce.

—Digamos que tengo razones para llamar a mi jefe «el pulpo».

—¡Qué horror! ¿No puedes denunciarle?

—Es una empresa pequeña. Ya surgirá otro trabajo. No es precisamente vocacional. Tampoco crecí soñando con tomar notas para un hombre de mediana edad mientras él babea por mi blusa.

—¿Qué querías ser?

—Pensé en hacerme enfermera. Sería genial ayudar a la gente que sufre un accidente, ¿sabes?

Asiento.

—¿Y qué te detuvo?

—El dinero, supongo. Cuando cumplí los dieciséis tuve que empezar a mantenerme sola.

Seguimos hablando, y pienso en lo distinta que podría haber sido mi vida. Llegado un punto, cuando la camarera ya se ha llevado los platos, extendiendo la mano para apretar la de Anna, pero una carta de postres cae de golpe entre nosotras.

—¿Y bien?

—Para mí, café solo —dice ella.

Pienso en mis muslos y me contengo para no pedir pudín de *toffee*.

—¿Tienen chocolate caliente?

La camarera suspira.

—No.

—Entonces un té, gracias.

Tomamos a sorbitos nuestras bebidas apenas calientes de las tazas desconchadas y pago la cuenta.

—La próxima vez, pago yo —dice Anna.

—Eso sería muy amable. Espero que el día de hoy no te haya removido demasiado.

—Tengo muchas cosas que asimilar, perder a una hermana que nunca supe que tenía. A veces me siento muy sola. La idea de que podría haber tenido una hermana, una familia... —Se encoge de hombros—. Aunque tengo la sensación

de que he encontrado una amiga.

—Yo también. ¿Te gustaría venir a cenar a casa la semana que viene? Te puedo enseñar fotos de Charlie. Y así conoces a mi novio, Dan.

—Estaría genial, gracias. —Nos despedimos con un abrazo y Anna se va paseando de un modo que me recuerda a la hermanastra a la que nunca conoció. Me pregunto qué pensará Dan de ella. ¿Le recordará también a Charlie? Y si es así, ¿es un riesgo invitarla a nuestro hogar?

La oscuridad cubre el pueblo como un manto. Han apagado una de cada dos farolas, y la calma del domingo por la noche está impregnada de negrura. Las familias se apiñan delante de sus chimeneas, en torno a los televisores, digiriendo el pudín de Yorkshire y pensando en el lunes. Camino con paso enérgico y me detengo al notar un zumbido en mi bolso. Mi teléfono vibra. Dan debe de estar impacientándose; he estado varias horas fuera. Es un número oculto pero lo cojo, «¿dígame?». De nuevo el sonido de una respiración al otro lado de la línea. Traga saliva. Se sorbe la nariz. Cuelgo y la pantalla se ilumina casi de inmediato con otra llamada entrante. Un motor ronronea detrás de mí. Un coche se acerca muy, muy despacio y me escondo tras el muro de la iglesia, conteniendo casi la respiración mientras pasa lentamente. Me parece que pasa una eternidad hasta que el sonido se debilita y me vuelvo a erguir golpeando los pies adormecidos contra el suelo. Al levantarme, veo un destello rojo desaparecer por la esquina, pero no estoy segura, y corro lo más rápido que puedo en dirección contraria, sin parar hasta que llego a casa.

AHORA

Normalmente, el sonido del despertador me arranca de un sueño inducido por medicamentos. Pero esta mañana no. La emoción me ha despertado pronto. Es jueves. Anna viene a cenar.

—¿Estás dormido? —susurro.

—Ya no. —Dan se cubre la cabeza con la almohada.

—Esta noche volverás puntual, ¿verdad?

—Sí. Tranquilízate. Solo es la hermana de Charlie. No la maldita reina.

Hermana. Me abrazo a la palabra, tan agradable como el forro polar de Dan que llevo para estar por casa. Anna y yo llevamos toda la semana mandándonos mensajes. Dan suspira cada vez que cojo mi móvil, pero ya siento un vínculo fuerte con ella. Aunque por supuesto no sustituye a Charlie, sí es algo nuevo, un comienzo. Me levanto de la cama, me ducho y visto a velocidad olímpica, bajo dando brincos al piso de abajo y con una pirueta entro en el salón.

—¿Qué cocino? —le pregunto a Charlie, que me sonrío desde el marco de plata encima del piano.

Un brillante resplandor amarillo inunda la cocina. Las finas cortinas que me hizo la abuela no pueden contener el primer sol de la mañana. Las abro con un movimiento rápido y los pájaros cantan sus buenos días. Todo el mundo está feliz hoy. Mittens ronronea, frotando su cara contra mis piernas, mientras le cambio el agua y pongo una ración de carne en su cuenco, con algunas galletitas por encima.

Hojeo varios libros de recetas mientras me llevo cucharadas de crema de avena a la boca y noto el dulzor de la miel en la lengua. Garabateo una lista y hago cosas por la casa, poniendo bien los cojines y volviendo a doblar las colchas. Todavía es pronto. Si me doy prisa, puedo pasarme por el supermercado Waitrose de camino al trabajo.

Me inclino hacia delante y aprieto el botón de seguridad con la nariz. Me tiemblan los músculos de los brazos por el peso de la compra y las asas de las bolsas de plástico se me están clavando en las palmas de las manos.

—¡Madre mía! —Lyn abre la puerta del todo y entro como un vaquero, moviendo una cadera tras otra.

—Gracias. No quería soltar todo esto para buscar la llave. —Avanzo con dificultades hasta la sala de profesores, dejo las bolsas en el suelo y me masajeo las marcas de las manos.

Lyn arquea una ceja al ver la montaña de comida y vino desparramada sobre el suelo de linóleo.

—¿Estás segura de que has comprado suficiente?

—Anna viene a cenar —digo, como si pudiera olvidarlo. Llevo toda la semana hablando de ello exclusivamente—. No me atrevo a dejar esto en el coche todo el día. No quiero envenenarla.

—Desde luego no en vuestra primera cena. Probablemente haga más frío fuera que en la nevera. —Lyn recoge una botella de chardonnay al verla rodar por el suelo—. Espero que los de la oficina de inspección de centros educativos no vengan hoy a hacer una visita sorpresa. ¿Cuánto alcohol has comprado?

—Solo tres botellas. Tenía que comprar tinto, blanco y rosado, y un poco de zumo de naranja por si no quiere beber, y agua con gas por si no le gusta el zumo. También he comprado café del bueno, y tés de hierbas, y chocolates con menta para después de cenar, aunque estoy segura de que ni los tocará. ¿Te he dicho lo delgada que está?

—Varias veces.

Me arrodillo delante de la diminuta nevera de profesores y Lyn me pasa una bolsa de ensalada. Tengo que pinchar el plástico para que quepa.

—Rúcula. Muy elegante. Oye, Grace, sé que esto significa mucho para ti, pero, en serio, si se parece lo más mínimo a Charlie, tampoco querrá numeritos. Una bolsa de patatas fritas y una cervecita bastarán.

Me apoyo en los talones, cogiendo una caja de velas plateadas.

—Dan dice que me comporto como si viniera a cenar la reina.

—Es normal que quieras caerle bien, que busques esa conexión con Charlie, pero todos te queremos tal y como eres. Si le das a Anna la oportunidad de conocerte, ella también lo hará. —Lyn desempaqueta cuatro cuencos poco profundos de vidrio—. ¿Qué dulce vas a poner en estos?

—Son lavamanos. Vamos a tomar pan de ajo. —Levanto un limón suelto—. ¿Es demasiado?

—Demasiado es poco. ¿Y por qué no metemos una rajita de limón en ginebra y nos relajamos un poco?

—¿Deberíamos esperar hasta la comida o lo compartimos con los niños?

—Te apuesto a que unas cuantas madres agradecerían un *gin-tonic*. Aunque probablemente no tan temprano. —Lyn mira su reloj—. Es hora de abrir. Tú

termina de ordenar esto, cocinillas, que yo voy a quitar el cierre a las puertas.

Metó una botella de vinagre balsámico en la puerta de la nevera, pensando que debería haber comprado un tarro de mayonesa Hellman's en su lugar.

Me pinto la cara de tigre para los niños y paso el día rondando y lanzándome sobre ellos. Cuando se marcha la última madre, estoy exhausta. Mientras estoy colocando los juguetes otra vez en sus cajones de colores junto a la pared, Lyn entra en el aula con mis compras perfectamente metidas en bolsas.

—Eh, tú, Rayitas. Ya termino yo. Vete a casa a planchar las servilletas.

—El mayordomo debería haberlo hecho ya. —Me pongo el abrigo y saco del bolsillo las llaves del coche—. Gracias, Lyn. Te lo agradezco mucho.

—Espero que vaya bien. Si no, aquí llevas suficiente vino para ahogar tus penas.

—Y una tableta de chocolate tamaño emergencia. Te veo mañana. —Con las asas de las bolsas dibujando nuevos surcos en mis manos, salgo afanosamente hacia el coche.

Todo está listo. Las velas recién encendidas silban y titilan antes de que la llama se haga alta y fuerte, mientras las lucecitas decorativas parpadean alrededor de la ventana del salón.

—¿Puedes abrir el vino? —le digo a Dan.

El corcho sale rechinando y ¡pop!

Suena el timbre y corro a la entrada, sonriendo alegremente al abrir la puerta. No hay nadie. Doy un paso hacia delante.

—¿Anna?

La calle está oscura. Silenciosa. Me estremezco y cierro la puerta.

Lleno un vaso de agua y me trago media pastilla. Es solo que estoy nerviosa. Cualquiera lo estaría. El olor a ajo y albahaca despierta un profundo ronroneo en mi estómago: a estas horas normalmente ya hemos cenado. Miro en las listas de música clásica de mi iPod y acabo decidiéndome por *Islands*, de Einaudi. Tarareo al son del piano mientras vuelvo a sacar brillo a los cubiertos. Oigo unos golpes suaves en la puerta y voy a abrir, con el trapo y un cuchillo aún en la mano.

—Caray. ¿Es un barrio chungo?

—Ah, estaba...

—Es broma. Al menos no ha sido un recibimiento cortante...

Anna entra en el recibidor, pone una caja de nueces de Brasil cubiertas de

chocolate en mis manos y se quita unos copos de nieve del abrigo.

—Huele delicioso.

—Espagueti boloñesa. ¿Te va bien?

—Uno de mis platos favoritos.

—Me temo que me he pasado un poco con el ajo.

—No pasa nada. Te aseguro que no soy vampira.

—Ya lo he notado por tu manera de entrar sin que te lo pidiera. —Sonrío. Nuestra amistad ya me resulta fácil. Natural—. ¿Te has cruzado con alguien en la calle?

Señorita Paranoias, que diría la abuela.

—No. Pero había un coche.

Me tenso.

—¿Qué tipo de coche?

—No sé. Creo que era rojo. ¿Por qué, has...? —Anna está hablando; veo su boca moviéndose y oigo los sonidos, pero no entiendo lo que dice. Había un coche. Un coche rojo. Tiene que ser el Corsa del otro día. *Está claro que alguien me sigue.*

—¿Hola? —Anna me pasa una mano por delante de los ojos—. Tierra llamando a Grace.

—Perdona. —Oculto mi miedo con una sonrisa.

—Decía que espero que no me hayas montado una cita a ciegas...

—No. —Intento recordar cómo comportarme—. Ven a conocer a Dan. —La guío hacia el salón. Dan se pone de pie, con las manos en los bolsillos, oscilando de un pie a otro.

—Hola, guapo. —Anna abre los brazos y Dan la abraza a medias, como cuando uno se siente incómodo, con un solo brazo. Se ha puesto una camisa y ha hecho un esfuerzo, pero se ven manchas de sudor en sus axilas. Pobre Dan. No es el tipo de hombre al que le gustan las cenas sociales.

—Mira lo que ha traído Anna. —Tamborileo los dedos sobre la caja.

—Eres alérgica a los frutos secos. —Dan frunce el ceño.

—Lo siento. Yo...

—No te preocupes, Anna. Ha sido todo un detalle. Dan se las comerá. ¿Algo de beber? ¿Una copa de vino?

—Por favor.

—Voy a por ellas. —Dan parece aliviado de tener algo que hacer. La charla trivial no es su fuerte. Un minuto después, regresa con dos copas de vino blanco y le da una a Anna.

—¿Te va bien el blanco? —pregunto—. También tenemos tinto y rosado.

—No se me ha ocurrido preguntar. Lo siento —murmura Dan.

—No pasa nada. El blanco es mi preferido. —Da un sorbo—. Mejor que el aguarrás que nos sirvieron en el pub.

—No podía ser peor. —Arrugo la nariz al recordarlo.

—Bueno, ¿es una grosería preguntarte por qué estás naranja?

Me toco la mejilla. A pesar de que me he frotado con toallitas, la pintura de cara no se ha quitado del todo.

—Hoy he sido una tigresa.

Anna sonrío con picardía.

—Qué suerte, Dan.

El cuello de Dan se pone rojo y se llena de ronchas. Le froto el antebrazo y le hago un gesto para animarle. No sé por qué está tan raro. Deseo de veras que esta noche sea un éxito.

—En fin, estás en tu casa. —Hago un gesto hacia el sofá donde Mittens duerme sobre la colcha de falsa piel que hay colocada en el brazo.

—Tenéis gato.

—Mittens. La tengo desde que era una gatita.

—¿Y Tom y Moppet?

—¿También te gustaban los libros de Beatrix Potter?

—Mi padre solía leérmelos.

Estallan recuerdos en colores psicodélicos. Voy corriendo a la cocina y apoyo la cara sofocada contra la nevera, tratando de enfriar las imágenes de papá y yo en mi cama, riéndonos mientras leíamos la historia de los gatitos traviosos.

—¿Te encuentras bien? —Dan está en la puerta de la cocina—. Ha sido una mala idea. ¿Le digo que se vaya?

—No. Estoy bien —contesto—. Solo cansada y demasiado sensible. Quiero que todo sea perfecto.

Una expresión que no llego a descifrar atraviesa el rostro de Dan y desaparece.

—Está todo bien. En serio. Ve y siéntate con Anna.

—Me quedo y te ayudo.

—Es de mala educación dejarla sola. —Le medio empujo hacia la puerta. No tardo en emplatar la cena, nos hacinamos alrededor de nuestra mesa de bistró, que rechina bajo los cuencos de pasta, pan y salsa, y cenamos apretando los codos al cuerpo.

—Eres buena cocinera —dice Anna—. La salsa está divina. ¿De qué marca es?

—No es comprada. Grace cultiva hierbas aromáticas —contesta Dan—. El jardín es su tesoro.

—Qué buena idea. Yo me alimento a base de ensaladas. Nunca me parece que

merezca la pena cocinar para una.

—Pues estás fantástica. Yo siempre estoy diciendo que necesito perder cinco kilos. Dan está aburrido de oírlo, ¿verdad, Dan?

—Estoy segura de que le gustan las mujeres con curvas, no palos como yo. ¿Qué dices tú, Dan?

—Digo que voy a por un poco de queso. —Con los labios fruncidos, se levanta de la silla. Apenas ha tocado su comida.

—Tiene tacto —comenta Anna.

—Ha aprendido con los años. Cuando nos conocimos no era tan delicado, créeme.

Dan vuelve con un cuenco de parmesano.

—¿Os conocéis desde hace mucho? —La expresión de Anna es socarrona.

Enrosco espaguetis.

—Siglos. Nos conocimos en el colegio. Nuestro primer encuentro no fue muy bien, ¿verdad, Dan?

—¿Por qué?

Dan gime.

—Es una historia que no quieres oír.

—Claro que debe oírla. También está Charlie. —Le cuento los detalles de cuando nos conocimos. Los ojos de Anna se abren de par en par al oír cómo su hermanastra se vengó por mí.

—Dan, Dan, Kétchup Man —farfulla—. ¡Qué gracioso!

Dan se encoge de hombros.

—Solo tenía diez años. Aprendí la lección bastante rápido. No te metas con las chicas.

—No, no deberías. —Anna observa a Dan por encima de su copa de vino.

—Mira. —Le paso a Anna la foto en la que aparecemos Charlie, Dan, Esmée, Siobhan y yo. La hizo Ben fuera del colegio—. Fuimos al parque y nos pareció buena idea quemar las corbatas del uniforme. Teníamos un montón de periódicos y cerillas. Dan encendió el fuego y echó un poco de whisky que había robado del cobertizo de su padre sobre las llamas para avivarlo. Había sido un verano tan seco que el fuego se propagó rápidamente. Las llamas eran enormes. Al final tuvimos que llamar a los bomberos.

—¿Os metisteis en un lío muy gordo?

—Enorme. La policía vino a nuestras casas para contárselo a nuestras familias. Yo estaba muy asustada; hasta entonces nunca me había metido en problemas. El agente era muy serio. Tuvimos suerte de que no nos denunciaran por pirómanos. La escuela infantil no me habría contratado con antecedentes policiales.

—¿Al final quemasteis las corbatas?

—No. Después de eso el momento pasó. Dan y yo seguimos teniendo las nuestras en el armario.

Anna coge el candelabro de plata y lo blande. Las llamas chisporrotean y se derrama cera sobre el mantel.

—Id a por ellas. Terminemos lo que empezasteis.

—Será mejor que le demos un descanso al detector de humo. Ya se ha empleado a fondo hace un rato, cuando se me olvidó el pan de ajo en el horno. ¿Y tú? ¿Tienes un lado salvaje?

—Si lo tuviera, le haría algo debidamente molesto a mi jefe.

—Anna le llama «el pulpo» —le explico a Dan.

—Estoy harta de que intente meterme la mano por la falda o mirarme el escote de la blusa. —Parece asqueada.

Me siento fatal por ella.

—No sé cómo lo aguantas.

—Tengo que hacerlo hasta que me salga otra cosa. —Sus ojos se llenan de lágrimas—. Dices que estoy delgada, pero es que casi siempre estoy demasiado tensa para comer. Me meto en la cama y no puedo dormir, reviviendo el día, todos los movimientos que ha hecho, cada una de las veces que me ha tocado. Me paso la mayor parte del tiempo preocupada por lo que va a pasar, por hasta dónde va a llegar. Mis músculos están siempre tan tensos que tengo un dolor constante en el cuello.

Le paso una caja de pañuelos de papel.

Anna se suena.

—Qué vergüenza. No suelo ser así.

—¿No puedes buscar otra cosa?

—Lo estoy intentando, pero no es fácil. Mis jornadas son largas y él no me deja cogerme horas para poder hacer entrevistas. El alquiler de mi habitación es abusivo. Si pudiera arreglármelas un par de semanas sin sueldo podría encontrar otra cosa. Es muy difícil cuando no tienes familia en la que apoyarte.

Le aprieto la mano.

—Ahora nos tienes a nosotros. Eres la hermana de Charlie y debes pedir ayuda si la necesitas, ¿verdad, Dan?

Dan gruñe, coge la botella vacía de la mesa y sale de la habitación. Las lágrimas siempre le incomodan.

—¿Podría quedarme con vosotros? La verdad, no puedo volver a mirar a la cara a ese tipo asqueroso. Sería solo una o dos semanas, mientras busco otra cosa. Esto está más cerca de Oxford que donde vivo ahora. Será más fácil para hacer entrevistas. Quiero estar más cerca de ti. Saber más cosas de Charlie. Ya

empiezas a ser como mi familia.

Dan hace ruido con los platos en la cocina.

—Claro que sí —contesto—. Será divertido. Es un placer ayudarte. —Pero esa no es la única razón por la que quiero que se instale en casa: la sensación de que me observan es cada vez mayor, especialmente después de ver el coche rojo en la calle. Sin embargo, no puedo admitir que me asusta estar sola, ni siquiera a mí misma. Si Anna está aquí y Dan sale no estaré sola y no tendré miedo. Estaré a salvo, ¿no?

ENTONCES

El calor del fuego nos empujaba hacia atrás y contemplamos de lejos cómo escupía y crepitaba. A Charlie no le gustaba acercarse. Siempre decía que le daba demasiado miedo desde que una vez se quedó atrapada en un incendio, aunque Lexie aseguraba que se lo estaba inventando. Yo veía terror en sus ojos al mirar las llamas; ese miedo tenía que venir de alguna parte. Guy Fawkes [\[5\]](#) caído, rodeado de troncos ardiendo, con la cabeza colgando ladeada, destruido por la culpa, resignado ante su destino. Las llamas lamían sus pies mientras la multitud vitoreaba al ver cómo prendían sus pantalones.

—¿Perrito caliente? —Charlie me tiró de la manga.

Asentí y nos abrimos paso a empujones entre la muchedumbre —casi todo el pueblo se había reunido en el parque para ver los fuegos artificiales de cada año — y nos unimos a la cola de la furgoneta. La salchicha chamuscada estaba cubierta de cebollas y le eché un zigzag de ketchup encima.

—¿Coca-Cola?

Charlie negó con la cabeza.

—Vamos a la carpa de cervezas.

—Mike no nos servirá ni de broma. —El dueño del pub del pueblo ya nos conocía.

—Yo ya tengo dieciocho.

—Yo no. —Todavía me quedaban diez días para poder beber legalmente.

—No te queda casi nada. Yo las compro; espera fuera. Hay tanto barullo que no se dará cuenta. Y luego vamos a buscar a los demás.

—Vale. —La seguí de cerca mientras esquivábamos a niños escribiendo su nombre en el aire con bengalas. No quería que Siobhan viniera esa noche. Cada vez que estaba con nosotras, yo quedaba en segundo plano, perdida entre su risa falsa y sus movimientos de pelo mientras le arrimaba las tetas a Dan a la mínima oportunidad. Mis pechos estaban creciendo, pero con ellas el resto de mi cuerpo. Había empezado a falsificar cartas de la abuela a mi profesor de gimnasia, diciéndole que tenía una rodilla mal para no tener que hacer deporte ni cambiarme ante la mirada de desprecio de Siobhan. Estaba muy delgada. Y su hermana también era una cabrona. Cuando me cruzaba con Abby por el pasillo

del colegio ella bajaba la vista y pasaba corriendo, pero si iba con Siobhan se mostraba desafiante.

Llegamos a la carpa de cerveza y me comí lo que quedaba de perrito caliente, me chupé los dedos y volví a ponerme los guantes.

Charlie se abrió paso hacia la barra y me quedé a la entrada de la carpa, golpeando los pies contra el suelo. El aire era cortante y con cada respiración formaba ante mí nubes de vaho. Mientras esperaba, contemplaba las ruedas de fuego de Santa Catalina que habían clavado a la cerca. Giraban más y más deprisa hasta convertirse en una mancha azul y dorada, soltando chispas sobre el cielo como estrellas fugaces.

—¡Gracie Grace!

Me asusté al notar dos brazos rodeando mi cintura. Noté una respiración rancia y cálida en la nuca.

—Lexie.

—Este es Ant. ¿Verdad que es guapo? —Soltó una risilla y acarició la cara sonrojada del jovencito que estaba a su lado. Trabajaba detrás del mostrador del supermercado Co-op y no sería mucho mayor que yo. Lexie me rodeó los hombros con su brazo, derramando cerveza de su vaso de plástico sobre mi bufanda. Intenté limpiarla con el guante.

—Esta es Grace. ¿Verdad que es preciosa? Esta nunca me ha dado problemas. —Lexie se tambaleó y cambié de postura para no caernos.

Ant se encogió de hombros.

—No te encojas, *jodío*. —Lexie intentó erguirse, pero se mecía como un árbol en el viento—. Es preciosa, esta Grace. Y buena como el oro.

—¿Y yo no? —dijo Charlie encajándome un vaso de sidra. Me aparté de Lexie. Perdió el equilibrio y cayó a la hierba cubierta de escarcha, aferrándose a su cerveza.

—¡Toma ya! Ni una gota. —Se quedó tumbada de espaldas, levantó la cerveza y agitó las piernas en el aire como una mosca moribunda.

—Mamá —bufó Charlie—. Te está viendo todo el mundo.

Lexie cogió la mano de Charlie y se puso de pie a duras penas. Ant murmuró algo y se marchó.

—Muy bien, lárgate. De todas formas, no me gustas. Eres un niño; yo necesito un hombre. ¿Alguna oferta? —Lexie alzó su copa, se giró y acabó despatarrada contra el lateral de la carpa de cerveza. Las piquetas se salieron del suelo endurecido dejando las cuerdas ondeando con la brisa. Charlie y yo soltamos nuestros vasos, la cogimos cada una por un brazo y volvimos a levantarla.

—Tengo que llevarla a casa.

—Voy contigo.

La multitud iba menguando conforme llegábamos al extremo del parque. A lo lejos se veía la silueta de Siobhan, Abby y Esmée, y a medida que se acercaban mi mandíbula se tensó.

—¿Os vais? —preguntó Esmée.

—Sí, tengo que llevar a mamá a casa.

—¿Quieres ayuda? —dijo Siobhan.

—No, entre Grace y yo podemos.

—Claro, Grace te ayudará más; es mucho más grande que yo.

—No seas mala. —Esmée le dio un codazo en las costillas.

—No lo estaba siendo. Quería decir que es más fuerte, eso es todo. En fin, mejor dejar que os vayáis.

Avanzamos unos pasos tambaleándonos con Lexie.

—Ah, ¿Grace? —Me volví. Siobhan me miraba con una sonrisa amenazadora—. Le daré recuerdos a Dan de tu parte.

—Cerde —murmuré.

—Ignórala —dijo Charlie, mientras se alejaban—. Ya me estoy cansando de ella. Se le deben de estar congelando hasta las tetas con esa minifalda. De todas formas, Ben dice que a Dan no le gusta.

—¿De verdad? —Charlie y Ben iban en serio. Ya empezaba a imaginármelos saliendo a cenar en pareja con Siobhan y Dan, mientras yo me quedaba en casa con mi pijama de rayas viendo *Bridget Jones* por enésima vez y atiborrándome de Pringles de crema agria.

El paseo de quince minutos hasta casa de Charlie duró casi media hora, porque Lexie no paraba de dar tumbos hacia delante y tambalearse hacia atrás. Cuando llegamos, los brazos me dolían del esfuerzo para mantenerla de pie.

Charlie apoyó a su madre contra la puerta de entrada.

—Coge la llave, Grace.

Levanté a Brian el Gnomo. Unos años antes, la abuela había llevado a Charlie a un almacén de jardinería para elegir un regalo de cumpleaños para Lexie. A ella no le entusiasmaban las plantas y las flores —«Con todo el coñazo de desbrozar»— pero Charlie se había enamorado de la figurita del pescador. Al abrirlo, Lexie había explotado de risa: «Es tan feo el *jodío* que nadie nos lo robará». Desde entonces era el guardián de la llave de repuesto de la entrada.

Charlie subió los escalones lentamente de espaldas, tirando de su madre por ambas manos mientras yo iba detrás, sujetando su espalda y empujándola hacia delante.

—Lo siento —farfulló Lexie sobre la almohada mientras yo le quitaba los zapatos.

—No pasa nada, mamá. —Charlie la tapó con el edredón hasta la barbilla.

—Mi niña, toda una adulta. Ojalá no lo fueras. Ojalá fueras pequeña todavía.
—El rímel le corría a riachuelos por las mejillas.

—Duerme, mamá.

—Mi vida es un desastre.

Rebusqué en mis bolsillos y encontré un pañuelo de papel bajo un paquete de caramelos de menta a medio comer. Estaba limpio. Lo desdoblé y se lo di a Lexie.

Se sonó.

—Yo no quería. No sé cómo arreglarlo. Tú sabes lo que es cometer un error, ¿verdad, Gracie?

—Mañana todo estará bien.

—No lo estará. No es posible. No debería...

Se quedó con la boca abierta. Charlie y yo nos miramos asustadas, pero entonces soltó un ronquido que le hizo temblar la mandíbula.

—Menos mal. —Charlie apagó la luz y bajamos sigilosamente al piso de abajo.

—¿Quieres volver al parque?

—No. Será mejor que me quede cerca de mamá. ¿Quieres verlos desde el jardín?

Asentí. Cogimos unas latas de Stella de la nevera, salimos y nos sentamos con las piernas colgando del muro de ladrillo medio derruido.

Exclamábamos de asombro cada vez que un trazo llameante de luz atravesaba el cielo y estallaba en millones de partículas de oro y plata, como si alguien arrojara puñados de purpurina al aire. Y también al ver el sinfín de colores que dibujaban ondas por el cielo, explotaban y se desvanecían en la oscuridad.

—Ojalá yo fuera un fuego artificial —dijo Charlie.

—¿Por qué?

—Para estallar y desaparecer de aquí.

—¿Qué te pasa? —Di el último trago a mi cerveza y aplasté la lata.

—Es mamá. No sé qué le pasa. Lleva casi un mes así.

—¿Borracha?

—Prácticamente las veinticuatro horas. —Charlie golpeó el muro con los talones haciendo caer escayola seca al suelo.

—¿Por qué no me lo has contado?

Charlie se encogió de hombros.

—Supongo que me daba vergüenza. Ha dejado de salir y tiene las cortinas cerradas todo el tiempo. El lunes se vomitó encima. Tuve que lavarla en la ducha. Fue asqueroso. Pero no quiero estar quejándome todo el rato. Tampoco es que tú lo hayas tenido fácil, ¿no?

—No, pero también tienes derecho a tener problemas. ¿Por qué crees que lo hace?

—No lo sé. Pasa por fases.

—Ha dicho algo de tus dieciocho. Puede que tenga miedo de que te vayas de casa. La abuela está igual. Cree que me iré a la universidad después del bachillerato y que me olvidaré de ellos. Teme que no volverán a verme.

—Puede. A lo mejor le gustaría seguir estando con mi padre. Sea quien sea.

—Charlie se bajó de un salto; sus zapatillas golpearon el hormigón gris—. ¿Quieres que vayamos a buscar a los chicos?

—¿Y tu madre?

—Ah, que se ahogue. Me da igual —dijo Charlie. Pero yo sabía que no era así, y en cuanto el ruido de los fuegos artificiales desapareció y lo sustituyeron unos gritos atormentados, subió las escaleras corriendo a ver a su madre.

AHORA

No hay nada como despertar y oler a beicon. Desayunar en la cama siempre es un placer. Me incorporo al oír el crujido del escalón suelto en lo alto de las escaleras y la puerta del dormitorio rechina al abrirse. Siento legañas arenosas en el borde de los ojos y me las quito. Muevo las almohadas, apilándolas en horizontal detrás de mi espalda, y me reclino, con las manos en el regazo, como si estuviera en el hospital y ella viniera a visitarme.

—Buenos días. —Anna lleva puesto mi delantal. La vajilla tintinea al darme la bandeja—. He pensado en causar buena impresión mi primera mañana aquí.

—Pues lo has conseguido. —Le doy un trago al zumo de naranja. El intenso sabor cítrico se lleva mi somnolencia.

—El beicon está crujiente —dice Anna—, el pan poco tostado y lleva mucha salsa HP. El té está dulce y con leche.

—Justo como a mí me gusta.

—Lo sé. Se lo he preguntado a Dan antes de que se marchara a entrenar.

Anna se sienta al borde de la cama mientras le doy un mordisco al sándwich. El sabor salado del beicon se mezcla con el dulzor de la salsa.

—Qué rico está. Gracias.

—Es lo menos que puedo hacer. Te agradezco tanto que me hayas dejado quedarme aquí. Los últimos meses ya solo me parecen una pesadilla.

Sigo comiendo mientras Anna observa detenidamente los libros sobre mi mesilla.

—*Mujercitas*. ¿Son todas bajitas?

Me río.

—¿No lo has leído?

—No. El último que he leído es *Cincuenta sombras de Grey*.

—Es un poco diferente. Trata de unas hermanas. La mayor, Jo March, es mi heroína. Es muy fuerte.

—Como tú, Grace. No habrá sido fácil perder a tu mejor amiga. —Anna hojea la novela antes de dejarla en lo alto de mi interminable montaña de libros por leer. Se desequilibran y caen al suelo, arrastrando las pastillas que repiquetean dentro del frasco.

—Perdona. —Las coge.

—Somníferos —digo, aunque no me lo ha preguntado—. Desde que Charlie murió no duermo bien.

—¿Funcionan?

—Demasiado. Si no fuera por Dan, la mitad de las veces no oiría el despertador. Al médico no le gusta recetármelas. Dice que debería probar con antidepresivos.

—Pero el dolor no es una enfermedad, ¿no? —Su rostro se arruga—. No mejoras como si fuera varicela. Hace años que no veo a mis padres pero todavía quiero contarles todo lo que pasa, sea bueno o malo. Me olvido de que ya no están aquí. Cuando me dijiste que podía venirme a tu casa, pensé que tenía que decirles a mamá y a papá lo maravillosa que eres. Qué estupidez, ¿verdad?

—Me parece normal. Es muy difícil hacerse a la idea de que hay personas a las que no volveremos a ver. Nuestra mente lo bloquea.

—Yo me acuerdo cuando duermo. —Anna se sienta en el borde de la cama y baja la cabeza de modo que se toca el pecho con la barbilla—. Todavía tengo pesadillas sobre el accidente. El funeral. Hasta el día de hoy.

Trago el último bocado de sándwich. Se me queda atascado en la garganta seca y lo empujo con un sorbo de té.

—Perdona, pero debería levantarme. Esta mañana tengo que salir.

—¿Salir?

—Sí, lo siento. De haber sabido que estarías en casa no habría quedado, pero le prometí a Lexie que la llevaría a ver la tumba de Charlie.

—¿Lexie? ¿La madre de Charlie?

Asiento.

—Voy contigo. Quiero conocerla.

Dudo.

—Me gustaría conocerla. Es la madre de mi hermanastra. Y también quiero ver dónde está enterrada Charlie.

—Por supuesto —digo—. Y te llevaré al cementerio, pero hoy no. Lexie está frágil. No lo está llevando bien. No sabe que existes.

—Puede que la anime. Un vínculo con Charlie.

—Puede, pero necesito hablarlo con ella antes. Prepararla. No puedo presentarme allí contigo sin más.

Anna se muerde el labio inferior. Una sombra atraviesa su rostro.

Le toco el brazo.

—Lo siento. Volveré antes de las doce. Sacaré unos álbumes y podemos tener tarde de chicas.

—Vale. —Anna recoge la bandeja—. De todas formas, yo tengo que deshacer

la maleta.

La verdad es que nunca he identificado los cementerios con la muerte —mis abuelos me protegieron todo lo que pudieron—, pero al entrar en el camposanto siento un repentino mareo pensando en todos esos cuerpos. Este es el lugar donde solíamos corretear Charlie, Esmée, Siobhan y yo, trepando a los árboles y haciendo cabañas, y siento una especie de vergüenza por haber sido irrespetuosas; no hacia los muertos, sino hacia las personas que los lloraban alrededor de las lápidas, con una expresión desconcertada en sus rostros demacrados. ¿Qué pensarían de aquellas cuatro niñas gritonas, entrando y saliendo de entre los arbustos, jugando al escondite?

Pongo mi mano sobre el codo de Lexie para guiarla por el sendero cubierto de escarcha, como si estuviera ciega, y avanzamos entre losas musgosas del pavimento, con la mirada clavada en el suelo, sin querer ver el dolor de nadie más. Pasando las lápidas con fechas grabadas, demasiado desgastadas como para descifrarlas, hay un rectángulo grande lleno de cruces y placas relucientes en memoria de los fallecidos más recientemente. Me sorprendió que Lexie quisiera que enterraran a Charlie aquí; no sabía que hubiera tenido una educación cristiana. Pero la iglesia ya estaba superpoblada y solo pudo ofrecerle enterrar las cenizas.

La mano huesuda de Lexie se agarra a mi brazo y le doy una palmadita. No hay nada que decir, ninguna palabra lo hará más fácil. Me gustaría decirle que la primera visita es la peor, pero no puedo, no es verdad. El jarrón de plástico negro que rellené la última vez está a rebosar de agua estancada y rosas rojas marchitas, y al cogerlo caen hojas marrones delante de mí. Las compré hace solo una semana; hago una nota mental de no volver a traer rosas.

—Vuelvo en un minuto. —No sé si Lexie me ha oído. No parece darse cuenta de que me voy.

Hay una papelería amarilla para tirar las flores viejas detrás de la iglesia. La tapa no se cierra del todo y pongo las rosas encima, demasiado recelosa de las espinas como para empujarlas hacia abajo. Me agacho a aclarar el jarrón bajo el grifo exterior, y vuelvo a llenarlo de agua fresca. Al enderezarme, veo una figura en lo alto del descuidado sendero: lleva un abrigo acolchado negro y el rostro cubierto con la capucha.

Hay cientos de abrigos negros en el mundo. Intento razonar diciéndome que probablemente no sea la persona que me observaba desde enfrente de la cafetería, pero me quedo clavada en el sitio. Sin saber qué hacer. La figura está inmóvil y, aunque no puedo ver su cara, siento que me mira directamente. No sé

si ir a su encuentro o salir corriendo. Noto que lleva un ramo de flores colgando de una mano. Está visitando una tumba.

Posiblemente unos segundos más tarde —aunque me parecen minutos— la figura suelta las flores, da media vuelta y baja corriendo por el sendero hacia la verja. Espero a recobrar la compostura y vuelvo con Lexie.

Sigue en el mismo sitio donde la dejé, agarrando con fuerza un ramo de claveles rosas. La ayudo a soltarlos y los meto en el jarrón lo mejor que puedo, porque es demasiado estrecho.

—Ahora parece mucho más alegre —miento. La tumba sigue siendo inhóspita y oscura como el vacío que Charlie ha dejado.

—Gracias por traerme, Grace. —La voz de Lexie suena débil y apagada, tengo que inclinar la cabeza para oírla—. No merezco tu bondad.

—Claro que sí.

—No. He sido terrible. Todo es un desastre. —Se aprieta los puños contra los ojos como si pudiera cambiar la escena que tiene delante—. No había venido desde el funeral. Es horrible.

Asiento. Lo es. Unas pocas palabras sobre una piedra incolora no me consuelan. ¿Cómo iban a hacerlo? Charlie no está. Mi mente lógica lo sabe, pero aun así vengo cada semana, temiendo que crea que la he olvidado si no lo hago.

—¿Quieres ir a casa?

—No. —Las lágrimas de Lexie caen por sus pálidas mejillas—. ¿Podemos ir a tomar una copa?

—Solo una —le digo, pero una se convierte en dos, tres, cuatro, y, cuando la dejo en casa, son casi las cuatro de la tarde.

La casa huele a consuelo. Levanto la tapa de la cazuela y aspiro el olor a sopa casera.

—He utilizado todas las verduras que había en la nevera. Espero que no te importe.

Salto del susto. No la había oído entrar en la cocina.

—Claro. Huele de maravilla. Creía que no sabías cocinar.

Anna lleva el pelo recogido en lo alto de la cabeza; se aparta un bucle suelto detrás de la oreja.

—Sí sé, simplemente no me apetece. Es un placer tener a alguien para quien cocinar. Quiero ganarme el sustento. Me siento fatal por no pagaros alquiler.

—Ni se me ocurriría cobrarte dinero. Eres una invitada. Además, es solo por unos días.

—¿Qué tal Lexie?

—No está bien. —Enciendo el hervidor, saco tazas del armario—. Siento haber vuelto tan tarde. Luego la llevé al pub. Me costó sacarla de allí.

—¿Es habitual?

—A veces. Tiene fases. Charlie decía que una vez Lexie se quedó tumbada en el suelo del salón durante horas; no era capaz de despertarla, pero tenía miedo de dejarla allí.

—Parece una infancia terrible.

—No siempre fue así. Lexie tenía sus momentos, pero cuando la conocí parecía estar bien, y lo estuvo hasta que Charlie cumplió dieciocho. Me sorprendería que recordara algo de lo que pasó aquel año.

—¿Sabes por qué?

—No. —Intento mantener la respiración acompasada. No quiero hablar de aquel año, aún no me gusta pensar en ello, y no solo por Lexie—. Pero luego se reformó, y desde entonces ha estado sobria. Bueno, hasta que murió Charlie...

—¿Y no tiene familia que la ayude? ¿Tías? ¿Tíos?

—No. Lexie se mudó aquí cuando Charlie era pequeña. No tiene familia.

—Te tiene a ti.

—Sí. Y mis abuelos la ayudan. Tienes que conocerlos. Querían mucho a Charlie.

—Parece que todo el mundo la quería. ¿Tienes hambre? —Anna sirve una sopa densa en mi cuenco. Salpica mi falda y la limpio con el trapo, con la esperanza de que no deje mancha.

Tomamos la sopa sentadas a la mesa, cuya superficie está suave y reluciente bajo la luz eléctrica.

—¿Has quitado el polvo?

—Sí. Quería hacer algo útil. No he tardado en deshacer la maleta. Cuando terminemos te enseño lo que he hecho en el jardín. No he usado espray abrillantador para limpiar el piano; parece muy antiguo. No quería dañarlo.

—Era de papá. Él me enseñó a tocar.

—¿Tocas bien? Me encantaría tener talento para la música.

—Tocaba. Hace años que no practico, pero no soporto la idea de deshacerme de él. —Cada vez que miro la banqueta de cuero desgastado es como si sintiera a papá, mi cuerpecito apoyado en su cuerpo grande. Huelo su loción de afeitado de Aramis. Noto sus dedos tocando los míos, guiándome hacia las teclas correctas. Aunque tocara *Estrellita*, ¿dónde estás? o el *Himno a la Alegría*, siempre aplaudía con el mismo entusiasmo.

Una vez aclarados los cuencos y puestos los abrigos, sigo a Anna a través de las puertas francesas hacia el atardecer. Mittens se queda dentro, observándonos, restregando su nariz rosa contra el cristal. Avanzamos en zigzag siguiendo las

piedras del sendero hacia el invernadero. Me detengo. Suelto un grito ahogado. Doy media vuelta en un movimiento lento cubriéndome la boca con la mano.

—¡Mis parterres!

—Estaban hechos un desastre, ¿no? Te los he arreglado. —Anna señala unos arbustos y plantas perennes arrancados del suelo, con las raíces al aire y las hojas retorcidas.

—Anna, ¿qué has hecho?

Me arrodillo, cogiendo las plantas con la misma delicadeza con la que cogería a un niño herido.

—Están muertas, ¿no? —Anna se arrodilla a mi lado—. ¿Grace?

—No están muertas. Has arrancado prácticamente todo. He tardado años en conseguir que echen raíz. —Contengo las lágrimas, diciéndome que solo son plantas, pero añado esta pérdida a todas las demás.

—Pero si no tienen flores, ni color. Parecen malas hierbas.

—Estamos en invierno. Ese es el aspecto que deben tener.

—Lo siento mucho. Yo nunca he tenido jardín. ¿Podemos volver a plantarlas?

—Podemos intentarlo pero el *shock* podría matarlas, si no lo ha hecho ya.

El suelo está duro, con una capa de escarcha que empieza a formarse. Anna apunta con una linterna hacia la tierra sólida mientras yo clavo la horca empujando con un pie y luego con ambos para que se hunda más. Siento un dolor punzante en las lumbares y a pesar del frío rompo a sudar. Cuando oigo la voz de Dan y veo su cuerpo sólido avanzando inclinado hacia nosotras casi lloro de alivio. Le doy la horca agradecida y mientras se agacha sobre el suelo me pongo a hacer hoyos con las manos. En poco rato volvemos a poner las plantas, decaídas y marchitas, en su hogar en la tierra.

Anna sigue disculpándose en un bucle interminable hasta que nos sentamos de piernas cruzadas delante de la chimenea, con un *brandy* en la mano, e insisto en que no se preocupe, y lo digo de verdad.

—Intentabas ayudar. Algún día nos reiremos de esto.

Le cuento aquella ocasión en la que Charlie trató de hacerme una tarta. Pesó cuidadosamente los ingredientes, los metió en el robot de cocina y lo encendió sin poner la tapa. Había masa de chocolate por todas partes. El abuelo tuvo que pintar el techo y las cortinas de la abuela siguen teniendo manchurroneos a día de hoy.

Anna y yo nos reímos, pero Dan se queda aparte, acunando su copa, con una expresión en el rostro que no soy capaz de reconocer. Siento un escalofrío, y no sé bien por qué.

ENTONCES

Mis ojos se abrieron de repente. Por fin estaba aquí el día que nunca pensé que llegaría. *¡Tengo dieciocho años!* Salté de la cama y bajé botando al piso de abajo casi como un personaje de dibujos animados.

—Buenos días.

—Feliz cumpleaños, Gracie. —El abuelo y la abuela se alinearon en la cocina para darme besos con sabor a café. La mesa estaba cubierta de sobres de distintos colores y, mientras la abuela preparaba el desayuno, yo iba leyendo las tarjetas de felicitación y se las pasaba al abuelo. Él las iba dejando entre la vajilla de Wedgwood en el aparador.

—A comer. —La abuela me puso un plato delante, una montaña de beicon, salchichas, huevos, champiñones, tomates y judías.

—Gracias. —Cogí los cubiertos, preguntándome por dónde empezar.

Cuando me metí el último champiñón en la boca y aparté el plato, me dolía la mandíbula de tanto masticar.

—Con raciones como esta, no me extraña que me estallen los pantalones — comenté, reclinándome en la silla—. Menos mal que me voy a comprar un vestido nuevo para esta noche.

—Las chicas de hoy en día son demasiado flacas —dijo la abuela—. Tú estás como debería ser una mujer.

—Puede que en los años cincuenta.

—A los hombres les gustan las curvas.

¿De verdad? Mi vida amorosa era deprimente. Estaba demasiado colgada de Dan para pensar en salir con nadie más. A veces me preguntaba si seguía gustándole Charlie, pero ella decía que solo le había pedido que salieran una vez. Por suerte, no parecía interesado en Siobhan. Y eso que ella prácticamente se le tiraba encima; se inclinaba hacia delante al hablar para que pudiera verle el escote; le tocaba el brazo y se reía a cada cosa que decía, aunque no tuviera gracia. Charlie había empezado a llamarla «la hermana mala de Jessica Rabbit».

Charlie irrumpió por la puerta de atrás.

—¡No me digáis que me he perdido el desayuno! —Venía sonrojada y sin aliento, cargando con un regalo enorme envuelto con papel de lunares.

—Te he guardado un poco de beicon, querida —dijo la abuela—. Necesitas algo de carne en esos huesos. Casi no se te ve cuando te pones de perfil. —Y tenía razón, Charlie estaba cada día más alta y delgada.

La abuela untó de mantequilla una rebanada gruesa de pan blanco y cubrió el beicon de kétchup, tal y como le gustaba a Charlie.

—Siéntate. Estamos a punto de abrir los regalos.

Charlie dejó la caja de golpe sobre la mesa y la deslizó hacia mí. Cogió su sándwich, le dio un mordisco y se chupó los dedos.

Con mucho cuidado deshice los lazos, quité la cinta y luego el celo tratando de no romper el papel. Después tenía pensado pegar los envoltorios y los lazos de todos los regalos en mi álbum de recortes, y debajo escribir detalles sobre cada uno y quién me lo había enviado. Era importante conservar mis recuerdos. Papá tenía muchísimas cosas guardadas. Nunca supe de dónde venían ni qué significaban para él, y nunca me pareció importante preguntárselo cuando vivía. Más tarde me dolió pensar que sabía tan poco del hombre al que creía conocer tan bien.

—A este ritmo, vas a cumplir diecinueve sin haberlo abierto.

La caja contenía una selección de vinilos: Billie Holiday, Etta James, Bessie Smith. La música con la que había crecido y que Charlie no llegaba a entender. Meneé la cabeza tratando de deshacer el nudo que tenía en la garganta y me levanté a abrazarla. Me apretó con los antebrazos, apartando las manos grasientas.

—¿Dónde los has encontrado?

—Rastrillos, eBay, Amazon. He estado ahorrando el dinero que he ganado como canguro y comprándolos durante un año.

El abuelo llevó los discos al salón y, con los compases de Etta James filtrándose a través de la puerta abierta, regresó y extendió la mano.

—¿Pelirroja? —Me ayudó a levantarme y cual Fred Astaire me hizo girar por toda la cocina, con su pijama de raya diplomática.

—Esto es de parte del abuelo y mía —dijo la abuela cuando nos dejamos caer sin aliento sobre las sillas. Deslizó una caja envuelta con papel plateado brillante.

Lo hice girar entre mis manos, buscando el mejor lugar para abrirlo.

—Ya estamos —dijo Charlie—. Sabes que las tiendas cierran a las cinco y media, ¿verdad?

—Muy graciosa. —Saqué el regalo con cuidado deslizándolo fuera del papel. Eran unos pequeños pendientes de diamantes.

—Eran de mi madre —explicó la abuela—. Los he hecho limpiar para ti.

Incliné la caja hacia la ventana y los pendientes de mi bisabuela centellearon

bajo la luz. Costaba relacionar algo tan hermoso con la anciana frágil que olía a gominola dulce a la que recordaba haber visitado cuando era pequeña.

—Se los regaló tu bisabuelo el día de su boda.

—Son preciosos, gracias.

—Y cuando vayas a la ciudad cómprate algo bonito que ponerte esta noche.

—El abuelo me puso varios billetes en la mano.

De repente me sobrepasó la emoción.

—Os quiero a todos —dije con la voz entrecortada.

—Y nosotros a ti. —La abuela me dio un abrazo y empezó a echarme de la cocina—. Ahora, ve a ponerte algo de ropa, a no ser que tengas la intención de ir de compras en pijama.

Cogí el papel de regalo antes de que el abuelo se lo llevara a reciclar y corrí arriba a vestirme.

El sofá pesaba. Charlie empujaba mientras yo tiraba de él. Entre las dos lo encajamos en la esquina de la habitación y deslizamos la mesita baja contra la pared. También habíamos despejado el aparador y extendí una sábana sobre él para poner todas las cosas del bufé.

—¿Estás segura de que a tu madre no le importa que hagamos una fiesta aquí?

—No. Le apetece. Le he hecho prometer que no me pondrá en evidencia.

Abrí varios paquetes de ganchitos de queso y los eché en cuencos mientras Charlie preparaba el ponche en un bol de vidrio enorme que había traído de casa de la abuela. El líquido se volvió naranja al verter zumo de fruta sobre la mezcla y removerlo.

—Prueba. —Charlie me acercó una cucharada a la boca y sorbí.

—Dios, está fuerte. ¿Qué lleva? —Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—De todo. —Charlie sonrió ampliamente y desenroscó el tapón de una botella medio llena de ginebra que había encontrado al fondo de un armario.

—Menos mal que no vienen mis abuelos —exclamé.

Les había invitado, pero dijeron que preferían dejarnos a los jóvenes.

Cuando dieron las nueve, mi mente ya estaba nublada, y mi paso inestable. Medio curso estaba embutido en la diminuta casa de Charlie y las paredes vibraban con el pum-pum-pum de la música. Las luces de discoteca lanzaban destellos rojos, verdes y azules, y sentía una especie de desapego al ver aquellos cuerpos moviéndose por nuestra pista de baile improvisada al ritmo de la lista de reproducción que Charlie había creado. Dan movía los pies al son de *Sex on fire*,

ondeando una lata de cerveza, mientras Siobhan levantaba las manos y sacudía la cabeza de un lado a otro. El pecho le bailaba. No llevaba sujetador bajo la camiseta de tirantes. *Guarra*. Cogí una salchicha de cóctel y la partí en dos de un mordisco, deseando clavarle el mondadientes a Siobhan. Era mi cumpleaños. Dan debería estar conmigo.

A mi lado, Lexie estaba sirviendo ponche en un vaso de pinta con un cucharón.

—Deberías ir a por él, chavala —dijo con la lengua patinando mientras indicaba con un gesto de la cabeza a Dan—. Solo se es joven una vez. Pero no hagas lo que hice yo, Grace. No la jodas.

—¿Qué hiciste?

En ese momento sonaron los primeros compases de *Mamma mia* y Charlie me tiró del brazo.

—Vamos a bailar.

Apuré lo que me quedaba de copa y me abrí paso hasta el centro del salón. Esmée me cogió de la mano izquierda, Charlie de la derecha. Perdí de vista a Siobhan y empezamos a dar vueltas y más vueltas, volando y cayendo. Nos derrumbamos en un amasijo de piernas y brazos, riendo, pero entonces me entraron ganas de vomitar.

La cola del baño bajaba por las escaleras así que me metí a empujones en el dormitorio de Lexie, que estaba a oscuras. Había una montaña de abrigos sobre la cama y me senté en el suelo con las piernas cruzadas, apoyando las palmas de las manos contra la madera, intentando que la habitación dejara de dar vueltas.

La puerta se abrió de golpe y me iluminó un rectángulo de luz que entraba del rellano. Charlie se acercó a mí.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Demasiado ponche, creo. —Me froté los ojos—. ¿Tengo muy mala cara? Encendió la lámpara de la mesilla.

—Un poco. —Rebuscó en el cajón de Lexie y sacó un cargamento de maquillaje de Rimmel.

—Charlie, ¿echas de menos a tu padre? —El alcohol me había puesto emotiva—. Yo echo de menos al mío.

—Tu cara la puedo arreglar —dijo—. Lo de tu padre...

—Lo sé —suspiré—. Estoy bien, casi siempre, pero en días como hoy... ¿Tú cómo lo aguantas?

Charlie se encogió de hombros.

—No se puede echar de menos lo que nunca se ha tenido.

—Pero ¿y si le encontraras? Podrías tener una familia nueva.

—Eso podría estar bien. Mamá está pedo otra vez.

—Ya lo he visto.

—Mete las mejillas. —Charlie pasó la brocha por el *bronzer*.

—Podríamos encontrarle.

—¿Cómo?

—No sé, pero ya tenemos dieciocho años. Si tu madre no te la da, puedes conseguir una copia de tu certificado de nacimiento. Hay organizaciones que te ayudarían a encontrarle. Google.

—No sé. Se supone que deberíamos concentrarnos en los exámenes. Es el último año. Con mamá, y Ben, y todo lo demás...

—Lo haré yo. No tengo una vida amorosa que me mantenga ocupada. —Notaba la emoción brotando dentro de mí. Había dado con algo que podía cambiar. Algo que podía enderezar—. Me vendría bien algo en lo que concentrarme.

Se oyó un gruñido que venía de la cama. Charlie quitó algunos abrigos.

—Es mamá. Fuera de combate, otra vez. Vamos abajo.

Había menos gente. Charlie desapareció en el salón. Yo fui por el vestíbulo hacia la cocina haciendo crujir el suelo —alguien había dejado un rastro de *pretzels*— y me llené un vaso de agua.

Me asusté al ver aparecer a Dan detrás de mí, reflejado en la ventana de la cocina.

—Mira. —Me pasó un brazo por la cintura y señaló el cielo nocturno—. Es Orión.

Entorné los ojos mirando la masa de estrellas. Todas me parecían iguales.

—¿Dónde?

—¿Ves ese grupo que brilla más que las demás, allí?

—Sí.

—Es Orión.

—¿Lo es?

—No estoy seguro. Me regalaron un telescopio por mi cumple y todavía no lo he utilizado. Pero te he impresionado, ¿eh? Admítelo.

Le di un golpe en las costillas, pero no me soltó la cintura. Me incliné sobre él, busqué algo interesante que decir, deseando no haber bebido tanto. No estaba segura de si era el alcohol o la anticipación, pero la cabeza me daba vueltas.

—¿Qué tal el trabajo? Hace siglos que no te veo. —¿*El trabajo*? Me di de patadas mentalmente. Pues claro que Siobhan se llevaba a todos los chicos. ¿Cómo aprende una a ligar?

—Está bien. Enseño a la gente casas que casi nunca tienen intención de comprar. Echo de menos el instituto y lo mucho que nos reíamos. Te echo de menos.

Estudié su reflejo en la ventana. No podía descifrar su expresión.

—Nosotras también te echamos de menos.

—Quiero decir que te echo mucho de menos.

Mi cuerpo parecía ingrávido, como si pudiera irme flotando si no me tuviera cogida.

—¿A Charlie también? —Mi voz chirrió.

—No del mismo modo. Grace, no puedo dejar de pensar en ti. Siempre has estado ahí, en segundo plano, y no le di importancia. Ahora que no estás, me encuentro echando de menos nuestras conversaciones. Charlie fue un encaprichamiento, alguien con quien coquetear, para divertirme. Pero lo que siento por ti es distinto. Real. Natural. Quiero estar contigo. ¿Tú quieres estar conmigo?

Me dio la vuelta y me miró directamente a los ojos. Obligué a mi lengua nerviosa a formar una respuesta.

—Sí —susurré.

Dan me apartó el pelo de la cara con una caricia y deslizó un dedo por mi mejilla.

—Feliz cumpleaños, Grace. —Sus labios rozaron los míos como una pluma.

—¡No!

Nos separamos. Siobhan estaba detrás de nosotros, con los brazos en jarras.

—Siobhan —empecé a decir—, yo...

—Tú no eres mi jodida amiga, Grace Matthews. —Se volvió y corrió por el vestíbulo hacia la puerta—. Te vas a arrepentir de esto —gritó por encima del hombro.

Cuando salí, la verja del jardín ya estaba abierta. No vi a Siobhan por ninguna parte. Apoyé una mano en el muro de piedra para mantener el equilibrio y dejé que el aire helado llenara mis pulmones. La luna se enfocaba y desenfocaba, y noté las náuseas arremolinándose en mi interior como un tornado. Me arrodillé sobre el suelo duro y húmedo y vomité el ponche de Charlie sobre las hortensias.

Oí unos tacones golpeando el caminito hacia mí y pensé que era Siobhan, que venía a regodearse.

Unas manos me recogieron el pelo detrás de la cabeza mientras volvía a vomitar, y sentí unos dedos fríos acariciándome la frente.

—La abuela dijo que te encontraría aquí, Grace.

Alcé la vista y solté un grito ahogado. No era Siobhan. Era mamá.

AHORA

Dónde estuviste anoche? —La mesa del desayuno está cubierta de conservas y acusaciones. Dan desenrosca un tarro de mermelada e inserta su cuchillo. Intento reprimir un gesto de disgusto al ver la mantequilla filtrándose en la gelatina naranja. Meto una cucharita limpia en la mermelada de fresa y la dejo a un lado de mi plato.

—Fui a tomar una copa rápida con los chicos.

—¿Hasta medianoche? —No quiero discutir antes del trabajo, pero me duele mucho la cabeza y tengo los ojos arenosos del cansancio. Anoche estuve tumbada en la cama, con los músculos tensos y los ojos abiertos de par en par, hasta que oí su llave rascando la cerradura de la puerta, y su paso inestable subiendo las escaleras a trompicones. Se desvistió con una lentitud excesiva, y, cuando se dejó caer en la cama, tuve que apartarme del hedor a alcohol para evitar una discusión a altas horas de la noche. Me daba cosa que Anna estuviera durmiendo en la habitación de al lado—. Estaba preocupada, eso es todo; podrías haberme dejado una nota.

—Pensé que ni te darías cuenta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Normalmente estás con Anna, ensimismadas las dos con álbumes de fotos. Si dedicara tanto tiempo a buscar trabajo como el que dedica a interrogarte sobre Charlie, ya se habría ido.

—¿Quieres echarla?

—Se suponía que solo iban a ser unos días. Hace tres semanas ya. Casi estamos en marzo.

—Lo sé. —Sirvo té. Ha reposado demasiado y está oscuro y poco apetecible.

—Simplemente pensaba que íbamos a centrarnos en nosotros.

—Hablaré con ella.

—No. —Dan bebe de su té, arruga la cara—. Lo haré yo. Tú ya has tenido bastante estrés.

—Buenos días.

Los dos nos sorprendemos. Anna suele quedarse en la cama hasta después de que nos hayamos ido a trabajar. Me pregunto cuánto habrá oído de la

conversación. Bajo la cabeza, dejando que el pelo tape mi cara sonrojada, estudiando la mesa como si fuera lo más interesante que he visto en mi vida.

Dan retira su silla hacia atrás. Se abrocha el botón superior y desliza el nudo de la corbata hacia arriba.

—Os veo luego.

—Grace, ¿me puedes prestar tu portátil? —pregunta Anna—. Quiero enviar unos cuantos currículos más y mirar algunos pisos de alquiler. No quiero quedarme más tiempo del que soy bien recibida.

—Coge lo que quieras, y te puedes quedar todo el tiempo que necesites. —Me disculpo mentalmente con Dan mientras barro con una mano las migas de tostada y de culpa y las echo sobre la otra.

Hay una reunión de profesores después del trabajo, pero me cuesta centrar mi mente agitada. No quiero que Anna se vaya, pero Dan y yo necesitamos un poco de tiempo de calidad juntos. Me pregunto si deberíamos reservar un fin de semana fuera. Aún no hemos reavivado nuestra vida sexual. Soy demasiado consciente de que Anna podría escuchar el chirrido del cabecero de la cama y de los muelles.

Siento los músculos de la espalda tensos al conducir de vuelta a casa. La lluvia azota el parabrisas y aunque tengo los limpiaparabrisas a máxima velocidad me cuesta ver. Conduzco con cuidado. Hay charcos en los arcones y gruesas gotas de agua rebotan en el capó. Pongo mi mano delante de la rejilla del aire caliente. Todavía no se ha calentado y estoy helada. Me muero por meterme en un baño tibio y quitarme la pintura de dedos de debajo de las uñas y la purpurina del pelo. Pienso en pedir comida china para cenar; podemos acurrucarnos en el sofá con el portátil y buscar hoteles rurales. Puede que a Anna le guste tener unos días para ella sola; podría cuidar de Mittens.

Una luz blanca deslumbrante interrumpe mis pensamientos y entorno los ojos para ver por el parabrisas. Apenas veo la carretera. Le envío una ráfaga con los faros al coche que viene en dirección contraria. *Quita las luces, idiota.* Por el retrovisor veo que el coche frena bruscamente y se detiene. Cambia de sentido. Bajo la radio. Me concentro en la carretera serpenteante. Un motor acelera. Un destello de faros. Es el mismo coche, me ha alcanzado. Está tan cerca que casi toca mi parachoques.

Tengo las palmas de las manos empapadas de sudor. Suelto el volante, primero una mano y luego la otra, y me las seco sobre los vaqueros. Mi pie aprieta el acelerador. Avanzo zigzagueando por las carreteras rurales que tan bien conozco, pero el coche sigue pegado al mío. Se oye una bocina. Un

destello. Y tengo miedo. Mucho miedo. No me gusta conducir deprisa. No me gusta nada conducir de noche, especialmente con un tiempo tan malo. Voy a más de ciento treinta kilómetros por hora. Demasiado rápido para estas carreteras mojadas con sus curvas cerradas y sus baches, pero tampoco puedo reducir la velocidad. Chirriamos al coger las curvas, los neumáticos resbalan. Pienso en una película que vi una vez en la que un asesino en serie perseguía a un conductor, y me inclino hacia delante como si pudiera hacer que el coche acelerara más. Al llegar a mi calle, piso el freno de golpe, giro bruscamente a la derecha y me detengo haciendo chirriar los frenos. Mi coche derrapa hacia un lado y los neumáticos pierden tracción. El otro coche no gira, sino que se para en el extremo de la calle, con el motor al ralentí. La luz cálida y anaranjada de la farola ilumina su capó. Es rojo, y sé con certeza que esa es la persona que me ha estado siguiendo.

Mi mano izquierda agarra el volante. La derecha está sobre el tirador de la puerta. *Vamos, vamos, vamos*. Podría bajarme del coche. Preguntarle a qué juega. Mis dedos tiemblan y me duelen las lumbares de tanto revolverme en el asiento. Pasa un segundo. La luz interior inunda el coche rojo y se abre la puerta con un chasquido. Una figura oscura se mueve, pero con la lluvia cayendo a mares no puedo verla bien. Debería meterme en casa, pero estoy paralizada. La serpiente y el encantador.

Una bocina. Un autobús frena, se detiene detrás del coche y el conductor empieza a pitar impacientemente. La puerta del coche se cierra. Se apaga la luz interior, y, al ver que arranca y desaparece, siento que me he salvado de algo, pero no sé de qué. Apoyo la frente en el volante por un instante. Entonces obligo a mis piernas temblorosas a moverse, apoyo los pies sobre los pedales y vuelo hacia casa.

—¡Dan!

Al abrir la puerta de entrada me recibe un olor a rosbif. Las velas del salón están encendidas y la mesa puesta para dos. Hay un jarrón grande con rosas de color rosa pálido sobre la mesa de centro.

—Llegas tarde. —Anna se acerca deprisa limpiándose las manos en mi delantal.

—Tenía reunión de profesores. ¿Dónde está Dan? —Estoy jadeando.

—Ha salido. Estamos solas tú y yo.

—¿Ha dicho adónde iba?

—No. Simplemente «no esperéis despiertas». ¿Te encuentras bien? Estás pálida.

Abro la boca para contarle lo que ha pasado, pero pienso en lo ridículo que suena: *Había otro coche en la carretera y me he asustado. Creo que me están siguiendo.* Una imaginación hiperactiva, como diría la abuela.

—Necesito una copa. —Hay una botella de shiraz sobre la mesa. No es mi preferido, pero valdrá. Le quito el tapón, sirvo un poco en una copa grande y me lo bebo de un trago. El alcohol me quema la garganta y mi cabeza empieza a flotar.

—Grace, ¿estás bien?

—Sí, bien. —Me sirvo otra copa—. Mira por la ventana, Anna.

—¿Qué es lo que debería ver? —Se acerca a la ventana y separa las cortinas.

—Un coche.

Mira hacia la derecha y luego hacia la izquierda.

—Solo está tu coche. —Se aparta y las cortinas caen de sus manos, juntándose como imanes. Aún entra una franja de luz y apoyo la espalda contra la pared, temiendo que alguien esté mirando desde fuera.

—¿Qué está pasando, Grace?

—No importa. Voy a cambiarme. —De camino a las escaleras me detengo un instante delante de la puerta y compruebo que está cerrada con llave, y, cuando solo he subido tres escalones, vuelvo a bajar, sacudo el pomo y pongo la cadena. *Estás segura-estás segura-estás segura.*

Cuando miro mi móvil, no tengo llamadas perdidas ni mensajes de Dan; de eso ha servido nuestra conversación sobre comunicarnos. Me tomo un trozo de pastilla, me quito el uniforme, lo dejo en la cesta de la ropa sucia y me meto en la ducha. Dejo que el agua se lleve el sudor frío y el miedo que me han impregnado durante la vuelta a casa. Cuando termino de secarme y vestirme, vuelvo a sentir ese cálido y familiar bienestar medicado, y el terror se ha esfumado.

Cojo la copa de vino que me ofrece Anna. Me siento confusa, pero es viernes. Todo el mundo se toma una copa los viernes, ¿no?

—¿Buen día? —pregunto.

—Productivo. He mandado solicitudes a bastantes trabajos. Y hay varios pisos bonitos en el mercado. Pero voy a necesitar entregar una fianza considerable, y pagar el primer mes de alquiler por adelantado.

—Es posible que pueda prestarte algo.

—No seas tonta. Estoy acostumbrada a cuidar de mí misma. Bueno, tengo una sorpresa para ti. Algo para agradecerte todo lo que has hecho por mí. —Anna me da un sobre.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Paso el dedo por debajo del cierre y lo abro. Dentro hay un vale por un día de spa.

—Es para mañana. Espero que no estés ocupada. Dan dice que tiene fútbol.

—No tengo planes. Esto debe de costar una fortuna.

—La verdad es que no. Era una oferta de Groupon. Casi gratis.

—Gracias. —Y la verdad es que me hace ilusión. Leo en alto la oferta de tratamientos mientras Anna sirve la cena—. Exfoliante de chocolate, tratamiento facial con esencia de naranja... —La boca se me hace agua—. Todos parecen comestibles.

—Mejor prueba esto, anda. —El rosbif está rosado, las patatas asadas en grasa de ganso crujientes, y cuando termino de cenar no me veo capaz de tomar postre, pero entonces trae un tiramisú cubierto de nata y chocolate en polvo. Y está tan bueno como parece.

—Dan no sabe lo que se pierde. —Los vaqueros me aprietan y me reclino en la silla, desabrochándome el botón superior.

—No. Es un imbécil. —Hay una amargura en su voz que no había notado antes—. Grace, no sé cómo decir esto, así que lo voy a soltar y ya está.

Me incorporo un poco.

—He oído a Dan hablando por teléfono antes de irse. Estaba quedando con alguien.

Me quedo paralizada, pero intento reanimarme. *No saques siempre la peor conclusión, Grace.* Miro fijamente a Anna.

—Probablemente fuese Harry.

—¿Llama «nena» a Harry?

La habitación parece helarse de repente y me ciño un poco la chaqueta.

—¿Estás segura de lo que has oído?

—Creo que sí. No te lo iba a contar, pero luego me he dicho: ¿qué haría Charlie?

El *brandy* y la nata empiezan a bailar juntos y siento náuseas. ¿Por qué siempre como demasiado?

—Es posible que no le oyera bien. La tele estaba encendida. Lo siento, no debería haberte dicho nada. —Se levanta rápidamente y empieza a apilar platos, haciendo chocar los cubiertos. Cierro los ojos con fuerza, y, cuando vuelvo a abrirlos, ya está en la cocina. La vela titila y silba, luchando por mantenerse encendida en su menguante reserva de cera. Sombras negras vagan por las paredes, los desconocidos de mis pesadillas, los monstruos bajo la cama. Siento escalofríos bajando por mi columna, apago la vela y enciendo la luz.

Anna está dejando caer agua hirviendo en un barreño. La espuma crece y se multiplica, descontrolada como mis pensamientos.

Abro la tapa del cubo de basura, empiezo a limpiar los restos de los platos. Grasa de ternera y guisantes sueltos caen sobre una hoja de cuaderno. Reconozco la letra de Dan, y lo saco quitándole un trozo de piel de patata que se le ha quedado pegado.

«Voy a tomar una cerveza con Harry. Te veo luego. Bss».

—Anna, ¿has tirado esto a la basura?

Lo lee.

—No.

—¿Por qué iba a escribirme una nota Dan y luego tirarla a la basura?

—Puede que temiera que contactaras a Harry para comprobarlo y que le pillaras. O a lo mejor simplemente ha volado hasta aquí. Abrí la puerta mientras cocinaba y el cubo estaba abierto para tirar las peladuras. Aunque luego cerré la puerta porque creí ver a alguien en el jardín.

—¿Había alguien en el jardín y esperas hasta ahora para decírmelo? —digo bruscamente, soltando los cubiertos en el barreño. El agua espumosa salpica los azulejos. Voy hacia la puerta trasera, agito el pomo para asegurarme de que está cerrado y me asomo a través del cristal para mirar el jardín.

—No sabía si lo había imaginado. Estaba muy oscuro.

—Aun así. Si ves a alguien lo sabes, ¿no?

—Alguien o algo. No estoy acostumbrada al campo. Me asusto fácilmente. Puede que fuera un tejón pasando por debajo del seto.

Bajo el estor de la puerta trasera y cierro las cortinas de la cocina. Terminamos en silencio, y luego subimos a la cama. Me pongo a leer mi libro, y justo cuando acabo de llegar al momento en que el señor Rochester hace llorar a Jane Eyre, oigo que alguien está aporreando la puerta de entrada. Cierro el libro de golpe y compruebo su peso, como si pudiera utilizarlo de arma. *Ha vuelto*. La figura que Anna vio antes en el jardín. Debería haber llamado a la policía.

Otro golpe. Un ruido sordo contra la ventana. Una voz.

—¿Grace?

Es Dan. De pronto recuerdo que eché la cadena y bajo corriendo a abrir.

—¿Por qué está puesta la cadena?

—¿Dónde has estado? —Cruzo los brazos sobre el pecho.

—Por ahí, con Harry. Te he dejado una nota. ¿No la has visto?

—¿Y llamas «nena» a Harry?

—Claro que no. ¿De qué hablas? —Dan se quita las deportivas—. ¿Te encuentras bien? Tienes los ojos muy irritados.

—Estoy cansada. —Nada tiene sentido—. Anna te ha oído llamar a alguien «nena» mientras hablabas por teléfono.

—Ah, ¿sí? —Suelta las zapatillas sobre el felpudo y rebotan con un golpe

seco contra la puerta, salpicando trozos de barro en la alfombra.

—¿No esperarás que yo limpie eso?

—No espero que hagas nada aparte de dar más crédito a mis palabras que a las de una bruja loca a la que conoces desde hace cinco minutos.

—Baja la voz.

—¿Por qué? ¿Por si la adorable Anna lo oye y decide tergiversarlo? Puedo gritar si quiero. Es mi puta casa.

—Nuestra puta casa. ¿Dónde estabas?

—En el club, con Harry. Si no me crees, pregúntaselo a Chloe. Ella también estaba. Parece que todavía hay chicas que quieren pasar tiempo con sus novios.

—Bueno, puede que sus novios no vayan por ahí llamando «nena» a otras chicas. —Vuelvo arriba con paso pesado y me quedo rígida sobre la cama, escuchando los sonidos amortiguados de la televisión que suben a través del suelo mientras Dan ve una película de madrugada, con tiros y ruedas derrapando. Se me hace una eternidad hasta que caigo dormida. Mi sueño está plagado de notas hechas jirones, Corsas rojos y una figura con un abrigo negro acolchado escondida entre los arbustos.

AHORA

Todo es completamente blanco: mi suave albornoz, las zapatillas, el suelo y los azulejos de la pared. Si no hiciera tanto calor diría que estoy en el Ártico. Meto mis cosas en una taquilla y dejo la llave en una bolsa de tela donde llevo mi toalla y mi libro, *Jane Eyre*. La puerta del cubículo de Anna se abre chirriando. Sale, envuelta en su albornoz. Me aprieto un poco más el cinturón.

—¿Lista?

—Lista.

—¿Sauna primero?

—Nunca he estado en una.

—¿Nunca? Pues empecemos por ahí. Deberías dejar tu colgante aquí. El metal se calienta y puede quemarte la piel.

Me llevo los dedos a los corazones de oro.

—Nunca me lo quito.

—Ya lo he notado; ¿te lo compró Dan?

—No, Charlie.

—Estará más seguro en tu taquilla. De todos modos tampoco deberías llevarlo puesto durante el masaje.

Me quito el colgante con mucho cuidado, cierro el broche y lo meto en el bolsillo de mi chaqueta.

—Vamos.

Colgamos las bolsas y los albornoces en los ganchos que hay fuera de la sauna. Anna tira de la puerta de vidrio y se escapa una ráfaga de calor que me corta la respiración. La sigo a través de la sala y cuando extiende la toalla en un banco de madera y se quita las zapatillas, la imito.

—¿Estás bien? —pregunta.

—No esperaba que hiciese tanto calor.

—Te acostumbrarás bastante rápido. Oye, Grace, estaba pensando que podíamos ir a ver a Lexie mañana.

—Anna, lo siento. Aún no le he hablado de ello. Lo haré, lo prometo, pero no he tenido ocasión.

—Podríamos darle una sorpresa.

—No creo que sea buena idea. Está muy frágil.

—¿No crees que la animaría?

—Tal vez. Hablaré con ella. ¿Por qué no vienes a comer a casa de mis abuelos mañana domingo? Se mueren por conocerte y se saben muchas historias de Charlie.

—Vale. —Anna se reclina y cierra los ojos, y yo hago otro tanto. El sudor me cae a chorros por el cuerpo y unos minutos después, cuando Anna sugiere que vayamos a nadar un poco, me levanto y empiezo a ver puntos negros ante mis ojos. Me agarro al banco para mantener el equilibrio antes de empezar a andar. Es un alivio darme una ducha y me meto en la piscina fresquita. Nado varios largos hasta que la respiración empieza a alterarse, y me pongo a flotar boca arriba. Anna sale del agua antes que yo. Tiene los muslos cubiertos de cicatrices arrugadas que no había visto antes. Me pregunto qué le pasó después de morir sus padres. A veces es muy reservada.

Voy hacia ella por el borde de la piscina, con cuidado de no resbalar con los azulejos. Muchos de los usuarios han traído chanclas y pienso que, si alguna vez vuelvo, haré lo mismo. Hace tanto calor que no me molesto en secarme, pero me froto el pelo con la toalla mientras me siento en el borde de la tumbona de Anna.

—Anna, ¿puedo hacerte una pregunta personal?

—Puedes preguntar. A lo mejor no contesto.

—¿Dónde fuiste? Después de que tus padres...

—Me tuvieron en acogida un tiempo, pero no funcionó.

—¿Por qué?

—Supongo que a algunos niños es difícil quererlos. Estaba muy enfadada. Quería a mi mamá. ¿Tienes hambre? —Anna se levanta y dobla su toalla en un cuadrado; me duele que no sea capaz de confiar en mí.

La comida es un bufé. Después de nadar me siento virtuosa, y lleno mi plato con ensaladas coloridas y arroz frío. Sin embargo, al llegar a la mesa de postres no puedo resistirme y cojo dos trozos de tarta de queso, diciéndome que luego puedo bajarlo nadando un poco más. Pero cuando terminamos el café y los chocolates con menta, me siento demasiado llena como para hacer ejercicio, y acabamos sumergiéndonos en el jacuzzi. El agua me llega hasta la barbilla.

—¿En cuántos hogares de acogida estuviste? —No puedo evitar sondearla.

—En menos que las calorías que te acabas de zampar. Mira el cuerpo de ese tío. —Anna señala con la cabeza a un chico que está extendiendo su toalla sobre una tumbona.

—Tiene unos bíceps inmensos.

—Eso no es lo único que tiene inmenso, a juzgar por el bañador.

Desvió la mirada.

—No es mi tipo.

—Yo no tengo ningún tipo. Quiero a alguien que sepa hacerme reír.

—Dan es gracioso. —Noto que me mira con algo de desprecio—. No, en serio, suele serlo; o al menos lo era —insisto, sin saber por qué estoy tan a la defensiva.

—¿Qué quieres decir con que «lo era»? ¿Qué pasó?

—Cuando murió Charlie no fui capaz de sobrellevarlo. Fue un *shock* tremendo. Empecé a pensar que tenía una maldición. No podía dormir, ni comer. Gritaba a Dan constantemente, le odiaba por no saber hacerme sentir mejor. Empezó a salir a beber todas las noches solo para evitarme. Nunca ha sido muy dado a hablar de sus sentimientos. En fin, últimamente la cosa ha mejorado un poco. Las relaciones son complicadas, y supongo que tienes que aceptar lo difícil tanto como lo fácil. Quiero que funcione. Los dos lo queremos.

—Seguro que lo conseguiréis.

—¿Hace cuánto que estás soltera?

Anna juega con su pelo.

—¡No lo suficiente!

—¿Una ruptura desagradable?

—¿Es que las hay agradables? Ya no sé si me creo todo eso de ser felices para siempre. Así no funciona la vida real, ¿verdad? Tengo un recuerdo idílico de mis padres, pero es posible que murieran antes de que se estropeará todo. Las relaciones no duran, ¿no crees? Entre nadie. —Me mira fijamente.

—A mis abuelos les va bien. Este año son sus bodas de oro.

—Pues entonces tienen suerte, o tal vez sean más tolerantes que el resto de nosotros. Vivir con los fallos de alguien, aceptar sus errores, perdonar; eso es el amor verdadero, ¿no te parece?

—Supongo. —Me pregunto si uno debería comprometerse a aceptar a alguien por cómo es en realidad, o si eso es conformarse con menos de lo que uno quiere de verdad. No estoy segura.

—¿Y tus padres? —pregunta Anna.

Antes de poder contestarle, una chica vestida con una túnica negra se acerca elegantemente hacia nosotras, con un cuaderno de notas. Apenas parece lo bastante mayor como para haber acabado el instituto, y me pregunto cómo no se le derrite esa gruesa capa de maquillaje con este calor. Yo no suelo molestarme en maquillarme, pero cuando lo hago no tardo mucho en tener brillos en la nariz, el rímel corrido y lápiz de labios en los dientes. Afortunadamente, Dan prefiere un aspecto natural, aunque puede que sea algo que simplemente dicen todos los hombres. Las mujeres a las que miran en las revistas, en las películas, por la calle, son las glamurosas y superdelgadas. No como yo. Ni como la mayoría de

mujeres que conozco.

—¿Grace Matthews?

—Soy yo.

Sonríe, con una dentadura de una blancura imposible.

—Soy Caroline. Yo le daré el masaje de aromaterapia. Haga el favor de seguirme.

La habitación está medio a oscuras; los apliques en forma de velas arrojan una luz de color mandarina sobre la camilla de la terapia. Se oye música de gaitas de una base de iPod. Me desvisto y me tumbo boca abajo sobre un cubrecamillas de pelo falso color chocolate que me hace cosquillas en la piel. Caroline me cubre con una manta suave y lanosa y aspiro los aceites esenciales, rogando que mi culo no tiemble demasiado con el masaje. Caroline calienta aceite de lavanda entre las palmas de las manos y sus dedos empiezan a deshacer nudos en músculos que tenía muy olvidados. Cuando me aprieta los lados de la columna con la base de las manos dejo de preocuparme por la celulitis. Mis párpados aletean y se cierran.

—Grace, hora de vestirse. —Me despiertan una voz susurrada y una mano suave sobre el hombro. Me incorporo, pestañeando desorientada, sintiendo como si acabase de salir del cine a un día de sol radiante. Caroline me da un vaso de agua y le doy un trago.

—Ha sido mágico. Gracias.

Me da la sensación de que floto hasta el borde de la piscina.

—Te toca —le digo a Anna.

Me dejo caer en la tumbona; no quiero nadar y que se me vayan los aceites. Tengo la piel muy suave. Cierro los ojos y me quedo adormilada, hasta que Anna me despierta sacudiéndome con suavidad.

—Es hora de irnos a casa, dormilona.

—¿Nos tenemos que ir? —Bostezo y me incorporo a la fuerza—. Me quedaría aquí feliz el resto de mi vida.

—Te aburrirías.

Aunque no creo que pudiera cansarme de esto, la sigo a los vestuarios. Cojo mi llave de la bolsa y abro la taquilla, hago un gurrño con mis pertenencias y me meto en un cubículo vacío. Siento los brazos pesados al meterlos en las mangas. No recuerdo haber estado nunca tan relajada. Arrastro el cepillo por mi pelo y meto la mano en el bolsillo de la chaqueta para coger mi colgante. Pero no está. Desde que Charlie me lo regaló por mis quince años casi no me he quitado el corazón, y de repente me siento mareada. Vuelvo a mirar. El bolsillo está vacío. Todos los bolsillos están vacíos. Me entra pánico. ¿Dónde está? Siento dedos de terror retorciéndome las entrañas y abro la puerta de golpe,

rastreando el suelo con la mirada mientras voy apresuradamente hacia mi taquilla. Tampoco está allí. Me muerdo el labio. *Piensa, Grace*. Rebusco en mi bolso. Todo sigue allí.

—¿Te encuentras bien?

Anna está detrás de mí, aún mojada de la ducha, goteando sobre el suelo.

—Mi colgante, ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Que ha desaparecido, no está aquí. —Me muerdo el labio con fuerza para contener las lágrimas.

—Tiene que estar. —Anna mira en la taquilla y mis bolsillos—. No lo entiendo. ¿Lo habrá cogido alguien?

—¿Cómo? La puerta seguía cerrada con llave. Te dejé la llave mientras me daban el masaje. ¿Has abierto tú mi taquilla? —Me cruzo de brazos.

—No. Claro que no. A ver, pensemos. ¿Has perdido de vista la llave en algún momento?

—No. —Me siento de golpe sobre el banco—. Bueno, después del masaje me quedé dormida. La bolsa estaba en el suelo, a mi lado.

—Entonces, ¿es posible que alguien cogiera la llave en ese momento?

—¿Y que cogiera mi colgante pero no mi teléfono ni mi bolso, y devolviera la llave antes de que yo me despertara?

—Es muy poco probable, ¿no? Vamos a hablar con recepción.

Espero golpeando el pie contra el suelo mientras Anna se viste, y vamos a toda prisa al vestíbulo por el que tan feliz entré unas horas antes.

—Siéntate —dice Anna—. Voy a buscar al gerente.

Me siento en el borde de una silla de respaldo alto y me agarro a la mesa que tengo delante. Tengo los nudillos blancos como la tiza. *Charlie, lo siento mucho*.

Anna murmura algo en voz baja a una mujer con falda de tubo y blusa blanca, que mira hacia mí. Tiene la frente lisa y reluciente, como de Bótox, y las cejas tías y arqueadas. Es imposible detectar una expresión de sorpresa en ella. Se acerca con pasos cortos hacia mí, extendiendo su mano bronceada.

—Soy Tina. ¿Vamos a los vestuarios? —Nos guía—. ¿Cuál era la suya?

Señalo la taquilla en la fila inferior.

—Mire. Hay un pequeño hueco entre la puerta y la base. ¿De qué tamaño es su colgante?

—Bastante fino.

—¿Es posible que se cayera por aquí si no lo metió bien en su bolsillo o si se salió al sacar la chaqueta?

Miro el hueco y el alma se me cae a los pies, recordando cómo saqué mi ropa, en un montón, para llevarlo todo a la vez.

—Supongo que sí.

—Creo que esa es la explicación lógica. Nunca hemos tenido un robo.

—¿Y cómo lo recupero?

—¿Es de valor?

—De un inmenso valor sentimental.

—Le aseguro que, cuando renovemos y cambiemos las taquillas, lo encontraremos. Si quiere dejarnos su nombre y número de teléfono, nos pondremos en contacto con usted.

—¿Y cuándo será eso? —Estoy desesperada.

—No sé la fecha exacta, pero mejoramos las instalaciones constantemente. Por eso nuestros clientes vuelven siempre. ¿Le hemos dado un folleto para hacerse socia? —Aparto la mirada de su deslumbrante sonrisa.

Anna me frota el brazo.

—Lo siento mucho, Grace. Sé lo mucho que significa ese colgante para ti. Compraremos otro.

—No será lo mismo. No será un regalo de Charlie.

—No, pero será mío. —Anna sonrío, y agradezco que esté ahí, me pregunto qué haría sin ella.

ENTONCES

Era ya de madrugada cuando mamá y yo llegamos a casa después de mi fiesta de dieciocho cumpleaños en casa de Lexie. Nos sentamos a la mesa de madera de la abuela, con dos tazas de café humeando delante. Mi pelo, aún mojado de la ducha, me empapaba los hombros, pero al menos ahora olía a manzana fresca, no a vómito. Me daba vergüenza estar en pijama, y me cubrí las rodillas con la bata. Hacía mucho frío. Había encendido la calefacción y se oía el clic-clic-clic de las tuberías calentándose.

—Deberías secarte el pelo. Cogerás un resfriado.

—No irás a volver diez años después para decirme lo que tengo que hacer...

—No. —Mamá se llevó la taza a los labios y sopló—. Supongo que no.

—¿Por qué estás aquí?

—Para hablar.

—No quiero hablar.

No quería enfrentarme a aquello ahora. Me sentía avergonzada y no sabía si era por mis acciones pasadas o mis presentes palabras. Di un trago al café intentando diluir mi confusión. El líquido me abrasó la lengua y me levanté con lágrimas en los ojos. Abrí bruscamente la nevera, cogí un cubito de hielo y dejé que se me deshiciera en la boca.

—Pues yo sí. Cariño, siento mucho haberme ido, pero ya eres lo bastante mayor como para entenderlo. No fue porque no te quisiera. No estaba bien. Me costaba enfrentarme a todo lo que pasó.

Lo que pasó. Sentí como si me estuviera expandiendo. Los pulmones me presionaban las costillas. Mi piel se estiraba. Y entonces volví allí. Al día que había intentado olvidar por todos los medios.

Desperté bañada por el resplandor meloso de la luz clara que atravesaba mis finas cortinas amarillas. Era temprano. Quedaba poco para mi noveno cumpleaños y estaba demasiado emocionada para dormir. Me quité el pijama y me puse unos vaqueros y un jersey, me hice una coleta y bajé sigilosamente al piso de abajo. Mamá ya estaba en la cocina, escuchando Radio 2 mientras batía

la masa para los púdines de Yorkshire de la comida.

—Buenos días —dije al pasar delante de la puerta abierta de la cocina, yendo hacia el salón y el sonido del piano.

Me senté al lado de papá en la banqueta marrón desgastada, y apoyé mi cabeza contra su hombro.

—¿Podemos ir al parque hoy, papá?

Me lanzó una mirada larga de Oso Paddington por encima de sus gafas.

—Grace, deberías practicar para tu examen de la semana que viene.

—¿Podemos practicar después de comer?

—De acuerdo. —Sonrió—. Desayuna algo y abrígate. Allá fuera va a hacer más frío de lo que parece.

Fui corriendo a la cocina y me puse a mordisquear una tostada con Marmite mientras mamá pelaba chirivías para la cena. En la radio, la ELO prometía «un señor cielo azul»[6]. Papá me trajo el abrigo y las botas.

—*It's a beautiful new day*[7] —cantaba—. *Hey, hey*. —Estábamos listos.

—Volved antes de la una, y no os llenéis de helado —dijo mamá.

—U os quedáis sin pudin —contestamos a la vez papá y yo.

Mamá besó a papá y me dio una bolsa de pan para los patos.

Caminamos haciendo crujir las hojas caídas naranjas y pardas, con mi manita envuelta en la mano gigante de papá, inventándonos historias. El aire cortante me mordisqueaba la cara desnuda, mientras el resto de mi cuerpo iba bien arropado en mi plumífero rosa. Nos aventuramos sendero abajo con las botas de agua, lanzándonos con valentía sobre cada montón de hojas que alfombraban el suelo. Todos ellos contenían la posibilidad de ser una puerta a otro mundo. Allí habría un universo paralelo, decidimos, donde vivían copias de nosotros.

—Aunque sin la barriga —puntualizó papá, dándose palmaditas sobre la tripa redondeada.

Una vez en el parque, fuimos directos al estanque de los patos y abrimos la bolsa de pan duro.

—Estoy renunciando a mi pudin de pan por vosotros —dijo papá gritando a las aves—. Espero que me lo agradezcáis.

Me escondí detrás de sus piernas al ver a los gansos abrirse paso entre los patos. La semana anterior me habían mordido un dedo. El pan no tardó en desaparecer y nos dirigimos hacia nuestro banco de siempre a observar a padres e hijos haciendo avanzar por el agua sus barcos teledirigidos, que iban dejando estelas de espuma tras ellos.

Papá sacó un paquete de caramelos blandos de fresa y nos quedamos callados mientras los masticábamos. Las campanas de la iglesia dieron las doce y vi un destello amarillo apareciendo por la colina.

—¡Helado!

—No, que luego no comes.

—Solo uno pequeño. Por favor.

Papá se bajó las gafas al puente de la nariz, asintió, y yo eché a correr moviendo los brazos y con las botas resbalando en la hierba húmeda.

—Espérame en la carretera —gritó papá.

Llegué sin respiración a lo alto de la colina. La furgoneta de los helados estaba aparcada en doble fila y ya se estaba formando una cola. Miré a derecha e izquierda y atravesé la carretera. Se oyeron unos frenos rechinando. Vi un destello plateado. Mis pies parecían pegados al suelo. Jamás olvidaré la cara del conductor, su boca abierta en un grito silencioso mientras se echaba hacia atrás en el asiento, agarrando el volante con fuerza con las dos manos. Sentí un calor abrasador y un frío helador a la vez. Y entonces volé, giré, choqué. Estaba tirada en la calzada, con los vaqueros rotos y las palmas de las manos raspadas. Detrás de mí, papá yacía en el suelo. Me había empujado para quitarme de en medio, pero él no se movía. Bajo su cabeza se estaba formando un charco de sangre. Sus gafas estaban destrozadas a su lado. Trozos de vidrio brillaban bajo el sol.

Una mujer con un sombrero de color rojo vivo corrió hacia papá.

—¡Que alguien llame a una ambulancia! —gritó.

La gente se apresuró hacia donde yacía mi padre; se agarraban los unos a los otros de los brazos. Algunos se tapaban la boca sin poder apartar la mirada, otros se cubrían los ojos, mirando entre los dedos como si estuvieran viendo una película de terror.

Hubo un silencio. Quietud absoluta. Hasta el viento había dejado de remover las hojas. Las palomas se posaron en el suelo y picoteaban sobre los caramelos desperdigados de los bolsillos de papá. Fui a gatas hacia él.

—Despierta —susurré. Sus ojos de color avellana como los míos ya no veían, pero me miraron como si quisieran transmitirme un último mensaje que no era capaz de descifrar. Y entonces el aire se inundó de sirenas. Se llenó de exclamaciones: «Ay, Dios mío» y «¿Lo has visto?»; me envolvieron en una manta naranja que picaba y me metieron en la parte trasera de una ambulancia.

No estaba muerto. Su cuerpo no. Pero me dijeron que su mente se había ido, y yo nunca entendí cómo podía tener el mismo aspecto, el mismo tacto, y que su esencia no estuviera allí. ¿Adónde se había ido?

Mamá dio su consentimiento para que desconectaran el sistema de soporte vital y se fue a casa de su hermana. Sentí como si les hubiera perdido a los dos.

—Fue mi culpa —dije sorbiéndome la nariz—. No me extraña que no pudieras

ni mirarme después de aquello.

—Oh, Grace, ¿eso es lo que piensas? Estaba enferma. Llevaba con tu padre desde los dieciséis años; no aguantaba la idea de seguir viviendo sin él.

Mamá me dio un pañuelo de papel, y, al subírsele la manga, la vi. Una raya de piel fruncida y plateada atravesando su muñeca.

—¿Intentaste suicidarte? —Una ira abrasadora hizo erupción dentro de mí—. Tenías una hija.

—Sufrí una crisis nerviosa. El abuelo me encontró en el baño un par de semanas después de mudarnos aquí. La abuela me envió a una clínica. No quería que estuviera cerca de ti. Ya había visto a su propia madre con una crisis nerviosa. Queríamos protegerte. Y cuando me dieron el alta, fui a quedarme con la tía Jean. Te llamaba constantemente, cariño, pero, como no dejabas de colgarme el teléfono, desistí. No debería haberlo hecho. Lo siento.

—La abuela decía que era por «tus nervios». Creía que quería decir que yo te ponía nerviosa.

—No era capaz de cuidar de ti.

—¿Y después? ¿Cuándo te recuperaste?

—Tardé mucho tiempo en sentirme capaz de ser tu madre otra vez, y cuando lo logré tú ya te habías hecho a esta casa. Al colegio. A Charlie. Eras feliz. Hablamos de la posibilidad de que me viniera a vivir aquí, pero sé cómo es la abuela. Se habría estado preocupando constantemente, metiéndose en cada decisión, y no me hubiera sentido tu madre de verdad. Ni siquiera querías hablar conmigo por teléfono. Volví a Devon. Allí me sentía más cerca de tu padre.

—Pero más lejos de mí. Él ya no estaba. Yo sí.

—Lo sé. En ese momento me pareció lo correcto. Para todos, pero si pudiera volver atrás y cambiar las cosas, lo haría. No ha pasado ni un solo día en que no haya pensado en ti. La abuela me enviaba todas tus notas, tus fotos, los vídeos caseros. Te he visto crecer. Simplemente tú no lo sabías.

—No puedo creer que la abuela nunca me dijera que querías estar conmigo.

—Hizo lo que creyó mejor para ti. Ella había visto a su madre entrar y salir de sanatorios durante años. No quería que pasaras por lo mismo. Te quiere. Todos te queremos.

Intenté hablar pero se me escapó un sollozo. Años de dolor contenido empezaron a brotar de mí y lloré con tanta fuerza que pensé que nunca pararía. Mamá se quedó junto a mi silla, abrazándome contra su pecho, acariciando mi pelo una y otra vez. Seguía oliendo igual. A perfume Opium y a laca Elnett; no quería que se fuera nunca.

—Yo le maté. Yo maté a papá.

—No lo hiciste, Grace. Nunca te culpes por ello.

Pero ¿cómo podía dejar de sentirme así? Muchas personas ya me habían dicho que fue un accidente. La abuela; el abuelo; mi terapeuta, Paula. Hasta Charlie. ¿Y mi corazón? Mi corazón decía otra cosa. La culpa había calado cada célula, multiplicándose, hasta ser tan parte de mí como mi propia piel. Mis huesos.

—Si... —Respiré hondo—. Si no hubiera echado a correr delante de la furgoneta de los helados. Si él no hubiera echado a correr para salvarme, ahora mismo yo estaría muerta. No él.

—Él no habría querido eso. Yo no lo habría querido. Ninguno lo queríamos. —Mamá estiró el brazo sobre la mesa hacia mí, pero me eché para atrás.

—Pero yo le maté. —Solté la taza de golpe, derramando café sobre la mesa de madera.

—No lo hiciste. Fui yo quien dio el consentimiento para desconectar la máquina en el hospital. Espero que puedas perdonarme por ello.

—Te odié por ello. —Apreté el asa de mi taza con tanta fuerza que me sorprendió que no se rompiera.

—Es lo más difícil que he hecho jamás.

Nos quedamos en silencio. Limpié el café que había derramado con el pañuelo. La abuela se pondría furiosa si calara la madera. Se podría pensar que todo debería estar en silencio en plena noche. En calma. Pero la nevera murmuraba, el reloj hacía tictac, el mundo giraba. Hacía mucho tiempo que mi mundo se había hecho añicos, pero ahora mismo tenía la oportunidad de recomponerlo.

—Siento no haber querido hablar contigo cuando me llamabas después, pero me odiaba, y cuando desapareciste creí que tú también me odiabas.

Mamá no dejaba de girar su alianza de oro en el dedo.

—Jamás podría odiarte, Grace. Jamás. —Deslizó una pequeña bolsa de regalo al centro de la mesa—. Esto es para ti. Feliz cumpleaños.

Dentro de la bolsa había una cajita. Puse ambos pulgares sobre la tapa y la abrí. Sobre una base de terciopelo había algo que no veía desde hacía muchos años.

—Es tu anillo de compromiso. —Empecé a llorar otra vez acariciando el diamante con un dedo.

—Quería que tuvieras algo de lo que formó parte tu padre, Grace. Estaría tan orgulloso de ti. Yo también lo estoy. ¿Es demasiado tarde para empezar de nuevo? —Estiró su mano por encima de la mesa.

—Podemos intentarlo. —Nuestros dedos se entrelazaron y así se quedaron mientras hablábamos hasta que salió el sol.

AHORA

Por muchas veces que me diga que no importa haber perdido el colgante, el colgante que me unía a Charlie, porque aún tengo mis recuerdos, no puedo evitar la oscuridad que recorre mis venas. Cada día me pinto una cara alegre antes del trabajo, me río y juego con los niños, pero tengo que emplear hasta el último ápice de energía para fingir algo que no siento. Cuando llego a casa, los ojos me pesan del cansancio a pesar de que son solo las seis.

Anna cocina todas las noches y Dan se esfuerza por acabar de trabajar antes, pero el ambiente en casa es tenso y espeso, y sé que en gran parte es por mi culpa. Dan está irritable con Anna y les oigo susurrar en los rincones, conversaciones enfadadas y frustradas que cesan en cuanto yo entro en la habitación. Creo que intentan animarme y agradezco que les preocupe.

Anoche, mientras hablaba por teléfono con mamá, me derrumbé. Sollozos furiosos y sofocantes que me abrasaban el pecho. Mamá dijo que fuera a pasar una temporada con ella en Devon. «El aire de mar te vendrá de maravilla», dijo, y aunque anhelo la sensación de la sal picándome en los labios, el viento azotando mi pelo y la arena colándose entre los dedos de mis pies, no puedo dejar a Anna. Acabo de encontrarla.

Lexie ha empezado a llamarme todos los días, unas veces lúcida pero otras divagando, con la voz lenta y espesa por el alcohol. Yo me quedo escuchando sus sollozos enervantes, sabiendo que diez minutos después de colgar no recordará que hemos hablado, y probablemente llamará otra vez.

Paro el coche delante de casa, aliviada de que sea viernes, cuando suena mi teléfono. Me horroriza la idea de volver a hablar con Lexie y siento la tentación de ignorar la llamada, pero al final me reprendo y cojo el móvil. Al ver el nombre de Esmée en la pantalla me relajo, feliz ante la oportunidad de zambullirme en las vivencias de otra persona. La vida de Esmée siempre me ha parecido mucho más interesante que la mía, incluso antes de que se mudara a Londres.

La línea se entrecorta y apago el motor para oírla mejor. Esmée me describe su última incursión en el mundo de las citas rápidas y, por primera vez en varios días, sonrío con sinceridad.

—Qué gusto hablar contigo, cariño, pero te llamo por una razón —dice Esmée—. No es nada importante, pero creo que alguien ha *hackeado* tu cuenta de Hotmail.

—¿*Hackeado*?

—Me han llegado unos enlaces.

—¿De qué?

—Porno. Y bastante duro. Cliqué en el primero pensando que me mandabas un enlace a unos zapatos o algo así. Ya los he borrado, pero creo que tienes que cambiar tu contraseña, cariño.

Me muero de vergüenza pensando en toda la gente que hay en mi lista de contactos. Mis abuelos, mi madre. ¿Habrán recibido todos esos enlaces?

—Lo siento mucho, Esmée.

—No te preocupes. Es muy habitual. La semana pasada nos pasó lo mismo en la galería. Doscientos clientes potenciales abrieron un correo nuestro esperando que fuera una invitación a una exposición, y se encontraron con una oferta del cincuenta por ciento de descuento para un alargamiento de pene.

Prometo a Esmée que iré a visitarla pronto —ambas sabemos que no lo haré— y me quedo sentada en el coche, fría e incómoda, demasiado perezosa para bajarme. Veo un destello de luces en el retrovisor, espero a que Dan apague el motor, abra la puerta y saque un portatrajes del asiento trasero, y entramos en casa juntos. Anna está quitando el polvo a las fotos del vestíbulo. No recuerdo la última vez que tuve que limpiar.

—¿Traje nuevo? —le pregunto a Dan.

—No, he llevado el viejo al tinte, para mañana.

—¿Mañana? —Rebusco en mis bancos de memoria.

—La cena anual de agentes inmobiliarios —aclara suspirando—. Está puesto en el calendario, Grace, y hablé de ello la semana pasada.

—Se me olvidó la fecha.

Anna arquea una ceja.

—¿Es tan divertido como suena?

—Es un evento de etiqueta que hacen cada año, el primer fin de semana de marzo. Entregan premios a los mejores agentes del país, y hay discursos. Largos.

—Me pellizco el puente de la nariz.

—Es importante. Este año estoy nominado a un premio.

Me quedo desconcertada porque no lo sabía, y disfrazo mi vergüenza con un entusiasmo fingido.

—Te lo mereces —digo—. Has trabajado muy duro. —Sin embargo, no recuerdo la última vez que celebramos una venta. ¿Va mal el negocio o simplemente ha dejado de contarme cómo le ha ido el día? ¿O es que he dejado

de escucharle?

—¿Qué te vas a poner, Grace?

—No sé si me apetece. ¿Por qué no te llevas a Anna? —La idea de mantener conversaciones educadas durante una cena de tres platos me llena de pavor.

Dan entorna los ojos.

—Todo el mundo espera que vayas tú, Grace. Será divertido. Nos sentaremos con Harry y Chloe.

—El vestido de la despedida de soltera está destrozado, no pude quitar la mancha de vino, y no sé si todavía me cabrá alguno de los otros. —Pienso en todos los paquetes vacíos de galletas que tengo en la guantera, en mi bolso, en el cajón de la mesilla, y llego a la conclusión de que probablemente no me quepan.

—A mí no me importa ir —dice Anna.

—No. —La voz de Dan suena tersa—. Seguro que tienes que rellenar solicitudes de empleo.

—¡Dan! —exclamo avergonzada.

Anna me sonrío.

—No pasa nada. ¿Y si te llevo de compras mañana, Grace? Conozco varias *boutiques* fantásticas, y ya que vamos les puedo preguntar si necesitan empleadas. Lo estoy intentando, Dan.

—Sí. —Dan vuelve a meter el traje bruscamente en el portatrajes—. Sí que lo haces.

Las luces del probador son tenues y doradas pero eso no mitiga el terror que siento cuando demasiados espejos reflejan ángulos de mi cuerpo que no acostumbro a mirar, ni quiero ver nunca más. Mis bragas y sujetador de Bridget Jones, que en su día fueron blancos, parecen mucho más grises que en casa. Me abrazo la tripa, hundiendo los dedos en la carne blanda, y quisiera estar en cualquier otro lugar, sin una *personal shopper* evaluándome medio desnuda.

—Hmmm —dice Tamsin, la estilista—. Forma de pera. No te preocupes. Voy a buscarte vestidos para que estés fantástica, ¿vale?

Cierra la cortina de terciopelo rojo con el afán de un mago. Me hundo en una silla dorada y tapizada de terciopelo burdeos, y bebo zumo de naranja. Mi mano ronda la bandeja de bombones de cortesía.

—Es increíble, ¿verdad? Me siento como una estrella. —Anna irrumpe a través de las cortinas con el brazo cubierto de seda de color cereza y tafetán en una percha de la talla 36. Aparto la mano de la bandeja.

Anna suelta la ropa y se mete en el delicado material.

—¿Qué tal estoy?

—Increíble. —Lo está. Su melena rubia brilla sobre sus hombros. Siento lágrimas en los ojos pensando en todos los vestidos elegantes que Charlie nunca se pondrá.

—¿Crees que necesito un collar con esto? Voy a ver lo que tienen.

Las cortinas se abren y Anna sale rápidamente mientras Tamsin entra bamboleándose, sosteniendo tres perchas por encima de su cabeza. Los vestidos son preciosos, elegantes y muy, muy caros. De esos vestidos que una ve en las revistas, y no lucidos por una ayudante de escuela infantil.

—¿Con cuál empezamos, Grace? Todos son increíbles, ¿verdad?

—No sé. No me suelo poner cosas así.

—¿Dónde sueles comprar?

—En eBay, sobre todo.

Tamsin arruga la cara, como si hubiera encontrado una oruga en su ensalada.

—No te preocupes. Ahora estás aquí. —Descuelga un vestido verde oliva largo de su percha acolchada—. Esta es la línea de primavera. —Lo abre para que me meta. Enderezo la espalda y me sube la cremallera. El vestido es pesado y me aprieta mucho las costillas.

—Oye, tengo que comer dentro de este vestido. —Me vuelvo para mirarme al espejo. Cualquier pensamiento sobre comida desaparece y me quedo boquiabierta ante mi reflejo.

—Bonito, ¿eh? He elegido bien.

Ya quisiera Marilyn Monroe parecerse a mí. Soy puro glamur hollywoodiense de la vieja escuela: curvas acentuadas, protuberancias disimuladas.

—Es increíble. —Acaricio el material—. No lo habría elegido ni en un millón de años. Mamá lleva mucho verde, pero nunca creí que me quedara bien a mí.

—Por eso me necesitas —dice Tamsin—. ¿eBay? Bah. Ahora, accesorios...

Me pone una gargantilla de oro al cuello y una pulsera a juego en la muñeca.

«Muévete con confianza», solía decirme Charlie. «Fíngelo hasta que lo sientas». Con este vestido me siento segura. Incluso sexy. ¿Quién iba a decir que la ropa diera tanta sensación de poder? Rebajo el nivel de la *boutique* haciéndome un *selfie* y enviándoselo a Esmée.

Las cortinas se abren.

—Mira, Anna. —Doy media vuelta—. ¿Qué te parece?

—¿Sinceramente? —Arruga la nariz.

—Sinceramente. —Me llevo las manos a la tripa como si pudiera sostener mi confianza en su sitio, evitar que se escape.

Me mira de arriba abajo.

—Siempre he pensado que las chicas grandes deberían ceñirse al negro. Es mucho más favorecedor.

Cierro los ojos para huir de todos mis reflejos. Qué ridículo, pensar que podía ser más de lo que soy.

—No estoy de acuerdo —dice Tamsin.

—Pero estás intentando vender, ¿no? Yo le hablo como su mejor amiga.

—Me parece que Grace tiene una figura preciosa. Muchas de nuestras clientas tienen una talla 44.

—Gracie es preciosa por dentro; eso es lo más importante.

—¿Puede alguien bajarme la cremallera? —estallo finalmente. Tengo calor y estoy incómoda, me siento como una almohada demasiado apretada, sin formas y abultada—. Tamsin, me voy a probar el negro, por favor.

Con el negro me siento aburrida.

—Te queda genial —dice Anna—. Y disfraza muy bien tus michelines. Deberías llevártelo.

Suena un mensaje en mi móvil. Esmée: «Cariño, estás preciosa».

—A Esmée le gusta el verde.

—Esmée no está aquí —contesta Anna—. En una foto no se ven los ángulos. Pero tú decides; solo intento ayudar. El negro te durará años; es un clásico, y no pareces tan abultada como con el verde.

—Yo no elijo vestidos que hagan parecer abultada a la gente. —Tamsin le lanza una mirada fulminante—. Este... No es tan bonito como el verde —añade—, pero es perfectamente aceptable, ¿no?

—El verde me gustaba.

—Me parece muy bien, si te ves con la confianza suficiente para ponértelo —dice Anna—. En serio, Grace. Dan estará orgulloso de llevarte del brazo, estés como estés.

—Si quieres probarte los dos en casa, tienes catorce días para hacer una devolución, siempre y cuando la prenda esté sin usar y con las etiquetas puestas.

—Me llevo los dos.

En la caja, doblan los vestidos, los envuelven en papel de seda perfumado, los meten en cajas y espolvorean estrellitas plateadas por encima.

—¿Te llevas el vestido de seda rojo? —pregunta Tamsin a Anna.

—No me lo puedo permitir, y tampoco sé dónde me lo pondría.

—No está de más tener un vestido elegante por si surge la ocasión. Es único. Muy bonito, ¿verdad?

—Lo es. Pero voy a pasar.

—Déjame que te lo compre —digo yo.

—No puedo dejar que lo pagues; ya has hecho mucho por mí.

—Quiero hacerlo. Como agradecimiento por todo lo que tú has hecho por mí. Conocerme me ha animado mucho y me encantó el día en el spa. Y sabe Dios qué

me habría puesto esta noche si no me hubieses traído aquí.

—Gracias, Grace. —Anna me abraza y va corriendo a coger su vestido.

—Sois buenas amigas, ¿eh? —pregunta Tamsin.

—Sí —contesto—. Lo somos.

La puerta de la *boutique* se cierra detrás de nosotras y me quedo pestañeando bajo la luz del sol, tragando aire fresco, sin llegar a creer todavía que acabo de gastarme casi trescientas libras. Espero ser capaz de interceptar la factura de la tarjeta de crédito antes de que la vea Dan.

—Vamos a tomar un café —dice Anna—. Invito yo.

—Sí. ¿Vamos a...? —No termino la frase. En la acera de enfrente, una figura con un abrigo negro me está mirando fijamente. ¿Es la misma persona que estaba fuera de la cafetería, y aquel día en el cementerio con Lexie? ¿El conductor del coche rojo?

Me agarro al brazo de Anna.

—No me preguntes nada, pero ¿puedes ver si quien está ahí enfrente es un hombre o una mujer? —Señalo.

Anna entorna los ojos, y se baja las gafas de sol de lo alto de la cabeza para cubrirse los ojos.

—No veo nada. Hay demasiada luz. Espera. —Corre al otro lado de la calle, pero, cuando llega, la figura ha desaparecido y yo ya no estoy segura de que estuviera allí.

ENTONCES

Las perchas vacías en mi armario repiquetearon al sacar otro vestido, me lo puse delante del cuerpo y lo arrojé al suelo. A pesar de la falta de sueño por haberme quedado hasta el amanecer hablando con mamá, y la resaca, esa tarde quería estar lo más guapa posible. ¿Quién iba a decir que acabaría con Dan y reconstruiría mi relación con mamá en una sola noche?

Me toqué los labios con dos dedos. Cada vez que recordaba el beso de la noche anterior, sentía un hormigueo y la felicidad burbujeaba en mi interior como champán. Charlie y yo solo habíamos quedado en el pub del pueblo con Ben y Dan, pero me esmeré mucho maquillándome: ojos con raya un poco más oscura, más brillo en los labios. Tal vez fuera domingo por la noche, pero para mí era una ocasión especial; y, para colmo, ya era lo bastante mayor como para beber legalmente. Nada de sentarme en el rincón con una Coca-Cola, echándome vodka a escondidas cuando no miraba Mike, el dueño, de una media botella que Charlie había escondido en su bolso.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Mamá se sentó en el borde de mi cama y dio una palmada en el espacio a su lado.

—No tardaré en irme, cariño; es un viaje largo de vuelta a Devon.

—Ojalá pudieras quedarte. —Me senté junto a ella y apoyé mi cabeza en su hombro.

—Volveré antes de que te des cuenta. —Me abrazó—. Navidad con mi niña. Quería decirte que ahora que has cumplido dieciocho has entrado en un fondo fiduciario, papá nos dejó muy bien cubiertas por si alguna vez ocurría lo peor.

—¿Mamá?

—Dime.

—¿Cómo sabré si he conocido al amor de mi vida?

—¿Recuerdas cuando tomabas clases de baile y le enseñabas los pasos a papá?

—Sí. —Sonreí recordándonos envueltos en viejas cortinas de dormitorio rosas, bailando alrededor del salón.

—Érase una vez un hombre grande, fuerte y fiable al que todos admirábamos. Se pasaba el día en la consulta, diagnosticando enfermedades, salvando vidas y escuchando a gente sola y enferma. Era muy respetado. Siempre estaba recaudando fondos para el pueblo y en el ayuntamiento. —Mamá me apretó la mano—. Llegaba a casa, se ponía una falda rosa y bailaba al son de *El lago de los cisnes* solamente para hacer sonreír a su hijita. Lo único que quería era que fueras feliz, Grace. Cuando conozcas a alguien, pregúntate esto: «¿Se pondría cortinas rosas por mí?», y no te equivocarás. ¿Has conocido a alguien?

—Sí. Eso creo.

—Tengo otra cosa que decirte. —Podía imaginar qué era—. Yo también he conocido a alguien. Oliver.

Esperé a que viniera una punzada de dolor. Lágrimas. Un sentimiento de traición. Sin embargo, me vino la imagen de papá haciendo piruetas por el salón.

—A papá le alegraría. —Y lo pensaba de veras. Él quería lo mejor para ella. Para nosotras. Siempre.

—Gracias, cariño. Me gustaría mucho que lo conocieras. Tal vez podría venir conmigo cuando vuelva el mes que viene.

—A mí también me gustaría. —Y noté que lo decía sinceramente.

Después de marcharse mamá, tuve que retocarme el maquillaje para quitarme los churretes de rímel con algodones empapados en loción para bebés. Había elegido una de las viejas túnicas sesenteras de mamá; el estampado de remolinos parecía agua absorbida por un desagüe. Di una vuelta entera, mirándome en el espejo, comprobando si me tapaba el culo. Aunque llevaba medias negras opacas y botas de cuero, me sentía acomplejada, y probé a echarme la melena hacia atrás para destilar una confianza que no sentía. Me pinté las uñas de color cereza, una elección atrevida para mí, y las soplé para que se secase el esmalte y poder mirar mi móvil otra vez. Había vibrado tantas veces con mensajes de Dan que tuve que enchufarlo para que se recargara.

Charlie subió como un trueno por las escaleras e irrumpió en mi habitación con una caja envuelta en papel plateado bajo el brazo.

—Esto es para ti. Estaba en la entrada.

—Oh, un regalo de cumpleaños atrasado. ¿Qué será?

Sobre el papel aparecía «Grace» escrito en rotulador con una letra enmarañada que no reconocía.

—No sé, pero puedes probar a abrirlo.

—Un segundo. Uñas húmedas. —Me senté sobre la cama a lo indio, extendí los dedos y empecé a mover las manos—. Me muero de ganas de ver a Dan. Nos

hemos estado enviando mensajes todo el día.

—Tu noche fue mejor que la mía. *Jodía* mamá. Iba más pedo que todos nosotros juntos.

—¿Cómo está?

—Muy rara. No quería que viniera esta noche. Pero ha salido. ¿Quieres que abra el regalo?

—No. —Comprobé con la yema del índice que la uña del pulgar ya no estaba pegajosa, y cogí el regalo—. No pesa.

—Puede que esté llena de besos —dijo Charlie sonriendo.

Al sacar la caja de zapatos del papel un sobre blanco cayó al suelo como una pluma.

—Zapatos: muy Cenicienta —comentó Charlie—. ¿Crees que te los ha mandado el Príncipe Encantado?

Dejé la caja sobre la cama y abrí el sobre, desdoblando la hoja de papel A4 rayado que había dentro.

—¿Es de Dan?

Me llevé la mano a la garganta.

—¿De quién es, Grace?

Le di la nota a Charlie, demasiado impactada para hablar.

—Pero ¿qué coño...?

Me mordí la uña del pulgar mientras ella estudiaba el papel. A diferencia del nombre que iba en el papel, esto no estaba escrito a mano. Habían cortado letras de un periódico o una revista, y las habían pegado juntas para formar la palabra «Put». Parecía una nota de rescate. Parecía una broma, pero yo no me reía.

—Abre la caja, Grace.

—No puedo.

Charlie estiró el brazo, levantó la tapa y se echó hacia atrás por el hedor a caca de perro que inundó la habitación. Volvió a cerrarla de golpe, pero la caja no estaba equilibrada y cayó hacia un lado. Los excrementos se volcaron sobre mi colcha. Me entraron náuseas. Charlie quitó la colcha de la cama, hizo una bola con ella y corrió al piso de abajo. Abrí la ventana de par en par y empecé a tomar bocanadas del frío aire de noviembre. La humedad me recorrió los pulmones, ahogándome.

—Grace, respira. —Estaba tan perdida en mis pensamientos que no me había percatado de que Charlie estaba otra vez en la habitación. Me frotó la espalda y noté cómo me iba relajando con el contacto de la cálida palma de su mano.

—¿Dónde la has puesto?

—En la basura. ¿Quieres que se lo diga a tus abuelos?

Resoplé por la nariz.

—No sé. La abuela notará que la colcha no está. La hizo ella.

—¿Quién crees que la ha enviado?

—No se me ocurre nadie a quien haya molestado, salvo...

—Siobhan.

—Sí. Pero seguro que ella no haría algo así, ¿no? Sé que le gusta Dan, pero...

—Hace años que le gusta. Os pilló besándoos. El papel parecía arrancado de un cuaderno de ejercicios de colegio.

—¿Qué hago?

—Se lo preguntaremos. Puede que esté en el pub con Esmée esta noche.

Nos quedamos en silencio. Empecé a temblar y cerré la ventana de golpe.

—Venga, todo irá bien. —Charlie me cogió de la mano arrastrándome a través del portón de madera del Hawley Arms. Mantuve los ojos clavados en el suelo mientras caminamos hacia la barra, inhalando el aire rancio y mohoso.

—¿Culo de Tejón? —Charlie arqueó una ceja mirando los dispensadores de bebida.

—Ríete, pero tenemos la mejor selección de cervezas auténticas en varios kilómetros a la redonda. —Mike, el dueño, estaba sacando brillo a las jarras de pinta. Levantó una hacia la luz y quitó una mancha con el paño—. Tony dijo que tal vez vendríais. —Mike y el abuelo eran amigos hacía años—. Esta noche tenemos algo que os va a encantar.

—¿Una Cola de Ardilla para combinar con el Culo de Tejón?

Mike se rascó la barba contemplando a Charlie, y me miró. Se inclinó hacia mí. Su ropa olía a humo rancio.

—Karaoke.

—¿En serio?

—Es lo que hace todo el mundo en Londres. Hay que cambiar con los tiempos. Mirad —señaló detrás de él—. Ahora vendemos patatas fritas con sabor a gambas además de las normales. Han llegado hoy.

—Qué visionario...

Le di una patada en el tobillo a Charlie.

—Genial, danos dos bolsas de patatas de gambas y dos sidras Strongbow para empezar, por favor, Mike.

Me metí las patatas en el bolso y cogí mi pinta. La jarra resbalaba por la condensación, e iba tan llena que tuve que darle un sorbo antes de llevarla a la mesa que había delante de la chimenea.

Empezamos a beber, y el rubor cálido del alcohol se fue extendiendo por mis venas y mis músculos empezaron a relajarse. De repente, Charlie me dio un

golpecito en las costillas y la sidra se me derramó por la mano. Me la chupé con la lengua mientras seguía la mirada de Charlie hacia la barra. Dan estaba sacando dinero del bolsillo para pagar su bebida y la de Ben. Intenté hacer como si no le hubiera visto al venir hacia nosotras, pero notaba el calor subiéndome por el cuerpo.

—¿Hay sitio para dos más?

—¿Vosotros? —Mi voz sonó débil y aguda.

—No, los dos barbudos que hay sentados junto a la barra.

Dan se metió entre Charlie y yo, y al notar su muslo contra el mío se me erizó el vello del brazo. Llevábamos todo el día mandándonos mensajes, pero me sentía algo incómoda con el cambio en nuestra relación. No sabía cómo actuar, cómo ser.

Seguí dando tragos a la sidra hasta acabármela, y me levanté a por otra.

—Déjame a mí. —Dan me tocó el brazo.

Junté las jarras vacías en el centro de la mesa para hacer hueco a la bandeja llena de pintas y patatas fritas Walkers que traía Dan entre las manos. Llevaba la camisa blanca arremangada y sus brazos estaban cubiertos de un vello oscuro y rizado en el que no me había fijado antes.

Cuando dieron las nueve y empezó el karaoke, ya no estaba tensa ni incómoda. Siobhan tampoco había aparecido, así que apreté mi muslo contra el de Dan y reí exageradamente con sus bromas. Charlie se levantó de un salto para cantar *Hit me with your best shot*. Silbamos y vitoreamos mientras se bamboleaba por el escenario improvisado. Más tarde, se sentó en el regazo de Ben y juntaron los labios mientras perdía sus manos en el pelo de él. Dan se volvió hacia mí.

—Vamos a buscar un sitio más tranquilo.

Cogió nuestras bebidas y le seguí hasta una mesita redonda en la esquina del salón.

—Cuéntame algo que no sepa —me dijo, una vez instalados.

—Lo sabes todo; hace años que te conozco.

—Así no. —Dan cogió mi mano entre las suyas; sentí un hormigueo en los dedos.

—Háblame de tu padre, Grace.

Pensé que no me apetecía, pero una vez que empecé las palabras salieron de mi boca en un torrente incontrolable. Cuando Mike tocó la campana anunciando la última ronda, Dan lo sabía casi todo sobre mí. El tejido de nuestra relación se había transformado en algo que aún no lograba comprender. Pasó su dedo pulgar sobre mis nudillos y noté una sacudida de deseo que no había sentido antes.

—¿Puedo acompañarte a casa?

—Sí, por favor.

—¿Qué te parece si pillo unas botellas para llevar? Si nos vamos ahora podemos pasar por la freiduría antes de que cierre.

—Genial. —Estaba hambrienta. Había estado demasiado ocupada recordando lo ocurrido en mi fiesta como para comer nada durante el almuerzo. La abuela había gruñido al verme mover las patatas asadas por el plato.

Le dije a Charlie que nos íbamos. Me sonrió con los labios hinchados.

—No hagas nada que yo no haría.

—Eso me da bastante margen. Te llamo mañana. —Le di un beso de despedida y al ir hacia la puerta noté la mano de Dan sobre la caída de mi espalda, su calor penetrando mi abrigo de invierno. Había helado, y me cogí de su brazo mientras caminábamos apresuradamente por la calle principal, iluminada por las farolas y la luz azul de los televisores de la hilera de casas con cortinas de ganchillo. El olor a fritura de pescado nos llegó desde el otro lado de la calle y pensé en lo que iba a pedir. Siempre me costaba elegir entre el puré de guisantes y la salsa de curry.

Hacía calor en la freiduría a pesar de que la puerta de vidrio no paraba de abrirse, y me quité los guantes al unirnos a la cola.

—¿Qué te apetece? —pregunté.

—Tú —dijo Dan, inclinando mi barbilla y rozando mis labios con los suyos.

—¿Patatas, Grace? ¿No estás ya bastante gorda?

Me di la vuelta. Siobhan estaba detrás de mí, con las manos en las caderas y los labios escarlata fruncidos en una mueca. Abby soltó una risilla unos pasos detrás de ella.

—Siobhan, yo...

—Grace no está gorda, puede comer lo que quiera. —Dan rodeó mis hombros con su brazo.

—Claro que puede. Aunque yo no comería las patatas de este sitio. Saben a mierda. —Siobhan salió contoneándose por la puerta.

La imagen de la caja con el excremento marrón oscuro salpicado en el cartón se reavivó de pronto en mi mente. Respiré, pero el aire aceitoso me revolvió el estómago.

—Siguiendo —dijo el hombre que estaba detrás del mostrador. Salí a trompicones de la freiduría, me agaché y vomité cuatro pintas de sidra sobre la acera helada.

—No deberías haber cabreado a mi hermana —comentó Abby mientras se alejaba pisando fuerte detrás de Siobhan—. Ten cuidado, Grace.

AHORA

La figura está quieta como una estatua. Estoy a plena luz del día, pero ni el sol ni la gente me hacen sentir más segura. Arrastro a Anna hasta la cafetería más cercana. Por las noches se transforma en vinoteca. Me deslizo en el asiento de cuero de una mesa, meciendo nuestras compras, y, mientras me pregunto qué hacer, Anna se une a la cola para pedir la bebida.

—Qué rapidez. —Anna me entrega una taza de chocolate caliente.

—Aquí hacen chocolate de verdad, nada de esa basura en polvo.

—Gracias.

—Espero no haberte ofendido en la *boutique*, Grace. Estabas preciosa con ese vestido verde. Simplemente prefería el negro. Me muero por ponerme el mío; nunca he tenido algo tan bonito.

—No pasa nada. De todos modos estoy nerviosa. Creo que me están siguiendo. —Es un alivio contárselo a alguien.

La expresión de Anna es inescrutable.

—¿Quién? ¿Por qué?

—No lo sé.

Sorbo un poco de la espuma de mi bebida. El chocolate es amargo —no como el que solía hacer papá— pero me lo voy a beber de todos modos, no quiero parecer desagradecida. Le hablo a Anna sobre la persona del abrigo negro, el coche rojo, y cuando me siguieron al salir de la discoteca.

—Deberías contárselo a la policía —dice ella con firmeza.

—¿Contarles qué...? —Dejo de hablar y me toco los labios. Siento un hormigueo en ellos. Me los froto con los dedos; están adormecidos. Mi nariz empieza a moquear, se me hincha la garganta. Intento no caer presa del pánico al darme cuenta de lo que me está pasando.

—Anna. —Siento la lengua gorda y empiezo a toser.

—¿Estás bien?

—Alergia —digo con un grito ahogado.

—¡Ay, Dios mío! ¿Llamo a una ambulancia?

Vuelco mi bolso. El contenido se desparrama sobre la mesa y cae al suelo. Mi EpiPen, el autoinyector de epinefrina que llevo siempre conmigo, rueda hasta el

borde y lo cojo, lo destapo bruscamente. Apenas noto a una persona que pasa por nuestro lado ni el crujido de la polvera cuando la pisa.

—¿Qué hago?

Su voz suena como si viniera de un túnel, y la ignoro, agarro el inyector con el puño y me lo clavo en el muslo. Se oye un clic y la epinefrina se abre paso por mi cuerpo. Siento un escozor en la pierna al sacarme la aguja.

La frente se me llena de gotas de sudor. *Inspira, espira.*

—¿Puedo ayudarte? —pregunta Anna.

—Agua. —Cierro los ojos.

—Ahora mismo. —Unos instantes después, Anna coloca un vaso frío en mi mano—. ¿Estás bien? Qué susto me has dado. Nunca había visto a nadie tener una reacción alérgica.

Asiento y doy un sorbo al agua. Sigo tosiendo, tengo frío y estoy temblando, pero lo peor ha pasado ya.

—¿Deberíamos ir al hospital? —Anna está pálida y preocupada.

—En teoría, sí, pero creo que ya estoy bien. Tengo otro autoinyector por si necesito una segunda dosis.

—Pero ¿no será mejor que te echen un vistazo?

—No me quiero perder lo de esta noche. En serio, estoy bien. Ya me ha pasado otras veces. De todas formas, los médicos me mandarán a casa en unas horas con antihistamínicos. Ya tengo allí.

—¿Va todo bien? —pregunta una camarera.

—Sí —contesto alcanzándole el vaso vacío. Me pesa más de lo que debería.

—Nos vamos. —Anna mete mis cosas en el bolso, recoge nuestras compras y me coge por el codo al levantarme.

—Soy alérgica a los frutos secos —le digo a la camarera—. ¿Es posible que el chocolate estuviera hecho con leche de algún fruto seco? Sabía raro.

—¿El chocolate? —Frunce el ceño—. Llevaba sirope de avellana.

—Idiota. —Anna me empuja por la puerta—. Les pedí sirope de avellana en mi café. No volveremos a este sitio.

—Pero... —La camarera empieza a contestar, pero Anna ya me ha sacado a la calle.

—Por Dios, Grace. Podrían haberte matado. Deberíamos denunciarlos.

—Estoy bien. Lo único que quiero es ir a casa y echarme una siesta. ¿Puedes conducir mi coche? —Estoy mareada y me cuesta mantener los ojos abiertos.

—Claro. —Anna se queda mirando mis labios—. Te pareces un poco al Pato Donald. Qué pena que te pierdas lo de esta noche.

—A ver cómo me siento después de dormir un poco.

—Claro. Crucemos los dedos para que estés bien. —Anna sonrío y me frota el

brazo—. Vamos a casa para que descanses.

Apenas siento los pies al abrirnos paso por el aparcamiento de varios pisos hacia el coche, y espero no parecer borracha. Al llegar a la plaza, veo que el Corsa rojo está al lado de mi Fiesta.

—¡Anna! ¡Ese es el coche! —digo señalándolo.

—Coge esto. —Me pone las bolsas bruscamente contra el pecho y corre hacia el vehículo, pero antes de alcanzarlo el motor arranca y sale a toda velocidad haciendo rechinar los neumáticos.

Me despierto con unos golpecitos.

—¿Grace? —Anna abre la puerta del dormitorio—. Te he traído un poco de sopa de verduras. No has comido.

Bostezo, cojo mi móvil. Son las cinco.

—Gracias. —Me toco la boca—. ¿Qué tal aspecto tengo?

—Normal. Qué suerte. —Anna deja la bandeja sobre la mesilla—. Come. La he hecho especialmente para ti. Luego te ayudaré a vestirte.

Cuando termino de rebañar la sopa con un grueso pan de semillas, Dan llega a casa. Le explico el malentendido de la cafetería y estalla.

—¿Cómo coño se han equivocado? —Se sienta sobre la cama, cogiéndome de la mano.

—Supongo que estas cosas pasan. Son humanos.

—¿Y les dijisteis claramente que solo pusieran sirope en una de las bebidas?

—Eso creo. Las pidió Anna.

—Ah, ¿sí? —Le palpita el músculo del cuello—. Voy a hablar con ella.

—Por favor, no lo hagas. Ya es bastante tenso el ambiente entre vosotros dos. —Le froto los nudillos con el dedo pulgar—. Sé que no es fácil compartir nuestro espacio, pero me gusta tenerla aquí. De todas formas, está todo bien; yo me encuentro bien y mi vestido está mejor que bien. Me muero de ganas de que me veas.

La ducha está caliente y me afeito las piernas antes de exfoliarme el cuerpo. Mi piel está rosada al sentarme ante el tocador envuelta en la toalla. Me pinto las uñas con mi color cereza preferido mientras Anna me seca y alisa el pelo. Estamos hablando de perfume. Le cuento que Charlie estaba obsesionada con el spray corporal Impulse de Lexie, y que ahora no soporto el olor. Y en ese momento, siento un espasmo en el estómago y me echo hacia delante. El esmalte se derrama por mi dedo y caen varias gotas rojas del pincel sobre la alfombra. Me endezco, pero mi cuerpo vuelve a contraerse y siento un movimiento en los intestinos. Salto del asiento, corro al cuarto de baño y llego al aseo justo a

tiempo.

—¿Grace? —Anna llama a la puerta.

—No me encuentro bien. —Es una extraña combinación de temblores y sudor. Me estiro hacia el lavabo, empapo una toalla con agua fría y me la pongo sobre la nuca.

—Voy a buscar a Dan.

Gimo al sentir que me engulle otra ola de dolor. Me agacho hacia delante con los codos sobre los muslos, tratando de evitar el moratón del EpiPen. Probablemente sea mi cuerpo, que está expulsando el exceso de adrenalina.

—¿Nena?

—Estoy enferma, Dan.

—¿Qué hago? Tendríamos que irnos en breve.

—No creo que pueda ir a ningún sitio. Lo siento.

Apoyo la mejilla sobre los azulejos fríos y pienso en mis preciosos vestidos. No había decidido cuál ponerme.

Media hora más tarde, mi estómago empieza a relajarse y me siento lo bastante valiente como para abandonar el santuario del cuarto de baño. Mis piernas están débiles y me agarro con fuerza a la barandilla mientras bajo siguiendo el sonido de voces acaloradas.

Anna y Dan están en la cocina. Ella está preciosa con su vestido rojo. Lleva el pelo recogido en un moño con bucles pegados a la cara.

—¿Qué pasa?

—Grace. —Anna se sonroja—. He pensado que a Dan le gustaría ir acompañado esta noche; así tengo la oportunidad de ponerme este vestido.

—Le he dicho que no. —La voz de Dan suena acerada—. Voy con Grace o solo.

—A mí no me importa. Tienes dos invitaciones y Anna está preparada. Yo me daré un baño y me acostaré pronto.

—Gracias, Grace. —Anna se mete el bolsito bajo el brazo—. ¿Listo, Dan?

Dan abre la boca y la vuelve a cerrar sin decir nada. Coge sus llaves y su cartera con gesto enfadado y se va hacia la puerta dando grandes zancadas.

Les saludo desde el umbral de la puerta viéndoles alejarse por la calle. *Estoy sola*. Cierro la puerta con llave, echo la cadena y, aunque me encontraba mejor, mi estómago se revuelve de nuevo y no para hasta que vuelven a casa.

ENTONCES

La puerta de mi taquilla se abrió con estrépito y rebusqué entre montones de papeles, envoltorios de caramelos y libros que había ido acumulando durante el trimestre. Tendría que llevar una bolsa de plástico y vaciar la taquilla antes de terminar el último curso en unos meses. Vi la cubierta de color mandarina de mi libro de Lengua y literatura y tiré de él; odiaba llegar tarde. De entre sus páginas cayó un sobre y planeó hasta el suelo. Lo cogí, y al reconocer la letra enmarañada en el anverso noté una ola de calor.

Esta vez la nota era más larga, pero tenía las mismas letras recortadas: «No te queremos aquí». Hice un gurrño con el papel y miré a mi alrededor. El pasillo estaba desierto. Las clases ya habían empezado. Cerré de un portazo la taquilla y giré la llave. Mis pasos resonaron por el pasillo mientras caminaba enérgicamente sobre el suelo de parqué. Abrí la puerta del aula de golpe y me hundí en el asiento, sudando y sin aliento. *Orgullo y prejuicio* era uno de mis libros favoritos, pero las palabras se mezclaban unas con otras y tuve que leer el mismo párrafo tres veces. Mis dedos tamborileaban sobre la mesa mientras rogaba a las manecillas del reloj que rotaran un poco más rápido. Cuando por fin sonó el timbre, metí mis cosas a toda prisa en mi bandolera y fui corriendo hacia la puerta.

Esmée y Charlie ya estaban en la sala de estudiantes. Charlie agitaba su *baguette* mientras hablaba, dejando caer trozos de tomate y pepino al suelo.

—Mira. —Le enseñé bruscamente la nota a Charlie.

—¿Qué es eso?

Se la mostré a Esmée, contándole lo de la primera nota y la caja de zapatos, y diciéndole que había esperado que fuera algo aislado. Que no tenía que meterse, ni pensar que debía ponerse de un lado o de otro.

—No me creo que Siobhan sea capaz de eso. Nos conocemos desde los cinco años.

—Ha sido una cabrona desde que Grace y Dan empezaron a salir —dijo Charlie.

—De todos modos nunca le he caído bien —añadí con tristeza.

—Sí, pero...

Esmée se quedó callada, mirando por encima de mi hombro. Me volví. Siobhan estaba en el umbral de la puerta.

—He traído patatas fritas. —Siobhan pasó rozándome el hombro y ofreció dos bolsas de Walkers a Esmée y Charlie—. ¿Sabor a queso y cebolla o pollo?

—No quiero nada de ti. —Charlie se puso de pie.

Esmée se mordió el labio, mirando al suelo, tratando de mantenerse al margen.

—¿Qué problema tienes? —Siobhan enderezó la espalda, pero Charlie seguía siendo más alta que ella.

—Tú. Mandarle este tipo de gilipolleces a Grace. —Charlie le incrustó la nota contra el pecho, y Siobhan se tambaleó hacia atrás.

Siobhan me fulminó con la mirada y desdobló la carta.

—Yo no te he mandado esto.

—Entonces tampoco fuiste tú quien mandó la caja llena de mierda, la tarde después de la fiesta de Grace...

Los ojos de Siobhan se abrieron.

—No, y no puedo creer que pienses que haría algo así. Somos amigas desde hace años. Mucho antes de que llegara ella.

Charlie frunció la cara en una mueca.

—Pues ya no lo somos. Vete a la mierda, Siobhan.

Siobhan abrió la boca, y volvió a cerrarla. Esmée se echó hacia atrás.

—¿Esmée?

Los ojos de Esmée se llenaron de lágrimas, se encogió de hombros.

Siobhan se volvió hacia mí con un odio tan denso que casi podía tocarlo con la mano mientras me escupía sus palabras:

—¿De verdad quieres tenerme de enemiga, Grace?

Por supuesto que no quería, pero sabía que ya era demasiado tarde. La frágil amistad que habíamos forjado estaba irreparablemente dañada y me daba miedo pensar en lo que Siobhan haría a partir de ese momento.

AHORA

Grace, ¿puedes echar una mano en la sala de bebés, por favor? Hannah ha llamado para decir que está enferma —dice Lyn.

Voy corriendo a la sala azul antes de que cambie de opinión. Adoro a los niños de tres y cuatro años que tengo a mi cargo, pero me encanta la idea de pasar el día con los bebés. Sarah es la primera en entrar con Lily, la hermana de Emily. Es su primer día.

—Grace, cómo me alegro de que estés aquí; aunque Emily te va a echar mucho de menos. No para de hablar de ti. Parece que solo hace dos minutos que era así. —Señala con la cabeza a Lily.

—Lo sé, el tiempo vuela. ¿Quieres que la coja?

Los ojos de Sarah se llenan de lágrimas al pasarme el bultito dormido, envuelto en una manta lanosa de color crema de Winnie the Pooh. Pesa más de lo que parece.

—Estará bien —le digo.

—Lo sé. Simplemente es que no tenía pensado dejarla todavía, pero me han ofrecido una buena cantidad por escribir un libro para otra persona y con ella en casa no puedo concentrarme. No es fácil ser madre soltera.

—Antes de que te des cuenta será la hora de venir a recogerla.

Nos apartamos para dejar paso a un torrente de madres que entran. Sarah me entrega la bolsa de pañales de Lily junto a una lista larga y desordenada de instrucciones, le da un beso a la niña y se marcha.

Camino con pasos de astronauta hacia los pufs con mi valiosa carga y me dejo caer milímetro a milímetro, con cuidado de no despertarla. Mis músculos tiemblan del esfuerzo y pienso en que debería volver a yoga. Unas pestañas oscuras rozan la piel de porcelana de Lily y le abro un poco la manta, descubriendo diez dedos perfectamente formados con uñas finas como el papel.

—¿Qué harás con esas manos? —me pregunto en voz alta.

Lily ronca suavemente y la acuno contra mi pecho respirando su frescor. No puedo evitar aspirar su perfecto olor a bebé en lo alto de su cabeza. Es preciosa. Cada vez que hablamos, mamá suelta alguna indirecta sobre ser abuela, pero yo no estoy preparada. Ninguno de los dos lo estamos.

El cuerpo de Lily se tensa al estirarse, duplicando prácticamente su longitud, y bosteza abriendo de par en par su boca rosada desdentada. Con los ojos todavía bien cerrados, empieza a gimotear. Murmuro las típicas palabras para calmarla mientras la llevo hasta la diminuta cocina para calentarle el biberón. Lo agito y me echo una gota sobre la muñeca para comprobar la temperatura.

—Perfecta —le digo. Una vez sentadas, froto la tetina sobre su labio inferior hasta que deja de llorar. Sus dedos se aferran a los míos con fuerza al agarrar la tetina con la boca, chupando ruidosamente, y apura la leche como si llevara días sin comer. Acabado el biberón, lo dejo en el suelo—. No hay más hasta la hora de comer. —Le froto la espalda con suavidad hasta que suelta un fuerte eructo—. ¡Lily! Ese habría impresionado a tu hermana —le digo. Un hilillo de leche agria le cae de la boca y lo limpio con su babero de Peppa Pig.

Pasamos la siguiente hora aporreando juguetes de plástico de colores con luces intermitentes que hacen demasiado ruido y leyendo cuentos que aún no puede entender. Me esfuerzo por que me regale una de sus sonrisas de pura encía.

—Grace, ¿puedes poner a Lily en una cuna y salir fuera? Hace suficiente calor como para que los niños corroteen un poco antes de la comida —dice Lyn—. Cara estará bien aquí sola durante media hora.

Tumbo a Lily en el cambiador de cuadros amarillos.

—Vamos a cambiarte antes de la siesta.

Se retuerce mientras le desabrocho las hebillas del peto: tiene las piernas rígidas, las rodillas tensas.

—Venga, Lily, que tengo que salir. —Le hago muecas hasta que sus músculos se relajan y puedo quitarle el pañal hediondo—. ¡Lily, apestas! —La limpio, cambio el pañal y le hago pedorretas sobre la tripa rolliza. Ella se ríe y vuelvo a hacerlo antes de ponerle otra vez la camiseta y el peto. Apoya la cabeza sobre mi hombro, agarrándose el pelo con su puño, y la llevo hacia las cunas. Huele a polvos de talco y champú de bebé. Doy cuerda al móvil del sol, la luna y las estrellas. El sonido melódico de *Estrellita, ¿dónde estás?* inunda el aire y veo cómo sus ojos se empiezan a cerrar. De repente, unos gritos penetrantes que vienen de fuera la despiertan, su cara se arruga volviéndose de color magenta, y empieza a derramar lágrimas calientes y veloces.

Dudo un segundo antes de salir corriendo al patio. Una multitud de niños llorando rodea los columpios. Me abro paso hasta la primera fila y veo a Emily sobre el césped artificial, con el brazo en un ángulo antinatural. La vista se me nubla. Emily se convierte en mi padre tirado sobre la carretera, hace muchos

años. Empiezo a tambalearme y me arrodillo.

—¿Grace?

Miro al niño que tengo más cerca, y me recuerdo a mí misma que soy el adulto a cargo de la situación.

—Estoy bien. ¿Qué ha pasado?

—Estaba de pie en el columpio y se cayó —me comunica William—. Lyn está llamando a la ambulancia.

Emily tiene la frente húmeda y pegajosa cuando le aparto el flequillo de los ojos, que mantiene bien cerrados. Está muy pálida.

—Emily, no pasa nada. Ya viene la ambulancia. No te muevas y todo irá bien.

La niña deja de gritar y empieza a gemir, lo cual es casi peor. No sé si es consciente siquiera de que estoy aquí. El dolor debe de ser inimaginable, y me siento completamente impotente.

Lyn aparece con una manta. Nos miramos a los ojos delante de nuestra alumna.

—¿Dónde estabas? —susurra.

—Tenía que cambiarle el pañal a Lily. —Bajo la mirada, para que Lyn no vea el sentimiento de culpa en mis ojos, mientras intento consolar a Emily con palabras inadecuadas, cogiendo su mano buena entre las mías, frotándosela. Hace calor, pero ella está helada.

La adrenalina me recorre todo el cuerpo, provocando un hormigueo en mi cabeza y mis antebrazos. Tengo las manos y los pies dormidos.

—Sarah está de camino —dice Lyn—. Menos mal que vive al lado. Voy a la puerta a esperarla a ella y a la ambulancia.

Suenan sirenas y el sudor empieza a caer libremente por mi cuerpo, aunque no se lleva mi remordimiento ni los recuerdos que han despertado. El pecho me aprieta y me cuesta respirar. Nunca había tenido un ataque de pánico en el trabajo e intento tranquilizarme por todos los medios delante de los niños, que ya están bastante asustados.

Siento una palmada en el hombro.

—¿Dónde está la paciente? —Un sanitario medio calvo se arrodilla delante de mí, abriendo su maletín.

—Se llama Emily —le digo, pero su rostro no para de desenfocarse—. Se ha caído del columpio.

—Hola, Emily, me llamo David. Estoy aquí para cuidar de ti.

—¡Emily! ¡Emily! —La angustia en los gritos de Sarah es palpable al correr hacia su hija. No soy capaz de mirarla. Al cuidar de una hija he desatendido a la otra. Empiezo a llevarme al resto de los niños adentro. Algunos siguen llorando. Nos quedamos mirando por la ventana mientras colocan a Emily en una camilla

y se la llevan a la ambulancia que espera en la puerta.

—¿Se va a morir? —me preguntan—. ¿Volverá a la escuela viva?

—Emily está bien, solo se ha hecho daño en el brazo. —Intento proyectar una confianza que no siento—. Vamos todos al rincón de los cuentos a elegir un libro. —A pesar de que me tiemblan las piernas, logro atravesar el aula y me dejo caer en los pufs. Vuelven a elegir *El grúfalo*. Mi voz sale temblorosa, pero me meto en la historia, imitando a un zorro, a una serpiente y a un búho. Se me da bien fingir.

Cuando los niños se han ido a casa, me pongo a recoger los libros desordenados y a limpiar las superficies pegajosas hasta que Lyn me llama a su despacho.

—Sarah ha llamado desde el hospital. Emily se ha roto un brazo. Se va a quedar ingresada esta noche porque se golpeó la cabeza, pero se recuperará. Greg está allí también. Probablemente la niña esté emocionada por tener a sus padres en la misma habitación.

—Gracias a Dios. —Me siento, porque las piernas ya no quieren sostenerme.

—Tenemos que rellenar un informe declarando lo que ocurrió. Sarah tendrá que firmarlo y luego lo enviaremos a la oficina de evaluación y a la agencia local de protección del menor.

Apenas puedo mirarla a los ojos.

—¿Y luego qué?

—Habrá una investigación. Si la oficina nacional nos responsabiliza, publicarán el incidente en su página web junto con las medidas que haya que tomar, o las medidas que tengamos que tomar nosotros para cumplir con los requisitos legales para seguir registrados.

—Lo siento mucho, Lyn. Debería haber salido directamente a vigilar en vez de cambiar a Lily.

—Grace, ha sido un accidente. Podría haber pasado aunque hubieses estado fuera. Sé lo buena que eres con los niños.

—La oficina nacional no.

—Emily se va a poner bien, y eso es lo más importante. Con un poco de suerte no verán negligencia. Hasta hoy no habíamos tenido ningún incidente en Little Acorns, aunque imagino que los padres sacarán a sus hijos en tropel si la oficina de evaluación nos responsabiliza públicamente.

—Lo siento mucho. —Las palabras me salen en bucle.

Lyn mira su reloj.

—¿Por qué no te vas a casa? Hay que hablar con los niños y con otros profesores antes de hacer el informe. De todos modos, tenemos catorce días para

enviarlo.

—Vete tú, Lyn. Pareces agotada. Yo terminaré de recoger y cerraré. —Suelo ser la última en marcharme.

—No. Lo haré yo. —Su tono es firme.

Quiero preguntarle si todavía confía en mí pero temo demasiado su respuesta. Cojo mi bolsa y mi abrigo y salgo por la puerta delantera. Las huellas de los neumáticos de la ambulancia siguen marcadas en el jardín, han destrozado el césped. Con el tiempo, la hierba se recuperará, no habrá señales visibles del trauma vivido hoy. ¿Pasaré lo mismo con Emily?, me pregunto. Mis cicatrices ya no se ven, pero las sigo teniendo.

Vuelvo a casa con el piloto automático puesto y me asusto al ver que he llegado sin ningún recuerdo consciente del trayecto en coche. Al tercer intento logro que la mano no me tiemble demasiado como para meter la llave en la cerradura. Dejo caer el bolso en el suelo, me quito los zapatos en el felpudo, entro en la cocina y me sirvo una copa grande de chardonnay. Con una mano en la botella me bebo el vino junto al fregadero contemplando a los pájaros en el comedero. Les envidio. Son libres de irse y volver a empezar en cualquier parte. ¿Cómo voy a poder mirar a la cara a Lyn otra vez? Le he fallado a Emily. Me he fallado a mí misma.

Apuro la copa y me sirvo otra. Mi móvil suena una y otra vez; es un teléfono desconocido. Lo ignoro. Estoy harta de cogerlo y que nadie conteste al otro lado de la línea. La puerta se cierra de un portazo, y, al ver a Dan entrar en el salón, dejo que mis lágrimas salgan a borbotones.

—Grace, ¿qué pasa?

No encuentro las palabras. Me guía hasta el sofá con gesto asustado, me ayuda a sentarme y se arrodilla delante de mí.

—¿Grace? —Se ha quedado pálido.

—El trabajo.

Suelta aire.

—¿Eso es todo?

—¿Todo? —Me enjugo las lágrimas con la manga.

—No quería decir eso. Es que me alegro de que no sea algo más serio, que tus abuelos estén bien. ¿Qué ha pasado?

Una sombra se cierne sobre mí. Es Anna. No la había oído entrar.

—Grace. —Se sienta a mi lado y me pone un brazo alrededor de los hombros. Mis músculos están muy tensos, demasiado susceptibles al contacto, y la aparto.

Les cuento mi espantoso día.

—No es tu culpa. —Dan me aprieta la rodilla.

—Bueno, en cierto modo sí lo es —replica Anna—. Sé que nunca harías daño a nadie a propósito, pero deberías haber estado fuera vigilando...

—Anna. —La voz de Dan es cortante—. Los accidentes ocurren. A veces no hay responsables.

—Tiene razón. Debería haber estado fuera. —Me enjugo los ojos.

—Pero, aunque hubieras estado fuera, Emily se habría subido y probablemente también se habría caído.

—Puede.

—Es casi seguro.

—No sé cómo voy a enfrentarme a todo el mundo mañana.

—Con la cabeza alta. En serio, Grace, no tienes nada de lo que avergonzarte.

—La oficina nacional de evaluación será quien lo juzgue. —Cojo trozos del pañuelo mojado que tengo en la mano y los veo caer al suelo. Es como confeti cuando no hay nada que celebrar.

—¿Te van a inhabilitar? —dice Anna.

—Por suerte no se hará público a no ser que vean negligencia. No podría vivir conmigo misma si hubiera perjudicado el negocio de Lyn.

—Pero ¿informarán a los padres?

—Probablemente sus hijos ya les hayan contado que vieron venir una ambulancia, así que si preguntan les diremos que hubo un accidente, pero, más allá de eso, no estoy segura. Lyn debe decidir cómo llevarlo. Espero que no se enteren. Confían en mí.

—Seguirán haciéndolo —asegura Dan—. Los niños se te dan genial. Te adoran.

—Gracias. —Me inclino hacia delante; nuestras frentes se tocan—. Te quiero, Dan.

—Yo también te quiero. ¿Por qué no te das un baño? Yo prepararé la cena.

—¿Tú?

—Sí, yo. Soy bastante capaz de hacerlo, ¿sabes? Ya lo he hecho otras veces. ¿Bacalao con patatas fritas para tres?

El despertador anuncia un nuevo día, sacándome de un salto de un sueño intranquilo. Me asomo por debajo de mis párpados pesados. Tengo la boca seca y amarga; ojalá no hubiera cenado pescado grasiento con patatas y vino anoche. Entro tambaleándome en el cuarto de baño, cojo mi cepillo de dientes, y al lavarme las muelas me dan arcadas. Me cuesta mirarme al espejo, esos ojos inyectados en sangre y esa palidez mortecina. Por un instante me planteo llamar para decir que estoy enferma, pero al final me ducho, me visto y le doy un beso

de despedida a Dan. La puerta de Anna está cerrada y me alegro de que no se haya levantado todavía. Anoche me dolió su reacción, aunque estuviera poniendo voz a mis propios pensamientos, aunque yo sea realmente culpable.

Abro las cortinas del salón, entornando los ojos cuando la luz entra a chorro a través de la ventana. Mittens está hecha un ovillo sobre el sofá entre envoltorios de pescado con patatas. En el suelo hay dos botellas vacías de vino. ¿Me las bebí yo sola? A ambos lados están los cascos de cerveza vacíos de Dan. Nuestro contenedor de reciclaje de vidrio va a rebosar otra vez. Espero que los del camión de la basura no nos juzguen como hago yo a veces conmigo misma.

El trayecto en coche al trabajo se pasa demasiado rápido. Llego pensativa, en parte esperando encontrarme una fila de padres enfadados a la entrada con pancartas —«Justicia para Emily»—, pero, por supuesto, es un día como cualquier otro. En el aparcamiento solo está el coche de Lyn. Entro por la puerta delantera, aliviada al ver que mi llave todavía sirve. No me han expulsado.

—Ven aquí. —Lyn abre los brazos—. Tienes muy mal aspecto. Por favor, no te preocupes. Fue un accidente. Hoy es un nuevo día. —Su sonrisa hace añicos mis miedos, que caen al suelo. Paso por encima de ellos, expiada, y me envuelve en un abrazo de oso.

La mañana transcurre con normalidad, más allá de la ausencia de Emily. Los niños no mencionan el accidente ni la ambulancia. Es un día cualquiera. A la hora de la comida, Lyn y yo leemos el informe mientras compartimos sus sándwiches de huevo. Esta mañana me encontraba demasiado mal como para pensar siquiera en prepararme la comida.

—Creo que es bastante sencillo. Nuestra ratio personal-niños es buena, y todos los informes anteriores son excelentes. Las instalaciones no tienen defectos. Ha sido mala suerte, pero no creo que lo lleven más allá.

—Espero que no.

—Emily está bien, y eso es lo más importante. Y si no lo llevan más allá y no se hace público, no afectará en absoluto a nuestra reputación. El negocio sigue igual. Ahora, ve a hacer café.

Le preparo un café a Lyn y me tomo dos pastillas de paracetamol con un vaso grande de agua. Pasamos gran parte de la tarde recortando corazones de cartón y decorándolos con purpurina, papel de seda y pintura. Los pongo a secar en la cuerda. Me duelen los brazos. Llevo todo el día especialmente atenta y estoy completamente reventada. Cuando llega la hora de cerrar las puertas y recoger, me siento muy aliviada.

—Me voy. —Asomo la cabeza por la puerta del despacho de Lyn. Está pálida y con gesto tenso.

—¿Va todo bien?

—Será mejor que te sientes. —Señala la silla con la cabeza, sin llegar a mirarme.

Me siento. La correa de mi reloj está deshilachándose. Mis dedos nerviosos tiran de las hebras de algodón, arrancándolas. Las veo caer al suelo.

—Tienes que ver esto. —Lyn me enseña su iPad, tiene la aplicación de Twitter abierta.

«Empleada negligente de guardería rompe el brazo a una niña. @littleacorns #echadagrace».

—¿Es...?

—Sigue leyendo. Hay más.

«No manden a sus hijos a este sitio, no es seguro. #littleacorns #echadagrace».

«¿Por qué no han despedido a Grace? #littleacorns #echadagrace».

«Grace debería estar en la cárcel. #littleacorns #echadagrace».

Hay un tuit tras otro, todos sedientos de sangre. Claman venganza. Venganza contra mí. El periódico local ha retuiteado y hay comentarios realmente desagradables de gente de la que ni siquiera he oído hablar. Siento ganas de vomitar. El iPad se enfoca y desenfoca.

—¿Quién ha hecho esto?

—No lo sé. Son de cuentas nuevas. No hay información personal ni fotos.

—¿Podrían ser de la misma persona?

—No sé. —Lyn marca un ritmo con el boli en el lateral de su mesa—. A lo mejor es Greg.

—Puede. Dijo que me arrepentiría. Tiene muy mal carácter, lo sabemos, y es el padre de Emily. ¿Qué deberíamos hacer?

—No podemos ocultarlo. Esta tarde ha habido llamadas. Se ha corrido la voz entre los padres. Están preocupados.

Espero a que siga.

Se reclina en su sillón y suspira.

—Ha llamado la prensa local. Mañana publican una noticia. Querían declaraciones.

—¿Y qué les has dicho? —Mi voz apenas es audible, hasta para mí.

—He dicho que no se ha hecho responsable a nadie, que la investigación está en curso pero que, hasta que la oficina nacional llegue a una conclusión, estás suspendida.

Mis ojos se inundan de lágrimas.

—Lo siento mucho, Grace, pero no puedo correr el riesgo de que los padres saquen a sus hijos de la escuela. Tengo que actuar por el interés de la guardería.

—Lo sé. Lo siento. —Otra vez esas palabras, pero no se me ocurre nada más que decir.

—En cuanto la oficina nacional tome una decisión volveremos a la normalidad. Todo esto pasará.

Rebusco en mi bolso y saco mi llave.

—Toma. —Se la doy.

—Guárdala. La necesitarás cuando vuelvas. Volverás, Grace.

Con enorme esfuerzo me levanto de la silla. El cuerpo me pesa. Pesa la culpa. Atravieso el aula de juegos, mirando la ristra de corazones de papel, y siento que el mío se rompe.

ENTONCES

Entre las tarjetas de Navidad que cayeron sobre el felpudo aquella mañana había otra carta. La metí en mi mochila para enseñársela a Esmée y Charlie a la hora de comer. Fui la primera en llegar al comedor. ¿Por qué siempre olía a repollo hervido? Nunca comíamos verdura. A pesar de las charlas de alimentación sana, perritos calientes y patatas era lo único que nos servían aquellas mujeres gruñonas con bata rosa y redecillas en el pelo, que parecían preferir estar en cualquier otro sitio. Cogí del refrigerador algo que apenas podía pasar por ensalada. Lechuga iceberg, tomates y pepino con una pizca de atún por encima. No me saciaría, pero quería perder un kilo antes de Navidad, cuando seguro que me zamparía el equivalente a mi peso en chocolates de Quality Street y tartaletas de pasas.

Mientras esperaba en la cola para pagar, no pude resistirme y añadí una taza de chocolate caliente a mi bandeja. Me lo merecía por todas las calorías que había ahorrado con la ensalada. Para cuando llegué a nuestra mesa habitual, Esmée y Charlie ya estaban allí.

—¿Te has enterado de lo de Siobhan? —Charlie no paraba de moverse en el asiento.

—No.

—La han expulsado.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Siobhan era la más lista de todas nosotras.

—Por robar uno de los portátiles.

—Eso es ridículo. Ella no lo haría. Ya tiene uno.

—La cogieron en el circuito cerrado de vídeo. Hace un rato vino un coche patrulla.

—¿Y la universidad?

—No podrá ir. No puede hacer los exámenes para entrar.

—Dios. —Estaba consternada.

—No me lo puedo creer. —Esmée se mordió el labio—. Es como si en realidad no la conociera.

—Es que no la conocíamos —dijo Charlie—. Mira lo que le ha hecho a Grace.

—Y sigue. Hoy he recibido otra carta.

—Cabrona —dijo Charlie.

—Lo es —contesté, pero al ver a Abby sollozando en una esquina, rodeada de «amigas» preocupadas que querían sacarle información sobre su hermana mayor descarriada, no pude evitar sentir lástima.

Fue un alivio dejar de ver a Siobhan todos los días. No dejaban de correr rumores. Formaba parte de una red de crimen organizado. Su padre era de la mafia. Stephen Brown, un chico de mi clase, contó que ella le había ofrecido el portátil por cien libras. Él no se lo podía permitir, pero no tenía ni idea de que fuera capaz de robar uno. Eso me lo creí. Siobhan no tenía un trabajo como el resto de nosotros. Yo trabajaba en una cafetería los sábados, Charlie hacía de canguro y Esmée ayudaba a su madre a repartir libros de Avon. Los padres de Siobhan no querían que se distrajera de sus estudios. ¿Para qué necesitaba tanto el dinero?

Probablemente para papelería. Ahora me llegaban cartas casi a diario. Estaba irritada y cansada. Charlie quería empezar la búsqueda de su padre pero a mí me estaba costando dar abasto con las tareas del curso por la falta de concentración. Intentamos soltarle indirectas a Lexie, fingiendo que habíamos visto un programa de Jeremy Kyle en el que una chica exigía a su madre que le dijera quién era su padre biológico, e inventándonos una historia sobre una chica de clase que acababa de encontrar a su padre, pero ella se encendió otro cigarrillo, se sirvió otra copa y nos ignoró.

El viernes atajamos por el parque al volver del colegio a casa. Había alguien sentado en un columpio; tenía tirabuzones rubios bajo un gorro de borla amarillo chillón. Siobhan.

—Vamos por el otro lado —dije tirando del brazo de Charlie.

—No me voy a ir por ella. —Charlie siguió caminando haciendo crujir la hierba escarchada y exhalando nubes de vaho—. Eh, tú. Ladrona.

Me puse tensa, esperando a que Siobhan estallara, pero cuando se volvió respiré hondo y el aire helado me hizo toser. Sus ojos estaban llenos de venitas rojas, tenía la cara pálida y cubierta de manchas.

—Yo no he robado nada.

Charlie se quedó mirando a Siobhan.

—Te creo.

—Gracias. —Siobhan extendió una mano pero Charlie se la apartó con un golpe.

—Me lo creo tanto como que no le estás mandando cartas a Charlie.

—Yo...

—Ahórratelo. Te cogieron por las cámaras de seguridad. ¿Qué? ¿Necesitabas dinero para sellos? Eres patética. Dan quiere a Grace. No se fijaría en una buscona como tú.

Siobhan se sorbió la nariz y se la limpió con el dorso del guante.

—Por favor. Éramos amigas.

—Pues peor para nosotras. —Charlie me agarró de la muñeca—. Venga, Grace. Vamos a buscar a los demás.

—Dejad que vaya con vosotros. —Siobhan entrelazó los dedos como si estuviera rezando—. Mis padres me odian. Ni siquiera Abby me habla.

—Muérete, Siobhan. —La voz de Charlie sonó dura, pero mientras nos alejábamos vi que tenía lágrimas en los ojos.

AHORA

No puedo creer que tenga que volver a casa y contarle a Dan que probablemente haya perdido el trabajo. Mi Ford Fiesta está en el «Aparcamiento exclusivo para personal» y corro hasta la puerta del conductor con la cabeza agachada y las llaves en la mano. Tiro mi bolso en el asiento del copiloto, meto las piernas en el coche y cierro las puertas con pestillo. Estoy inquieta; ahí fuera hay alguien que me odia. ¿Es Greg? ¿Es él quien me está siguiendo?

No es la primera vez que tengo un enemigo. Mi mente regresa a mis dieciocho años. Cuando pienso en cómo acabó aquello me entran ganas de llorar. Llamo a mamá. Si lo digo en alto tal vez no me parezca tan horrible y me cueste menos contárselo a Dan. Oigo el tono de su teléfono y espero a que salte el buzón de voz, pero de repente contesta.

—Hola, Grace. —Su voz suena rasgada por la distorsión de la línea—. ¿Estás bien?

—¿Y tú? Parece como si hubieras estado corriendo.

—La hija de Oliver está aquí con sus niños. Estamos jugando al escondite. ¿Querías algo?

La envidia me corroe. Cuando era pequeña nunca jugaba conmigo, y ahora lo hace con los nietos de Oliver. Entiendo el porqué, pero me duele.

—Nada importante. —Trago saliva para que no se me quiebre la voz—. Vuelve con los niños. Te llamaré la semana que viene.

Aprieto los dientes, enciendo el motor y el coche se inunda de ruido sobresaltándome. Esta mañana había subido el volumen de la radio para escuchar un programa especial de éxitos de los ochenta. Los compases de *Mr. Blue Sky* de ELO llenan el coche, apago la radio de un golpe y apoyo la frente sobre el volante. Casi puedo oír la voz cantarina de papá: «*It's a beautiful new day. Hey, hey*». Ojalá estuviera aquí para hablar con él. El silencio solo se rompe por mi respiración irregular, y quisiera quedarme para siempre en el refugio del coche.

Lyn da unos golpecitos en mi ventanilla. Levanto la cabeza, asiento diciendo: «Estoy bien», y doy marcha atrás para salir de mi plaza. Si hay otros coches en la carretera de vuelta a casa, ni siquiera los veo. Las ruedas giran y giran

empujándome hacia delante, y antes de darme cuenta ya he llegado.

El ruido de voces altas me golpea antes de alcanzar la entrada. Suelto las llaves en el cuenco de los cachivaches de la mesita del teléfono y digo en voz alta:

—¡Hola!

La televisión del salón está encendida; motores de coches de Fórmula Uno rugen al dar vueltas por la pantalla.

Dan está sentado en el borde del sofá, con la cabeza agachada y el mando de la PlayStation en la mano. Anna está de pie a su lado, con los puños cerrados a ambos lados del cuerpo.

—¿Qué pasa?

—Dan tiene mal perder. No le gustan los juegos, ¿verdad, Dan?

—El tuyo, no. —Su mirada es oscura. Su voz grave.

—Eso es porque...

—Callaos, los dos. Esto es lo último que necesito hoy. —Apunto el mando de la televisión, la pongo en silencio—. Me han suspendido del trabajo. —Me siento al lado de Dan, apoyo la cabeza en su hombro. Mittens salta a mi regazo y le rasco el cuello, agradeciendo la distracción.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Les cuento mi día.

—Aunque Lyn está siendo un encanto. Me dijo que me quedara la llave porque volveré al trabajo. Que solo es cuestión de tiempo. Pero no sé, depende de lo que piense la oficina nacional.

—Es terrible —dice Anna—. Alguien está empeñado en hacerte daño. ¿Tienes alguna idea de quién?

—Alguien que no tiene vida propia —apunta Dan.

—Lyn cree que es Greg, el padre de Emily. Tuve un enfrentamiento con él hace unas semanas.

—¿Pero tú no?

—No lo sé. Llevo un tiempo pensando que me están siguiendo.

Dan no parece convencido.

—¿Estás segura? Ya sabes lo... desconfiada que puedes llegar a ser.

—Es verdad. Les he visto —dice Anna—. Seguí a su coche.

—¿Y por qué no me lo habéis contado? —Parece furioso.

—No quería preocuparte.

—Si pilló a alguien siguiéndote tendrá que vérselas conmigo.

—Eres todo un caballero andante, ¿eh? —dice Anna.

—¿Anna?

—¿Sí, Dan?

—Cierra la puta boca.

—¿Me vais a dar un respiro? —El silencio es denso e incómodo, más opresivo que los gritos—. Quiero un baño y una noche tranquila.

—Yo no estaré. Tengo entrenamiento.

—Yo también voy a salir. —Anna adopta un aire rebelde.

—¿Algún sitio bonito? —le pregunto.

—De hecho, es una cita.

Dan se levanta, con los músculos del cuello palpitando.

—Lástima que no sea una entrevista de trabajo. Te veo luego. —Me da un beso en lo alto de la cabeza. Intento agarrar su mano, pero solo cojo aire mientras desaparece por la puerta.

—Siento que te hayas encontrado con esto al llegar a casa, Grace. Soy bastante competitiva.

—Dan también. —Respiro hondo—. Y creo que le está costando compartir nuestro espacio. Me encanta que estés aquí, a los dos nos encanta, pero estaría bien tener alguna idea de tus planes.

—Por supuesto. Perdona. Sé que no me puedo quedar para siempre. Pronto encontraré algo, lo prometo. Pero ha sido tan maravilloso conocerte, descubrir cosas de Charlie. Ojalá pudiera conocer a Lexie. Escuchar alguna anécdota de cuando era bebé, ver fotos. En fin, te voy a preparar un baño. Tengo un aceite fantástico que te relajará.

—Gracias, Anna.

Sube las escaleras con paso pesado y la tensión en el ambiente se disipa. Cierro los ojos y acaricio a Mittens, arrullada por su suave ronroneo.

—¿Qué haría yo sin ti? A ti no te importa lo que diga la gente, ¿verdad? —Me da una palmada en la mano con su suave patita.

—El baño está listo —me avisa Anna.

Suena un mensaje en mi teléfono. Es Dan.

«Tiene que irse».

Me muero por dejar atrás este día.

Anna ha encontrado una bolsa de velitas y el baño titila y resplandece. Hay una toalla blanca colgada sobre el calentador, y mi albornoz está detrás de la puerta. Una copa de vino blanco frío me espera en el alféizar de la ventana, junto a mi iPod y los cascos.

—Toma. —Anna me da *Jane Eyre*—. ¿Necesitas alguna cosa más?

—Creo que has pensado en todo. Esto es maravilloso, me siento como si estuviera en una comedia romántica.

—Todos necesitamos que nos cuiden de vez en cuando.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Quieres que te traiga algo de comida antes de irme?

—No, gracias. Si tengo hambre, hay pizza en el congelador. ¿Con quién es la cita?

—Un tío al que conocí por internet; iremos a comer algo al Beefeater.

—Disfruta. No hagas nada que yo no haría.

—Entonces, ¿dónde está la diversión? —Sonríe, y me deja sola con mi baño y mis pensamientos, duros y afilados. El agua actúa como una lima, suavizando los bordes hasta que me siento capaz de cerrar los ojos y relajarme.

Me quedo en la bañera hasta que el agua está fría y mis dedos arrugados. Estoy emocionalmente agotada, así que paso de la cena y me voy directa a la cama, sucumbiendo a un sueño sin sueños. No oigo a Anna ni a Dan volver a casa.

Dan suelta su toalla en el suelo y coge bruscamente una camisa de la percha. No recuerdo la última vez que le vi desnudo. Normalmente me voy a trabajar antes que él, y los fines de semana se suele vestir en el cuarto de baño para irse a entrenar temprano. Nota que le miro y se vuelve.

—Ayer hablé con Anna —digo en un susurro, aunque no creo que ella nos pueda oír—. Se irá pronto. Podemos...

—Podemos. —Dan viene sigilosamente hacia la cama. Apoya las palmas de las manos en mi hombro, haciendo fuerza, empujando, y me reclino sobre la almohada. Me besa el cuello y su mano se cuelga por debajo de mi camiseta.

—¿Y Anna?

—¿Y nosotros? Hace demasiado tiempo...

Me quita los pantalones del pijama y mis uñas se clavan en su espalda mientras me muerdo el carrillo para no gritar. Trago sangre oscura y salada. En unos minutos hemos terminado, pero me llena la sensación de alivio de que todavía me desee, de desearle todavía a él.

Dan se endereza, me aparta el pelo de los ojos.

—Lo echaba de menos.

—Yo también. Te quiero.

—Y yo a ti. —Dan me pasa el dedo pulgar por los labios—. Podríamos hacerlo otra vez luego.

—Podríamos.

—Deberíamos tomarnos un respiro. Pasar un fin de semana largo con tu madre. Me deben algunas horas en el trabajo. *Fish and chips* frente al mar.

—¿Y qué pasa con todo lo de la guardería?

—Ahora mismo no podemos hacer nada. Por lo menos en casa de tu madre hay tan poca cobertura que no estarás mirando Twitter cada cinco minutos.

—La llamaré para organizarlo.

Nos despedimos con un beso —un beso largo de verdad, nada de los picos cortos y cortantes a los que nos hemos acostumbrado— y, aunque es ridículo pensar que puedo ser feliz con todo lo que ha pasado en el trabajo, me siento algo más ligera. Como parte de un equipo otra vez. Sé que, pase lo que pase, Dan y yo lo afrontaremos juntos.

El día se despliega ante mí y pienso en hacer una limpieza de primavera. Bessie Smith canta *Downhearted blues*[\[8\]](#) y yo tarareo mientras levanto el sofá para pasar la aspiradora. Hay bastante pelo como para hacer un nuevo gato. De repente noto que alguien me toca el hombro, y el corazón casi se me sale por la boca.

Me doy la vuelta. Anna desenchufa la aspiradora y me quito los auriculares. Hay dos policías detrás de ella.

El salón me da vueltas y siento como si hubiera viajado hacia atrás en el tiempo.

—¿Está bien Dan?

—¿Grace Matthews? Soy el inspector Dunne y este es el inspector White. — Me enseñan su placa. Asiento sin decir una palabra, con las manos en las mejillas.

—¿Le importaría decirnos dónde estuvo anoche?

—¿Anoche? —Mi voz se quiebra. Me paso la lengua por los labios secos y vuelvo a empezar—. ¿Anoche? Estaba aquí.

—¿Había alguien con usted?

—No. ¿Por qué?

—Tengo entendido que trabaja en Little Acorns.

Asiento.

—Anoche alguien destrozó la guardería.

—¿Cómo? ¿Quién?

—Eso es lo que estamos intentando averiguar. No había signos de que hubieran forzado la puerta; quienquiera que lo hiciese probablemente tenía una llave. ¿Tiene usted una llave, señorita Matthews?

—Sí. —Mi voz apenas es un chirrido.

—¿Le importaría mirar si la sigue teniendo?

Me siguen hasta el vestíbulo. Cojo mis llaves, y saco la de Little Acorns.

—Aquí está.

—Por favor, acompañenos a comisaría para tomarle declaración. ¿Puede coger

sus zapatos?

Anna me trae las deportivas. Al segundo intento logro meter los pies, pero las manos me tiemblan demasiado para atarme los cordones.

—Déjame a mí. —Anna se arrodilla y me los abrocha—. ¿Quieres que llame a alguien?

Tengo la mirada perdida.

—No sé.

—¿Señorita Matthews? —El inspector White abre la puerta de entrada. Caminamos hacia el coche patrulla, pasando por delante de los narcisos y las campánulas que sobresalen del parterre.

La señora Jones está en la entrada de su casa.

—¿Va todo bien, Grace?

No contesto.

Me subo al asiento trasero, sin poder creer que esté otra vez en un coche de policía. Los recuerdos me pasan por delante, junto con las vistas del campo que tanto me suelen tranquilizar. Hoy son frías y hostiles. Cierro los ojos y el tuit atraviesa mi mente con un destello. «Grace debería estar en la cárcel».

ENTONCES

La nieve caía suavemente y limpié mi parabrisas con la mano enguantada. Mis abuelos me habían comprado un Ford Fiesta de segunda mano por Navidad, y me encantaba. Era gris; según Dan, de color hongo, porque «se-tá» muy bien en él.

Bajo el limpiaparabrisas había una carta. Sentí un hormigueo en la piel y comprobé si alguien me vigilaba antes de meterme el sobre arrugado en el bolsillo trasero. Desde la caja de zapatos, no había habido más «regalos», pero seguían llegando cartas, cada una más amenazadora que la anterior. Yo intentaba que no me afectaran, pero no era fácil. No entendía por qué Siobhan seguía haciéndolo, pero al menos ya no tenía que verla todos los días en el colegio.

Las cortinas del salón se movieron y vi la cara arrugada de la abuela asomándose. Forcé una sonrisa y saludé. Le había ocultado las cartas, ya se preocupaba bastante por que ahora condujera, y tampoco quería que mamá se enterara. Había sido fantástico tenerla con nosotros en Navidad, pero nuestra relación era bastante reciente todavía. Frágil. No quería que nada la tensara. Tenía miedo de volver a perderla, así que sonreía con sus bromas y mantenía conversaciones relajadas.

Atravesé el pueblo con los músculos de la parte alta de la espalda tensos como piedras, agarrando el volante con fuerza. A Dan le hacía gracia que respetara siempre los límites de velocidad, pero él llevaba un año más que yo conduciendo. «La tortuga siempre acaba llegando», decía la abuela. Puse el intermitente al llegar a la calle de Charlie, aunque no se veían más coches.

Con el motor aún encendido comprobé los retrovisores para asegurarme de que no me habían seguido, me bajé y fui apresuradamente por el sendero que llevaba a su casa. Estaba nerviosa constantemente y saltaba a la mínima: por las sombras que proyectaba el árbol del jardín delantero sobre mi habitación o por el ladrido de los perros. Intentaba convencerme a mí misma de que las cartas no podían hacerme daño, pero la ansiedad se había instalado en mi estómago y dejaba poco espacio para la comida. Al menos estaba perdiendo peso.

Di varias patadas al suelo para quitarme los cristales de hielo de las botas.

—Soy yo —dije mientras iba hacia la cocina. Lexie no podía permitirse

calentar la casa entera «todo el *jodío* tiempo», pero tenían un calefactor eléctrico en la cocina que se encendía y apagaba en su intento de regular la temperatura.

—He recibido otra. —Solté el sobre encima de la mesa y me dejé caer en una silla de madera que era tan incómoda como parecía.

—¿Qué dice? —Charlie la cogió—. ¿Todavía no la has abierto? —Cortó el sobre, sacó la hoja de A4 y la desdobló alisándola.

«Vete o te arrepentirás». Las letras eran irregulares, y habían sido recortadas de una revista como todas las demás.

—Maldita Siobhan. —Charlie la dejó caer en la mesa.

—Dice que ella no es.

—¿Qué va a decir? ¿Quién más puede ser si no?

—Toma. —Lexie me dejó una taza mellada de té con leche sobre la mesa. Apoyé la espalda contra el respaldo, apartando la cabeza de su aliento rancio a alcohol. Me acercó un paquete de galletas y su mano temblaba tanto que me sorprendió que no estuvieran hechas migas—. Debe de ser *jodío*. No sé cómo te puedes concentrar en los exámenes.

—No lo hago. —Bostecé.

Lexie cogió la carta.

—¿Y por qué no lo haces?

—¿Qué?

—¿Por qué no te vas? No digo para siempre, pero podrías irte una temporada con tu madre a Devon, dejar que esa Siobhan se tranquilice un poco.

—No. —No podía ni pensar en estar tan lejos de Dan—. Son solo palabras. Y a palabras necias, ya sabes.

—No quiere alejarse de Dan. Apenas la he visto estas últimas semanas —dijo Charlie, y tenía razón—. Te estás convirtiendo en una de esas que deja tiradas a sus amigas cuando encuentra un tío.

—No. Es que...

—Tienes la *jodía* cara cansada, Grace.

—Lo estoy, pero es un año importante. Tengo exámenes. Puedo aguantar unas cuantas cartas.

—Y prometió que me ayudaría a hacer algo importante. —La voz de Charlie se suavizó—. De hecho, mamá, necesito...

—¡Joder! —dijo Lexie, mientras su taza caía al suelo. Cogió el trapo gris que un día tal vez fuera blanco y se arrodilló para limpiar el café. Se levantó para escurrir el trapo. Un líquido de color barro salpicó los platos con ketchup incrustado que había apilados en el fregadero.

—Deberíamos irnos. —Charlie apartó la silla hacia atrás haciéndola chirriar—. Tenemos una cita.

—Ah, ¿sí? —pregunté.

—Sí. ¿Quieres dejar tu coche aquí? El pueblo estará petado con las rebajas y se te da fatal aparcar.

—Ah, gracias. Sí. Vayamos en autobús.

Estaba acurrucada sobre un banco de la calle mayor, golpeando los pies para mantener el calor. Charlie había saltado del autobús en el último momento al darse cuenta de que se había olvidado la cartera. Esperaba que le hubiera dado tiempo a llegar a casa, encontrarla y volver a la parada a tiempo para coger el que se acercaba ahora. Entró en el apeadero, y sentí un gran alivio al ver a Charlie saludándome por la ventana. En el pueblo había un ambiente casi frenético, con toda la gente corriendo de tienda en tienda, buscando el modelito definitivo para Fin de Año. Ese vestido que-hace-que-no-parezca-que-me-he-tragado-un-millón-de-tartaletas. Las prendas marcadas al cincuenta por ciento eran arrancadas de sus perchas y amontonadas delante de la caja.

Charlie iba esquivando a la multitud. Yo no apartaba los ojos de su gorro verde y trataba de seguirle el ritmo. Ya se lo había preguntado, pero aún no tenía ni idea de adónde íbamos.

Se detuvo delante de una puerta de color azul pavo real. Un cartel de neón rosa decía: Salón de Tatuajes.

—Estás de coña, ¿verdad?

—He pensado que podríamos hacernos tatuajes a juego.

—Sí, y luego nos dejamos crecer la barba —dije.

—Nada masculino. Mira, he dibujado esto. —Charlie sacó un trozo de papel del bolsillo y lo desdobló. Era una mariposa—. Podemos hacérselo en un sitio discreto. ¿En el hombro?

—¿Lo dices en serio? —Ni de broma me iba a hacer un tatuaje, lo tenía clarísimo.

—Yo sí. Año nuevo, vida nueva.

—¿Qué dirá tu madre? ¿Y Ben?

—He dejado a Ben.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Era egoísta, pero me daba pena porque ya no podríamos salir en parejas.

—Le he echado el ojo a otro.

—¿A quién? Ben es un encanto...

—Pero aburrido. —Charlie me lanzó una sonrisa fugaz y empujó la puerta. La recepción era blanca y aséptica. Sonaban canciones navideñas a todo volumen en una radio Roberts.

—¿Charlie Fisher? —No pude evitar quedarme mirando a la mujer del mostrador. Sus brazos desnudos estaban cubiertos de tatuajes que trepaban como vides y se enroscaban por su cuello.

—La misma.

—Hola. Soy Nancy. Una cita para dos tatuajes pequeños, ¿verdad?

—Será solo uno. —Me senté en el banco, cruzándome de brazos.

—Ya dijo Charlie que creía que te echarías atrás.

—¿Echarme atrás? —dije—. Eso significaría que en algún momento me lo había planteado.

—Aguafiestas. —Charlie mostró su dibujo a Nancy.

—Es mono. ¿Lo has diseñado tú?

—Sí. Quería algo que representara la libertad.

—Ven por aquí —dijo Nancy—. Si quieres, puedes mirar —añadió, dirigiéndose a mí.

—¿Lo vas a hacer tú? —Me sorprendía. Había dado por hecho que sería un hombre con camiseta negra y demasiados *piercings*.

—Sí. ¿Esperabas que lo hiciera otro?

Negué con la cabeza, avergonzada.

El cuarto trasero no era el lugar cutre y sucio que había imaginado. Las paredes blancas y austeras estaban decoradas con pósteres de chicas de los años cincuenta enmarcados en acero inoxidable. Nancy se enfundó los guantes soltándolos con un golpe mientras Charlie se tumbaba boca abajo sobre el banco de cuero negro. Al notar la aguja tocando su piel se encogió y respiró hondo.

—¿Duele? —Estaba fascinada.

—Sí. Cuéntame algo para distraerme. ¿Qué hiciste anoche?

—Estuve con Dan.

—No hay que ser Einstein para imaginárselo.

—Llevamos su telescopio al bosque. Estaba bastante despejado.

—Os pelaríais de frío.

—Encendimos un fuego y tostamos nubes de azúcar. Nos mantuvimos calentitos el uno al otro...

—¡Seguro! Parece que sois muy felices...

—Lo somos. Creía que sería raro pasar de ser amigos a esto, pero no lo es. Ya sé que somos jóvenes, pero creo que es el amor de mi vida, Charlie.

—Dios. Te vas a tatuar su nombre en un minuto.

Sesenta minutos después, Nancy había terminado. Se reclinó en la silla, se quitó los guantes y los soltó en una papelera mientras le explicaba los cuidados que debía seguir. Charlie dio unos sorbitos de agua, recobrando poco a poco el color en las mejillas.

—¿Y tú? —Nancy me miró—. ¿Te tienta?

—No creo que vaya mucho conmigo. Aunque es precioso.

—Grace, deberías abrir las alas y volar —dijo Charlie.

—Tal vez algún día —comentó Nancy.

—Tal vez. —Pero lo dudaba. Me gustaba tener los pies bien firmes en la tierra.

Nos bajamos del autobús con las bolsas golpeándonos los gemelos. Me había gastado el dinero que mamá me había dado por Navidad en Topshop, en un vestido morado con el hombro al descubierto para la fiesta de Fin de Año en el pub. Estaba impaciente por que Dan lo viera. Charlie se había comprado uno de licra rojo como un buzón de correos y un lápiz de labios a juego.

—¿Quieres venirte a mi casa? —pregunté.

—Sí. Voy a coger mis cosas y a decírselo a mamá.

—Te espero en el coche.

Saqué mis llaves del bolso, fui hacia la puerta del conductor y me quedé helada. La palabra «Putá» aparecía grabada con letras grandes e irregulares en el lateral de mi coche.

AHORA

Necesito un abogado?

Espero que Anna haya contactado a Dan para decirle dónde estoy. No sé si puedo hacer una llamada o si eso solo ocurre en las películas. Me duele la cabeza por la chirriante luminosidad de las luces artificiales y el olor a productos de limpieza es nauseabundo. El aire de la sala sin ventanas es rancio y demasiado cálido para un día de invierno. Ni en mis peores sueños habría imaginado que volvería a tener que declarar.

—Señorita Matthews, no está detenida. De momento, solo nos está ayudando con la investigación.

De momento.

Voy a coger el vaso de plástico que tengo delante. Se oye un golpe afuera seguido de gritos y palidezco. El agua se derrama sobre la mesa.

—Lo siento. —El líquido tibio gotea sobre el suelo de linóleo gris.

—Empecemos desde el principio. Conteste a todas las preguntas sinceramente, y, si hay algo que no entiende, puede pedir que se lo repitamos. ¿Queda claro?

—Sí. —Debo decir la verdad. No tengo nada que ocultar. Ya he estado en esta sala y he mentado a la policía. He vivido con el temor de ser descubierta. No puedo hacerlo otra vez.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando en Little Acorns?

—Siete años.

—¿Podría describirme lo ocurrido en los últimos días?

Les hablo de Emily, de cómo no salí al jardín de inmediato como me había pedido Lyn, y de la caída. No les cuento que todavía oigo sus gritos cuando cierro los ojos, que aún veo su cuerpo retorcido y pálido, tirado en el suelo.

—Y tengo entendido que ha habido una reacción violenta en su contra, ¿no es así?

—Sí.

—¿Tiene alguna idea de quién ha podido iniciarla?

—Hace unas semanas hubo un incidente. De hecho, fue con el padre de Emily.
—Les cuento lo ocurrido.

—¿Y hay alguien más que le guarde rencor, que usted sepa?

—No. —Quisiera decirles que me están siguiendo, pero temo que piensen que me lo invento.

—¿Sabe de alguien más que pueda tener una razón para irrumpir en la guardería?

—No.

—Y anoche, ¿estaba usted sola en casa?

—Sí.

Revisamos mi versión de los hechos una y otra vez, y me dejan sola. Saco un pañuelo de papel de la manga, me quito el sudor de las axilas y me pregunto si me estarán vigilando, si las ventanas ocultas y los espejos polarizados son cosa de la televisión. Apoyo las palmas de las manos sobre la mesa y cierro los ojos. Resuenan en el pasillo unos pasos y la puerta se abre con un chasquido.

—Gracias, señorita Matthews. Puede irse, por ahora.

Por ahora.

Las cortinas de la casa de la señora Jones se mueven al bajarme del coche patrulla delante de la casa. Me apresuro por el sendero, reprendiéndome por no haber cogido el teléfono móvil. La puerta está cerrada. Llamo al timbre, me asomo por la ranura del correo. Anna no abre. Suelto mi frustración golpeando la robusta puerta de madera y siento un dolor punzante en las muñecas, y caigo al suelo temblando con la fina sudadera de capucha. ¿Qué debería hacer? No soy capaz de enfrentarme a la señora Jones y al sinfín de preguntas que me hará si sale. Aunque parezca absurdo, decido esconderme, voy corriendo por un lado de la casa y me cuelo por la verja de detrás. El invernadero está helado y, al sentarme en el suelo con las piernas cruzadas, la humedad empieza a calarme el pantalón de chándal. Al poco rato ya no siento el trasero.

Dan es el primero en llegar a casa. Oigo el motor de su Land Rover y corro hacia la entrada.

—Grace, ¿has salido a correr?

Me lanzo a sus brazos.

—¿Grace? Estás temblando. Vamos dentro.

Me lleva hasta el sofá. La alfombra recién aspirada se cubre de pedacitos de abono de mis pantalones. No los recojo.

—Grace, lo siento mucho. —Anna entra a toda prisa en la casa, aún con el abrigo y las botas.

—No podía entrar. —Tengo los ojos llenos de lágrimas.

—Estaba buscando a Mittens.

—¿Qué? —Mi mirada empieza a recorrer el salón, buscando a la siempre presente bolita de pelo gris.

—Mientras estabas fuera, la señora Jones vino y empezó a hacer preguntas. No quería dejarla entrar, así que me quedé en la entrada con la puerta abierta. Mittens salió corriendo. No pude cogerla.

—Mittens no sale nunca.

—Lo sé. Debió de ver un conejo o algo así.

—¿Qué has hecho, maldita cabrona? —La voz de Dan suena grave, calmada. Da un paso hacia delante.

Anna se mueve hacia la puerta.

—A veces ocurren accidentes. Y no hay culpables. —Sus pasos resuenan pesados en el vestíbulo; la puerta de entrada se cierra de un portazo.

—¿Dan?

Dan apoya la barbilla en lo alto de mi cabeza.

—Lo siento, lo siento, lo siento —susurra sobre mi pelo.

Le aparto de mí.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está Mittens?

Me coge de la mano. La suya está sudorosa.

—Grace...

ENTONCES

Mi precioso coche nuevo estaba destrozado. Veía la carretera desenfocada y la voz de Charlie sonaba amortiguada, pero de algún modo logré llegar bien a casa y aparqué el coche de modo que el lado dañado no pudiera verse desde las ventanas. No quería que mis abuelos se enterasen. Charlie y yo nos quitamos los zapatos sobre el felpudo y subíamos las escaleras a hurtadillas cuando de repente la puerta del salón se abrió rechinando.

—¿Os apetece una taza de té? —preguntó el abuelo.

Abrí la boca para contestar pero los sollozos se me atascaron en la garganta, impidiendo que las palabras salieran.

—¿Qué ha pasado?

Meneé la cabeza. Charlie cogió la mano del abuelo, le llevó afuera y yo me quedé tras las cortinas del salón observando cómo el abuelo pasaba los dedos por las letras raspadas en la pintura. Por sus ostentosos gestos, sabía que Charlie le estaba explicando lo de las letras, y seguramente que Siobhan nos había visto a Dan y a mí besándonos, y sentí vergüenza.

Volvieron hacia la casa y yo me aparté de la ventana, hundiéndome en el sofá con la cara enterrada entre las manos.

—Vamos. —La voz del abuelo sonaba dura. Abrí los dedos y miré entre ellos para ver su cara.

—Lo siento.

—Vamos a casa de Siobhan —dijo Charlie.

—¿Cómo? —Mis manos cayeron sobre mi regazo—. ¿Por qué?

—Porque va a pagar la reparación, por eso.

—¿No puede cubrirlo el seguro? —Me odiaba por querer evitar un enfrentamiento, pero así era.

—¿Y que me suban la prima?

Tragué saliva. Mis abuelos habían vendido los bonos del estado para permitirse el coche; no era justo pretender que asumieran este gasto también.

—Puedo pagarlo yo. Ahora tengo el dinero de papá.

—Tú no vas a pagar. Eso es para tu futuro. Conduzco yo.

A veces no había manera de discutir con el abuelo. Me levanté y puse las

llaves del coche en la palma de su mano.

No paraba de moverme en el asiento mientras atravesábamos el pueblo en silencio hacia la casa de Siobhan en la urbanización nueva. Vivía en una casa independiente y grande construida tan cerca de sus vecinos que casi podía considerarse un adosado. Delante del mirador había un abeto con lucecitas de Navidad en el centro parpadeando como si estuvieran emitiendo un mensaje de socorro. Charlie me apretó la mano mientras el abuelo llamaba al timbre. De repente sonó el villancico del *Buen Rey Venceslao* y Charlie tuvo que contener la risa.

La madre de Siobhan abrió la puerta. Sus labios de color magenta se fruncieron en una mueca al verme.

—¿Qué quieren?

—Hemos venido por las cartas que Siobhan ha estado mandando a Grace, y los daños en su coche. —La voz del abuelo sonó firme.

—No le ha mandado ninguna carta.

—¿Podemos verla, por favor?

—No está aquí.

—Muy conveniente.

—Me ha contado lo de tus acusaciones. —La madre de Siobhan me clavó el dedo y me hizo retroceder encogida—. Que has vuelto a todo el mundo en su contra. Ha estado muy mal. La han expulsado por tu culpa. Cuando se llevó ese ordenador, no estaba en su sano juicio.

—No fue culpa de Grace. —Charlie dio un paso adelante, poniéndose a la altura del abuelo.

—Hemos venido por el coche. —La voz del abuelo sonó firme.

—No sé nada de su coche.

—Lo han rayado hoy, deliberadamente.

—¿Hoy? —La madre de Siobhan soltó una risa socarrona.

—Sí.

—Siobhan está en Brighton, pasando el día con Jeremy.

—¿Jeremy?

—Su novio. Aunque eso no es asunto suyo.

El portazo me hizo dar un respingo.

Una vez de vuelta en el coche, Charlie se puso a mirar el móvil mientras nos marchábamos en silencio.

—Maldita sea. —Charlie me enseñó su móvil—. ¡Mira quién es Jeremy! — Esa misma mañana, Siobhan había colgado un *selfie* en Facebook donde aparecía con el líder del grupo de chicos que llamábamos los Muertos Vivientes, abrazados en un muelle de Brighton, con el pelo turquesa del chico ondeando al

viento y los ojos de ella fijos en el horizonte. Ninguno de los dos sonreía—. Si está en Brighton, no puede ser ella la que ha estado mandando las cartas.

—No. —Temblé. *¿Quién ha hecho esto?*

Aunque hice lo que pude con el Touche Éclat que mamá me había regalado por Navidad para ocultar las profundas sombras bajo mis ojos, cuando me preparaba para la fiesta de Fin de Año en el pub ya tenía aspecto de haber pasado toda la noche de juerga. No me entusiasmaba Siobhan, pero, si ella no me había mandado las cartas, sentía que le debía una disculpa. Convencer a Charlie sería difícil. Ella odiaba a los mentirosos: los años que Lexie se había pasado ocultando en la verdad le habían dejado huella, y, hubiese o no mandado las cartas Siobhan, las cámaras la habían cogido robando.

Sonó el timbre y oí la voz grave de Dan por las escaleras. Me pasé las planchas por el pelo una última vez, aunque sabía que cuando acabara la noche sería una maraña pelirroja encrespada, y rocié perfume de vainilla sobre mis muñecas. Me puse delante del espejo y metí la tripa. Demasiado tarde para arrepentirse de ese último trozo de pastel de Navidad. Estaba lista.

Dan silbó al verme bajar por las escaleras y me hizo sonrojar y mirar al suelo mientras le aseguraba al abuelo que, como pensaba beber, no cogería el coche de vuelta. Recogimos a Charlie de camino al pub y Dan tuvo que bajar la ventanilla para que entrara aire fresco. Siempre se pasaba con el espray corporal Impulse.

El aparcamiento estaba bastante lleno y Dan dejó el coche debajo de una farola.

—Hasta mañana, querido. —Hice un gesto con los ojos al ver cómo acariciaba el capó, y nos abrimos paso hacia el bar. Estaba lleno a rebosar y pedimos dos rondas para no hacer cola otra vez, aunque luego nos las bebimos al doble de velocidad. La noche se pasó volando. Dan nos contó que aquella semana había llevado a una pareja de ancianos a ver una casa supuestamente vacía y se había encontrado al dueño montándose con alguien en el dormitorio principal.

—¡No habría sido tan terrible si la que estaba en la cama con él hubiera sido su mujer! —Se rio.

—Mola que estemos todos —dije—. Bueno, casi todos. —Esmée siempre pasaba las Navidades en Francia y no volvería hasta la semana siguiente—. ¿Creéis que deberíamos llamar a Siobhan? ¿Disculparnos?

—No. —Charlie dejó su pinta con un golpe, derramando sidra sobre sus dedos, aunque no pareció percatarse.

—Ella no envió las cartas. —La habíamos acusado de algo que no había hecho. Todo el mundo la odiaba por ello. A pesar de cómo me había tratado

todos esos años, tenía un sentimiento de culpa bajo la piel que me resultaba muy difícil de ignorar.

—No lo sabemos con toda seguridad.

—¿Cómo iba a hacerlo si estaba en Brighton?

—Abby no. Adora a Siobhan. Podría haber entregado las cartas y rayado el coche perfectamente.

Me quedé pensándolo.

—Es posible, pero Siobhan dijo que nadie de su familia le habla, ni siquiera Abby.

—Aunque no fuera ella, ni Abby, sigue siendo una ladrona y una mentirosa. Deja de defenderla —dijo Dan—. Eres demasiado buena.

—Y supongamos que no fue ella —continuó Charlie—. Entonces, ¿quién pudo ser?

Era inquietante pensar que ahí fuera había otra persona que me odiaba. En cierto modo, resultaba más fácil creer que era Siobhan.

—Vale. Dejémoslo. —Me recliné en el asiento y suspiré. Se suponía que debía ser una noche de celebración. Nuevos comienzos.

—Voy a hacer pis. —Charlie se levantó, se tambaleó un poco, y me quedé mirándola mientras se abría paso a través de la multitud. No reconocía ni a la mitad de la gente que había en el pub.

—¿Sabes por qué han cortado Charlie y Ben? —le pregunté a Dan.

—No. Pero él está hecho polvo. No ha querido venir esta noche. No quiere volver a verla nunca más.

—Complicado en un pueblo de este tamaño.

—Está pensando en marcharse a África cuando terminen los exámenes. Hacer un voluntariado para construir una escuela. Y de allí se irá directamente a la universidad.

—Qué pena. —No me gustaban los cambios. Supongo que ya había visto demasiados—. Ella dice que ya le ha echado el ojo a otro, pero no sé a quién.

Charlie volvió rápido.

—Había una cola ridícula. Me he metido en el de tíos. —Se dejó caer en el asiento y cogió su pinta otra vez.

Sonó la campana.

—Voy a cerrar el bar para la cuenta atrás —gritó Mike, cubriendo los grifos con trapos—. Volveremos a servir el año que viene.

—¿El año que viene? —exclamó alguien.

—Sí, en unos sesenta segundos. —Mike apuntó el mando hacia la pantalla plana que había encima de la barra. Trafalgar Square estaba llena. *Diez... Nueve... Ocho...*

—No tengo a nadie a quien besar. —Charlie parecía afligida mientras se subía al taburete buscando algún candidato a su alrededor—. Tendremos que compartir a Dan.

Siete... Seis... Cinco... Dan cogió mi mano.

Tres... Dos... Uno... Nuestros labios se juntaron. Mis oídos se llenaron de silbidos y vítores hasta que los sonidos desaparecieron y lo único que pude oír fue el latido de mi corazón. Cuando volví a abrir los ojos, Charlie había desaparecido.

La mujer de Mike, Liz, y un hombre que reconocí como nuestro cartero pero cuyo nombre nunca recordaba me pusieron en pie. La cabeza me daba vueltas y tropecé contra nuestra mesa; me clavé la esquina en la cadera y volqué mi pinta. Antes de que pudiera recogerla, me vi con los brazos cruzados sobre el cuerpo y zarandeada de un lado a otro del pub al son de *Auld lang syne*^[9].

Perdí de vista a Dan. Él odiaba cantar así que probablemente estaba escondido en alguna parte. Empecé a vociferar la letra, aunque en realidad solo me sabía el primer verso, pero tampoco parecía importar. Había un ambiente casi frenético; nunca había vivido algo así. Normalmente nos quedábamos despiertos hasta medianoche y brindábamos por el año nuevo —la abuela con una copa de jerez, el abuelo con oporto, y yo con chocolate caliente— y después nos íbamos directos a la cama. Siempre era extrañamente decepcionante. Mirar el reloj esperando a que las manillas dieran las doce y luego darte cuenta de que, aunque fuera un año nuevo, todo seguía exactamente igual. La abuela enjuagaba las copas antes de acostarse mientras el abuelo le preparaba una bolsa de agua caliente, y me recordaban que me lavara los dientes igual que cualquier otra noche. El día de Año Nuevo también era igual que cualquier otro, excepto por el hecho de que siempre comíamos cordero asado.

Pero ¿esto? Esto era impresionante. Me sentía ingrátida. Invencible. Y hasta se habría dicho que sabía cantar. Terminada *Auld lang syne*, Mike puso un CD recopilatorio. Empecé a gritar al ritmo de Destiny's Child —«*I am a survivor!*»^[10]— mientras daba tumbos por el pub, riéndome, abrazando a desconocidos con sonrisas deslumbrantes y los ojos brillantes. ¿Y dónde estaban Dan y Charlie?

Alguien me cogió por el brazo y me volví, encantada con tanta atención. Todo el mundo quería hablar conmigo: debería ser Nochevieja todos los días. Abby estaba delante de mí, con la cara cargada de preocupación.

—¡Anímate! —dije. Aquella noche quería a todo el mundo—. Es Año Nuevo. —Me tambaleé hacia atrás, apoyándome en una pared para no perder el equilibrio. El suelo parecía estar moviéndose.

—¿Has visto a Siobhan?

—Probablemente esté con Jeremy, el Cabeza de Pavo Real —dije con una risilla. Sabía cantar y, además, era graciosa. Mis talentos recién descubiertos iban a hacer de aquel el mejor año de la historia.

—Grace. —Abby me agarró por los hombros y me sacudió. El contenido de mi estómago se revolvió y de repente ya no me encontraba tan bien—. Siobhan ha desaparecido. Si la ves, ¿puedes decirle que me llame? He sido una cabrona con ella y estoy preocupada.

Su rostro empezó a desenfocarse hasta que de repente tuvo dos cabezas. El estómago me daba vueltas como la rueda de fuegos artificiales que habíamos visto en el parque del pueblo. Me tapé la boca con ambas manos y fui corriendo hacia el baño.

Charlie y Dan estaban en el pasillo. Él tenía sus brazos alrededor de ella. Cuando me abrazaba, mi cabeza se apoyaba en su pecho, pero Charlie era tan alta que sus frentes se estaban tocando.

—Mañana se lo contaré a Grace —dijo Dan.

Retrocedí y me arrastré hacia la puerta. No quería oír lo que iba a decir. No quería creer lo que estaba viendo. ¿Dan y Charlie? ¿Contarme qué mañana?

Intenté abrirme paso hacia la salida a pesar de las manos que me agarraban por la cintura y las voces contentas que pedían un beso de Año Nuevo. Al salir del calor del pub, el aire helado me golpeó el pecho y me incliné hacia delante apoyando las manos en las rodillas, convencida de que iba a vomitar. Las náuseas se me pasaron tras unos instantes, pero cada vez que movía la cabeza notaba un dolor punzante en las sienes. Nunca, nunca más volvería a beber. Sentía el cuerpo pesado y rígido, como el Hombre de Hojalata de *El mago de Oz*, aunque él al menos tenía la suerte de no tener corazón, pensé; él nunca habría sufrido el dolor que yo sentía en aquel momento.

¿Mi novio y mi mejor amiga? Parte de mí ansiaba plantarles cara; la otra quería irse a casa, meterse bajo el edredón y no volver a salir. ¿Por qué me abandonaban todos? Papá, mamá... ¿Haría lo mismo Dan? ¿Y Charlie? Me sentía fatal. Costaba creer que diez minutos antes lo estuviera pasando como en mi vida.

Empecé a caminar por la calle mayor. Los tacones me parecían más altos que en toda la noche. Abrí los brazos para mantener el equilibrio. Como una funambulista, aunque con mi melena pelirroja encrespada probablemente más bien pareciera un payaso. No estaba lejos, pero era tarde. Estaba oscuro. Y alguien ahí fuera me odiaba, quería que me marchase. Casi todos los taxistas del pueblo estaban en el pub y no era justo pedirle al abuelo que viniera después de su oportito con limonada. Estaré bien, me dije. Ya había vuelto a casa andando miles de veces.

Un golpe. Una sombra. Un movimiento en la puerta de la oficina de correos. Me quedé inmóvil. Creí que iba a estallar: tenía la vejiga demasiado llena y el corazón me iba demasiado rápido. Unos ojos verdes brillaron. Un gato salió disparado de la puerta y cruzó la calle. Meneé la cabeza ante mi estupidez, pero entonces noté otro movimiento. Un gemido. El ruido de una garganta aclarándose. Me quité los zapatos de tacón y eché a correr, girando la esquina hacia Green Road, con las medias golpeando la fría acera. No vi el cristal roto, pero noté cómo atravesaba mi carne, grité y caí de rodillas. La sangre caliente empezó a extenderse por la acera y traté de levantarme gimiendo. Noté un zumbido en los oídos y tras unos instantes me di cuenta de que era mi móvil. Quería que fuera el abuelo. Dan. Cualquiera que pudiese llevarme a casa. Quería estar en mi cama, segura y calentita.

Era Siobhan. El dolor en mi pie alimentó la ira. ¿Qué quería? Dan y Charlie me creían tonta por querer perdonarla. No me extrañaba que se hubiesen liado. Era todo culpa de ella.

—¡Déjame en paz! —grité al teléfono.

—Grace. —Siobhan estaba llorando—. Por favor, no cuelgues. Ayúdame. No me encuentro bien.

—Me alegro. —Colgué y fui a casa apoyándome en los talones, evitando pisar con la almohadilla del pie. Mi teléfono volvió a sonar, una y otra vez, pero no contesté.

AHORA

Dan ha prometido ayudarme a encontrar a Mittens. Llevamos horas buscándola. El cielo rehace su paleta —azules, rosas, grises— hasta ponerse negro azabache, escondiendo las estrellas detrás de nubes invisibles.

—Vamos a casa, Grace. Está demasiado oscuro para ver bien, y hace mucho frío.

El calor de la primavera se ha esfumado con el sol y la respiración de Dan se hace vaho frente a su boca.

—Quiero encontrar a Mittens.

—Lo sé, pero estás agotada. No hemos comido en todo el día. Vamos a cenar algo y a acostarnos pronto. Mañana podemos retomarlo a primera hora.

—¿Podemos?

—En el trabajo pueden arreglárselas sin mí durante un día; tú me necesitas más.

Deslizo mi mano en la suya, le aprieto los dedos.

Es un alivio encontrar la casa a oscuras. Empujo la puerta de Anna; su habitación está ordenada, la cama hecha. Tiro de varios cajones. Su ropa está bien doblada, los calcetines pareados. No sé qué es lo que busco pero me cuesta creer que Mittens se escapara de casa. ¿Por qué querría Anna dejarla salir a propósito? No tiene ningún sentido.

Me meto bajo el chorro de agua humeante. El olor de la comisaría parece haber penetrado hasta en el último poro de mi cuerpo y me froto la piel hasta que está rosada. Salgo de la ducha temblando, me seco con la toalla y bajo corriendo. Dan está calentando sopa de tomate y cortando pan. Estoy demasiado nerviosa para ingerir nada sólido pero agradezco el detalle, y nos quedamos sentados a la mesa llevándonos cucharadas de líquido humeante a la boca silenciosa. Solo se oyen las cucharas chocando contra los cuencos mientras cenamos. Aparto mi plato. Cuando Dan me ofrece rellenar mi cuenco, digo que no con la cabeza.

—¿Dónde crees que estará Anna?

Dan hunde pan en su sopa, el blanco se torna naranja.

—Espero que muy lejos.

—¿Tú crees que Mittens salió corriendo por la puerta de entrada?

—No lo sé, es raro.

—Voy a llamarla.

Apoyo las palmas de las manos sobre el borde de la mesa y estoy a punto de empujar mi silla hacia atrás cuando Dan me pone las suyas encima.

—Déjalo por hoy, Grace. Vamos a intentar dormir un poco y salir en cuanto amanezca. Ya hablaremos adecuadamente de Anna cuando hayamos encontrado a Mittens.

—Vale. —Probablemente sea lo mejor. No sé qué le diría. Ya no sé qué pensar.

Está oscuro y hace frío al despertar. La lluvia azota las ventanas e imagino a Mittens mojada y temblando, metida bajo un arbusto, preguntándose dónde está su casa.

Estiro las piernas con los pies helados buscando el calor del cuerpo de Dan, pero no está. Bajo sigilosamente y le encuentro sentado ante el escritorio, encorvado sobre su portátil, con la pantalla iluminando su cara.

—¿Qué haces?

—Mira. —Mueve la pantalla hacia mí. Hay una foto de Mittens con la palabra «Desaparecida» sobre la imagen. Al pie, una llamada a que la gente busque en su edificio, junto con nuestro número de teléfono—. Podemos ponerlos por todo el pueblo e imprimiré panfletos más pequeños para los buzones.

Preparo té, y lo tengo en la mano hasta que se enfría. Una espuma se va formando en la superficie mientras escucho desde el sofá cómo la impresora zumba y hace clic, escupiendo una imagen tras otra de la adorable carita de Mittens. Cuando amanece me doy una ducha y me visto, y como una tostada obligándome a masticar y tragar; hoy voy a necesitar toda la energía posible.

Los coches pasan chapoteando y con las luces puestas por la calle mayor. Los conductores golpean impacientes sus volantes, retenidos por el camión de la basura. Dondequiera que mire hay peligros para una gata que nunca ha salido de casa. Mis abuelos nos esperan en la puerta de la oficina de correos, frotándose las manos enguantadas y golpeando los pies contra el suelo. La abuela parece diminuta, envuelta en demasiadas capas de ropa. Nos saludamos con abrazos y dividimos el fajo de panfletos en dos. Dan desdobra un cuadrado de papel que llevaba en el bolsillo. Es un mapa del pueblo.

—Tony, he pensado que tú podrías ocuparte de las calles que he marcado en amarillo —dice.

El abuelo recorre con el dedo las calles fluorescentes y asiente. La abuela se descuelga del brazo una bolsa de plástico y me la pone en las manos.

—Pasteles de roca. Para mantener alto el nivel de azúcar.

Pegamos los pósteres con cinta adhesiva en escaparates y farolas, y con chinchetas en el tablón de anuncios del centro comunitario y la biblioteca.

A la hora de comer, Dan y yo compramos sándwiches de jamón en la pastelería y vamos al parque.

Vuelco uno de los asientos de los columpios para quitarle las gotas de agua y pongo una bolsa de plástico para protegerme los vaqueros. Me siento con la comida sobre las piernas.

—Hace años que no venía aquí —digo—. ¿Te acuerdas de las estupideces que solías hacer para impresionar a Charlie?

—Qué voy a decir. Era un idiota. Sigo siéndolo. —Dan se pasa los dedos por el pelo.

—No te culpo por amarla. Se hacía querer. La echo de menos.

—No la amaba; fue un enamoramiento estúpido e infantil. Tú eres mi única chica. Lo sabes, ¿verdad? —Quita trozos de la corteza y se los echa a una paloma que camina dándose aires alrededor de sus pies.

—Esperaba que Anna fuera como Charlie. Quería que lo fuera, pero no lo es, ¿verdad?

—No. —Su voz suena dura—. Venga. —Se levanta, haciendo una bola con la bolsa del sándwich—. Vamos a ello otra vez. Podemos llamar a algunas puertas.

Son las seis y aún no la hemos encontrado. Ya no nos quedan pósteres y hemos llamado a una puerta tras otra hasta lastimarnos los nudillos. El abuelo envía un mensaje diciendo que se han ido a casa y que me llamarán más tarde. La lluvia vuelve a caer a mares, rebota en el asfalto y corre en riachuelos hacia las alcantarillas que están a rebosar.

—Dejémoslo por hoy y compremos algo de comida para llevar. Mañana volvemos a salir.

El restaurante chino está calentito y humeante. Hay olores evocadores que salen de woks sibilantes. Me quito la bufanda, desabrocho mi chaqueta y me siento, contando los panfletos con el pulgar mientras Dan pide la comida en el mostrador. Una campanilla suena y se abre la puerta. Levanto la mirada al notar una ráfaga de aire frío. Son Harry y Chloe. Chloe sonrío y coge la silla enfrente de mí. Harry se apoya contra el mostrador al lado de Dan y ambos levantan la cabeza hacia Sky Sports en la pantalla gigante que hay sobre la caja.

—¿Qué tal estás? —pregunta Chloe.

Le digo que llevamos todo el día buscando a la gata.

—Qué horror. ¿Habéis puesto una foto en Facebook?

—Aún no.

—Mándame una; la compartiré. Luego subiré fotos de la cena de agentes inmobiliarios. Lástima que te la perdieras.

—No me encontraba bien.

—Lo sé, me lo dijo Anna. Me sorprendió verla allí con Dan.

—¿La conoces?

—Solo del club.

—¿Del club?

—Del club de fútbol. Trabajaba en el bar. Creía que la conocías de eso.

—¿Cuándo?

—Empezó el otoño pasado, cuando dejaste de salir, después de... Ya sabes. De Charlie. Pero ya lo ha dejado. No sabía que Dan siguiera en contacto con ella.

—O sea, ¿que Dan la conoce desde hace meses?

—Sí.

Ya se conocían cuando les presenté, pero fingieron que no.

No puedo respirar. Me levanto de golpe y voy tambaleándome hacia la puerta, tropezándome casi con la bufanda de Doctor Who que cae de mi regazo.

Camino golpeando los charcos con los pies y moviendo los brazos a los lados. El aire helado me quema los pulmones, pero no ralentizo el paso hasta llegar a nuestra calle. Necesito estar en casa. Aclarar mis pensamientos antes de plantarle cara a Dan. Abro la verja con un golpe y rebusco en los bolsillos mis llaves.

—Grace, querida. —La señora Jones está en la entrada de su casa. El sendero está iluminado por la luz de su vestíbulo. Avanza renqueante y me extiende una cajita de cartón por encima de la cerca.

—Lo siento mucho, querida. El cartero la ha encontrado en el arcén.

—¡No! —Aprieto las manos como si estuviera rezando.

—He pensado que Dan podría enterrarla.

Y yo quiero enterrar a Dan. Quiero enterrar a Anna. Quiero meterme en un hoyo y no volver a salir nunca, nunca más. Sin decir una palabra cojo la caja y me llevo a casa por última vez a la gata que me quería, que nunca hizo daño a nadie.

ENTONCES

Pues vaya con lo de año nuevo, vida nueva. Me incorporé, abrí los ojos y la luz de la lámpara de la mesilla me atravesó el cerebro como un hilo de cortar queso. Debí de dejármela encendida. La apagué antes de que la abuela se enterara y pudiera decirme que había aldeas en África que no tenían electricidad. Nueve llamadas perdidas. Pasé por encima de todos los mensajes de «¡Feliz Año!», buscando alguno de Dan.

«Lo siento. Llámame, por favor». Me había mandado el mismo mensaje seis veces, y los borré todos. También tenía mensajes de Charlie, preguntando adónde me había ido, pero nada más de Siobhan. Me sentía fatal por haberla ignorado y no haber mantenido mi promesa a Abby. Debería haberle dicho que su hermana mayor se había puesto en contacto conmigo. Me prometí llamarlas más tarde a ambas. Contesté al mensaje de mamá, deseándoles feliz año nuevo a ella y a Oliver, y tiré mi móvil sobre la mesilla. Tenía la lengua pegada al paladar. Estiré la mano a tientas para coger el vaso de agua y fallé, haciendo que cayera al suelo y se rompiera. Me levanté para coger un paño. Sentí una punzada de dolor en el pie y empecé a ver las estrellas. Esperaba no tener trozos de cristal dentro. Me envolví con la bata y bajé titubeando a la cocina con piernas temblorosas.

El abuelo estaba sentado junto a la mesa de la cocina mientras la abuela trasteaba con una sartén. El olor a beicon me inundó la boca de saliva. Logré llegar hasta el fregadero y vomité, hasta que no quedó nada salvo el sabor amargo de la bilis raspándome la garganta.

—¿Gracie? —La abuela empapó en agua fría su paño del Empire State Building y me lo puso sobre la frente.

—No me encuentro bien. —Era algo evidente—. Creo que algo me ha sentado mal.

—Será el alcohol lo que te ha sentado mal —dijo la abuela chasqueando la lengua—. Te oímos intentando meter la llave en la cerradura. Vuélvete a la cama.

Obligué a mis músculos a llevarme de vuelta al piso de arriba y me derrumbé sobre el colchón blando. Sin quitarme la bata, cerré con fuerza los ojos y pedí

que el mundo se quedara quieto.

El ruido de mi puerta abriéndose me arrancó de un sueño intermitente.

—¿Estás despierta? —preguntó la abuela—. Te he traído algo de comer. — Miré el reloj y me sorprendió ver que era la una y media.

Me llegó el olor de la sopa de tomate Heinz que traía la abuela en una bandeja. Olor a consuelo. Traté de contener las lágrimas —todavía había quien me quería— y me incorporé, colocando las almohadas detrás de mi espalda. Tenía el pijama sudado y pegado, y me aflojé el cinturón de la bata para quitármela por los hombros.

—Mientras comes te voy a preparar un baño; esta habitación huele a fábrica de cerveza. —La abuela abrió la ventana.

Miré mi teléfono. Otra vez había una avalancha de mensajes de Dan. No le contesté. Nada nuevo de Charlie.

La sopa estaba ardiendo; me quemé la lengua y agradecí la repentina descarga de dolor que desvió mi atención del sentimiento de autocompasión.

—El baño está listo —dijo en voz alta la abuela, y dejé mi cuenco a medio terminar sobre la mesilla junto a la cama.

El agua estaba caliente. El vapor reavivó mis náuseas y me lavé lo más rápido que pude, quitándome sangre seca de la planta del pie. El corte no era tan horrible como temía. Sentí que comenzaba a marearme cuando salí de la ducha y tuve que agarrarme al toallero hasta que dejé de tambalearme.

Estaba lavándome los dientes, tratando de no sentir arcadas al llevarme el cepillo al fondo de la boca, cuando el abuelo llamó a la puerta. Hice una mueca al notar el sonido penetrando mis sienes doloridas.

—Dan está abajo —dijo.

Bajé las escaleras bamboleándome y llevé a Dan a través de la cocina hasta el cuarto de servicio. Era el único lugar donde podíamos tener algo de intimidad; la abuela no dejaba que subiera a chicos al dormitorio.

—Eres la viva imagen de cómo me siento yo —dijo, pasándose los dedos por el pelo sucio—. Oye, Grace, anoche...

—Así que ¿eres tú? —dije con frialdad, apartándome de su alcance.

—¿Qué soy yo?

—El chico por el que Charlie ha dejado a Ben.

—¿Cómo? ¡No!

—Te vi en el pasillo. Abrazándola.

—Por Dios, Grace. ¿Cómo puedes pensar eso? Te quiero. Charlie es tu mejor amiga. Estaba triste. A Lexie se le está yendo la chaveta. Era un abrazo entre

amigos. Nada más, te lo juro.

Extendió una mano hacia mí y se la aparté.

—Entonces, ¿por qué me escribes disculpándote?

—No sabía por qué te habías marchado, soy un tío. Supongo que pensé que la había cagado. Que te había molestado en algo. Estaba muy preocupado, así que vine aquí. Vi tu luz encendida. Intenté llamarte pero no lo cogías; hasta tiré una piedra a tu ventana.

—¿Solo una?

—No quería arriesgarme a despertar a tu abuela.

Me apoyé sobre la secadora. El ambiente era sofocante en el cuarto de servicio. Tenía la piel húmeda y no me habría extrañado que fuera sidra y no sudor lo que me salía por los poros. El olor a ropa recién lavada me estaba revolviendo el estómago y tenía la cabeza demasiado nublada como para dar sentido a lo que había visto. Sí recordaba lo que había oído. ¿Era posible que lo hubiera malinterpretado?

—Le dijiste a Charlie: «Mañana se lo contaré a Grace». ¿Contarme qué?

Dan se limpió la frente con la manga y se quitó el jersey por la cabeza. La camiseta se le levantó y me entraron ganas de tocar su piel desnuda. Pero me volví y abrí una ventana.

—No quería decírtelo así. Había planeado preparar una comida rica hoy, que fuera un poco romántico. Han puesto a la venta una casita de campo en el pueblo. Necesita algo de reforma, pero está a buen precio. Los dueños se van a una residencia y quieren venderla rápido.

—Vale. ¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Le estaba preguntando a Charlie si creía que querrías venirte a vivir conmigo.

—¿Cómo?

—Ella te conoce mejor que nadie. Y para que conste, le pareció una idea fantástica. Incluso habló de la posibilidad de alquilarnos la segunda habitación. Charlie, tú y yo viviendo juntos. ¿Qué te parece?

Un fognazo de vergüenza me recorrió entera. ¿Cómo podía haber creído que la chica que me defendió en mi primer día de colegio, mi mejor amiga, me iba a traicionar? En el fondo, sabía que no lo haría.

—Pero no podemos comprar una casa de campo, así sin más —dije.

—Sí podemos. Lo he pensado mucho. No suelen salir a la venta propiedades en el pueblo, eso ya lo sabes; y menos casas tradicionales como esta. La he tasado y he hecho fotos. Podría quedar genial con un poco de reforma.

—Pero aún estoy estudiando.

—Lo sé, pero en mayo terminas todo salvo los exámenes, y luego tienes ese

trabajo en la guardería.

—Queda mucho para eso. Ahora mismo solo trabajo a tiempo parcial en la cafetería.

—Puede que mi sueldo base no sea mucho, pero tiene una comisión fantástica y se me da bien lo que hago. Charlie encontrará trabajo en algún sitio.

—¿Nos darán una hipoteca?

—No creo que nos haga falta. Ahora que has cumplido dieciocho, tienes el seguro de vida de tu padre, y los míos nos dejarán algo de dinero para reformarla.

—¿Quieres que me gaste el dinero? —Salté instintivamente. Sabía que Dan estaba pensando en nuestro futuro, pero aquel dinero era muy valioso, y no me gustaba que Dan hubiese decidido cómo debía gastarlo.

—Si no quieres, no. Grace, yo estoy seguro de lo que quiero, y estoy preocupado por ti. Todas esas cartas, los arañazos en el coche. ¿Y ahora qué pasará? Si vivimos juntos, podría cuidar bien de ti. Asegurarme de que estás a salvo. Seguro que a tus abuelos les gustaría tener algo de tiempo para estar solos; yo sé que a mis padres les gustaría.

¿Les gustaría? Nunca había sentido que estuviera en medio, y me desconcertaba pensar que tal vez fuera así.

—Tendría que hablar con mamá. Es justo, dado que el dinero viene de papá.

—¿Eso quiere decir que lo pensarás?

—No pasa nada por mirar. —Eso no significaba que fuese a acceder.

—¿En serio? —Dan me levantó y me dio una vuelta en el aire. Me agarré a sus hombros y hundí la cabeza en su cuello, intentando no vomitar.

—Hueles a caramelos de eucalipto —dije.

—He utilizado media botella de gel de ducha con olor a menta y me he lavado los dientes tres veces. Dios, esta mañana me encontraba fatal.

—Yo también. Todavía lo estoy.

Me bajó y me dio una palmada en el culo.

—Ve a ponerte unos zapatos, mujer. Tenemos que ir a ver una casa.

—¿Ahora?

—Un poco de aire fresco te quitará la resaca. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Los hijos están presionando para vender rápido. Deberíamos ir andando, porque creo que aún daría por encima del límite en un control de alcoholemia. Si vamos por el camino largo, podemos despejarnos un poco y coger las llaves de la oficina. ¿Quieres llamar a Charlie? ¿Decirle que quedamos allí?

Atravesamos penosamente el pueblo. La abuela me había vendado el pie y me había dado un poco de paracetamol. Ya no me dolía. Nuestras botas de agua iban dibujando huellas sobre la nieve virgen, ante árboles desnudos y niños gritones que arrastraban sus trineos. Parecía imposible que fuéramos a ver una casa, y que cupiera la posibilidad de comprarla juntos.

Charlie no contestaba al teléfono. ¿Dónde estaría? Probablemente siguiera en la cama con resaca, pero Dan dijo que, si la casa me gustaba, Charlie podría ir a verla al día siguiente. El aire vigorizante me quitó el dolor de cabeza, y antes de darme cuenta ya habíamos llegado; allí estábamos, delante de dos diminutas casas de campo apartadas en las afueras del pueblo. Había carámbanos colgando de los aleros.

Dan empujó la verja, que rechinó al abrirse. El jardín delantero estaba completamente blanco; no podía ver bien si crecía algo, pero había un árbol que me pareció un manzano y dos espalderas colgadas a ambos lados de la puerta roja desvaída.

—¿Son rosas?

—Probablemente. Se llama la Casa de las Rosas.

Di una palmada, con la resaca ya olvidada.

—De todas formas, ese es tu terreno. La mujer se ocupa del jardín, el hombre de la decoración. —Se golpeó el pecho cual Tarzán antes de girar la llave con un chirrido. Me quité la nieve de las botas, crucé el umbral y pisé el suelo de baldosa. El vestíbulo era estrecho y olía a humedad, el papel pintado amarillento se desconchaba formando rizos en las paredes. Había rectángulos de color más vivos en los que la luz no había apagado los tonos, porque debió de haber marcos colgados. Podía imaginar hileras de fotos de niños regordetes recubriendo las paredes. Bebés que crecieron y se convirtieron en hombres de los que estar orgullosos, pergamino en mano y lanzando sus birretes al aire.

Había un tramo de escaleras delante de mí, pero seguí por el pasillo oscuro y entré en la habitación de la izquierda. El salón era más grande de lo que esperaba, y a pesar de las vigas de madera del techo, era bastante luminoso. El sol de invierno entraba a raudales a través de las ventanas francesas, iluminando la rejilla polvorienta de la chimenea. Luminoso en verano y acogedor en invierno. Iba poniéndome de puntillas según miraba. Había espacio para una mesa con sus y sillas, además de una estantería y un sofá. Si compráramos un sofá cama, mamá podría venir de visita. Me imaginé un aparador de estilo antiguo para poner el tocadiscos. Era perfecta. El jardín era largo y estrecho y tenía un invernadero al fondo.

—A mis abuelos les va a encantar.

—También tiene un huertecito en algún lugar bajo la nieve.

La cocina estaba enfrente del salón, y era algo pequeña al estar situada bajo la escalera. El fregadero estaba bajo una ventana que daba a un patio con un comedero para pájaros.

—Puedes mirar a los pajarillos mientras friegas los platos. —Dan sonrió, y levantó las manos antes de que pudiera pegarle—. Es broma. Compraré unas caléndulas.

El piso de arriba tenía un dormitorio principal grande, otro más pequeño, que sería para Charlie, y un cuarto de baño con una bañera de patas y una cabina de ducha en la esquina.

—No me puedo imaginar que esto llegue a ser nuestro. Parece tan adulto.

—Tú eres adulta. —Dan se puso detrás de mí y me metió las manos por debajo de la camiseta—. ¿Te gusta?

—Eso es poco decir. —Era un lugar donde podría vivir. Un lugar que podría amar.

—Eso pensé. Si quieres hacemos una oferta.

Miré a mi alrededor en el dormitorio vacío, me imaginé estar allí un domingo por la mañana en la cama con Dan, durante el resto de nuestra existencia, leyendo los periódicos y comiendo sándwiches de beicon. Estaba segura de que era el amor de mi vida. Recordé las palabras de mamá.

—Dan, ¿te pondrías un tutú rosa por mí?

—¿Cómo? ¿Por qué?

Cogí sus manos entre las mías.

—Es importante. ¿Lo harías si te lo pidiera?

—Me pondría cualquier cosa por ti... Pero no en público.

Sonreí.

—¿Cuándo nos podemos instalar?

—Hasta dentro de unas semanas nada, pero podemos estrenarla ahora.

Y el suelo de madera no fue lo único desnudo aquel día.

Me despedí de Dan con un beso en la calle mayor; quería ir a la oficina y llamar al vendedor. Con un poco de suerte, aceptarían nuestra oferta. Estaba emocionada. Mis botas resbalaban al correr hacia el parque y al atajo que llevaba a casa. Seguro que me iba a dejar la piel de los talones en carne viva, pero me daba igual. Quería llegar lo antes posible, pero cuando doblé la esquina derrapé y me quedé inmóvil. Un agente de policía con las manos a la espalda vigilaba la entrada del parque. Entre los postes de la verja había cinta amarilla que decía: «No pasar».

La nieve se deshizo mientras caminaba por las calles principales. Mis piernas

se fueron cubriendo de barro con cada golpe de mis botas sobre la acera. Cuando llegué a nuestra calle, tenía los vaqueros empapados. Había un coche patrulla a la entrada de casa. A pesar del frío que hacía, noté cómo me inundaba un pánico abrasador mientras corría hacia la puerta. La abuela y el abuelo estaban sentados en el sofá cuando entré en el salón. Dos agentes permanecían de pie junto a la chimenea. Quería que la abuela me regañara por no quitarme las botas mojadas, por manchar las alfombras, pero lo único que hizo fue mirarse las manos sobre el regazo, y fue el abuelo quien habló.

—Siéntate, Grace. Tenemos algo que decirte.

AHORA

La caja de cartón está sobre la mesa baja, pequeña y quieta. Cuando Mittens llegó a casa en una, la mecía cada vez que se estiraba o se movía dentro, impaciente por salir a explorar su nuevo entorno. Ahora ya no explorará más. Los ojos me escuecen de las lágrimas que voy tragando. No voy a romperme. Al menos, todavía no.

Corro al piso de arriba, irrumpo en la habitación de Anna. Hay algo distinto en ella, y, cuando abro las puertas del armario, las perchas vacías chocan haciendo ruido. Abro bruscamente los cajones, y no queda nada más que el papel con olor a rosa que compré expresamente para ella. Suena mi móvil: es Dan. Rechazo la llamada, marco el número de Anna. Tiene el teléfono apagado.

La verja se cierra de golpe y corro al piso de abajo. Cuando Dan abre la puerta, estoy sentada con aspecto tranquilo en el sofá. Pero, por dentro, quisiera matarle.

—Grace, ¿estás bien? Chloe ha dicho que parecías enferma.

Me quedo mirándole.

—Lo estoy. Me enferman tus mentiras.

Dan deja la comida china sobre la mesa, al lado de la caja de Mittens. La grasa se filtra a través de la bolsa de papel y el olor a *chow mein* me revuelve el estómago.

—¿Qué está pasando?

—Dímelo tú, Dan. —Soy un témpano de calma.

Desliza la anilla de las llaves por el dedo y mira la alfombra, sin decir nada.

Le ayudo un poco.

—Chloe me ha dicho que Anna trabajaba detrás de la barra del club de fútbol.

Se deja caer en el sillón y se inclina hacia delante, con la cabeza entre las manos.

—Dan, ¿la conocías antes de que viniera?

—Sí. —Su voz suena tan suave que apenas puedo oírle.

—Perdona, ¿qué? No te oigo bien.

—Sí, Grace. Yo...

—¿Es realmente la hermana de Charlie, o eso también es mentira?

Dan farfulla algo pero no puedo entenderlo.

—¿Quién es, Dan? —estallo.

Sus hombros empiezan a temblar; se aprieta las palmas de las manos contra la cara y yo intento apartarlas, arañando con las uñas la fina piel de sus muñecas.

—¿Quién coño es Anna?

—Lo siento mucho, Grace. —Caen lágrimas, pero no son mías. Me siento sobre los talones. No me lo creo del todo, ni lo entiendo del todo. Dan se limpia la nariz con la manga—. Voy a servir unas copas.

Estoy demasiado consternada como para protestar al verle ir hacia la cocina, y, cuando vuelve con dos copas y una botella de merlot, pienso que podría ser como una de esas noches agradables en que nos quedamos en casa..., si no fuera por la gata muerta sobre la mesa, claro.

Nos sentamos a ambos extremos del sofá. Dan sirve vino en una copa, me la bebo en cuestión de segundos y se la devuelvo para que me la rellene. El silencio entre nosotros se hace sofocante y me quito el jersey.

—Habla.

La mano le tiembla al coger la botella para rellenarse la copa. Pienso en esa mano tocándome. ¿Habrá tocado a Anna? Quiero chillar.

—No ha sido fácil para mí, ¿sabes? La manera en la que te derrumbaste después de lo de Charlie.

—Pobrecito. —Mis palabras chorrean sarcasmo.

—Grace, por favor, escucha. Tenía que ser fuerte por ti, pero cuando murió a mí también me costó seguir adelante. Yo la conocía desde hacía tanto tiempo como tú. Incluso más.

—O sea, ¿que es culpa mía por llorar la muerte de mi mejor amiga, o culpa de ella por morirse?

—De ninguna de las dos. —Suspira—. ¿Te acuerdas de cómo estábamos justo después de morir Charlie?

—Claro.

—¿De verdad lo recuerdas? Porque la mitad del tiempo estabas tan drogada que no creo que de verdad puedas. Te quedaste en la cama durante semanas. Gritabas si me acercaba a ti, y si te dejaba sola llorabas. No sabía qué hacer para salir de aquello. Dejaste de cocinar, de limpiar, ni siquiera te acordabas de cómo funciona la lavadora.

Parece como si hablara de otra persona. ¿Realmente estaba así? La medicación y el *shock* aúnan fuerzas, nublando de tal modo mi memoria que me cuesta definir una forma en la confusión. Sabes que hay algo ahí, pero no estás segura de qué es.

—No te estoy culpando, Grace. No lo hago. Pero echaba de menos a Charlie,

también era mi amiga. Te echaba de menos y no tenía con quién hablar.

—Y entonces conociste a Anna...

Asiente.

—Empezó a trabajar en el bar del club. Me pareció muy simpática, y era fácil hablar con ella. Empecé a quedarme por las noches y ella me escuchaba. Me escuchaba de verdad.

Se me tensa la mandíbula al recordar todas las noches que me quedé despierta en la cama, esperando a que Dan llegara a casa.

—O sea, que tuvisteis una aventura. —Cambio de postura, me siento sobre las manos, que me tiemblan de rabia; mis dedos quieren arañarle la cara.

—No. No fue así. —Dan se pasa los dedos por el pelo—. Solo éramos amigos, pero entonces ella empezó a coquetear. Hacía comentarios.

—Y no fuiste capaz de contenerte... Me das asco.

—No fue así. ¿Recuerdas cuando ganamos un partido y te dije que vinieras al club?

—Sí. —Fue el día que desenterré la caja de recuerdos, ¿cómo iba a olvidarlo?

—Pues empecé a sentir lástima de mí mismo. Las novias de todos los demás estaban allí. Supongo que bebí demasiado. No lo recuerdo. De veras que no. Solo tengo recuerdos sueltos de la noche. Cuando me di cuenta de lo que había hecho me sentí fatal.

—Tanto que la metiste en nuestra casa. Dejaste que yo creyera que era la hermana de Charlie. —Siento como si me atravesaran esquivas blancas de furia.

—No quería. La odio, joder. Me chantajeó. Dijo que necesitaba un sitio donde quedarse un par de noches hasta que pudiera instalarse en su nuevo apartamento. Una semana a lo sumo.

—No te creo.

—Es verdad. ¿Te acuerdas de que esa noche perdí el teléfono? Me lo quitó ella. Había grabado un vídeo mientras lo hacíamos y me amenazó con enviárselo a todos mis contactos. No podía arriesgarme a que lo vieras. Mis padres. Tus abuelos. Tu madre. Mi jefe. ¿Cómo íbamos a superar algo así? No quería correr el riesgo de perderte, Grace. De perderlo todo. Habría tenido que marcharme del pueblo. Buscar otro trabajo.

Entrelazo los dedos, me pongo las palmas de las manos sobre el estómago y me inclino hacia delante. Es como si me hubiera dado un puñetazo, fuerte y rápido.

—Pero ¿por qué... Charlie?

—Sabía que dejarías que se quedara si creías que tenía alguna relación con Charlie, y la verdad es que se parece un poco a ella. No se me ocurrió otra forma de explicarte quién era. Me avergüenzo tanto, Grace... Creí que desaparecería a

los pocos días, que la ignoraríamos como a cualquier chiflado y seguiríamos buscando a la verdadera familia de Charlie. No pensé que fuerais a haceros amigas. Cuando creía que era mi amiga le hablé de tu padre. No podía imaginar que se inventaría una historia parecida para caerte bien.

—Y yo no puedo creer que hayas sido tan cruel. Has contado cosas personales a una desconocida. Y sabías cuánto significaba para mí encontrar al padre de Charlie.

Dan parece estar suplicando.

—Lo sé. Aún puedes hacerlo. Podemos.

—No hay un «nosotros» que valga. Ya no.

—Grace, por favor. No debería haberte mentido, pero me entró pánico. Lo hice por ti, por nosotros.

—¿Y también pensabas en nosotros mientras te la follabas?

Tiene las mejillas húmedas.

—Por favor. Fue solo una vez.

—¿Y se supone que debo creerte? Probablemente os lo hayáis montado cada vez que salía a la calle. En nuestra casa. ¡En nuestra cama!

—¡No! Te lo juro. Fue solo una vez. Un estúpido error. Ni siquiera me acuerdo. Si no me hubiera enseñado el vídeo, no habría creído que ocurrió. Podemos superarlo, ¿verdad?

—No. —Mi voz sale controlada—. Tal vez lo hubiéramos superado si me hubieses contado la verdad en ese momento, pero mentiste, me engañaste y me manipulaste. Seguro que os habéis reído a gusto a mis espaldas, ¿eh?

—No. No aguantaba que estuviera aquí. Cuando vi que le estabas cogiendo cariño, intenté que se fuera, pero no quería. Todo se me fue de las manos y no sabía cómo pararlo.

El hecho de que Anna se acostara con Dan, que le chantajeara, no es lo único que me duele de ella. Son sus mentiras. Que me dejara creer que había conocido a alguien que comprendía lo que era perder a tus padres a los nueve años. La desolación y la pérdida más absolutas. La culpa inmerecida y el miedo al abandono. Eran cosas que no había compartido con nadie más. Porque creía que nadie lo podía entender, hasta que conocí a Anna. Teníamos mucho en común, o eso pensaba; pero todo ha sido una mentira.

De repente noto que mi cabeza es un peso muerto y la apoyo en mis manos.

—¿Por qué? ¿Por qué tenía que quedarse aquí? ¿No tiene familia? ¿Amigos?

—Dijo que no. Puede que estuviera celosa de lo mucho que te quiero. No lo sé. Es perversa. Cuando empecé a sospechar que estaba haciendo cosas para hacerte daño...

—¿Qué cosas? —Pero, mientras se lo pregunto, ya estoy contando todo lo que

se ha torcido en mi vida desde que Anna se instaló en casa. Me robó el colgante, pirateó mi correo electrónico, la campaña de Twitter. ¿Me robó ella las llaves para entrar en la guardería? No quiero ni pensarlo.

—Cuando te puso sirope de avellana en el chocolate caliente, me asusté mucho.

—Podría haberme matado y tú dejaste que se quedara. Dios, probablemente también me envenenó la puta sopa, Dan. Eres un cobarde.

—Lo sé. No sabía cómo echarla. No sabía de lo que era capaz.

—Yo sí.

Dan levanta la cabeza. Sus ojos, húmedos y enrojecidos, se encuentran con los míos por primera vez.

—Mira dentro de la caja, Dan.

—¿Qué hay?

—Mira. —Mi voz suena a acero.

Se arrodilla delante de la mesa baja, levanta las solapas de la caja.

Le entra una arcada.

—Grace...

—Vete, Dan.

—Pero...

—¡Vete de una puta vez! —Le tiro la copa de vino con toda mi fuerza. No le doy en la cabeza por pocos centímetros. El merlot cae como riachuelos de sangre por la pared de color crema. Esquirlas de cristal se incrustan en la alfombra. Pienso asustada que Mittens puede cortarse las patitas, y entonces recuerdo que ya nada le hará daño—. ¡Vete! —le grito a la cara rociándole de saliva y veneno.

Dan coge sus llaves y va hacia la puerta con la cabeza baja. Me quedo delante de la ventana y veo su espalda al marcharse; me gustaría apuñalarle.

Mittens tiene muchos juguetes —ratones, peces de peluche y bolas con cascabel — y los meto en la caja junto con sus cuencos. Luego cubro suavemente a mi gata, que ya nunca tendrá frío, con su mantita de huellas de zarpa. Al sacar la caja afuera, es como si me estuviera viendo a mí misma desde arriba. Me cuesta cavar un hoyo en el suelo con la horca. Está como una piedra a pesar de la lluvia. Hincó las puntas una y otra vez, y las ondas de cada golpe me suben por los hombros y me retumban en la columna. Parece como si no hubiera pasado tanto tiempo desde que se me formaron ampollas en las manos replantando las matas que Anna arrancó a propósito, ahora lo sé, ni desde que acabé con los hombros doloridos de desenterrar la caja de recuerdos. Parpadeo para ahuyentar imágenes de Mittens acariciando mi mejilla con su patita, o ronroneando al frotar su cara

con la mía.

Clavo la pala en la tierra una y otra vez, aunque desearía estar clavándosela a Anna. Causarle el mismo dolor que ella me ha causado. Me pregunto dónde estará, si Dan volverá a verla; y me pregunto también por qué me importa. Se merecen el uno al otro. Caigo de rodillas y empiezo a rascar el suelo con ambas manos. Ahora ya es lo bastante profundo. Beso la caja y la coloco bajo el peral.

—Adiós, Mittens. —Arrojo un puñado de tierra sobre el cartón y vuelvo a tapar el hoyo con el resto de la tierra. Luego coloco encima de la tumba mi maceta de cerámica con un rosal miniatura en flor. Es más pesado de lo que parece y la planta se mece hacia delante y hacia atrás al moverla. Sus hojas caen como lágrimas sobre la tierra. Mareada del cansancio, me siento con las piernas cruzadas sobre el suelo húmedo. Y ahora sí, me permito llorar.

En ese momento oigo unos porrazos en la puerta delantera de casa.

ENTONCES

Siobhan estaba muerta. La habían encontrado en el parque, con marcas de pinchazos en un brazo. La policía quería hablar conmigo porque era la última persona a quien había llamado. El abuelo me llevó a la comisaría y mandé un mensaje a Dan, Charlie y Esmée con palabras que no era capaz de creer. Dan se ofreció a acompañarme, pero le dije que le llamaría cuando volviera a casa. Esmée estaba destrozada y se sentía impotente por estar atrapada en Francia. Cuando llegué a la comisaría, Charlie todavía no había contestado.

Dejé al abuelo sentado en el duro banco de madera de recepción mientras me conducían hacia la sala donde tenía que declarar. Tuve un presentimiento horrible de que no le volvería a ver. Me costaba contener las lágrimas al sentarme en aquel espacio sin ventanas, deseando volver atrás en el tiempo. ¿Podría haberla salvado? Esa posibilidad cobró vida dentro de mí, como si fuera una parte de mi cuerpo como mis huesos, mis riñones, mis pulmones. Mi piel mudaría de células, mi cuero cabelludo de pelo, mi hígado se repararía. Todo mi cuerpo se renovarían en los años por venir, pero ¿y la culpa? Sabía que eso permanecería allí. Como parte de mí, para siempre.

La policía fue amable. Me trajeron agua, me dieron pañuelos de papel. La pérdida que sentía era por la chica que Siobhan había sido una vez, no aquella en la que se había convertido. La chica que me ganaba a la rayuela, que le daba vueltas a la comba con Esmée mientras yo saltaba en el centro con Charlie. ¿Y las lágrimas que derramaba? No eran solamente por Siobhan. Eran por todos nosotros. Por crecer. Por alejarnos. Nuestro pequeño cuarteto se había separado y hecho añicos, y ya nunca sería igual, no podría serlo. Los tiempos de estrecharnos la mano con tanta fuerza que nos dolían los hombros —«Hacer amistad, hacer amistad, nunca romperla»— se habían acabado. Además, ahora ya solo éramos tres.

La policía pensaba que había sido una sobredosis accidental. Habían llamado a Jeremy y al resto de los Muertos Vivientes a comisaría para prestar declaración. Jeremy admitió que había presionado a Siobhan para que robara el portátil y lo vendiera para comprar droga con el dinero. Uno de la banda dijo que Siobhan no quería probar la heroína, pero que Jeremy la había amenazado con

que si no lo hacía ya no podría ir con ellos. Menudos amigos. Jeremy le había atado con fuerza su cinturón alrededor del brazo hasta que le salió la vena, pero cuando se la inyectó ella se puso histérica y todos salieron corriendo, dejándola allí. Se fueron a una fiesta, como si no existiera. Y ahora ya no existía.

Le dije a la policía que cuando me llamó había demasiado ruido para oír el teléfono y que no tenía ni idea de que estuviera metida en un lío. Pensé que iría al infierno por mentir. Probablemente lo merecía.

Cuando me acompañaron de vuelta a recepción tenía la impresión de que habían pasado varios días. El abuelo me abrazó contra su pecho; los botones de su camisa a cuadros se clavaron en mi mejilla mientras lloraba desconsolada. Me acarició el pelo, ofreciéndome un consuelo que no merecía. Había llamado a mamá para contarle lo que estaba pasando y ella se había ofrecido a venir, pero dije que no con la cabeza. Ella no podía hacer nada.

Condujimos a casa, subimos por el sendero y abrimos la puerta principal. Había un sobre blanco sobre el felpudo de arpillera marrón. Otro no, por favor, hoy no. Lo cogí y le di la vuelta. No era del mismo tamaño que los anteriores. No lo había mandado la misma persona. Llevaba mi nombre escrito en la parte delantera, esta vez con una letra que sí reconocía. Saqué el papel. Eran siete palabras escritas con la caligrafía redonda de Charlie: «Lo siento mucho, Grace. Por favor, perdóname».

El teléfono de Charlie estaba apagado. Corrí hacia mi coche y abrí bruscamente la puerta. El motor tosió y escupió antes de cobrar vida, y retrocedí marcha atrás por el camino de entrada más deprisa de lo que nunca había conducido marcha adelante. Atravesé el pueblo a toda velocidad; los neumáticos rechinaban buscando agarre. «Lo siento mucho, Grace. Por favor, perdóname». ¿Por qué?

Me devané los sesos pensando en qué podía haber hecho Charlie. No creía que hubiera pasado nada con Dan. Ninguno de los dos me habría hecho algo así. Tampoco había tratado a Siobhan peor que a ninguno de los demás. Ella habría sido la primera en decir que lo ocurrido había sido un terrible accidente. Entonces, ¿qué?

Los semáforos provisionales en el cruce estaban en rojo y golpeé el volante con las palmas de las manos. «¡Vamos!» Las calles estaban desiertas; parecía como si el pueblo entero estuviera en casa con resaca de Año Nuevo, así que pisé el acelerador, saltándome el semáforo con un chirrido. Mis ojos iban de la carretera a mi móvil; pulsé el botón de rellamada, y cuando volvió a saltar el buzón de voz lo arrojé al asiento del copiloto.

Abandoné el coche delante de la casa de Lexie, subí el sendero helado derrapando y me paré en seco al intentar abrir la puerta con el hombro. Estaba

cerrada con llave.

Golpeé la puerta con los nudillos, con tal fuerza que tuve que abrir y cerrar el puño para aliviar el dolor.

—¡Charlie! —Esta vez le di con la palma de la mano—. ¡Charlie! —Me quedé esperando dando saltitos.

Lexie ya no salía casi nunca. Me asomé a través de la ranura del correo. Vi que había una luz encendida en la cocina.

—¡Lexie! —Aporreé la madera con los puños—. Abre.

La luz se apagó.

—Por favor. Sé que estás ahí. Te he visto.

Lexie empezó a avanzar hacia la puerta, arrastrando los pies como un zombi.

—¿Estás bien? —pregunté cuando la puerta se abrió.

Lexie tenía una expresión vacía parecida a la de la gente que sale en las noticias cuando ha habido un desastre natural. Llevaba la cara sin maquillar y de algún modo parecía más joven, sin el pegote rojo que normalmente cubría sus labios.

—¿Y a ti qué te importa? —murmuró; tuve que inclinarme hacia delante para oírlo.

—¿Dónde está Charlie?

—Se ha ido.

—¿Adónde? ¿A mi casa?

—A viajar.

—¿Qué quieres decir? —estallé, frustrada por sus respuestas con monosílabos.

Lexie se encendió un cigarrillo.

—Ha hecho una mochila y se ha ido.

—No puede haberse ido. Siobhan ha muerto.

—¿Y?

—¿Qué quieres decir con «y»? ¿Lo sabe Charlie? Le he mandado un mensaje pero no me ha contestado.

—¿Qué importa?

—Claro que importa. No se habría ido así, sin más. Nunca ha dicho nada de viajar.

—Tú no lo sabes todo.

—Sé que no se iría sin decírmelo...

—¿Por qué? ¿Porque eres tan *jodíamente* importante? Perdona, Grace, se me había olvidado que el mundo gira a tu alrededor.

La puerta empezaba a cerrarse y la paré echando mi pie hacia delante.

—Me ha dejado una nota —dije—, pidiéndome que la perdone. ¿Perdonarla

por qué? No lo entiendo. Dime qué está pasando.

—Ella no es quien ha hecho algo malo —contestó Lexie con furia—. Ahora vete. —Abrió más la puerta y la cerró lo más fuerte que pudo. Quitó el pie de en medio y me derrumbé sobre el rellano. Charlie me había dejado, igual que mi madre, igual que mi padre. Siobhan ya no estaba. Me quedé inmóvil viendo la nieve caer de un cielo gris plomizo, hasta que estuve tan entumecida por fuera como por dentro.

—Por favor. —Me puse de rodillas y grité a través de la ranura del correo—. Por favor, Lexie. Tengo que saber la verdad. ¿Qué ha hecho Charlie?

AHORA

Toc-toc-toc. *Piérdete, Dan.* La ira me hierve y burbujea al atravesar el vestíbulo y abrir la puerta de entrada.

No es él. Una figura con abrigo negro se aleja apresuradamente por el sendero hacia el Corsa rojo aparcado en la calle.

—¡Espere! —Azuzada por toda la rabia que no puedo soltar contra Dan ni Anna, salgo por la puerta. La figura huye. Mis calcetines se empapan con la humedad del sendero, y, cuando veo que la persona que me está siguiendo no logra abrir la verja, por una vez agradezco que el cierre no funcione bien. Extiendo la mano y agarro su abrigo, clavándole los dedos en el hombro. Suelta un grito de dolor y se le cae la capucha, liberando una melena de tirabuzones rubios. Aparto la mano como si hubiera tocado algo candente, y me agarro la muñeca. No puede ser...

Se vuelve. No es Siobhan, por supuesto que no; ¿cómo iba a serlo? Sin embargo, el parecido es tan asombroso que siento como si me hubieran catapultado en el tiempo. Abby y yo nos quedamos mirándonos.

—¿Me has estado siguiendo? —No necesito respuesta.

—Sí. —Aparta la mirada, y entonces recuerdo a la niña tímida que solía pasar deslizándose a mi lado por los pasillos del colegio, con la cabeza agachada y la mochila colgada del hombro. Nunca se atrevía a decirle nada a nadie sin que su hermana estuviera presente, pero supongo que luego tuvo que aprender a arreglárselas sola. Estaba tres cursos por debajo del nuestro, así que tendrá veintidós años. ¿Qué quiere? ¿Venganza? Adelante. No puedo sentirme peor de lo que ya me siento.

—¿Querías asustarme? ¿Matarme? ¿Qué? —Inclino la cabeza hacia la suya—. Dime lo que tengas que decirme.

Se encoge hacia atrás.

—Quería hablar contigo.

—¿Y has pensado que la mejor forma es seguirme? ¿Vigilarme? ¿Hacerme creer que me estoy volviendo loca? —Estoy gritando, sin importarme que lo oiga la señora Jones. Pongo las palmas de las manos sobre el pecho de Abby y la empujo con fuerza. Ya estoy harta de los juegos de la gente. Cae hacia atrás,

contra la verja—. Vete a la mierda, Abby.

—¡Grace! —Su voz suena chillona—. Por favor. Ayúdame. —Da un paso adelante mientras dice las mismas palabras que su hermana pronunció hace siete años, y, por mucho que me apetezca ignorarla, no puedo. Nos quedamos de pie en el jardín. El viento azota a rachas la verja hasta que se abre golpeando la espalda de Abby y tirándola al suelo. Levanta la vista, con la lluvia manchando su rostro y el pelo pegado a la cabeza.

—Será mejor que entres. —Me vuelvo hacia la casa.

Una vez dentro, Abby se hace un ovillo en el sillón de Dan —mi sillón— y llora como si se le hubiera roto el corazón. Yo me quedo haciendo cosas en la cocina, tratando de ganar tiempo para pensar. Estoy furiosa, pero no sé hasta qué punto esta ira es por Abby, Dan o Anna. Es una mezcla de todo, pero quien llora en mi salón es Abby. Ella es quien ha perdido a su hermana y no parece justo volcar toda mi ira sobre ella. Creo que lo mínimo que puedo hacer es oír lo que tenga que decir. Enciendo el hervidor y saco tazas del armario, intentando ahogar el sonido de su angustia.

Voy al salón, coloco la bandeja del té sobre la mesa y me aclaro la garganta. Abby se seca la nariz con la manga de su jersey.

—Perdona, Grace. —No sé si quiere disculparse por darme un susto de muerte siguiéndome o por estar llorando, así que no contesto. Sirvo el té aunque no haya reposado lo bastante todavía, añado una nubecita de leche y lo deslizo hacia ella junto con el azucarero y una cucharilla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto.

—Hemos vuelto al pueblo. El abuelo tiene alzhéimer y mamá quería estar más cerca de él.

—No me refiero al pueblo. Me refiero aquí. —Señalo la habitación—. ¿Qué quieres de mí?

—Volver. Hay tantos recuerdos. Quería hablar sobre Siobhan.

—¿Hablar?

—Sí. —Coge su taza, pero le tiembla tanto la mano que derrama té en su regazo. Suelto una caja de *kleenex* sobre la mesa delante de ella.

—Y, entonces, ¿por qué no me hablaste en vez de comportarte como una acosadora?

—No sabía qué decir. En el colegio fui muy mala contigo y sé que lo has pasado mal. Me enteré de lo de Charlie. Lo siento.

Asiento con sequedad.

—He ensayado lo que te iba a decir una y otra vez en mi cabeza. Cada vez que llamaba y oía tu voz me quedaba en blanco. Pensé que venir aquí sería más fácil, pero me equivoqué. No he tenido valor para llamar al timbre. Supongo que temía

demasiado que me dieras con la puerta en las narices.

—Casi haces que me salga de la carretera, Abby. ¡Podías haberme matado!

—Cuando me crucé contigo y vi que era tu coche estaba decidida a hablar contigo. A no acobardarme otra vez. Me calenté mucho. Fue una estupidez y menos mal que no provoqué un accidente. Nunca quise hacerte daño, Grace. — Tiene la cara enrojecida y cubierta de lágrimas. Suspiro.

—Pues aquí estamos. ¿Qué quieres preguntarme?

—Grace, ¿me mencionó Siobhan cuando te llamó aquella noche?

Es una de esas ocasiones en las que tienes una fracción de segundo para decidir, y sabes que, tomes el camino que tomes, no habrá marcha atrás.

Los ojos de Abby están bien abiertos y llenos de esperanza. ¿Qué le digo? ¿Que me negué a ayudarla? ¿Que colgué el teléfono? ¿Que no he dejado de arrepentirme desde aquel día? Si hubiera escuchado, Siobhan tal vez seguiría viva. Podría decirle que me siento responsable indirecta de la muerte de su hermana. Pero ¿qué ganaría admitiéndolo? Eso no le devolverá a Siobhan.

Finalmente, decido.

—Sí —contesto.

¿Una mentira sigue siendo una mentira si trae consuelo? Supongo que sí, pero sigo adelante, aunque no sé si la historia que me estoy inventando pretende consolar a Abby o apaciguar mi propio sentimiento de culpa.

—Le dije que la estabas buscando y que lo sentías.

Abby se inclina hacia delante y retuerce el pañuelo que tiene entre las manos.

—¿Qué dijo?

—Dijo que no importaba. Que ella te quería igual. Iba a ir a buscarte.

Una mentira tras otra. Podría construir un muro. El cuerpo de Abby se derrumba y la abrazo mientras llora. Cojo más *kleenex*, más té, y nos contamos anécdotas sobre la hermana mayor que tanto admiraba. No sabía que Siobhan fuera a clases de claqué cuando era pequeña. Abby tampoco sabía que Siobhan fue la primera chica en nuestro curso que se enrolló con un chico. Supongo que todos tenemos caras diferentes. Las cosas que compartimos. Las cosas que mantenemos ocultas. Lo bueno, lo malo. La verdad, las mentiras.

Se hace tarde y estoy agotada. Ofrezco a Abby la cama de sobra, pero ella prefiere volver a casa de sus padres. Cuando desaparece demasiado tiempo se preocupan, y les entiendo. El mundo de ahí fuera es peligroso, pero por lo menos sé que ya no veré más figuras oscuras delante de mi casa, ni más Corsas rojos aparcados en la calle. No eran imaginaciones mías. Es un inmenso alivio saber que diga lo que diga Google sobre los efectos secundarios de mi medicación, mi percepción de la realidad es más sólida de lo que pensaba.

—Si quieres volver a hablar, llámame —le digo a Abby mientras se pone el

abrigo—. ¡Y la próxima vez no cuelgues!

—No lo haré. Gracias, Grace. No puedo expresar el alivio que supone saber que Siobhan me había perdonado.

Me apoyo contra el marco de la puerta hasta que el pequeño coche rojo de Abby desaparece y me quedo con la sensación de que tal vez no haya hecho algo tan malo. La verdad duele, ¿no? Y aunque no he perdonado a Dan, ni mucho menos, puedo entender por qué me mintió. Me entra un escalofrío al pensar en Anna. Cierro la puerta de entrada con llave y echo la cadena.

El hambre ruge desde el fondo de mi estómago y cojo la bolsa de comida china que sigue en la mesa del salón. Como diría la abuela: «No desperdicies, y no te faltará». Me sirvo un poco de *chow mein* y lo meto en el microondas. Mientras el plato gira y se calienta la comida, enciendo unas velas y pongo un vinilo. Nat King Cole empieza a dar vueltas y crepita *Maybe it's because I love you too much*^[11], y la letra me hiere en lo más profundo. El dolor por lo que hizo Dan, lo que hicieron Dan y Anna, está aún demasiado reciente.

El microondas pita, mi cena echa humo. Empiezo a comer fideos pero me doy cuenta de que ya no tengo hambre. Levanto la aguja del disco y desenchufo el tocadiscos de la pared, apago las velas y pido un deseo. Las puertas de delante y de detrás se mantienen firmes al sacudir el pomo, pero me aseguro varias veces de que están cerradas antes de subir fatigosamente las escaleras y asomarme al cuarto de Anna para cerciorarme de que se ha ido de verdad. Lucho con el sueño, ahogando bostezos, pero deshago la cama —mi cama, ahora— porque no quiero dormir con el olor de Dan. Coloco bien las sábanas, pongo una funda limpia al edredón y me meto entre el frío algodón. Me hago un ovillo. Tengo los pies helados y, a pesar de todo, desearía que Dan estuviera aquí para abrazarme a él.

Un ruido.

Mis ojos se abren, van de un lado a otro, buscando formas en la oscuridad. Las cortinas no están cerradas del todo y dejan entrar rayos de luna en la habitación, proyectando sombras en cada rincón. Veo una sombra salir de entre la oscuridad y empiezo a temblar, pero es solo el espejo de mi tocador. Nunca he vivido sola y el corazón me late a golpes contra las costillas mientras aparto el edredón y bajo las piernas de la cama. Apenas hay unos pasos hasta la ventana, los suficientes como para que mi mente imagine un ejército de ladrones formando una cadena humana y llevándose todas mis pertenencias de la casa.

Me asomo. La calle está oscura y tranquila, y mi coche es el único vehículo que se ve. Un movimiento llama mi atención y me asusto cuando veo la verja del

jardín abrirse y cerrarse de golpe. Enfadada por asustarme con tanta facilidad, vuelvo a meterme a toda prisa en la cama. Mi pulso sigue acelerado; el miedo me ha despertado y enciendo la lámpara, entornando los ojos bajo la luz de color mandarina. Abro el libro, me digo que no leeré más de dos capítulos y en cuanto encuentro la página, dejo que las palabras me transporten a otro tiempo.

Mi corazón se ha ralentizado y los párpados se me empiezan a caer cuando oigo un golpe. No es la verja, sino la puerta de entrada. Me quedo paralizada, agarrando mi libro con tal fuerza que las páginas se arrugan. La lámpara se apaga y la habitación se sumerge en penumbra. Suelto un gemido, y me cubro la boca con ambas manos, tratando de ahogar el sonido. Mi cara se frunce, esperando oír un crujido delator en las escaleras, pero la casa está en silencio. Me endezco sobre la cama tiesa por el miedo, sin atreverme a moverme, porque no quiero que los muelles del colchón chirrien revelando mi presencia. Siento un espasmo en la parte baja de la espalda y cambio ligeramente de postura, con un gesto de dolor al oír que cruje la madera debajo de mi cama. Contengo la respiración, preguntándome quién estará ahí, y si me habrá oído. No hay pasos subiendo sigilosamente la escalera; lo único que oigo es la sangre fluyendo arrebatada en mis orejas. Empiezo a preguntarme si me lo estaré imaginando todo, cuando de repente empiezo a toser.

Humo.

El tiempo se ralentiza, la razón me abandona y es como si me quedara paralizada durante una eternidad hasta que mi mano se estira buscando en vano el móvil. Tiro el vaso de agua, que me cala la manga del pijama, y mis pies se hunden en la alfombra empapada al bajarme de la cama y correr hacia la puerta. Me golpeo el dedo gordo del pie contra la madera de pino del armazón de la cama y suelto un grito de dolor, tropiezo, y caigo de golpe a cuatro patas. Vuelvo a levantarme a duras penas, y aprieto el interruptor de la luz, rogando que solo se haya fundido la bombilla de la lámpara de la mesilla, pero la habitación sigue completamente a oscuras.

El corazón me late en los oídos y al buscar a tientas el pomo de la puerta noto las manos sudorosas. Dudo un instante antes de agarrar el metal, pero está frío. Durante una fracción de segundo, pienso que no pasa nada, pero, cuando abro la puerta, un humo acre ataca mi garganta, mi nariz, mi pecho. Los ojos empiezan a escocerme y cierro la puerta de golpe, apoyando la espalda contra ella como si así pudiera contener el fuego. La tos es tan violenta y dolorosa que me dobla, pero me empujo hacia delante, cojo el edredón y me arrodillo para tapar la rendija de la puerta. Tengo el pijama empapado del sudor que me chorrea por el pecho y la espalda. El humo parece menos denso cerca del suelo, así que me arrastro boca abajo hasta la ventana, me agarro al radiador y me levanto a pesar

de que siento los muslos como de goma. La ventana de guillotina está atascada; no la abrimos desde el verano. Con un aullido de frustración empujo hacia arriba una y otra vez hasta que por fin cede. Salto hacia delante y me quedo medio colgando del alféizar, jadeando en busca de aire como un perro en un coche recalentado en verano.

La calle está oscura y tranquila. La soledad, que tanto me gusta normalmente, ahora me resulta amenazadora. Llamo a gritos a la señora Jones, aunque sé que es inútil porque probablemente esté dormida, y, si no lo está, tampoco me oirá por el volumen de la televisión. *Voy a morir*. Oigo ruido entre los arbustos y creo ver una silueta saliendo de entre las sombras. Me froto los ojos doloridos por el humo, pero, cuando logro volver a enfocar, ha desaparecido. Cada fibra de mi ser me dice que debo quedarme junto a la ventana y respirar, pero tengo que encontrar mi móvil. Me arrastro hasta la cama, y empiezo a palpar a tientas la alfombra mojada donde cayó el agua, rogando que el teléfono no se haya mojado, que siga funcionando. Mis movimientos son torpes y tengo la garganta irritada de tanto toser; cuando siento que ya no puedo seguir, mi mano da con algo frío y duro: el móvil. Pulso un botón con el pulgar, la pantalla se ilumina y casi lloro de alivio. Me arrastro otra vez hacia la ventana, moviéndome cada vez más despacio, y aspiro aire aunque los pulmones me arden del esfuerzo de mantenerme con vida.

Marco el 999.

—Emergencias, ¿qué servicio necesita?

Abro la boca para hablar, pero el consuelo de oír una voz humana hace que se me agolpen las palabras y no soy capaz de escupirlas.

—¿Qué servicio necesita, por favor? ¿Bomberos, policía o ambulancia?

—Bomberos, por favor. Rápido —digo con voz ronca.

Me preguntan nombre y dirección. La operadora repasa mis frases incoherentes, confirma mis datos. Me dice que su nombre es Mia, me asegura que los bomberos ya están de camino. Le describo la distribución de mi casa, le explico en qué habitación estoy. La voz de Mia es suave y balsámica, sus preguntas amables, pero la asfixia es tal que no puedo contestarlas todas. Dejo caer la pierna derecha sobre el alféizar y me quedo a horcajadas, contemplando la oscuridad debajo de mí. Le digo a Mia que voy a saltar. Me asegura que los camiones de bomberos ya están cerca, a pocos minutos, pero hasta la última célula de mi cuerpo está luchando por sobrevivir. Sujetando el teléfono entre el hombro y la oreja, agarro el alféizar y trato de mover la pierna izquierda. Mis movimientos son lentos, a pesar del pavor que grita en mi interior. Es como si estuviera atrapada en arenas movedizas.

Las sirenas suenan débiles al principio. Me cuesta oírlas por encima de mi

respiración rasgada, pero atisbo unas luces azules brillando calle abajo; y justo cuando grito levantando las manos para pedir auxilio, resbalo y con un alarido caigo a la oscuridad.

AHORA

Tengo calor, mucho calor. Me estoy despellejando, mi carne se funde, gotea de mis huesos. Abro la boca pero algo ahoga mis gritos y me asfixio; me agarro el cuello, retorciéndome de un lado a otro, intentando soltar la presión que noto en el pecho.

—Grace. —Unas manos cálidas cogen las mías, apretándolas suavemente—. Grace, ¿me oyes?

¿Abuela? Me cuesta abrir los ojos, que se llenan de lágrimas y parpadean bajo la luz de los tubos fluorescentes. Todo es blanco y aséptico. Estoy metida en una cama, demasiado arropada; las sábanas son tiasas y duras.

—Ha habido un incendio; estás bien, pero creímos... —La voz de la abuela tiembla. Intento liberar las manos para incorporarme, para sacarme los tubos de la garganta.

—Quédate quieta, pequeña. —El abuelo me retiene suavemente por los hombros—. Voy a buscar al médico. Tu madre está de camino.

El médico parece demasiado joven. Un chavalín con una bata blanca que le queda grande y gafas de pasta redondas. Consulta la tablilla sujetapapeles al pie de mi cama, se aclara la garganta como si temiera que la voz se le fuera a quebrar a media frase.

—Grace, eres una chica con suerte.

No puedo contestar, pero si pudiera no sé si estaría de acuerdo.

—No te preocupes por los tubos; tienes las vías aéreas ligeramente inflamadas por la inhalación de humo y simplemente queremos mantenerlas abiertas. No hay exceso de líquido en los pulmones, ni tampoco infección. Probablemente puedas abandonar el hospital en cuarenta y ocho horas.

La abuela me acaricia rítmicamente la palma de la mano con el dedo pulgar y aunque lo intento no consigo mantenerme despierta.

Entro y salgo flotando de la consciencia, acuciada por sueños angustiosos de llamas arremolinadas y espirales de humo. La abuela mete una bolsita de lavanda bajo mi almohada, pero, por muy hondo que respire, lo único que huelo

es hollín. No estoy sola en ningún momento. Hay un sillón junto a mi cama de hospital y cada vez que me despierto, empapada en sudor y asustada, hay alguien a mi lado: mis abuelos, mi madre, Lyn. En mi mente, vuelvo a la casa una y otra vez. Recuerdo encender las velas, pero no apagarlas. Mis pensamientos giran como un tornado que intenta llevarme volando a Kansas. Ojalá pudiera golpear entre sí los talones tres veces y volver a casa. *¿Es mi culpa? ¿Es siempre culpa mía?*

Me retiran los tubos y vomito bilis manchada de sangre en un cuenco de cartón. Tengo el estómago sensible por fuera y por dentro. Es un alivio quitarme el camisón de hospital y darme una ducha de pie sobre el suelo de azulejos, que un día debió de ser blanco pero cuya lechada se ha vuelto gris sucio. Me toco con cuidado los cardenales violáceos del abdomen y el pecho, y mis lágrimas empiezan a caer libremente mientras me pregunto qué habría pasado si los bomberos no hubiesen llegado en ese momento, si no me hubieran sacado cuando caí inconsciente sobre el suelo de mi dormitorio. Sacudo un camisón que me ha traído la abuela, me lo acerco a la nariz, poniendo a prueba mi olfato. Noto un olor a suavizante Comfort. La abuela es más menuda que yo, el camisón, que a ella le llega hasta los pies, me queda por debajo de las rodillas y me aprieta las costillas. No sé si se han quemado todas mis cosas y me da demasiado miedo preguntarlo.

Las zapatillas rosas prestadas se me salen de los pies mientras vuelvo a la sala, con la sensación de haber corrido una maratón. Casi espero que alguien se me acerque corriendo y me envuelva en una manta isotérmica. Mis pulmones suenan como un sonajero, mi respiración raspa y siento dardos de dolor atravesándome el pecho.

La abuela retira las sábanas, ahueca mi almohada y me ayuda a meterme de nuevo en la cama. Mamá me arropa como solía hacerlo cuando era pequeña.

—Sé que aún no puedes tragar bien, pero antes de que te des cuenta estarás fresca como una rosa. —La abuela quita la tapa de un *tupper* y me enseña varias porciones grandes de tarta de limón.

El olor cítrico me hace toser, y la abuela me seca los ojos y me da un *kleenex* para sonarme. El pañuelo se pone negro, hago una bola con él y lo tiro sobre la mesilla.

—¿Estarás bien si te dejamos unas horas sola? Denise no se encuentra bien y no puede llevar la comida a los mayores. Me he ofrecido a ayudarla. Tu madre me va a echar una mano. El abuelo ha ido a por el coche.

La abuela tiene setenta y dos años pero ayuda a los «mayores» siempre que puede.

Asiento.

—Puedo quedarme si quieres —dice mamá con tono de pregunta, pero niego con la cabeza. Me duele demasiado la garganta para hablar. Las veo irse por el pasillo y atravesar las puertas batientes, me pongo de lado y cierro los ojos. Mis sueños son luminosos y vívidos. El olor a espray corporal Impulse me hace cosquillas en las fosas nasales y sueño que Charlie y yo corremos por el bosque. Las hojas susurran y las ramas se agachan para contarme sus secretos. Me esfuerzo por entender sus murmullos.

La saliva me ha abandonado cuando despierto, y me incorporo buscando la jarra de agua. Sobre la mesilla hay un regalo envuelto en papel dorado brillante. Lleva mi nombre escrito en una etiqueta con letra que reconozco vagamente pero no llego a identificar. La caja hace ruido al agitarla. Miro a mi alrededor para ver si alguien en la sala me observa, quito el celo de un extremo y deshago la doblez. Saco el regalo deslizándolo del envoltorio.

Suelto la caja sobre mi cama y me echo hacia atrás, como si fuera una serpiente que pudiera mordirme. Apoyo la espalda con fuerza sobre la almohada y me quedo mirando aterrada la caja de nueces de Brasil cubiertas de chocolate. Solo hay una persona que podría haberme comprado nueces, solo una me las ha comprado antes. *Anna*.

La abuela envuelve mis piernas con la manta de ganchillo violeta y rosa, a pesar de que hace al menos veinticinco grados en el salón. Es la misma manta que me cubrió cuando tuve rubeola y amigdalitis. Me tapo hasta la barbilla. La televisión cobra vida ruidosamente cuando la enciendo con el mando a distancia. Busco el botón para bajar el volumen; es probable que el abuelo fuera el último en verla.

La abuela saca la más pequeña del nido de mesas de caoba, la pone al lado del sofá y coloca sobre ella un vaso de refresco de grosella con un plato de galletitas glaseadas. Me siento como si tuviera seis años pero agradezco estar aquí, haber pasado la noche en mi antigua habitación, sin el tintineo de las bandejas y los susurros de las enfermeras. Mamá ha vuelto a Devon, después de tranquilizarse sabiendo que no hay daños permanentes. Al menos, no físicos.

Me quedo cautivada por *Jeremy Kyle*, fascinada y horrorizada a partes iguales por sus dramas mientras chupo una galleta, haciendo que el glaseado se disuelva en mi lengua. La abuela hace como si no lo viera, como si siguiera haciendo punto, pero de vez en cuando sus agujas dejan de hacer ruido y la oigo chascar la lengua.

Llaman a la puerta y la abuela se levanta con dificultad del sillón. Parece como si hubiera envejecido en los últimos días. Cierra la puerta del salón detrás de sí pero oigo una voz masculina resonar en el vestíbulo, y me aliso el pelo, me

quito migas del camisón, pensando que debe de ser Dan. Me huelo el aliento, tratando de recordar si me he lavado los dientes hoy, deseando haberme duchado y vestido.

La puerta empieza a abrirse y me enderezo en el sofá, aunque me siento ridícula por seguir queriendo que Dan me encuentre atractiva.

—Grace... —La abuela hace un gesto a los hombres que vienen tras ella. No les reconozco—. Voy a buscar al abuelo.

—Grace, soy el inspector Harry Mills y estoy a cargo de la investigación del origen y causa del incendio en la Casa de las Rosas —dice el más alto de los dos—. Este es mi compañero, Mick Walker, investigador de incendios de los Servicios de Protección Antiincendios y Rescate de Oxfordshire, que también tiene algunas preguntas para usted.

Me retuerzo como un niño en el despacho del director y me tapo más con la manta.

El abuelo entra afanosamente en el salón, secándose las manos sobre los pantalones de pana marrón oscuro.

—Siéntense, caballeros, por favor.

Los dos toman asiento en sillones, pero no se reclinan. Sus largas piernas se estiran ante ellos y el salón parece un poco lleno.

La porcelana tintinea. La abuela distribuye tazas y platitos, y sirve el té con la tetera de Royal Doulton que guarda para ocasiones especiales. Se lleva las galletitas glaseadas y en su lugar trae galletas integrales de chocolate que nadie come. Espero a que empiecen las preguntas, retorciendo los dedos entre los agujeros de la manta.

—¿A qué hora se acostó la noche del incendio, Grace?

No lo recuerdo exactamente y noto el calor subiéndome a la cara, como si tuviera algo que ocultar.

—Sobre las once, creo —contesto carraspeando, y el abuelo se desliza hacia mí por el sofá y me acerca un vaso de agua.

—¿Había alguien en casa con usted?

—No.

—Y cuando salió del salón, ¿estaba todo apagado? ¿Todo le pareció normal?

—La hemos educado para que no malgaste la electricidad —dice la abuela.

Agarro la mano del abuelo.

—Creí que lo había apagado todo, que había soplado las velas... —Miro la alfombra. El abuelo me aprieta los dedos.

—¿Dónde estaban las velas?

—Sobre la repisa de la chimenea.

—El fuego se originó en la papelera que había junto a la mesa. ¿Había velas o

alguna fuente de ignición cerca?

—No.

—Encontramos una cerilla en la papelería. ¿Fuma usted, Grace?

—No. —Meneo la cabeza, tratando de disipar mi confusión—. No tengo cerillas en casa. No las uso nunca.

—¿Sabe que el detector de humo del vestíbulo no tenía pila?

—No...

—Sí que tenía —interrumpe el abuelo—. Lo compruebo regularmente, y hace un par de semanas la cambié. Además, era Duracell. Vale la pena gastar un poco más por la tranquilidad.

—¿Estaba cerrada la casa cuando se fue a la cama?

—Sí. Comprobé las puertas varias veces.

—Los bomberos tuvieron que forzarlas.

—No entiendo...

Mick se quita las gafas de montura plateada. Clava sus ojos en los míos.

—Creemos que el fuego fue provocado. El hecho de que la vivienda estuviera cerrada con llave cuando usted se fue a la cama y siguiera estándolo cuando llegamos indica que el incendio fue provocado por alguien que ya estaba dentro de la casa, o bien por alguien que tenía una llave. La cadena seguía puesta en la puerta de entrada, de modo que no pudo entrar por ahí. ¿Quién tiene llave de la puerta trasera, Grace?

Siento unos bucles helados besándome la nuca; se me eriza el vello de los brazos.

—Anna —susurro—. Anna la tiene.

AHORA

El abuelo saca su pañuelo del bolsillo y enjuga las lágrimas de la abuela. Ella se lo quita.

—Ya tengo bastantes arrugas sin que me arranques la piel, gracias. —El abuelo hace una mueca a sus espaldas. Por mucho que dé la sensación de que todo ha cambiado, es reconfortante creer, aunque sea ingenuo, que algunas cosas nunca lo harán.

Una voz casi indescifrable anuncia la salida inminente de mi tren. La maleta es pequeña pero pesada y me cuesta levantarla. Me palpo el bolsillo para cerciorarme de que llevo el billete.

—No tienes por qué irte —dice la abuela—. Esa Anna no me da miedo.

—Pues debería.

—Podrías quedarte —insiste el abuelo.

—Es mejor que no. No hasta que la policía la encuentre. —Les achucho con un brazo—. Os mandaré un mensaje cuando llegue.

Subo mi equipaje al tren, volviendo la cabeza para asegurarme de que no me siguen, y me quedo en la puerta del vagón, estudiando al resto de pasajeros en busca de algún atisbo de una melena rubia brillante. Una vez segura de que Anna no está a bordo, muevo un periódico que se han dejado sobre un asiento con quemaduras de cigarrillo —a pesar de los carteles de «Prohibido fumar» medio despegados de las ventanas— y me siento. El suelo está gris de la suciedad. Pongo el bolso en mi regazo y dejo la maleta en el asiento de al lado. Las puertas se cierran deslizándose, atrapando un aire estancado, cargado de humo, perfume y olor corporal. Me asomo por la ventana empañada y saludo otra vez.

El tren retumba al empezar a movernos, traquetea a medida que cogemos velocidad. Apoyo la cabeza contra el cristal mugriento y contemplo campos que pasan ante mis ojos. El libro que he comprado para el viaje sigue cerrado y me pierdo en mis pensamientos hasta que llegamos a King's Cross. Me levanto y cojo mis cosas mientras el tren llega a la estación, apretando las nalgas para mantener el equilibrio cuando me balanceo de un lado a otro. Me bajo y agarro con fuerza las asas de mi equipaje al notar hombros golpeándome; cada centímetro de espacio parece ocupado. Salto con cada empujón, aterrada de que

sea Anna. Me ponen una mano sobre el hombro. Me doy la vuelta a punto de gritar.

—Soy yo. —Esmée me coge entre sus brazos delgados, apretándome contra ella. Es más fuerte de lo que parece. *Ahora somos solo dos*. No la había visto desde el funeral de Charlie, pero no le devuelvo el abrazo, decidida a no mostrar mis emociones en un andén lleno de gente. Temo que, si libero mi dolor, podría inundar las vías y llevarme por delante a todo el mundo, de lo inmenso que es.

—Ya estás a salvo —me susurra al oído, y trato de pensar en algo alegre para no llorar—. Vamos a casa. —Esmée coge mi maleta y me alegro de que alguien se haga cargo. El viaje me ha dejado exhausta. No creo que esté completamente recuperada del incendio.

Esmée se mueve por el metro con una confianza que contrasta con la niña tímida que era. Me hundo agotada en el asiento, contemplando el mapa en la pared del vagón. Espaguetis rojos, azules, verdes retorciéndose a través de la capital. Una cosa más a la que no logro dar sentido; podría hacer una lista de ellas. Cierro los ojos. Las vibraciones me calman y bostezo.

—Nuestra parada es la siguiente. —Esmée me da una palmada en la rodilla.

Al levantarme, me tambaleo hacia delante y tengo que agarrarme al brazo de Esmée para enderezarme. Miro alrededor pero nadie me mira, y ese anonimato me reconforta. Caminamos por calles llenas de basura. Me aprieto contra Esmée, encogiéndome con la cacofonía de los cláxones dando bocinazos. Respiro el olor a humo de tubos de escape y comida rápida, y ansío el aire limpio del campo.

Esmée reduce la marcha y se detiene delante de una hilera de tiendas.

—Hogar, dulce hogar. No dejes que el exterior te desanime. —A la izquierda de una lavandería hay una puerta amarillo canario, con la pintura desconchada cubierta de grafitis. Esmée mete la llave en la cerradura, la gira y da una patada al pie de la puerta—. Siempre se queda atascada.

Mi maleta golpea contra las paredes al subir por la estrecha escalera, y está tan oscuro que me cuesta ver por dónde vamos, a pesar de la bombilla que cuelga desnuda del techo. Esmée abre una puerta sólida y gris al final de las escaleras, y ya hemos llegado.

El piso es pequeño como una caja de cerillas y está decorado con un color crema de buen gusto. Esmée ha heredado la elegancia espontánea de su madre parisina. Salón, comedor y cocina son diminutas secciones del mismo espacio. Esmée va hasta la ventana de guillotina en solo cuatro pasos y la levanta. El aire caliente se mezcla con aire todavía más caliente.

—Tienes suerte de haber venido en primavera. La temperatura de las

secadoras de abajo hace que aquí siempre haga calor. Maravilloso en invierno, pero bastante insoportable en verano. Yo no suelo estar aquí durante el día. Echa un vistazo mientras preparo un té. —Va con paso largo al área de la cocina—. Puedes quedarte con el dormitorio, cariño; yo dormiré en el sofá. —Esmée mueve una mano rechazando cualquier protesta, mientras con la otra saca dos tazas negras brillantes del armario.

Abro la primera de las dos puertas que salen del salón. Todas las paredes del cuarto de baño están cubiertas de azulejo blanco; el suelo es un tablero de ajedrez. La única forma de cerrar la puerta es embutiéndote entre el lavabo y el váter. Si extendiendo los brazos casi puedo tocar ambos lados del espacio a la vez. La mampara de la ducha reluce. Está llena de productos de Molton Brown y de repente me siento sucia del viaje. Sigo.

El dormitorio tiene las paredes pintadas al temple, muebles con espejos y ropa de cama de seda turquesa. Este va a ser mi capullo. Puede que salga hecha una mariposa.

—Suerte que tengo dormitorio independiente. Mucha gente no tiene uno.

Me asusto cuando Esmée aparece detrás de mí. Cojo la taza que me ofrece.

—Claro, por este precio podría encontrar un chalé adosado con tres habitaciones en el pueblo, pero ¿quién quiere quedarse encerrada en un lugar demasiado grande para ser una aldea y demasiado pequeño para ser un pueblo, donde lo más emocionante que ha ocurrido nunca es cuando reventaron las tuberías del colegio y nos dieron una semana de vacaciones? —Se encoge de hombros—. Esto es Londres, nena. Cada vez que salgo por la puerta veo caras nuevas, y, si estornudo, no tengo a tres personas con guisos llamando a mi puerta y difundiendo rumores de que tengo la peste en menos de una hora.

—Es perfecto, Esmée. Te lo agradezco mucho. —Y es verdad—. Pero ¿no echas nada de menos el pueblo? —Creo que me gusta conocer a toda la gente que tengo cerca. Los cotilleos, la indignación colectiva cuando correos deja de recoger dos veces al día. La gente estuvo varias semanas hablando solamente de eso. Algunos dirán que es aburrido, pero a mí me da seguridad. Bueno, me la daba. Antes de Anna.

—A veces, pero me encanta vivir aquí. Hay mucha energía. Siempre pasa algo. El pueblo ya nunca volvió a ser lo mismo sin Siobhan. Y ahora Charlie... No puedo imaginarme volviendo allí para quedarme. Tengo la sensación de que mi lugar está aquí.

—Yo ya no sé dónde está mi lugar. —Doy un sorbo al té, tratando de ahogar el temblor en mi voz—. ¿Puedo darme una ducha?

—No hace falta que preguntes.

El chorro que cae de la alcachofa de la ducha es tan potente que me cuesta

respirar al quitarme el agua de los ojos, y tengo que girar el grifo para bajar la presión. El champú de Esmée huele a jengibre, pero, por mucho que me enjabone el cuero cabelludo, sigo notando ese ligero olor a humo en mi pelo.

La toalla es suave como la lana de algodón y me seco en el dormitorio, examinando el contenido de mi maleta desperdigado sobre la cama de Esmée. Pienso en la posibilidad de vestirme, pero al final acabo poniéndome el pijama. Salgo descalza hacia el salón sobre la alfombra blanda.

Más tarde, vemos un episodio repetido de *Friends* con los platos colmados de lasaña de espinacas en equilibrio sobre nuestras rodillas, riendo alegremente y comentando lo poco que ha envejecido Jennifer Aniston. Agradezco la normalidad, la pretensión de que esto podría ser una visita social. A pesar de las objeciones de Esmée, la atosigo junto a la cocina para secar los platos que ha dejado relucientes, y los apilo ordenadamente sobre la estrecha encimera.

—Bueno, en serio, ¿cómo estás? —Esmée se seca las manos, me sirve una copa de pinot, y me acompaña hacia el sofá.

—Estoy bien.

Arquea una ceja.

—Vale. —Suspiro—. He estado mejor. Hace unos meses tenía un trabajo genial, una gata, una casa fantástica, un novio al que quería. Porque le quería de verdad.

Esmée me aprieta la mano.

—Vino a casa de mis abuelos a verme —digo—. El abuelo tuvo que parar a la abuela para que no le pegara con el rodillo.

—Es un gilipollas.

—Lo sé, pero era mi gilipollas. No deja de llamarme.

—¿Para decir qué?

—No se lo cojo.

—Buena chica.

—También me escribe mensajes. Quiere que quedemos para darme explicaciones.

Esmée levanta ambas cejas.

—No hay explicación que valga para lo que ha hecho. No es el Dan que yo creía conocer.

—Ni yo. —Apoyo la cabeza en el hombro de Esmée—. No puedo creer lo que ha hecho, y tampoco entiendo por qué Anna me odiaba tanto. —Miro a mi alrededor, como si pudiera salir de detrás de algún mueble.

—No sé. Tal vez estuviera celosa, cariño. ¿O enamorada de Dan?

—Él insiste en que fue una cosa aislada; que no significó nada. Pero, aunque fuera así, a lo mejor acabó sintiendo algo por él.

—Quizás no soportaba sentirse rechazada.

—Puede. Menos mal que no se la llegué a presentar a Lexie. Imagina lo que eso le habría causado, pensar que había un cachito de Charlie que seguía vivo, y luego descubrir que era todo mentira.

—Anna está loca. No tienes por qué preocuparte más por ella.

Pero las dos sabemos que no es cierto.

—La encerrarán mucho tiempo, Grace, ya verás. No se puede ir por ahí intentando matar a la gente.

Me estremezco.

—Por lo visto fue un incendio provocado con intento de poner en peligro una vida.

—Es la misma cosa. Puta loca.

—Ojalá la encuentre la policía.

Esmée echa las últimas gotas de vino en mi copa, coge otra botella de la cocina y sirve unas patatas fritas Kettle en un cuenco.

—¿Y la casa? ¿Lo has perdido todo?

—No, por suerte. El fuego fue contenido, se quemó la alfombra y algunos de los muebles quedaron chamuscados, pero casi todo está dañado por el humo. La abuela ha lavado la ropa de mi armario tres veces pero... —Mi voz se quiebra—. Había tanto humo.

—Tienes mucha suerte.

—Eso dicen.

—¿Y ahora qué?

—La casa está cerrada. Todos mis objetos de valor están en el garaje del abuelo. La policía tiene todo lo que necesita, así que ahora está en manos de la compañía de seguros. Tardará un mes en estar lista.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

—Te lo agradezco. No quería ir a casa de mi madre. La hija de Oliver vive prácticamente allí con sus hijos y apenas tienen sitio ya. Cuando detengan a Anna, podré regresar y quedarme con mis abuelos. La policía me dijo que me darían prioridad si les vuelvo a llamar, pero no me quiero arriesgar. No quiero poner en peligro a nadie. —Me meto una patata en la boca, la sal y el vinagre me pican en la garganta irritada—. Anna no me buscará aquí.

—Claro que no —dice Esmée, y nos quedamos en silencio bebiendo nuestros vinos. De repente suena la alarma de un coche en la calle e intento no saltar, diciéndome que estoy a salvo, que Anna no me encontrará. Pero no puedo evitar preguntarme dónde estará.

AHORA

La cafetera echa humo y burbujea, vierto el líquido hirviendo en la taza térmica de Esmée y le doy un plátano. Ella desenchufa su móvil de la pared y lo suelta en su inmenso bolso.

—¿Qué planes tienes hoy? Aquí no se estará nada bien. Han previsto una miniola de calor. Típico. En abril hace un calor espantoso, y en agosto que tengo vacaciones probablemente llueva.

—Puede que salga. —Mentira. Este es nuestro guion diario. Espero a la parte en la que Esmée me desea un buen día para sonreírle alegremente diciendo que lo tendré, pero en lugar de eso lo que hace es dejar una lista de la compra sobre la encimera con una palmadita.

—Entonces, ¿puedes comprar algunas cosillas?

—No sé si...

—Grace, hay aproximadamente diez millones de personas viviendo en Londres. Aunque Anna supiera que estás aquí, que no es el caso...

—Eso no lo sabes.

—Llevas casi una semana aquí. Si fuera a encontrarte, ya lo habría hecho.

—No la conoces.

—Tú tampoco; en realidad, no. ¿Qué vas a hacer si no la encuentran? ¿Quedarte en casa para siempre?

Me muerdo la uña del pulgar. Esmée suspira, su mano reptante sobre la lista como una araña y hace una bola con ella.

—Perdona, Grace. No quiero presionarte. Simplemente odio verte así.

Cubro su mano con la mía.

—Deja la lista. Lo intentaré.

—No tienes por qué...

—Lo sé. Ahora corre o perderás tu tren.

Bajo la cabeza, alisando el papel arrugado mientras ella coge sus llaves y su café.

—Que tengas un buen día, Grace. Si quieres, mira en mi armario y coge algo veraniego.

Parpadeo para ahuyentar las lágrimas, y sonrío alegremente.

—Lo haré.

Con el ruido de los tacones de Esmée por la escalera de madera, cierro la puerta del piso y echo la cadena. Meto una rebanada de pan en el tostador haciendo caer semillas sobre la encimera. Las recojo en una mano, las tiro en el fregadero y miro los DVD de Esmée: *El resplandor*, *Poltergeist*, *Halloween*. Películas que habría visto escondida tras un cojín, en tiempos mejores. Salta la tostada y me sobresalta. La saco haciendo pinza con el pulgar y el índice, y la unto con gruesas capas de mantequilla y Marmite. Me la como de pie, con la mano debajo de la barbilla para recoger las migas. El día se despliega ante mí, largo y solitario. Engullo el resto del desayuno y me enjuago las manos. Mi teléfono vibra, reptando por la encimera. Es Dan. Sus llamadas han ido disminuyendo, pero todavía llama unas tres veces al día. No contesto, nunca lo hago. El teléfono se queda quieto. A pesar de que desde que llegué aquí no lo he utilizado ni una sola vez, la batería está casi agotada. No tengo mi cargador y el de Esmée no es compatible con el mío.

Las ventanas repiquetea al ritmo de las perforaciones en la calle y me froto las sienes, tratando de aliviar el dolor de cabeza que serpentea por mi cráneo. Estudio el mapa que me ha dejado Esmée, recorriendo las rutas de metro con el dedo índice. Busco qué línea debería coger si salgo. *Si salgo*.

Me hago un ovillo en el sofá, marco números en el teléfono fijo de Esmée.

—Grace, ¿qué tal estás?

—Estoy bien. ¿Alguna noticia? —El abuelo ha estado llamando a la policía a diario.

—Aún no, pero la cogerán. No te preocupes. —Tose y me aparto el auricular de la oreja.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, bien. Los dos tenemos un poco de catarro, pero no es nada. La abuela está organizando las donaciones en la tienda solidaria. La señora Jones se ha caído.

—¡Ay, no! ¿Está bien?

—Necesita una cadera nueva. Afortunadamente los decoradores oyeron que golpeaba la pared con el bastón. Está en St. Anne's. No quiero ir a verla y pasarle mis gérmenes.

—Iré a visitarla cuando vuelva a casa. Hoy puede que salga. —Espero a que proteste. A los «no es seguro».

—El aire fresco te vendrá bien. —El abuelo nunca ha estado en Londres.

—Aquí el aire... —Oigo un zumbido junto a mi oído y luego nada.

—¿Abuelo? —No oigo nada, así que vuelvo a marcar, pero solo encuentro silencio.

Salto al oír golpes fuertes en la puerta de abajo. El teléfono cae en el sofá con un ruido sordo y me pongo de rodillas. Me cubro la boca con ambas manos. Esta vez los golpes son más fuertes y me acerco a gatas hasta la ventana. Me levanto lo justo para asomarme por el alféizar. Hay una figura abajo con una gorra de béisbol. Veo un poco de pelo rubio asomar por debajo del escudo de los New York Yankees. Una descarga de calor me atraviesa el cuerpo. Vuelvo a oír golpes, la figura da un paso atrás y mira hacia arriba.

Me agacho rápidamente, pero no lo bastante; me han visto, les he visto.

Bajo las escaleras, abro la puerta un centímetro. Asiento cuando el obrero me dice que están cambiando cables, que puede que tenga problemas temporales con la línea telefónica.

La puerta se cierra con un clic, y, al echar el cerrojo, me pregunto cuándo me he vuelto tan miedosa; si esto es solamente por Anna o el miedo es más profundo. No creo que me haya sentido segura del todo desde que murió papá. Siempre he llevado conmigo una sensación de intranquilidad. Pienso en la abuela, que sigue adelante a pesar de todo, a pesar de Anna, a pesar de estar enferma, y quiero que esté tan orgullosa de mí como yo de ella. Un coraje silencioso se apodera de mí. Puede que esta nueva vida a la que me he visto arrojada no sea lo que yo he elegido, pero tal vez, solo tal vez, sea la que tengo que vivir.

Esmée tiene un vestido maxifluido con estampado de flores que me queda bien, y también le cojo unas sandalias. Intento doblar el mapa pero no se cierra bien, así que lo aplasto como puedo como un acordeón y lo meto en mi bandolera. Cojo mis llaves y mi coraje y me lanzo a Londres sola por primera vez en mi vida.

La pared de ladrillo presiona con dureza contra mi columna cuando me apoyo con fuerza en ella, luchando contra el impulso de regresar a casa. Nunca antes había visto tanta gente abriéndose paso a empujones. Nadie se mira a los ojos, todos tienen prisa, y ni siquiera estoy aún en el centro. Avanzo lentamente hacia el metro. Susurro mis disculpas pero nadie se da cuenta y tardo una eternidad en llegar a la estación.

Tienen que pasar dos trenes antes de que reúna el valor para montarme, y me deslizo a toda velocidad por la puerta antes de que cierre. Me planto en el centro del vagón, con los pies separados a la altura de las caderas, y me agarro a la barra con ambas manos. El tren arranca sin desestabilizarme apenas y apunto la primera victoria del día. *Pasito a pasito, Grace*. Una voz amortiguada anuncia que estamos en Charing Cross y sigo a la multitud —con sus codos afilados y maletines dando golpes— hasta los tornos, antes de subir las escaleras hacia la luz del día. La luminosidad me hace parpadear mientras me veo empujada hacia

delante, aferrándome a mi bolso. La abuela me avisó: «Londres está lleno de carteristas, Grace».

Mis sandalias prestadas golpean contra la acera. No tengo ningún lugar adonde ir, ni nada que hacer. Es liberador e inquietante al mismo tiempo. Las calles están llenas de un batiburrillo de tiendas. El olor a incienso se mezcla con aromas de hamburguesa y jabones Lush. Veo una tienda de telefonía al otro lado de la calle, aprieto el botón para cruzar y espero a que aparezca el hombrecito verde.

—Quisiera un iPhone nuevo.

—Por supuesto, señora; ¿le gustaría conservar su número actual?

—Bajo ningún concepto.

La simple magnitud de la muchedumbre es apabullante y deambulo sin poder quitarme la sensación de que alguien me sigue. Creo ver una figura con el rabillo del ojo. Se me eriza el vello de la nuca. Me paro en seco y doy media vuelta, pero no hay nada más que un mar de caras irritadas que me esquivan, y me digo que tengo que dejar de ser tan paranoica.

Me siento en los escalones de Trafalgar Square y las palomas empiezan a pavonearse alrededor de mis pies. Les tiro alguna patata. Tengo la batería justa en el móvil antiguo para mirar mis contactos y transferir los números que quiero guardar. Les enviaré un mensaje para que tengan el número nuevo. Cuando llego al de Dan siento una punzada, pero me recuerdo a mí misma por qué acabo de comprarme un teléfono y resisto el deseo de escribirle. Empezar de nuevo. La carcasa de plástico de mi antiguo móvil se quita fácilmente. Saco la tarjeta SIM, la meto dentro de la bolsa de patatas ya vacía y la tiro en la papelera más cercana. Nunca me acuerdo de los números, y aunque si quisiera no sería demasiado difícil averiguar el de Dan, tengo la sensación de que estoy dando un paso adelante.

Es ridículo pensar que solo estamos en abril. El calor es opresivo; cada vez hace más y más. Se me hinchan los pies y las sandalias empiezan a apretarme. Paso junto a un hombre en los escalones rodeado de sus pertenencias, tiene una gorra delante en el suelo con monedas y envoltorios de chicle.

—¿Le sirve esto de algo? —Le enseño mi móvil viejo—. Es el último modelo de Samsung. ¿Puede empeñarlo? No tengo el cargador, pero...

El hombre me arranca el teléfono y lo mete en su mochila.

Hay una cafetería delante de mí, me siento en una mesa redonda, escudada por una sombrilla de rayas azules y blancas, y me tomo un batido de frutas mientras jugueteo con mi nuevo móvil. Ya está. Dan y Anna no pueden contactar conmigo, no me encontrarán.

—Asfixiante, ¿eh? —La camarera se seca la frente con el delantal—. ¿Tiene

todo lo que necesita?

—Sí —contesto—. Creo que sí.

Por mucho que me apetezca ver el Big Ben, la Torre de Londres y todo aquello sobre lo que he leído, estoy exhausta, tengo los pies ardiendo e hinchados, y todavía debo encontrar las cosas de la lista de Esmée. Mientras camino fatigosamente hacia el metro, veo un cartel de neón rosa parpadeante que anuncia un estudio de tatuajes. Empujo la puerta. Ha llegado el momento de abrir las alas.

—¿Pueden hacerme un hueco sin cita previa? —Cruzo los dedos detrás de la espalda, aunque no estoy segura de qué quiero que conteste.

—¿Qué quieres hacerte?

—Un tatuaje pequeño de una mariposa, aquí. —Señalo la parte de atrás de mi hombro.

—Sí, no hay ningún problema. Mira estos libros de diseños, a ver si hay alguno que te guste mientras me acabo el café.

—Gracias. —Hojeo las páginas de diseños en forma de espiral, bandas celtas y letras intrincadas, y me detengo al ver un tatuaje parecido al de Charlie—. Este es. —Doy un golpecito con el dedo sobre la imagen.

—Bonito y sencillo. Me llamo Rick. Sígueme.

La sala es pequeña e íntima, me bajo el vestido de Esmée por el hombro y me tumbo boca abajo. Un ventilador zumba en el rincón y cada pocos segundos me golpea una ráfaga de aire caliente.

—¿Lista? —pregunta Rick.

—Sí —contesto. Lo estoy.

La aguja toca mi piel y me tenso. Duele, pero no es insoportable. Relajo las manos, respiro hondo por la nariz.

Mírame, Charlie. Estoy volando.

Me escuece el hombro y no puedo evitar darme una palmadita sobre el vendaje de plástico, como confirmándome que sí, soy así de valiente. Cuando perdí la virginidad, pensé que todo el mundo lo notaría con solo mirarme, que había algo distinto en mí; que había cambiado. Así es como me siento ahora mismo mientras espero el metro en el andén. Cohibida pero orgullosa, es una especie de logro. Miro a mi alrededor, casi esperando que alguien me pregunte sobre el vendaje, pero esto no es como el pueblo; la gente no se pone a hablar porque sí en la ciudad. Medio sonrío a una pareja que está a mi lado. Los dos llevan

tatuajes. *Mirad*, quiero decirles. *Soy una de vosotros*.

Y entonces es cuando la veo. Junto al túnel. Un destello de melena rubia brillante, una chaqueta de cuero rosa claro, y luego desaparece. *Anna*.

Estiro el cuello. Me pongo de puntillas. Pero el miedo me ha mareado y me tambaleo hacia atrás. Tamborileo los dedos sobre mi muslo. *Piensa, Grace, piensa*. Mi cabeza se mueve rápidamente de un lado a otro, mi ojos buscan frenéticamente mientras respiro hondo, cuento hasta cinco y suelto el aire lentamente. Me digo que no debería tener miedo, aquí no. Estoy rodeada de gente. La muchedumbre me da seguridad. Es cuando estoy sola cuando debería asustarme, cuando cada sombra me grita peligro.

No la veo. Miro entre la multitud, seleccionando a las rubias. Ninguna lleva una chaqueta rosa. Ninguna es Anna. Mi corazón late más despacio y empiezo a pensar que me he equivocado, que no era ella. No puede ser ella. Pero entonces lo vuelvo a ver. Una melena rubia ondeando. Un atisbo de rosa. Mis venas se inundan con una oleada de ira que arrasa mi miedo. Ella mató a mi gata. Destrozó mi hogar. Mi relación. ¿Qué más quiere? Me cruzo la bolsa por encima de la cabeza y empiezo a abrirme paso entre los pasajeros, ignorando el dolor cada vez que me golpeo el tatuaje. La presa se convierte en cazadora.

Tengo los brazos estirados como una momia egipcia al avanzar entre la muchedumbre, preguntándome qué haré cuando la coja, pero entonces aparto el pensamiento de la cabeza. Ya no la veo. Hay demasiada gente que me mira enfurruñada y maldice al pasar entre ellos, y la adrenalina se evapora. Me detengo, consciente de súbito de que estaba hablando sola. Debo de parecer una loca, y me pregunto si lo estoy. Creo que me debería ir.

Hay una sacudida y un rugido. Una repentina ráfaga de aire. Me vuelvo y veo el metro acercándose a toda velocidad. Doy un paso más hacia el borde. Me muero por llegar al piso. Las luces del tren surgen como cohetes de la oscuridad a mi derecha. Unas manos me golpean los hombros, empujándome hacia el frente. Mi cuerpo se echa hacia atrás instintivamente, tratando de enderezarse. Pero es demasiado tarde. Salgo lanzada hacia delante. Mis brazos se agitan como las alas de un molino al caer. La vía se levanta a recibirme y cierro los ojos con fuerza.

AHORA

Esmée camina de un extremo a otro de la alfombra mientras yo estoy estirada en el sofá, con una taza de té entre las manos, tratando de calmarme.

—¿Te empujaron a propósito?

—Sí.

—¿No fue simplemente alguien que se tropezó contigo? Ya sabes cómo se llenan los andenes.

—Creí ver a...

—Grace, sé que crees que la viste, pero seamos realistas: en Londres hay miles de rubias; probablemente millones. —Se da la vuelta para mirarme—. ¿Estás segura?

Cierro los ojos. Veo destellos de pelo rubio. Cuero rosa. Pero, por mucho que lo intente, no veo su cara.

—Tuve una sensación muy fuerte.

—Grace. —Esmée se agacha para ponerse a mi altura, igual que yo hacía en el trabajo con los niños pequeños—. Si crees que era ella, tenemos que llamar a la policía.

—¿Y decirles qué? Creo que alguien ha intentado matarme pero no la he visto, no hay testigos y estoy bien.

—¿Y qué hay del chico que te salvó?

Quién iba a decir que un adolescente con *piercings*, de esos que normalmente harían que me cruzara de acera, me salvaría la vida. Agarró mi bolso y me levantó como a una marioneta. Aún puedo notar el asa clavándose en mi piel cuando tiró de mí y me salvó.

—Se subió al metro antes de que pudiera darle las gracias.

—Vamos a llamar a tu abuelo. A ver qué opina.

—No. No se encuentra bien; ni la abuela tampoco. Solo se preocuparía. Los dos lo harían.

Esmée se aprieta la base de las manos contra los ojos.

—Querrían saberlo. ¿Y tu madre?

—Está demasiado ocupada con la familia de Oliver. Mira, estoy bien. Probablemente me tropezara con la gente, como dices tú. De todas formas, estoy

nerviosa. —Dejo la taza, el té se ha quedado frío y ya no me apetece. Obligo a mis labios a dibujar una sonrisa—. Fue un accidente. Anna no sabe que estoy aquí, no puede saberlo.

Sin embargo, mientras ahueco el cojín a mi espalda y me reclino sobre él, todavía noto la marca de esas manos sobre mi columna. El empujón. La caída. El miedo.

Subo la rabadilla y bajo la cabeza estirando mi cuerpo para adoptar la postura del perro boca abajo. Hace demasiado tiempo que no practico yoga. Había olvidado lo mucho que disfruto. Espiro y hago la transición a la postura del bebé. Mi cuerpo suelta la tensión, mi respiración es lenta y regular. Suenan olas rompiendo en el iPod, y una cálida brisa entra por la ventana abierta. Inspiro, y me dispongo a hacer la postura del gato.

Se oyen unos porrazos en el portal y la irritación me recorre. Vuelvo a centrarme en la respiración, intento recobrar mi calma interna. Cierro los ojos. Escucho las olas. Ya se irá, sea quien sea. Hay unos segundos de silencio, y vuelven a empezar los golpes. Me acerco de rodillas a la ventana, levanto los brazos para cerrarla. Se oye otro golpe. Miro hacia abajo. Me quedo paralizada al reconocer la mano que aporrea la puerta. Mis brazos se quedan suspendidos en el aire.

—Dan. —Su nombre se me escapa sin poder reprimirlo. Inclina la cabeza hacia arriba, pálido y sin afeitarse—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Llamé a Esmée.

—¿Te lo dijo?

—Me dijo que no te había visto, pero estuvo muy brusca conmigo. No la creí.

—¿Qué quieres?

—¿Puedo pasar?

—No. No tengo nada que decirte.

—Entonces, escucha. Por favor, Grace.

—No.

—Te quiero.

Cojo sus palabras y las retuerzo, antes de arrojárselas otra vez en su nueva forma.

—Te odio.

—No me odias, y no voy a moverme de aquí hasta decir lo que he venido a decir.

—Haz lo que quieras. —Intento cerrar la ventana de guillotina pero se queda atascada y tengo que sacudirla de izquierda a derecha para cerrarla. Noto la cara

ardiéndome mientras Dan suplica desde la calle. Su voz suena cada vez más débil cuando cierro la ventana y las cortinas, y me siento con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra el radiador. Parte de mí quiere oír lo que tiene que decir, pero no muevo un solo dedo para dejarle entrar.

A pesar de que son solo las dos el piso está cada vez más oscuro, y un relámpago ilumina el espacio, con el rugido del trueno ardiente en su estela. La lluvia empieza a golpear las ventanas y abro las cortinas para asomarme a la calle sombría. Dan está balanceándose de un pie a otro, con las manos metidas en los bolsillos y el pelo pegado a la cabeza. Una camioneta blanca pasa rápido a su lado arrojándole un mar de agua encima. Él murmura algo y se limpia los ojos.

—Por favor —dice sin articular sonido alguno, cuando me ve en la ventana.

Dudo un instante, asiento y voy a ponerme una sudadera con capucha y a pasarme el cepillo por el pelo antes de abrir la puerta.

Dan se quita la camiseta y se frota la piel con fuerza con una toalla. Yo me centro en llevar el hervidor al fregadero, aunque sé que ya contiene suficiente agua para hacer té. No quiero mirarle el pecho. Las pecas que he besado. Los hombros sobre los que he llorado. Pongo dos tazas en la mesita y me siento en el borde del otro extremo del sofá. El silencio se agranda entre nosotros, llenando la habitación, sacándole el aire. Me muerdo el interior de la mejilla. No voy a ser la primera en hablar. Escucharé lo que Dan tenga que decir con calma y luego veré cómo se marcha mientras yo me quedo aquí con mi dignidad.

Se bebe el té. Se reclina. Entrelaza los dedos y los apoya detrás de la cabeza, con los codos saliendo hacia ambos lados. Parece relajado, pero su rodilla derecha no para de botar y sé que está incómodo. Se aclara la garganta.

—Mi comportamiento fue inexcusable.

—¿Qué parte? ¿Dejarme creer que había encontrado a la hermana de Charlie o meter a tu amante en nuestra casa?

—Nunca ha sido mi amante, Grace. Fue un rollo de una noche. Un error.

—Un error que he pagado yo. Mataste a mi gata, destrozaste nuestro hogar. Casi muero. ¿Es eso lo que querías? ¿Librarte de mí?

Dan parece consternado.

—No. No quería. Quiero...

—Me da igual lo que quieras. —Estoy harta de sus excusas.

—No te culpo...

—Qué amable.

—Grace, por favor...

—Por favor, ¿qué? ¿Por favor perdóname aunque sea un cabrón mentiroso e infiel? ¿Por... qué... estás... aquí? —Tengo el pulso acelerado. Me inclino hacia delante—. ¿Qué coño quieres? —Lava líquida fluye por mis venas.

—Hablar. —Su voz suena grave y queda.

—¡No quiero escuchar! —Tengo miedo de lo que pueda decir, pero me muero por oírlo. No sé qué hacer.

—Entonces, ¿por qué me has dejado entrar? Mira, sé que he sido... —Su voz se quiebra. Respira hondo, y vuelve a empezar—. Sé que he sido un capullo.

Asiento. Al menos, eso es verdad.

—Cuando Charlie murió, te aislaste. Te alejaste tanto... No sabía cómo llegar hasta ti.

—Siento muchísimo que mi mejor amiga muriera, ella... —Mi voz chorrea sarcasmo.

—No era solamente tu amiga, ¿no crees, Grace? Pero mis sentimientos no importaban. Todo giraba en torno a ti.

Me reclino, sin palabras.

—No digo que eso esté mal. Sé que la muerte de Charlie despertó recuerdos de tu padre. Tenías mucho con lo que lidiar, pero yo también.

Retuerzo un pañuelo de papel entre los dedos.

—Recuerda, Grace. Recuerda cómo fue. Te cerraste en banda a todo. Yo intentaba darte apoyo emocional, llevar la casa, cocinar, y sabes lo mal que se me da. Temía cogerme días libres porque estaban echando a gente. No sabía si tú volverías a trabajar y creía que solo tendríamos mi sueldo para mantenernos. Estaba muy estresado.

—Nunca me lo dijiste —murmuro.

—Nunca me preguntaste cómo estaba. Ni una sola vez.

Levanto la cabeza, y sus ojos, envueltos en sombras e irritados, se clavan en los míos. Esos mismos ojos que me han visto crecer, llorar, que bebían la imagen de mi cuerpo desnudo.

—Lo siento —digo, y es verdad—. Pero... Anna...

—Anna no significó nada para mí. Servía pintas de cerveza y escuchaba, y me gustaba sentir que alguien me escuchaba. Poder hablar de Charlie, y parecía estar interesada...

—En ti.

—No fue así. Ojalá no hubiera...

—Follado con ella.

—Sí.

—Dan, ¿por qué se fue Charlie tan de repente cuando teníamos dieciocho años? ¿Qué quería decir su nota? ¿Qué tenía que perdonarle? Sé que ya te lo he

preguntado, pero, si me lo estás ocultando, tienes que decírmelo.

Dan arruga la cara confundido.

—No lo sé. Pero...

—¿Por qué metiste a Anna en nuestra casa? —Disparo preguntas sin darle tiempo a pensar. Cuando miente suele juntar las manos como si estuviera rezando, pero ahora las palmas de sus manos no se mueven de sus rodillas.

—No quería hacerlo. Tenía tanto miedo de que enviara el vídeo a todo el mundo. Estabas mucho mejor; habías vuelto al trabajo, y nos estábamos acercando otra vez. No quería fastidiarlo.

—Pero tendrá familia, amigos. ¿No sabe lo que es un hotel?

—Dijo que no tenía a nadie. Pensé en pagarle una pensión, pero lo habrías visto en las facturas de la tarjeta. No te lo habría podido explicar.

—Pero ¿fingir que era la hermana de Charlie? Eso fue deliberado y cruel.

—Me entró pánico. Llamó la noche que abrimos el blog y todo eso. No se me ocurrió ninguna otra forma de explicarte quién era. Le dije que podría meter sus cosas y dormir en la habitación de invitados, pero que no hiciese migas contigo.

—¿Migas? Casi me mata.

—Lo que hizo fue imperdonable, pero...

—Lo que hicisteis fue imperdonable.

—Lo sé. Nunca quise hacerte daño. Pensé que se quedaría unos días hasta que encontrara algo y se iría. Y tú nunca sabrías lo que había pasado entre nosotros. He venido a decirte que lo siento. Lo siento mucho. —Hunde la cabeza en las manos, y, aunque sé que está llorando, no puedo consolarle, no puedo. Recojo las tazas. Enciendo el hervidor.

Cuando veo que se queda quieto y callado me acerco sigilosamente hasta el sofá.

—Dan, tienes que irte.

—Ven a casa conmigo.

—No puedo. No es seguro. Aunque tampoco lo es esto.

—¿Qué quieres decir?

Su frente se frunce mientras le cuento lo ocurrido en la estación de metro.

—Dios mío. Vuelve, Grace. Déjame cuidar de ti. Por favor.

Me coge un rizo, lo aparta detrás de mi oreja, y arrastra las yemas de los dedos por mi pómulo.

—Dan... —Me echo hacia atrás, pero me coge la cara entre sus manos y apoya su frente contra la mía. No nos movemos, no podemos. Tengo la respiración entrecortada; el resto de la habitación desaparece y solo está Dan, solo él, y nuestros labios se tocan, con la suavidad de una pluma. Suelta mi cara, pero no me muevo; gimo al notar sus pulgares sobre mis pezones. Tengo los muslos

húmedos y me retuerzo en el asiento. Nos arrancamos la ropa, que se amontona en el suelo, y me monto a horcajadas sobre él, mientras me agarra de la cintura con fuerza. Es rápido. Gruñe mi nombre y me acerca contra él. Después, no puedo creer lo que ha pasado. Recojo mi ropa, sujetándola delante de mí como un escudo.

—No te vistas. ¿Dónde está el dormitorio? Vamos a tumbarnos en la cama — dice Dan—. Parece mentira; se me había olvidado lo preciosa que eres.

La palabra «mentira» resuena por toda la habitación, rebota en todas las superficies hasta que me devuelve a mis cabales con una bofetada. No importa lo que pasara, ni por qué; intentó encubrir deliberadamente lo que había ocurrido con Anna y no se lo puedo perdonar.

—No puedo hacer esto. —Me contoneo para ponerme las bragas otra vez. Me abrocho el sujetador—. Ha sido un error.

—No parecía que fuera un error. Estamos bien juntos.

—Tiene que haber más que buen sexo...

—Sexo fantástico...

Me cierro la sudadera.

—Hace mucho tiempo que no estamos bien, Dan. No es solo por Anna.

—Lo sé. Es Charlie... —Dan se pone la camiseta.

—Tampoco se trata de Charlie. Nos hemos distanciado. A mí me gusta quedarme en casa; a ti te encanta salir. Me gusta el orden; tú crees que tengo un trastorno obsesivo-compulsivo. Siempre he sido muy dependiente, me aterraba quedarme sola, temía perderte como perdí a mi padre.

—No me has perdido...

—Sí que lo hice, ¿y sabes qué? El mundo no se acabó. Sigo aquí, y creo que, a pesar de todo, no me va mal. Creo que lo necesito. Estar sola. Averiguar qué es lo que de verdad quiero. Sé sincero: ¿eras feliz antes de esto, antes de Charlie?

Las palabras se derraman de mi lengua y caen formando un inmenso interrogante delante de él, exigiéndole una respuesta.

Dan hace una pausa eterna.

—No, no lo era.

No se oye más que el sonido de nuestra respiración. De dos corazones que latían juntos y ahora marchan al son de su propio ritmo. Extraños que se convierten en amigos, en amantes, en todo, y luego en nada. El círculo se cierra.

—Deberías irte. —Tengo la sensación de que podría dormir una semana entera.

Se levanta.

—Lo siento, Grace. Por todo.

Asiento.

—Lo sé.

—Pero te equivocabas en una cosa.

—¿En qué?

—Te has pasado la vida pensando que me necesitabas. Que no podrías soportarlo si te dejaba, como hizo tu padre, como hizo Charlie. Pero, por mucho que te angusties o por mucho miedo que sientas, sigues adelante. Nunca te rindes. No eras tú quien me necesitaba a mí; yo era quien te necesitaba a ti. Tú eres la fuerte. Eres capaz de todo. Tienes que dejar de culparte. Nada ha sido culpa tuya.

Sus palabras me abofetean y siento un mareo al verle abrir esos brazos que una vez no quería abandonar nunca. Me adentro en su abrazo y aspiro su olor a Dan. Se ha terminado, y los dos lo sabemos. Nuestros recuerdos se consumirán y marchitarán hasta que Dan se convierta solamente en un chico al que conocí.

—¿Amigos? —Me susurra al oído.

—Tal vez.

Las lágrimas me nublan los ojos al verle irse encorvado calle abajo hasta desaparecer. Mi teléfono vibra y creo que quiero que sea él, pidiéndome que volvamos, pero entonces recuerdo que no sabe que tengo móvil nuevo. Es un mensaje de Lexie, y deslizo el pulgar por la pantalla para leerlo.

«Urgente. Estoy en el hospital. ¿Puedes venir?».

AHORA

Podríamos estar en cualquier lugar, avanzando con el traqueteo del tren por el campo azul a medianoche. Miro por la ventanilla, pero lo único que veo es el reflejo de mi cara pálida y angustiada. Entrelazo los dedos sobre mi regazo, tratando de relajarme.

Lexie estaba agitada cuando la llamé, me contó que se había caído por las escaleras pero que estaba bien, deseando que le dieran el alta. Sus vecinos oyeron los gritos —el inquilino estaba fuera— y llamaron a una ambulancia. Decía estar harta de «las *jodías* enfermeras que no dejan de molestar», de «la *jodía* bata de hospital que pica» y de no tener «ni una *jodía* cosa que hacer». Dijo que tiene algo que contarme pero insiste en contármelo cara a cara. Es sobre Charlie. Cuando llegue ya habrán acabado las horas de visita, pero, a pesar de mi insistencia, no quiso adelantarme nada por teléfono; dijo que me vería mañana a las diez en punto.

Llamo al abuelo desde el tren para decirle que voy de camino a casa, pero no contesta. Diez minutos más tarde recibo un mensaje.

«No podemos hablar, nos hemos quedado sin voz. Estamos los dos en cama. Bss».

Contesto: «¿Necesitáis algo? Bss».

«No, estamos tomando un ponche calentito; nos iremos a la cama pronto. Bss».

«Buenas noches. Bss».

Decido no contarles que vuelvo a casa. Por muy mal que esté, la abuela se levantaría a cambiar las sábanas y seguramente a hacer una tarta. Dejaré que descansen y mañana me pasaré a verlos. Será una agradable sorpresa. De todas formas, parece ser que mi casa ya está habitable. Han acabado la parte de abajo. El abuelo ha estado supervisando la decoración, apurando a los obreros para que terminen de limpiar y pintar. Dice que es el director del proyecto. Cada mañana la abuela le manda con un *tupper* lleno de bollitos y galletas de avena para aplacar a los obreros.

Reclino la cabeza hacia atrás, cierro los ojos, siento mi cuerpo vibrar con el ritmo del tren. Entiendo que los niños se queden dormidos en vehículos en

movimiento. Apenas me parece que han pasado unos segundos, cuando mi cabeza se levanta como si hubiera recibido una descarga eléctrica. El tren no se mueve. Me limpio la boca, esperando no haber babeado, me estiro y reconozco el cartel de la estación al otro lado de la ventana.

—Mierda. —Cojo mi bolsa y bajo las escaleras a trompicones. El pueblo. Me subo la cremallera del abrigo, me acurruco en un banco y llamo para pedir un taxi.

En casa de Esmée siempre hay ruido: el zumbido de las secadoras del piso de abajo; el tráfico que pasa delante de la ventana —incluso en plena noche se oyen sirenas—; chavales que vuelven a casa gritándose, jugando con latas vacías por la calle. Sin embargo, el pueblo está tranquilo y silencioso, como si se hubiese producido un apocalipsis zombi y todos sus habitantes hubieran huido. Casi todas las casas están a oscuras.

Es tarde, pero no estoy cansada y le pido al taxista que me deje en casa de Lexie. Si la llave sigue escondida en el sitio de siempre, puedo coger su camisón y sus cosas de aseo, alguna de esas revistas basura que devora, y llevárselo todo mañana cuando la visite. La linterna de mi móvil alumbra a Brian el Gnomo, descolorido y mellado, pero con la misma mueca mientras pesca. La mala hierba ha crecido a sus pies y tengo que tirar con fuerza para levantarlo. La llave plateada sigue estando debajo; giro el metal frío en la mano antes de abrir la puerta.

Enciendo el interruptor —motas de polvo bailan bajo la tenue luz de la bombilla— y subo fatigosamente las escaleras. La puerta del cuarto de Charlie está abierta y tengo que contener la tentación de asomar la cabeza, consciente de que ahora es la habitación de otra persona. El dormitorio de Lexie apenas ha cambiado; sigue habiendo ropa desperdigada por todas las superficies, igual que cuando entrábamos a disfrazarnos. Recuerdo a Charlie metiéndose en una minifalda de licra y un sujetador, y llenando las copas con papel higiénico. «Mírame, *queriida*, soy fabulosa». Espero a sentir la punzada de las lágrimas, el nudo en la garganta, pero, en su lugar, acabo sonriendo con el recuerdo.

Una diminuta combinación de seda negra con ribetes de encaje asoma por debajo de la almohada de Lexie, y empiezo a abrir cajones en busca de algo más adecuado para el hospital; algo que al menos le cubra el culo. La ropa que hay dentro está bien doblada, apenas usada, y encuentro una camiseta blanca grande, con la palabra «Relax» escrita en la parte delantera en letras negras y gruesas. Hay una bolsa de arpillera en el suelo y meto la camiseta, añado ropa interior limpia y productos de aseo, el último número de *Cosmo* y, como es Lexie, un lápiz de labios rojo y un cepillo. Cuando estoy a punto de irme y voy a cerrar la puerta detrás de mí, me acuerdo del calzado. No he visto nada junto a la cama de

Lexie y trato de recordar si alguna vez la he visto con zapatillas. Creo que no, pero sí recuerdo que la abuela le compró unos mocasines de estar en casa unas Navidades. Nunca se los ha puesto.

De nuevo arriba, abro las puertas deslizantes del armario y me aparto al ver caer una avalancha de ropa del estante superior. La doblo y la coloco en un montón ordenado, y me arrodillo para buscar la caja de las zapatillas. Hay varias al fondo, las saco y les quito la tapa. Algunos de los zapatos parecen nuevos; tacones de *stripper* rojo chillón, sandalias de gladiador doradas. Levanto la tapa de la última. Está llena de papeles que se desmoronan y caen el suelo. Los recojo y empiezo a meterlos de nuevo, hasta que veo un certificado de nacimiento y lo abro con cuidado. Charlotte Elizabeth Fisher. Nacida el 1 de septiembre de 1990. Madre: Alexandra Claire Fisher. Padre: Paul Michael Lawson. Lo vuelvo a doblar tratando de que quede igual, y entonces me doy cuenta de que hay otro papel idéntico de color crema. Pienso que debe de ser el certificado de nacimiento de Lexie, pero, al leer el nombre, no puedo creer lo que ven mis ojos.

Annabelle Laura Fisher. Nacida el 1 de septiembre de 1990. Madre: Alexandra Claire Fisher. Padre: Paul Michael Lawson.

La misma fecha de nacimiento que Charlie. Annabelle. Belle. Es real. La amiga imaginaria de Charlie. Belle.

Annabelle. Belle. La hermana de Charlie.

Anna.

Vuelco la caja haciendo caer cartas desperdigadas sobre la alfombra raída. Cojo la más cercana, saco el papel del sobre.

Mamá:

¿Por qué no contestas a mis cartas? ¿Qué he hecho mal? ¿Por qué no te quedaste conmigo?

Bs.

Belle

Leo otra.

Querida Zorra:

Sé que estabas en casa cuando fui a verte. ¿Por qué no abriste la puerta? ¿Tienes alguna idea de lo que me costó el puto billete de tren?

Te odio.

Belle

Siento como si estuviera en una atracción de feria. La cabeza me da vueltas y no puedo enfocar la vista. Me apoyo en los talones. Anna. Annabelle. Belle. Llamo al móvil de Lexie. Esto no puede esperar hasta mañana, pero me salta directamente el buzón de voz. Llamo al hospital. Les digo que es urgente, que necesito ver a Lexie, hablar con ella al menos, pero, cuando me preguntan quién

soy, me trabo y tartamudeo, y acabo colgando el teléfono de la frustración. Debería haber pensado en una coartada. Nunca he sabido mentir. No como Lexie. *No como Anna.*

La cocina huele a comida podrida pero no me importa. La mesa está llena de basura y con la mano empujo al suelo pilas de facturas sin pagar, esmaltes de uñas y paquetes de tabaco vacíos. Un cenicero se hace añicos al caer, desperdigando esquiras de vidrio como confeti, pero no las recojo.

La nevera está vacía, aunque hay vodka en el congelador. Aclaro un vaso y toso por el golpe del alcohol helado en mi pecho. Cuando ya voy por el segundo me siento, estudio los matasellos en los sobres y pongo las cartas en orden cronológico. Leo la primera.

Querida mamá:

Espero que puedas leer mi letra. ¡¡Me tiembla la mano de la emoción!!

¡¡¡Por fin tengo dieciocho años!!! Estoy segura de que habrás esperado este día tanto como yo. Sé que no te dejan ponerte en contacto conmigo y seguro que el tiempo ha pasado muy lento para ti. Los cabrones de la adopción no querían darme tus datos, así que ahorré todo el dinero que he ganado haciendo de canguro y fui a una agencia de detectives, ¡como en una película! Encontraron tu dirección inmediatamente. Me costó una fortuna, pero merecerá la pena cuando estemos juntas, ¿verdad?

No recuerdo demasiado de ti, pero sí me acuerdo de estar sentada en tu regazo, de tu pelo rosa haciéndome cosquillas en el cuello mientras me cantabas.

No sé si mi hermana fue adoptada o se quedó en acogida como yo, pero, si no sabes dónde está, es posible que la agencia que contraté pueda encontrarla también, y así podremos estar todas juntas.

Me muero de ganas de que seamos una familia. Es todo cuanto he querido siempre. ¡¡¡Llevo TODA LA VIDA soñando con esto!!!

Escríbeme y dime cuándo puedo ir a verte. ¡¡¡Ya tengo la maleta hecha!!!

Te quiero mucho.

Tu hija,

Belle

Bssssssssss.

Las cartas son todas distintas. Algunas cariñosas, otras suplicantes, otras están llenas de odio. Es evidente que Lexie nunca contestó.

La última carta me produce escalofríos.

¿Crees que puedes ignorarme? Piénsalo mejor.

ENTONCES

Bajé lentamente al piso de abajo, recogí el correo del felpudo. Había una postal de la Fontana di Trevi. Le di la vuelta: «De vuelta en Roma, ¡¡no puedo parar!! Te quiero mucho. Bs, Charlie».

Había colgado un corcho en la cocina especialmente para las postales que llegaban de manera regular en los últimos seis años desde que Charlie se había ido. Cada vez que recibía una, sentía una mezcla de alivio por saber que seguía viva y furia por el hecho de que no hubiera vuelto. Las postales se amontonaban y las chinchetas ya casi no podían sujetarlas. A menudo me las encontraba desperdigadas por el suelo de la cocina.

No la había vuelto a ver desde los dieciocho años. Nunca supe por qué se había ido, ni qué había hecho para querer pedirme perdón, pero seguía su avance de país en país, siempre de camino a algún sitio, ya no del todo real para mí. Era agradable tener ganas de mirar el correo. Las cartas amenaza pararon cuando Charlie se marchó. Intentaba no pensarlo demasiado. No sacar conclusiones. «Mira los hechos», me habría dicho Paula, mi antigua terapeuta. Los padres de Siobhan se mudaron inmediatamente después de su funeral. Se llevaron a Abby a algún lugar remoto. Algún sitio donde pudieran tenerla a salvo. ¿Existía ese lugar?

Eché copos de avena en un cazo, añadí leche. Un buen desayuno para afrontar el reto que me esperaba aquel día. Mientras hervía, descorrí las cortinas del salón. Recogí las latas vacías de Dan y la caja de pizza. La crema de avena echaba humo y le añadí arándanos, me serví un zumo de naranja y saqué el desayuno al emparrado. Agosto había sido deprimente, pero la cercanía de septiembre trajo consigo el veranillo de San Miguel. El cielo estaba de color aguamarina y las nubes, blancas y algodonosas. Corría una ligera brisa que me vendría bien más tarde.

—Me voy.

Dan asomó la cabeza por las puertas francesas.

—No creía que fueras a ir hoy.

—Siempre juego en sábado.

—Creía que vendrías a apoyarme.

—Te he esponsorizado, ¿no? ¿Vienes tú a menudo a ver mis partidos?

—Tal vez si no estuviera ocupada limpiando lo que dejas a tu paso...

—No empieces otra vez. —Dan suspiró.

Dejé la cuchara de golpe en el cuenco y pasé rápidamente por su lado.

—Pues hasta luego.

Se escabulló por la puerta de entrada y me puse a llorar.

Mis piernas parecían de plomo al subir las escaleras. Aquella riña continua en la que Dan y yo habíamos caído era extenuante. ¿Habría sido distinto si Charlie se hubiera quedado, o se habría marchado por nuestras peleas? Suponía que aunque se hubiese quedado tal vez no viviría con nosotros. A estas alturas, puede que hubiera conocido a alguien y se hubiese casado. Costaba imaginar a Charlie casada. O de cualquier modo que no fuera una chica de dieciocho años a la que le encantaba subirse al taburete del bar y ondear una botella de sidra Bulmers mientras cantaba temas de Madonna, y Mike le gritaba que quitara sus sucios pies de la tapicería. Me dolía intensamente pensar que Charlie tenía toda una vida de la que yo no formaría parte. Probablemente incluso una nueva mejor amiga.

A la tercera conseguí abrir la ventana de guillotina del dormitorio. Asomé la cabeza y dejé que la brisa cálida me atusara el pelo. Era el día más caluroso de septiembre en años. Me acordaba del último. Aunque teníamos que volver al colegio, Charlie, Esmée, Siobhan y yo nos quedamos en el bosque, columpiando los pies en el arroyo, compartiendo nuestros *tuppers* de comida. Para mí fue toda una audacia saltarnos las clases, y, a pesar de que la abuela se enteró y me castigó durante dos semanas, creía que era capaz de cualquier cosa con el apoyo de las demás.

Ahora que Siobhan había muerto, Charlie estaba desaparecida y Esmée vivía en Londres, solo quedaba yo, y no me sentía tan valiente en absoluto. A menudo, pensaba en hacer una mochila e ir a los lugares de las postales que me había enviado Charlie. Tratar de dar con ella. Pero sabía que no lo lograría. Y tenía demasiado miedo de no encontrarla. Demasiado miedo de encontrarla. Además, estaba Dan, y más allá de mis críticas por dejarse la pasta de dientes sin tapar y las quejas por no bajar la tapa del váter, todavía le amaba y esperaba que fuera mutuo.

La ducha estaba fresquita, y me enjaboné la piel reseca por el verano con jabón de ducha de lavanda y me depilé las piernas. Ya casi nunca me molestaba en hacerlo, pero hoy estarían a la vista. Mi camiseta olía a suavizante al ponérmela por encima del pelo mojado. Me puse una goma en la muñeca para más tarde y salí hacia el parque del pueblo.

La abuela, el abuelo y mamá ya estaban sentados a una mesa de caballetes

tambaleante, entregando números a una cola de corredores. Me alegraba que hubiese venido mamá. Estaba tan feliz con Oliver que a veces parecía que había olvidado a papá, pero cuando le conté mi plan dijo que le encantaba y que no se lo perdería por nada del mundo.

—Buenos días. Ya ha venido bastante gente. —Me puse una mano sobre los ojos para observar el parque.

—Por ahora cincuenta inscritos. ¿Quién iba a decir que los primeros juegos del pueblo atraerían a tantas personas? Es una idea fantástica, Grace.

—Gracias. Creo que la carpa de cerveza ayudará. Me alegro de que Lexie cante más tarde. —Con los años, la hostilidad de Lexie se había apaciguado y éramos amigas incómodas. No quería perder a nadie más.

—Irás de maravilla. ¿Dónde está Dan?

—Fútbol. Vendrá más tarde. —Crucé los dedos detrás de la espalda.

Noté la aspereza de la corteza del roble sobre las palmas de las manos al apoyarme para estirar los tendones de la corva. Una mano me tocó el hombro y me erguí.

—¿Grace? —Su voz sonaba suave. Clavé la mirada en el tronco mientras la adrenalina inundaba mi cuerpo. *No puede ser*. No me atrevía a mirar.

—¿Grace?

Me di media vuelta lentamente.

La boca de Charlie dibujó una sonrisa pero sus ojos no se iluminaron, ni se le marcaron los hoyuelos. Los pantalones cortos le colgaban de las caderas, y se le marcaba el esternón bajo la camiseta sin mangas.

Dejó caer de golpe la mochila rosa sucia.

—¡Tachán! —exclamó, y alzó las manos mostrando las palmas con los dedos abiertos. La sonrisa desapareció—. Di algo.

Abrí la boca y volví a cerrarla.

—¿Un abrazo, al menos? —Di un paso hacia delante, abriendo los brazos. Notaba su corazón latiendo fuerte, sus costillas clavándose contra mí. Su cuerpo temblaba; noté el hombro de mi camiseta mojado. La aparté con más fuerza de la que debía.

—¿Por qué te marchaste? —Me clavé las uñas en las palmas de las manos. Traté de bajar la voz—. Ni una maldita llamada...

—Es complicado...

—Te escucho. —Me crucé de brazos.

—Te lo explicaré todo. Lo prometo. Te he echado de menos.

—Desapareciste sin decirme nada. Te fuiste en cuanto murió Siobhan. —Las

manos me temblaban y no sabía si pegarla o abrazarla.

—No sabía qué decir.

—¿No se te ha ocurrido nada en seis años?

—Cuanto más tiempo pasaba, más me costaba.

«La primera carrera, los 200 metros, dará comienzo en cinco minutos». La voz del abuelo sonaba como un robot por los altavoces.

—Tengo que irme. Mira —dije, suavizando el tono—, ¿te quedas a verla? Luego hablamos como es debido. Tu madre va a cantar. ¿Sabe ella que...?

—No. —Su cara se ensombreció—. Pero mira. —Señaló hacia la multitud—. Todo un evento, ¿no?

—Lo hemos organizado la abuela y yo. No creí que fuera a tener tanto éxito.

—¿Y es para ayudar a qué?

—Para recaudar fondos, para personas con lesiones cerebrales.

—¿Tu padre?

Asentí.

—Pronto hará quince años. Ya sabes...

—Correré contigo.

—¿Estás segura? Pareces hecha polvo.

—Quiero hacerlo, a no ser que tengas miedo de la competencia... —Charlie sonrió y no pude evitar sonreír con ella. Sin duda, era Charlie. Y había vuelto, sin duda. Lo demás ya lo arreglaríamos más adelante.

—Pues adelante. Incluso te voy a esponsorizar.

En la línea de salida, Charlie y yo nos abrimos paso a codazos hasta el frente. Me arrodillé para atarme los cordones con un nudo doble.

—Deberías hacer lo mismo —dije señalando hacia sus pies con la cabeza. Hizo un gesto de negación y empezó a correr en el sitio.

—¿Has vuelto para quedarte? —pregunté.

—Eso espero. Nunca quise marcharme, pero tenía la sensación de que debía. —Se mordió el labio—. He hecho algo terrible, Grace. Espero que puedas perdonarme.

Sonó el pistoletazo de salida y empecé a mover las piernas y los brazos lo más rápido que pude, como si me persiguieran sus palabras. La coleta me daba latigazos sobre el cuello. El cielo estaba despejado, el aire cargado de humedad. Oía a la multitud gritando, pero no les miraba. No podía apartar los ojos de Charlie, temiendo que desapareciera antes de explicármelo. ¿Qué había hecho? Iba por delante de mí. Ignoré el dolor en el costado y me obligué a acelerar.

—¡Vamos, Grace! —La voz de la abuela coreando mi nombre me impulsaba hacia delante. Ya veía la línea de meta. Con un último esfuerzo, alargué las zancadas. Ya casi había cogido a Charlie. Otro empujón y la pasaría. Las dos

estiramos los brazos. Con el rabillo del ojo, la vi caer. Debería haberse atado bien los cordones. Mi mano agarró el lazo amarillo. Crucé la meta, y, al ir a darme la vuelta, me derrumbé. Notaba un dolor punzante en el tobillo izquierdo. El abuelo se puso a correr hacia donde yo estaba, gimoteando sobre la hierba y dándome un masaje sobre la piel hinchada, pero pasó por delante de mí. Me volví. Charlie estaba en el suelo, inmóvil.

—¡Llamen a una ambulancia! —gritó alguien, mientras me levantaba y cojeaba hacia Charlie. Tal vez fuera yo quien gritó.

Estaba quieta.

Demasiado quieta.

Lexie me apartó y se arrodilló junto a su hija.

—¿Charlie? Pero ¿qué coño... ?

Levántate. Levántate. Levántate.

Noté que un brazo me rodeaba el hombro. Al final, Dan había venido a ver la carrera. Me zafé de su abrazo para arrodillarme junto a mi mejor amiga. Por unos instantes el curso de primeros auxilios al que me había mandado la guardería me abandonó, pero, en cuanto comprobé si tenía pulso, empecé a recordarlo todo. Soplé aire en su boca y le comprimí el pecho. *Uno, dos, tres, cuatro, cinco.*

—¿Y la ambulancia? ¿Dónde está la puta ambulancia? —Aunque oía los gritos de Lexie, seguía contando mientras soplaba entre los labios de Charlie. *Uno, dos, tres, cuatro, cinco.*

Charlie no respondía. Tenía la piel cerúlea, y, a pesar del calor del sol, estaba cada vez más fría. Seguí contando ante los sollozos de Lexie. Contaba mientras Charlie seguía inmóvil. Los técnicos de emergencias vinieron y tomaron el relevo, y, cuando finalmente lo dejaron negando con la cabeza, todavía estaba contando.

AHORA

Ya son las dos de la madrugada cuando cierro la puerta de Lexie y dejo la llave debajo del gnomo. Atravieso rápidamente el pueblo, gimiendo cuando un gato sale disparado de repente entre dos coches aparcados. Veo a Anna por todas partes: detrás de ramas que se agitan susurrando con el viento, agazapada en arbustos oscuros, acechando en portales sombríos. Paso por el centro del pueblo, donde hay menos farolas, y al llegar a las afueras ya no queda ninguna. Me detengo al principio de mi calle. Se extiende ante mí como una boca abierta y negra. El cielo está nublado y no se ve mi casa. Oigo un ruido calle abajo, como un disparo, y empiezan a temblarme las rodillas. Estoy a punto de echar a correr cuando vuelvo a oírlo, y me doy cuenta de que es mi verja. *Maldito Dan*. Mis puños se cierran y se abren a ambos lados de mi cuerpo; empiezo a correr, tropezando con los baches, y la bolsa llena de cartas golpeando contra mis muslos. Me arrojo hacia la puerta de entrada, inserto la llave en la cerradura una, dos, tres veces, y por fin estoy dentro. Cierro la puerta de un portazo detrás de mí. Apoyo la espalda contra ella y espero a que desaparezca el ardor que siento en el pecho.

El olor a pintura fresca se agarra al fondo de mi garganta, subo las escaleras con paso pesado y abro la ventana de mi dormitorio; no huele a casa. La abuela ha quitado las cortinas para lavarlas. Mi papel pintado de Laura Ashley está manchado de hollín y se está pelando, las flores de color limón y crema apenas se reconocen, pero tampoco soy demasiado consciente de lo que me rodea mientras me siento con las piernas cruzadas sobre el colchón desnudo, con el edredón sin funda sobre los hombros. Hojeo las cartas, tratando de dar sentido a la cronología. Anna empezó a escribir a Lexie pocas semanas después de cumplir dieciocho años. Si no recuerdo mal, fue más o menos entonces cuando Lexie empezó a cambiar. Pasó de ser una bebedora social a estar constantemente borracha, irritable y llorosa. También fue entonces cuando empecé a recibir cartas amenazadoras. ¿Eran de Anna?

Anna escribió a Lexie durante seis meses, intentó venir a verla, pero luego las cartas dejaron de llegar. También dejaron de llegarme cartas a mí. ¿Por qué? ¿Conoció Anna a Lexie? ¿A Charlie? ¿Es esa la razón de que Charlie

desapareciera? *He hecho algo terrible, Grace. Espero que puedas perdonarme.* Las palabras se me mezclan mientras intento concentrarme a pesar de la hinchazón de mis ojos. Ahogo el segundo bostezo en menos de un minuto, me pongo el pijama que huele al jabón en polvo de la abuela, me tumbo sobre la cama y apago las lámparas.

Cuando era pequeña y no podía dormir, mi padre se sentaba al borde de mi cama estrecha, con la cara anaranjada bajo la lámpara de noche, y me acariciaba el pelo. «Piensa en diez cosas bonitas que te hayan pasado hoy», decía, y entonces yo las enumeraba una por una, sin llegar a decir nunca que lo más bonito era esa sensación de que éramos las únicas dos personas despiertas en todo el mundo, bien seguros y arropados en mi habitación de color amarillo girasol.

Esta noche me siento todo menos segura. A pesar del agotamiento que me cala los huesos y todo el alcohol que he bebido, no logro conciliar el sueño. Me estiro hacia un lado de la cama y rebusco en mi bolso, cojo el bote de pastillas para dormir y lo agito hasta que cae una; luego pienso en el día que he tenido y saco otra. La advertencia de la etiqueta me hace dudar, pensando en la cantidad de vodka que he bebido —más de lo que tomaría normalmente—, pero al final me meto las dos pastillas en la parte de atrás de la lengua y las bajo con los restos calientes de una botella de Evian que compré en la estación. Me acurruco, ciñéndome bien la colcha sobre los hombros, y respiro lentamente hasta que el sueño me lleva consigo.

Cuando Charlie y yo teníamos catorce años, mis abuelos nos llevaron a la isla de Wight. El viento me mordía las mejillas y me metía el pelo en la boca mientras me balanceaba con los brazos abiertos en la cubierta del ferry, lamiendo gotitas de agua salada de mis labios untados de cacao con sabor a cereza. Recuerdo que me sentía muy desorientada; el suelo era sólido bajo mis pies y apenas parecía que nos moviéramos, pero no tenía equilibrio. Mi boca se llenó de saliva y Charlie tuvo que sujetarme el pelo mientras vaciaba el contenido de mi estómago sobre el espumoso mar de pizarra.

Por un instante, siento que estoy otra vez en aquel barco. Tengo la misma sensación de movimiento y quietud, y me entran náuseas. Unos dedos suaves me acarician el pelo y siento un cálido aliento sobre la oreja. Mis fosas nasales inhalan el olor a espray corporal *Impulse*.

—Grace —dice una voz suave. *¿Charlie?* Sé que estoy soñando, y la oscuridad se arremolina y gira, y vuelve a tirar de mí.

La luz atraviesa las ventanas y me froto los párpados con la punta de los dedos,

tratando de quitarme la modorra. El olor a emulsión y barniz es sofocante; casi puedo paladear el sabor de la pintura. Me pica el fondo de la garganta y tengo un dolor punzante en las sienes, pero hay otro olor entrando en la habitación, y, aunque me digo que me equivoco, respiro hondo y ahí está otra vez. Beicon.

Levanto la cabeza de la almohada, me incorporo de un empujón, doblo las rodillas para bajar las piernas de la cama. Hay algo frío y tirante alrededor de mi tobillo derecho que ralentiza mis movimientos. Retiro la colcha y se me seca la boca de golpe al ver un grillete de hierro con una cadena atada al pie de la cama. Pienso que debo de seguir soñando, me clavo las uñas en la piel blanda de la tripa, pero no despierto. Me pongo de rodillas y tiro de la cadena con ambas manos. Es más pesada de lo que parece y hace un ruido metálico seco al tirar, pero no se mueve. Está enganchada a la base tallada de la cama. Hay otra cadena, con un grillete idéntico. ¿Será para mi pierna izquierda? ¿Qué está pasando? Voy a coger mi teléfono, pero ha desaparecido; y también la lámpara. Me inclino por encima de la cama y la cabeza empieza a darme vueltas. El bolso también ha desaparecido.

Se oyen fuertes pisadas subiendo la escalera y la puerta se abre de golpe.

—Buenos días, Grace. —Anna entra contoneándose en el dormitorio con una bandeja de desayuno, aunque ya no parece Anna. Su pelo es rubio platino, más corto, por encima de los hombros. Lleva la camiseta naranja *tie-dye* de Charlie y sus diminutos vaqueros cortos blancos, a pesar de que hace un frío helador. Es igual que Charlie en la foto del piso de abajo.

Me echo hacia atrás, pegando la columna contra la cabecera de la cama.

—El zumo de naranja está recién exprimido, como te gusta. El sándwich lleva salsa HP.

El terror se ha adueñado de mi garganta y aunque intento gritar solo me salen gemidos como los de un cachorro atormentado.

—¿Te encuentras bien? Anoche acabaste tarde. No deberías tomarlas. —Agita el bote de pastillas—. No es un sueño natural.

Anna deja la bandeja en el suelo y se inclina hacia delante. Veo el colgante con las dos mitades de corazón en su cuello, brillando bajo la luz.

—Maldita zorra. —La ira engulle al miedo y me arrojo sobre ella, pero mis reacciones están adormecidas, estoy torpe y demasiado lenta. Anna se aparta hacia la puerta. La cadena suena, se tensa y con un grito caigo al suelo junto a mi desayuno, noto un mordisco del grillete sobre la piel y la alfombra raspándome las rodillas. El olor a beicon me revuelve el estómago y vomito sobre la bandeja.

—Qué puta desagradecida —salta Anna, que se va de la habitación dejando la puerta abierta y baja ruidosamente las escaleras.

Me quedo de rodillas apoyada sobre los codos hasta que la habitación deja de

dar vueltas, y me siento, secándome la boca con la manga. Cojo la cadena con ambas manos y tiro lo más fuerte que puedo hasta que los hombros me queman, pero el armazón de pino de la cama que nos regalaron mis abuelos cuando nos instalamos no se mueve. Dan quería uno de piel falsa con una televisión que sube como un pecio con solo presionar un botón —vio una igual en *Cribs*, el programa de la MTV—, pero a mí me parecía hortera y fuera de lugar en nuestra casita de campo. Ahora desearía haberle hecho caso. Ojalá estuviera aquí. Pruebo con el grillete, encuentro la unión y trato de abrirlo haciendo palanca, pero acabo haciendo una mueca de dolor al partirme la uña dejándome el dedo en carne viva.

Vuelvo a tener náuseas y agacho la cabeza entre las rodillas. Mi respiración es demasiado acelerada, demasiado superficial, mientras me pregunto si Anna va a volver. Me aterra que lo haga. Y me aterra que no lo haga. Intento tranquilizarme. Vuelvo a oír pasos fuertes en las escaleras y la bola de terror crece dentro de mí.

—Toma. —Anna hace rodar un cubo de color beis hacia mí. La alfombra se cubre de granos de arena. Dan siempre se reía de mí por tener un cubo para incendios junto a la puerta de atrás, pero es que las columnas de humo que se formaban cuando chamuscaba perritos calientes y hamburguesas me ponía nerviosa.

—Con eso ya no puedes mear fuera del tiesto —dice riéndose, y se me erizan los pelos de la nuca—. Y también puedes limpiar tu mierda. —Lanza un rollo de bolsas negras que se desenrolla en el aire y cae con un golpe junto a la bandeja.

—Anna, esto es una locura. Suéltame y hablemos. —Mantengo un tono calmado y mesurado, conteniendo las lágrimas e intentando estirar la boca para que parezca algo similar a una sonrisa.

—Será un placer. —Se mete la mano en el bolsillo de los vaqueros, saca una llave plateada y la columpia delante de su cuerpo—. En cuanto hayamos arreglado las cosas. Empezamos mal, pero quiero que seamos amigas, Grace. Incluso hermanas. La familia es importante, ¿no crees?

—Sí. —En este momento diría que sí a cualquier cosa—. Podemos empezar de nuevo. Ser amigas. Pero suéltame.

—Todavía no puedo.

—Sí que puedes. No has hecho nada malo. Sé que lo de Mittens fue un error. De verdad, no pasa nada... —Las palabras se me escapan. No puedo dejar de balbucear.

—Pero es que no se trata solo de Mittens, ¿verdad, Grace? Es que me has robado la vida.

—No te...

—Yo soy la que debería haber crecido con Charlie, no tú. ¡Yo! —Se da un golpe en el pecho que me hace encogerme.

—Lo siento.

—Lo vas a sentir.

—Si no me sueltas, gritaré.

—Venga. —Anna se cruza de brazos.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Grito hasta que me duele la garganta y estoy empapada en sudor. Mis gritos se hacen cada vez más débiles y dan paso a jadeos roncós de agotamiento.

—¿Ya? —La boca de Anna se retuerce dibujando una sonrisa—. ¿Quién crees que te va a oír? Es sábado, no viene ningún obrero. La señora Jones está en el hospital. Por aquí no pasa nunca nadie. Pensaba que querías que fuéramos amigas.

—Sí —susurro.

—Si quieres que seamos amigas, tenemos que hacer las paces.

—¿Cómo?

—Ya verás. —Da media vuelta sobre los talones y se va.

—Anna —digo con un graznido—. ¡Vuelve! —Pero estoy sola.

AHORA

Contemplo mis opciones. La cadena no llegará hasta la ventana. Anna tiene razón; aunque grite todo el día, nadie me oirá. La calle no lleva a ninguna parte. Nunca pasa nadie.

¿Qué voy a hacer? Trago saliva; la boca me sabe agria. Cojo el zumo de naranja con la mano temblorosa, haciendo pequeños círculos con la muñeca para comprobar si hay restos de vómito en el vaso. No parece, así que le doy un sorbo, me enjuago la boca como si acabara de lavarme los dientes y lo escupo. No pienso beber nada. Probablemente esté lleno de frutos secos molidos. Tengo la vejiga llena pero no voy a orinar en un cubo.

Examino el vaso: es verde y de plástico, normalmente lo meto en el fondo del armario por si vienen amigos con niños. El sándwich descansa sobre uno de los platos de papel que guardamos en la despensa para barbacoas improvisadas. Anna ha utilizado la bandeja de plástico endeble del invernadero donde suelo poner esquejes, en lugar de arriesgarse trayendo la pesada de plata que desempolvo cuando tenemos invitados. No hay nada pesado ni afilado. Nada que pueda usar como arma. ¿Sabía Anna que vendría este fin de semana? Es imposible, a menos que...

A menos que el accidente de Lexie no fuera un accidente.

¿Cuánto tiempo pasará hasta que alguien me eche de menos? ¿Hasta que alguien me encuentre? Los obreros vendrán el lunes. No es que me vaya a morir de hambre. ¿Qué tiene planeado Anna?

No puedo dejar volar mi imaginación. «Enfréntate a los hechos que tienes delante, uno a uno», es lo que diría Paula, mi antigua terapeuta. Y lo intento, pero es como si estuviera en un tirovivo de feria, dando vueltas y más vueltas. Me aprieto las palmas sobre la cuenca de los ojos. *Piensa, Grace.* Me levanto. La sangre se me sube a la cabeza y extendiendo las manos al notar que me tambaleo. Doy un paso adelante con el pie izquierdo, arrastro el derecho para ver hasta dónde llega, preguntándome si podré alcanzar los cajones y buscar algo que me ayude. La cadena se tensa y el grillete me raspa el hueso tirándome hacia atrás. Intento tumbarme boca abajo, con los codos clavados en la alfombra, y me arrastro todo lo que puedo. Si pudiera alcanzar el cajón de abajo... Estiro los

dedos, pero ni siquiera me acerco.

Repto de vuelta a la cama. Examino el grillete, estiro el pie e intento sacármelo por el tobillo. Me pregunto de dónde lo habrá sacado, entonces recuerdo que Anna había leído *Cincuenta sombras de Grey*, y me estremezco. Empujo el metal frío hacia el talón una y otra vez hasta que me rasga la piel y empiezo a derramar gotas de sangre sobre el colchón. Es imposible sacarlo por el tobillo. Me entra un escalofrío recordando cuando Charlie y yo vimos *Misery* en vídeo un día después del colegio. Tuve que taparme la cara con un cojín mientras Kathy Bates le destrozaba los pies a James Caan con un mazo. «Se oye cómo le rompe los huesos», gritó Charlie.

Apoyo la cabeza sobre las rodillas. Me paso los dedos por el pelo, quitándome la goma que no tuve fuerzas para quitarme anoche. Una horquilla cae sobre el colchón y mi esperanza resurge. Me lanzo sobre ella, fuerzo el metal para que quede recto. Aunque me cuesta mantener el pulso firme, introduzco la horquilla en la cerradura del grillete y giro. *Venga*. Me seco el sudor de la frente. Lo intento otra vez. Lo he visto hacer muchas veces en las películas. No puede ser tan difícil. El bíceps me arde de intentar mantener el brazo y la mano firmes, pero no hay ningún clic. El grillete no se abre.

Deslizo los dedos por la cadena hasta llegar al armazón de la cama, y palpo su talla. Sacudo la madera donde está enganchada la cadena. No es tan sólida como las patas; las tallas son la parte más frágil de la cama. Tal vez sea capaz de romper la madera. Me echo hacia la cabecera de la cama. Tumbada de espaldas, apoyando los brazos a ambos lados, levanto las rodillas y respiro hondo, como si estuviera preparándome para un movimiento de yoga. Estiro las piernas y estampo los pies contra la madera, gritando del dolor que se irradia por mi cadera.

Creo que voy a vomitar otra vez. La madera no se ha partido, ni siquiera se ha astillado. Me pongo de lado, y espero a que pasen las náuseas. Aguzo los oídos por si vuelvo a escuchar pasos pesados en las escaleras, pero la casa está en silencio. El único sonido discernible es el de mi corazón golpeando mi pecho. Lo cubro con ambas manos como si fuera un animal asustado al que puedo tranquilizar. Doblo las rodillas y me hago un ovillo. No sé si es por el estrés o por los efectos del alcohol y las pastillas, pero mis párpados empiezan a batir y a cerrarse, hasta que caigo en un sueño intranquilo.

Aunque la pantalla manchada de humo atenúa su luz, la lámpara me despierta y empiezo a parpadear rápido, haciéndome un ovillo.

—He preparado la cena. —Anna ha dejado la bandeja al lado de la cama

apartándose antes de que me incorpore.

—Anna —carraspeo. Me duele al hablar. Tengo la garganta irritada de tanto gritar—. Por favor, suéltame.

—Es pasta —dice ella, como si yo no hubiese hablado.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Anoche estaba en casa de Lexie, durmiendo en la habitación de Charlie. Te seguí hasta aquí.

—¿Lexie te ha dado una llave de su casa?

—No. Me dejó entrar la vecina. Le dije que era su sobrina. Comentó que es sorprendente lo mucho que nos parecemos en la familia. —Se atusa las puntas del pelo—. ¿Qué te parece? Creo que es demasiado corto.

—Creo que estás loca. Suéltame. —Tiro débilmente de la cadena.

—Todavía no.

—El abuelo me espera a cenar esta noche. —Es un farol—. Si no voy, sabrá que ha pasado algo.

—¿En serio?

Asiento.

—Curioso. —Saca mi móvil de su bolsillo—. Teniendo en cuenta que está enfermo en cama y que cree que tú sigues en Londres.

—Esmée...

—Cree que estás en casa de tus abuelos. —Anna agita mi teléfono—. Mira, hasta le has mandado un mensaje para decirle que habías llegado bien. Pero qué considerada eres... A ver, cómete la cena antes de que se enfríe. Y limpia tu vómito, que este sitio apesta.

—Anna. Anna. ¡Por favor!

—¡Cállate! —ruge, y se va dando un portazo. Me quedo temblando, escuchando cómo retumban sus pisadas por las escaleras.

Noto la vejiga llena y a punto de estallar, como uno de esos globos de agua que solíamos tirarnos en el colegio. Miro el cubo y empiezo a llorar de frustración, pero no tengo elección. Me bajo de la cama. No sé si es por el agotamiento o por el miedo, pero me tiemblan las piernas, y tengo que sentarme para bajarme el pantalón del pijama y ponerme en cuclillas sobre el cubo. Me escuece el sudor sobre la piel mientras suelto un chorro de orina en el plástico jurándome no contárselo nunca a nadie, y entonces me pregunto si volveré a ver a alguien a quien contárselo. Vuelvo a subirme el pijama y me tumbo en la cama, ahogando los sollozos con la almohada para que Anna no me oiga.

Parece increíble que me haya quedado dormida otra vez, pero así debe de haber

sido, porque, cuando despierto, la luna brilla en lo alto del cielo. Me alegro de no tener cortinas, porque veo las estrellas brillar y me doy cuenta de lo precioso que es el mundo. El estómago me hace ruido y caigo en la cuenta de que llevo más de veinticuatro horas sin comer. Cojo el bol de plástico con pasta, y empiezo a llevarme a la boca fusilli fríos con queso congelado. De repente oigo la cadena del cuarto de baño de al lado y se me cierra la garganta; suelto el bol en el suelo y me acurruco bajo el edredón como si una capa de algodón y plumas pudiera protegerme. Es horrible no sentirte segura en tu propia habitación, y me pregunto si tendré que mudarme después de esto. Si es que hay un después de esto... Trato de ahuyentar ese pensamiento. Me digo que tengo que ser optimista. Anna tiene que soltarme, ¿no?

AHORA

La habitación hiede a rancio y acre de la mezcla de vómito y orina. La piel y el pijama me huelen a sudor viejo, ojalá pudiera llegar a la ventana para respirar una bocanada de aire fresco. La lluvia golpea los cristales y me muero por salir, mirar hacia arriba y sentir las gotas salpicándome la cara y cayendo por mi cuello. Mis abuelos agradecerán el chaparrón. La abuela pensaba que la sequía estaba durando demasiado, y ya casi es época de que el abuelo plante los bulbos; la tierra estará muy blandita si se encuentra lo suficientemente bien como para hacerlo hoy. Me pregunto cómo están, si les volveré a ver. Estoy mareada y me agarro al edredón para aplastar la sensación de que voy a la deriva.

La cama de la habitación de invitados rechina. Los pasos de Anna recorren el rellano y la puerta del cuarto de baño se abre chirriando. Mi ritmo cardíaco se duplica. Aún no he limpiado el vómito de anoche y no quiero enfadarla más. Me incorporo rápidamente, bajando los pies al suelo. El cuerpo me duele como la primera vez que hice yoga, y me muevo hacia el cubo con movimientos erráticos. Los muslos empiezan a temblarme cuando me agacho para hacer pis. Alejo el cubo todo lo posible de la cama, cojo el rollo de bolsas negras y arranco una. Deslizo la bandeja dentro de la bolsa y hago un nudo. Me planteo tirarla al otro lado de la habitación, pero al final la meto debajo de la cama. Aunque no pesa mucho, puede que sea capaz de golpear a Anna con ella, sorprenderla y quitarle la llave. Cojo esa idea y la pongo junto al resto de resquicios de esperanza a los que intento agarrarme.

Mis músculos se tensan al ver que la puerta se abre.

—Buenos días. —Anna sonríe—. ¿Has dormido bien?

Me trago mi sarcasmo.

—He estado pensando. ¿Qué te parece si vamos a la tumba de Charlie hoy? Tú y yo. O si quieres podemos llevar a Lexie. Es injusto que...

—Suena genial —dice con una gran sonrisa.

—¿En serio?

—No. —Me corta.

Vuelvo a dejarme caer sobre la almohada.

—¿Qué tal una taza de té, al menos? —Creo que podría tirársela a la cara.

Anna entorna los ojos. Coge el cubo y se va sin mediar palabra; la cadena suena otra vez y sus pasos retumban escaleras abajo. Por mucho que odie el cubo, me entra pánico de solo pensar que tal vez no lo vuelva a traer. Cierro los ojos e intento oír qué está haciendo. El agua inunda las tuberías al abrir los grifos de la cocina. Me siento como Spiderman con los sentidos aguzados. Anna vuelve luciendo mi delantal de Cath Kidston, con un vaso de plástico en una mano y el cubo en la otra. Empiezo a tirar de un hilo suelto de la costura del edredón mientras la observo con el rabillo del ojo. ¿Cómo va a alcanzarme el té sin una bandeja? Se acerca lentamente a la cama. La adrenalina invade mi cuerpo. Apoyo las palmas de las manos sobre el colchón y cambio el peso un poco, estirando los tobillos y preparándome para darle una patada con todas mis fuerzas. Se detiene. Deja el cubo en el suelo. Se mete una mano en el bolsillo del delantal y saca mi cuchillo de pelar. Su filo reluce haciendo que la bilis me suba a la garganta.

—Por si se te ocurre alguna estupidez. —Deja mi té sobre la mesilla y se echa hacia atrás, sin quitarme los ojos de encima.

Aparto la mirada y cojo el vaso, pero no puedo contener el violento temblor de la mano y derramo el líquido marrón sobre mi muslo.

—Está frío. —Doy un sorbo al té para cerciorarme. Es arriesgado beber cualquier cosa que me dé ella, pero tengo tanta sed que me lo acabo en un momento.

—Por supuesto. ¿Te crees que soy idiota?

—No. Creo que estás disgustada. Y con razón. Anna, déjame marchar. No se lo diré a nadie. De todas formas, los decoradores vendrán mañana. —Gimoteo como un bebé de los que cuido en Little Acorns cuando se ponen pesados por el cansancio, pero no puedo evitarlo.

—No te preocupes, Grace. —Anna desliza un dedo por el lomo del cuchillo, dando un paso hacia mí—. Pronto acabará todo.

Siento como si las paredes y el techo se me vinieran encima. No hay suficiente aire en la habitación. Cuando murió Charlie, lo único que quería era estar con ella, pero ahora mismo tengo tanto miedo a morir que me doy cuenta de lo mucho que quiero vivir.

Y en ese momento suena el timbre de la puerta.

Anna sale del dormitorio a grandes zancadas y cierra de un portazo, mientras yo me arrodillo sobre la cama y grito hasta que siento que estoy a punto de desmayarme. Se oyen dos pasos distintos subiendo las escaleras y casi me mareo por el alivio de pensar que me han oído, y me van a salvar. Apoyo las manos

sobre las caderas y me doblo hacia delante, jadeando como si acabara de correr una maratón.

La puerta se abre de golpe y veo a Lexie enmarcada en el umbral, con un brazo en cabestrillo, el carrillo inflamado y amoratado. Parece pequeña y frágil. Sus piernas delgadas y desnudas asoman bajo un camisón de hospital que en su día debió de ser blanco. Anna está en la sombra, detrás de ella.

—Grace. —Lexie camina cojeando hacia mí y se queda helada al ver la cadena que une mi tobillo con el armazón de la cama—. Belle, ¿qué coño estás haciendo? Suéltala.

—No hasta que hayamos hablado. Me debes unas cuantas respuestas, *mamá*.

—Hablabamos cuando no tengas a Grace encadenada como un *jodío* animal.

—Ay, pobre Grace. Todo el mundo la quiere, ¿verdad?

—No te ha hecho nada.

—No nos quería presentar. Se suponía que debías conocerme a través de ella, que te caería bien y entonces yo te diría quién soy. Habríamos sido una familia, pero no; Grace te quería toda para ella.

—No fue así...

—Cállate. —Anna da un paso hacia mí—. Quería que me gustaras, Grace. De verdad. Intenté ser amable, pero no dejabas de cabrearme. Cuanto más escuchaba tus rollos sobre lo mucho que querías a Charlie, más te odiaba. Todo el mundo quiere a Charlie. Todo el mundo quiere a Grace. ¿Quién coño me quiere a mí? Pero bueno —su boca se retuerce dibujando una sonrisa—, estoy dispuesta a darte otra oportunidad. Charlie ya no está aquí, pero todavía podemos ser una familia de tres, ¿no?

—No. —La voz de Lexie suena fría y dura—. Suéltala o llamo a la policía.

—Adelante. Cuando consigas cojear hasta el teléfono más cercano, habré desaparecido. ¿Y Grace? —Saca mi cuchillo de pelar del bolsillo del delantal y blande su filo de acero inoxidable en el aire—. Es posible que Grace sí siga aquí. Bueno, parte de ella. Venga, súbete a la cama. —Anna acerca el cuchillo hacia Lexie, como si estuviera pastoreando a un rebaño. Lexie se queda quieta, pero el filo se clava en su hombro y empieza a tambalearse hacia atrás mientras la sangre cala su camisón.

—Anna, le estás haciendo daño. —Intento alcanzar a Lexie, pero la cadena es demasiado corta.

—Que le estoy haciendo daño... Tiene gracia.

Lexie se sube con dificultad a la cama junto a mí. Anna le agarra la pierna izquierda, abre el otro grillete y lo cierra alrededor de su tobillo.

—¿Qué quieres, Belle?

—Quiero pasar un buen rato con mi madre. ¿Es demasiado pedir? Voy a

preparar una cena rica y nos sentaremos las tres a conocernos mejor.

Sale de la habitación dando un portazo.

—Estás sangrando. —Estiro la mano pero Lexie la aparta.

—Estoy bien.

La mancha carmesí se va extendiendo y, mientras la miro, los objetos de la habitación empiezan a arremolinarse y fundirse, hasta que mi visión periférica desaparece. Oigo un rugido en los oídos, como si escuchara las olas en una concha.

—Grace, respira. —Lexie me frota la espalda con pequeños movimientos circulares—. Solo estás inhalando. Espira.

Expulso el aire, y aspiro con un silbido. Oigo a Lexie murmurando, siento el calor de su mano sobre mi columna y gradualmente mi cuerpo deja de temblar. Y me vuelve la vista.

—¿Bien? —Lexie me estrecha fuerte con un brazo.

—Sí.

—Bien. —Me suelta—. No te lo tomes a mal, pero apestas. —Se aparta.

Me dejo caer sobre la almohada mientras Lexie tira de la cadena y empuja el armazón de la cama con su brazo bueno.

—Ya lo he intentado.

Se tumba boca arriba. Se quita los zapatos y coloca las plantas de los pies contra la madera tallada. Yo me muevo hacia el pie de la cama y pongo mis pies al lado de los suyos.

—¿Lista? —pregunta.

—A la de tres.

Empujamos y le damos patadas hasta que me duelen los muslos, gritando hasta que me pitan los oídos. Pero no hemos abierto ni una mínima grieta en la madera.

—¡Joder! —Lexie se frota los pies—. ¿Cómo coño vamos a salir de esta?

La miro a los ojos y veo mi propio miedo reflejado.

—No lo sé.

ENTONCES

Seis días después de la muerte de Charlie, el cielo de la mañana estaba gris y negro como una magulladura furiosa. La niebla cubría la aguja de la iglesia que podía verse desde mi ventana. Todo parecía enmudecido, ahogado. Hasta los pájaros estaban extrañamente silenciosos. Charlie se había llevado el sol. Dan me trajo un té que no me sabía a nada y tostadas que no fui capaz de tragar. Era el veinticinco cumpleaños de Charlie. Debería llevar ropa de fiesta, y sin embargo iba de negro para asistir a su funeral. El vestido recto que me había puesto la Navidad anterior me quedaba ceñido cuando lo compré, pero ahora la cremallera me subía con facilidad; la tela colgaba sobre el cuerpo en lugar de ajustarse a él. Apenas había comido nada desde que murió Charlie. Dan llevaba su traje de hacer entrevistas y una corbata negra prestada; parecía un niño disfrazado.

Un taxi nos llevó a casa de Charlie; los dos estábamos demasiado frágiles para conducir. Como no tenía otra familia, se decidió que fuéramos en el coche fúnebre con Lexie. Mamá y Oliver habían venido conduciendo. Nos esperarían en el crematorio con la abuela y el abuelo. Empujé la puerta para entrar en el que había sido mi segundo hogar y seguí el rastro de humo de tabaco. Lexie estaba sentada junto a la mesa de la cocina, con un brazo cruzado sobre su vientre, el otro sosteniendo un cigarrillo, y la mirada fija en un cenicero a rebosar. Le toqué el hombro. Me retiró la mano con un manotazo. Lancé una mirada furiosa a Dan. *Di algo.*

—Voy a hacer algo de té —dijo él.

Mientras el agua hervía, llené el barreño sucio de agua caliente y empecé a fregar tazas y platos mugrientos que había amontonados en todas las superficies. Llené el silencio con el sonido del agua corriendo y la loza golpeándose. Dan me trajo la leche y la acercó para que la oliera. Aspiré y fruncí la nariz. La tiró por el fregadero, y salió con unos grumos amarillos cuajados que tuve que empujar por el desagüe con una cucharita. Sirvió tres tazas de té negro humeante que nadie se bebió. Yo sequé mientras Dan vaciaba el cubo de la basura hediondo y apilaba botellas de vino y latas de cerveza fuera de la puerta de atrás para reciclar.

Solo nos quedaba esperar. Los tres permanecimos sentados en torno a la mesa

de la cocina en silencio y evitando el contacto visual. Fue un alivio cuando se oyeron golpes en la puerta. Dan se levantó de un salto para abrir y Lexie clavó los ojos en los míos. Estaba furiosa. Su ira se tragó mi tristeza.

—Necesito un poco de aire —le dije; fui con Dan al estrecho vestíbulo y me agarré a la parte trasera de su cinturón mientras hablaba con el conductor, para no desaparecer en una burbuja de dolor.

El resplandeciente coche fúnebre llevaba el ataúd de roble y flores, con el nombre de Charlie escrito con claveles blancos. El abuelo había echado una mano a Lexie con los preparativos, y tenía la sospecha de que también la había ayudado económicamente, porque a Lexie nunca se le había dado bien el dinero. Ella fue la primera en subirse al coche, luego Dan y después yo. Me quedé mirando por la ventanilla mientras íbamos lentamente a despedirnos de una persona que estuvo tan llena de vida que aún no podía creer que se hubiera ido. Veía a la gente hablando en la calle, riéndose. Me parecía inexplicable que sus vidas siguieran igual. Para ellos hoy era un día cualquiera. Les envidiaba.

El cielo era una mortaja gris hierro de ira, plagada de nubes llorosas. Una multitud vestida en su mayoría de negro esperaba ante las puertas de roble de la capilla, enjugándose las lágrimas y la nariz. Leían las coronas funerarias y las tarjetas de pésame. Todos parecían tan aturridos como yo.

Esperamos en el coche hasta que todos hubieran entrado y entonces vino el director de la funeraria a acompañarnos. Hasta ese momento no había llorado. Todo me parecía irreal. Hicimos nuestro lúgubre paseíllo hacia el crematorio mientras Eva Cassidy prometía cielos azules. Lexie había elegido *Somewhere over the rainbow*^[12]. Charlie le habría puesto mala cara: «¿Y qué hay de malo en un poco de Madonna?».

Nos sentamos en unos bancos de madera diseñados para endurecer el culo tanto como el corazón. En el altar de la capilla, unas cortinas de terciopelo carmesí con ribetes dorados colgaban detrás del plinto donde estaba el ataúd de Charlie. Sobre él había un marco de plata con una foto de ella riendo en la playa de Cromer. Recordé que la hizo el abuelo.

Un hombre de mediana edad que era evidente que nunca había conocido a Charlie ofició la ceremonia, soltando palabras genéricas como «cariñosa», «graciosa» y «buena». Luego me tocó a mí. De algún modo conseguí que mis piernas de gelatina me llevaran hasta el atril, y me puse ante una fila de ojos iluminados por las lágrimas. Me aclaré la garganta.

—Charlie era mi mejor amiga —empecé. Hablé del día en que nos conocimos; de cómo llenó los sándwiches de Dan de ketchup. En ese momento hubo un conato de risas. Dije que a partir de ese instante supe que sería una de las personas más importantes de mi vida.

—Entonces, ¿por qué? —La voz ronca de Lexie resonó por todo el crematorio, como si hubiese estado fumando sin parar desde la muerte de Charlie.

Me quedé boquiabierta; Lexie me había arrancado las palabras de cuajo.

—¿Por qué? —Esta vez se puso en pie, alzando la voz. Tenía la expresión oscura y retorcida.

—¿Por qué? —repetí yo, sin entender qué me estaba preguntando.

Las miradas de la congregación iban de Lexie a mí como si estuvieran viendo un macabro partido de tenis.

—¿Por qué la mataste?

Lexie me miró con tanto odio que me caí hacia atrás. Dan vino a mi lado. Me había torcido el mismo tobillo que me fastidié en la carrera, pero no era el dolor lo que me hacía llorar.

—Lexie, es comprensible que estés alterada —interrumpió el abuelo con voz suave y serena.

—Estoy alterada porque esa maldita puta ha matado a mi hija. Mató a Siobhan. Es culpa suya. Todo es culpa suya.

—No lo hice. No lo entiendo... —Mis ojos empezaron a ir de un lado a otro, buscando una respuesta desesperadamente.

—La muerte de Siobhan fue declarada una sobredosis accidental. Eso no fue culpa de Grace. —Dan apoyó una mano ardiendo sobre mi columna—. Y no entiendo cómo puedes culparla de lo de Charlie.

—Si Charlie no se hubiera ido...

—¿Por qué se fue, Lexie? Es tu hija; explícanoslo. —La voz de Dan cada vez sonaba más alta y el abuelo le puso una mano sobre el hombro.

—No es el momento ni el lugar, hijo. Lexie, ¿quieres venir afuera a tomar un poquito el aire?

—No quiero un puto poquito de aire; quiero a mi puta hija de vuelta. —Se derrumbó de rodillas, gimiendo.

El director de la funeraria nos sonrió, aunque su mirada era fría.

—Creo que deberían irse.

La gente empezó a moverse en sus asientos, estirando el cuello para ver mejor.

Estaba temblando de la conmoción. Dan me cogió como si tuviera noventa años, rodeando mi cintura con un brazo y sujetándome con el otro por el codo mientras avanzaba cojeando hacia la puerta.

—Nunca te lo perdonaré, Grace —chilló Lexie a mi espalda.

Una vez fuera, me agarré al brazo de Dan.

—Voy a buscar el coche. —El abuelo fue rápidamente hacia el aparcamiento mientras Dan me frotaba la espalda. Mamá, Oliver y la abuela estaban apiñados,

demasiado aturcidos para hablar.

Cuando llegamos a casa, ya no me quedaban pañuelos de papel en el bolso. Tenía la garganta irritada y los ojos arenosos.

—¿Qué hay del velatorio?

—¿Quieres ir? —preguntó el abuelo.

—No —dije con voz ronca—. Pero Charlie...

—Charlie te quería. Lo entendería.

Me bajé del coche pero mis piernas no parecían mías.

—¿Entras? —pregunté.

—Creo que deberíamos ir al pub para ver cómo está Lexie —contestó el abuelo.

—¡Que le jodan a Lexie! —La voz de Dan sonó dura.

—No tiene a nadie más —dijo el abuelo—. Pero, si quieres, nos quedamos.

Negué con la cabeza. El abuelo hizo tres maniobras para salir en dirección contraria, y Oliver le siguió con su coche.

—Vendremos a verte antes de salir hacia Devon —dijo mamá por la ventanilla.

Dan y yo nos quedamos en el vestíbulo, sin saber bien qué hacer.

—¿Té? —preguntó Dan.

—Algo más fuerte. —Quería beber hasta quedarme inconsciente. Me desabroché el vestido que olía a capilla y me cubrí con una manta de lana. Hacía veinte grados, pero estaba helada.

Dan me trajo un vodka con Coca-Cola y nos quedamos sentados en el sofá, brindando por la chica que siempre tendría veinticuatro años.

AHORA

No tendrás un cigarro...? —pregunta Lexie.

—No.

—Eso pensaba. —Nos quedamos en un silencio aturdido. Un muro de preguntas sin contestar nos separa y no sé por dónde empezar a derribarlo.

—Cuando no viniste ayer en la hora de visitas, supe que pasaba algo. Y luego recibí tu mensaje a primera hora...

—No lo mandé yo.

—Bueno, tu número, pidiéndome que viniera, y me escapé. Hice autostop con una furgoneta de reparto de pan. O sea, ¿que ya conoces a mi Belle?

—Anna.

—¿Anna?

—Dan...

—¿Dan? Chica, no entiendo una *jodía* cosa de lo que dices. Suéltalo.

—Dan se ha..., me fue infiel. —Según salen las palabras, el nudo de angustia en mi estómago se va tensando cada vez más.

Los ojos de Lexie se encienden mientras me remonto al principio y le cuento lo mucho que Charlie deseaba encontrar a su padre. Su frente se frunce cuando admito que robé una foto de Paul y traté de buscarle a través de las redes sociales, pero se queda callada e inmóvil. Cuando le explico que Anna buscó un trabajo en el bar que sabía que frecuentaba Dan, que le sedujo y le chantajeó, que se instaló en nuestra casa y me hizo creer que era la hermanastra de Charlie, Lexie se queda tan pálida como la almohada en la que se apoya.

—¿Fue a por Dan a propósito?

—Sí. Grabó un vídeo mientras tenían relaciones sexuales. Dan dice que apenas se acuerda de aquella noche. Al principio no le creí, pero ahora sí. Creo que está lo bastante loca como para haberle metido algo en la bebida. Probablemente pensó que, si te escribía, la ignorarías... Otra vez.

Lexie se estremece.

—Creo que me debes una explicación, ¿no? Por los certificados de nacimiento, deduzco que Belle y Charlie eran gemelas, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y Charlie nunca lo supo?

—No.

—¿Por qué?

—Es complicado —contesta Lexie tajante. Coge un hilo suelto de su venda y tira de él hasta que empieza a deshilacharse.

—¿Complicado? —estallo—. Yo te diré lo que sí es complicado. *Tu hija* me ha hecho perder el trabajo, mi relación, mató a mi gata e intentó quemar mi casa conmigo dentro.

—¿Qué? Pero ¿cómo...?

Levanto las manos como si sus palabras fueran a rebotar en ellas.

—Empieza. Habla.

Lexie suspira tan hondo que su cuerpo se estremece.

—Te dije la verdad. —Tengo que inclinarme hacia delante para oír su susurro—. Que Paul era el padre, pero nunca supo que estaba embarazada. No se fue por eso. Se fue porque creía que su ex estaba embarazada y quería irse a casa para convencerla de que abortara.

—¿Por qué?

Lexie hace una pausa eterna y tengo que contenerme para no agarrarla por los hombros y sacudirla para que suelte las palabras.

—¿Has oído hablar de Marfan?

—No.

—Es una enfermedad hereditaria. Paul era portador. No quería tener familia. No quería correr el riesgo de transmitirla. Yo no sabía mucho de ella, pero me dijo que podía causar un fallo cardíaco repentino, especialmente al hacer esfuerzos.

—Charlie. La carrera. —Me cubro la boca con ambas manos.

—Sí. Por eso te culpé. Si no hubiera corrido, probablemente no habría muerto. Al menos no en ese momento.

—Pero yo no lo sabía.

—Lo sé. Ni ella tampoco. No fui justa. Era más fácil culparte a ti que ver mis propios errores. Yo no sabía que la tenía. Había síntomas que podían indicarlo. Ser muy alto...

—Ella era muy alta.

—Pero no una gigante, ¿no? No estaba cansada. No tenía molestias ni dolores. Ni estrías. No tenía ninguno de los síntomas. Ninguno.

—¿No existen pruebas? ¿No le podían haber hecho un examen?

—No les dije a los médicos que existía esa posibilidad. Era joven y estaba acojonada. Intenté fingir que no estaba embarazada, no fui a ninguna revisión, aunque estaba enorme. Parecía como si llevara una *jodía* sandía metida en el

jersey. Mis padres me echaron, no me volvieron a hablar y estuve durmiendo en sofás de amigos hasta que di a luz. La peor experiencia de mi vida. Y cuando salió, los dolores empezaron otra vez y me dijeron que venía otra. ¡Malditas gemelas! Tenía diecisiete años. Sin casa, sin dinero, pero las quise en cuanto las vi.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Conseguí una vivienda de protección oficial, una prestación, y sacaba dinero fresco limpiando. Estaba siempre hecha polvo, pero nos las arreglábamos. Eso sí, tenía miedo; siempre temía que se pusieran malas. Ya me costaba bastante salir adelante con dos bebés sanas. No habría sabido qué hacer si una se me hubiese puesto mala.

—¿Y Belle lo estaba? ¿Enferma?

—Ella era diferente. No sé si por la enfermedad. Nunca estaba feliz. Cuando era bebé no paraba de llorar y cuando creció empezó a tener unas pataletas brutales.

—Eso es normal.

—Rompía cosas y me mentía a la cara, diciendo que no había sido ella. Yo no podía comer ni dormir.

—¿Fuiste a ver a un médico?

—Me dijo que estaba deprimida. Que ya se le pasaría a Belle, pero entonces Charlie empezó a volverse traviesa también. Nunca lo había sido. Decía que Belle le mandaba hacer cosas. Cada vez que yo regañaba a Belle, ella pegaba a Charlie: mordiscos, puñetazos. Un día la pillé jugando con mis cigarros y cerillas. Le di un azote en las piernas. Más tarde salí a tender la ropa y empecé a oler a humo. Belle salió corriendo. Charlie estaba arriba, en la ventana del dormitorio. Creí que la había perdido. —La voz de Lexie se quiebra y casi siento lástima por ella, pero entonces recuerdo cómo se indignó cuando le pregunté sobre el incendio que Charlie recordaba. Cómo me mintió a la cara. Cómo convenció a Charlie de que tenía demasiada imaginación, que todos sus recuerdos eran falsos.

—Entonces se metieron los servicios sociales. Pusieron a Belle en una casa de acogida temporal para darme un descanso, pero resultaba tan fácil sin ella... Charlie era más feliz. Yo era más feliz. No quise que volviera. Intenté hacer como si nunca hubiera existido. Cada vez que Charlie la mencionaba, le decía que era una amiga imaginaria, que no era real.

—No puedo creer que se lo tragara.

—¿Tú recuerdas cuando tenías cuatro años?

Lo pienso.

—No.

—Los niños tienen memoria corta; creen lo que quieres que crean.

—Entonces, cuando Anna se puso en contacto contigo...

—Pues fue un *jodío shock*. Me entró pánico. No sabía qué hacer. ¿Cómo iba a decirle a Charlie que le había ocultado a su hermana durante todos esos años? Intentaba beber hasta quedarme inconsciente.

—Creo que fue entonces cuando Anna me involucró a mí, al no recibir ninguna respuesta de ti. ¿Recuerdas las cartas que me mandaban?

Hay un silencio. Un suspiro.

—No eran de Belle.

—¿De Charlie? —El horror crece—. *He hecho algo terrible*. ¿Cómo pudo hacerlo?

—No. —Lexie meneaba la cabeza—. Las mandaba yo.

—¿Tú?

—Lo siento mucho, Grace.

—¿Tú? ¿Me enviaste una caja llena de caca de perro? ¿Por qué? —Estoy temblando de rabia y me siento sobre las manos para no agarrarla por el pelo desgredado y arrancárselo de la cabeza.

—En ese momento era un *jodío* desastre. En la fiesta de tu dieciocho cumpleaños entraste en mi habitación cuando estaba tirada en la cama. Te oí decirle a Charlie que la ayudarías a encontrar a su padre, la animaste a hacerlo, y me entró pánico. Eso era lo último que quería. Pensé que, si te distraía, te olvidarías. Pero no. Toda esa mierda de Jeremy Kyle. Esos rollos de «una chica de clase que encontró a su padre». ¿Me creías estúpida? Después de la primera carta, no pude parar. Todo se me fue de las manos. No quería que Charlie le conociera. Que descubriera que tal vez tenía una enfermedad que podía matarla. Que viera los certificados de nacimiento y se enterase de lo de Belle. No quería que me odiase. La quería tanto... Pero la alejé.

—¿Adónde fue? ¿Qué hiciste? —Ahora ya estoy gritando, pero me da igual.

Lexie está pálida como el hueso, con los carrillos hundidos. Una fina capa de sudor brilla sobre su labio superior. Me alegro de ver que se siente tan mal como yo.

—Charlie estaba metiendo mis zapatos en el armario después de la fiesta de Fin de Año y encontró una carta que tenía a medio terminar para ti, el periódico recortado y el pegamento. Se quedó desconsolada. Le prometí que pararía. Le rogué que no se lo contara a nadie. Dijo que no me traicionaría diciéndotelo, y creí que todo se arreglaría, pero entonces Siobhan tuvo que morir.

—No «tuvo que morir»; tomó una sobredosis porque se sentía sola. Todos la culpamos por las cartas. Nadie le hablaba. Esos yonquis eran sus únicos amigos.

—Charlie dijo que Siobhan seguiría viva si yo no hubiera enviado las cartas.

Estaba furiosa. Me aterraba pensar qué ocurriría si la policía se metiese por medio y se supiera la verdad. Le rogué a Charlie que me prometiera no contárselo nunca a nadie, especialmente a ti, Grace.

—Ella odiaba a los mentirosos. Y tú la convertiste en una.

—Charlie no quería mentir. Quería contarte la verdad, pero le dije que tenía que elegir. Tú o yo. Y me prometió que nunca lo contaría, pero que no podía quedarse. No podía soportar mirarme a la cara. Ni enfrentarse a ti.

He hecho algo terrible, Grace. Espero que puedas perdonarme. La promesa que había hecho... El secreto que guardó. ¿Cómo pude pensar que había sido ella quien había escrito las cartas?

—Das asco.

—Lo sé, Grace, pero yo...

Estira la mano y la aparto de un manotazo.

—No me toques.

—Vale. —Pasamos los siguientes instantes perdidas en nuestros pensamientos.

—Vamos a salir de aquí —dice Lexie.

—Ay, no había pensado en eso. ¿Qué haría yo sin ti?

—Deja ese tonito, Grace. No te queda bien. Tenemos que pensar en un plan. Trabajemos juntas.

El silencio es denso, y solo se rompe por el ruido de los movimientos de Anna abajo, en la cocina.

—¿Qué hacemos? —pregunto—. No podemos romper la madera. Nadie va a oírnos gritar. No he podido abrir los grilletes...

—¿Abrir los grilletes?

—Mira. —Saco la horquilla de debajo de mi almohada.

Lexie me la quita.

—Ya lo he intentado.

—Tiene su arte. Me lo enseñó Dagenham Dave. —Asoma la lengua entre los dientes mientras mete la horquilla en la cerradura del grillete y la gira.

—¡Lo tengo! —Abre su grillete y se suelta el tobillo—. Aún le tengo cogido el tranquilo, hasta con una mano. —Sonríe y, aunque no quiero, yo también.

—Abre el mío. Rápido.

Lexie se inclina hacia mí, juega con la horquilla. Se oye un clic y casi lloro de alivio al notar cómo cede la presión sobre mi tobillo.

—Vámonos.

Pero unos pasos retumban con fuerza en la escalera y la puerta del dormitorio empieza a abrirse.

AHORA

Lexie tiene los pies en el suelo, pero cojo su brazo frunciendo el ceño.

—El cuchillo —siseo—. Tenemos que esperar. —Lexie asiente. Vuelve a subir las piernas a la cama y cubro nuestros pies con la colcha, con la esperanza de que Anna no compruebe los grilletes y las cadenas. El pulso me late al galope cuando Anna entra en la habitación. Noto la tensión que irradia Lexie y ruego que no haga nada precipitado. Anna suelta con estrépito la bandeja sobre la mesa del tocador, coge el cuchillo con una mano y un cuenco con la otra.

—Pasta. —Le da el plato a Lexie, se echa hacia atrás, coge otro para mí.

El estómago me da un vuelco cuando los olores del parmesano y del ajo se mezclan en mis fosas nasales. La carne picada está apelmazada; la grasa se acumula en la superficie.

Anna arrastra el taburete del tocador hasta la puerta y se sienta en el asiento de flores. Recuerdo cómo me emocionó descubrir aquel taburete en la pequeña tienda de segunda mano de la calle principal. Estuve siglos decapando las patas y barnizándolas, antes de elegir la tela en John Lewis para tapizar el asiento. Ahora quisiera quemarlo.

Anna coge otro cuenco y empieza a comer pasta.

—Comed —murmura.

Cojo mi cuenco. Enrosco espaguetis. Me prometo que, si logro salir de esta, nunca volveré a comer pasta.

—No pienso comer. —Lexie arroja el cuenco al otro lado de la habitación. Cae antes de golpear a Anna. La alfombra ahumada se empapa de salsa de tomate.

—No. Eres. Capaz. De. Ser. Amable. ¿Verdad? —Anna deja su plato de golpe, haciendo vibrar el espejo del tocador. Noto un hilo de sudor cayendo entre mis pechos.

—¿Amable? Me has encadenado a una cama.

—Al menos no te he mandado a un centro de acogida. —La mano de Anna empuña el cuchillo como una araña; sus dedos se doblan alrededor del mango negro.

—Por fin vas al puto grano —dice Lexie—. ¿Qué quieres? ¿Una disculpa? Lo

siento, ¿vale?

—Quiero... —Le tiembla la respiración—. Quería comer con mi madre. Y ahora se ha fastidiado. —Levanta el cuchillo. Encojo las rodillas, lista para salir a defender a Lexie, pero Anna se clava el cuchillo en su propio muslo, abriéndose la piel. Los vaqueros blancos de Charlie se tiñen de carmesí. Me doy cuenta de que las cicatrices que había visto en el cuerpo de Anna cuando fuimos al spa debieron de ser autoinfligidas.

—¡Belle!

Anna levanta el cuchillo. Vuelve a clavarlo, arrastrándolo por la piel, dibujando una cruz perfecta. Su cara está tan blanca como lo estaban los vaqueros.

—Belle, no lo hagas. Lo siento. —La voz de Lexie es suplicante.

—¿Por qué no me querías? —Suena desesperada, y, por mucho que desee odiarla, no puedo evitar sentir lástima por ella.

—Sí que te quería. Te quiero. Pensé que sería lo mejor. —A Lexie le tiembla la voz—. Creí que tendrías una vida mejor.

—¿Y por qué me diste a mí y no a ella? ¿Qué hice que fue tan horrible?

Lexie estira el brazo y me coge de la mano. Tiene la palma sudada.

—No lo sé. Lo siento. No podía con las dos.

—Nadie ha podido conmigo.

—Entonces, ¿los que se mataron fueron tus padres de acogida? —pregunto.

—¿Los que se mataron?

—En el coche, de camino a la playa.

—Me lo inventé para que me compadecieras. No hubo padres de acogida. Me mandaron de aquí para allá. «Ay, es que Belle es tan rebelde». «Ay, Belle es una mala influencia». Cuando cumplí los doce, ya nadie me quería; querían a las niñas monas. Viví en un centro de acogida. Como el puto Oliver Twist. ¿Sabes lo deprimentes que son esos sitios? Lo único que tenía era la foto que me dejaste. Parecíamos tan felices en ella: tú, yo y Charlie. Dormía con ella debajo de la almohada todas las noches. No entendía qué había salido mal.

—Ay, Belle —dice Lexie—. La he cagado. Lo sé. Pero retenernos aquí no es la respuesta.

—Es lo único que se me ocurrió para hacerte escuchar. Durante años, lo único que me mantuvo con vida fue la idea de que cuando cumpliera dieciocho podría ir a buscarte, mamá. Que podríamos buscar a Charlie juntas. Pero Charlie siempre estuvo contigo. A ella te la quedaste. Y os lo pasabais genial mientras yo...

—Yo no me lo pasaba genial. Te di en acogida porque estaba deprimida...

—¿Seguías deprimida dieciocho años después? ¿Por qué no contestaste a mis

cartas?

—Fue un *shock*.

—En ese momento te odié, quería hacerte daño, hacerte sufrir, hacer...

—¿Y por qué no lo hiciste? —interrumpo—. No te pusiste en contacto en seis años. ¿Por qué?

—Porque dejé de necesitarla. Tenía una familia propia. Gente que me quería.

—¿Tienes una familia?

—Me casé con un chico de la casa de acogida, Sam. Éramos muy felices. Encontramos un piso. Y no de protección oficial. Un bajo con jardín. Hice una pequeña rocalla. Planté hierbas aromáticas. —Anna se queda mirando a lo lejos como si pudiera contemplar algo que nosotras no podemos ver—. Sam quería un estanque con peces, pero yo me moría por tener un gatito. Un día me trajo uno al venir del trabajo. Siempre me dejaba salirme con la mía. Era negra con las patas blancas. La llamamos Calcetines. Él nunca hizo su estanque, tenía miedo de que la gata se comiera los peces.

—Parece un encanto. —Mantengo un tono suave.

—Lo era. Estábamos ahorrando para comprarnos una casa. El piso no era lo bastante grande, no con Lucas. —Anna cierra los ojos.

—¿Lucas? —Lexie me aprieta los dedos con tal fuerza que temo que me parta los huesos.

—Teníamos tantos juguetes de bebé... Apenas había espacio para moverse. No podía parar de comprarle cosas. Sam me regañaba. Debíamos estar ahorrando, pero es que yo adoraba a Lucas. Quería que tuviera todo lo que yo nunca había tenido.

—¿Qué pasó, Anna? ¿Dónde está Lucas? —Estoy helada. Ya sé la respuesta. Lexie se aprieta contra mí. Noto cómo tiembla.

—Habíamos ido a nadar. —La voz de Anna suena queda y tensa—. Le encantaba el agua. Le sentaba en su flotador naranja de pato y daba patadas riéndose como loco. Se había quedado dormido en el autobús de vuelta a casa. Le subí a su cama. Encendí el monitor para bebés. Creí haber cerrado su puerta. Bajé a planchar, pero estaba cansada. Siempre estaba cansada. Me tumbé en el sofá y cerré los ojos. No me desperté hasta que Sam llegó a casa. Cuando vi qué hora era me entró pánico. Lucas nunca dormía una siesta de más de una hora. —Anna hace una pausa y contengo la respiración—. Corrí a su habitación. Estaba tan quietecito. Mi precioso niño. Calcetines estaba ronroneando en la cuna a su lado. Sam empezó a gritar que el gato no debería estar en el cuarto del niño. Cogió a Lucas... Estaba flácido... Y empezó a respirar en su boca, pero... —Anna está rígida. Jadeando—. Se lo llevaron. Yo no quería que se lo llevaran.

Lexie se cubre la boca con ambas manos, pero no puede contener un grito de

angustia.

—Fue culpa mía. Debería haber tenido más cuidado. Sam me dejó. —El cuerpo de Anna entra en convulsiones mientras solloza—. Todo el mundo me deja. Solo quería a mi mamá. Solo necesitaba a mi mamá.

El cuchillo cae en la alfombra y Anna se cubre la cara con las manos. Empieza a mecerse hacia delante y hacia atrás, gimiendo como un animal herido.

—Ay, mi pobre niña. —Lexie se baja de la cama. Se arrodilla delante de Anna, se quita el cabestrillo y la abraza—. Estoy aquí, Belle, estoy aquí.

—Mamá...

—Shhh. No fue culpa tuya. Probablemente fue algo genético; hay una enfermedad, una enfermedad genética. Charlie la tenía; es posible que tú también la tengas, y que se la pasaras. No podías hacer nada.

—¿Genética? ¿Entonces fue por tu culpa? ¿Tú mataste a mi niño? —chilla Anna, echándose hacia delante y empujando a Lexie hacia atrás.

Me siento suspendida como una marioneta que tenía de pequeña: con los hilos tensos, incapaz de moverme sin que me dirijan. Lexie grita y entonces recuerdo las palabras de Dan. «Eres capaz de todo». Quito la colcha y salto de la cama. Caigo mal y una punzada de dolor me atraviesa el tobillo izquierdo —el que me torcí en la carrera contra Charlie— y quedo tirada en el suelo. El tobillo me quema y por un instante vuelvo a aquel día. Charlie en el suelo. El miedo. El pánico.

Y entonces estoy agarrando los cajones, levantándome y abalanzándome sobre Anna. Su mano se curva sobre el cuchillo, sus dedos agarran el mango, y me tiro hacia delante, cogiéndole la muñeca. El filo me corta la pierna, pero aunque noto la presión no siento dolor, y me sorprende ver una raya de color carmesí en mis pantalones de pijama rosa claro. Agarro el mango del cuchillo por encima de los dedos de Anna y no lo suelto, pero me aparto al verlo agitarse en el aire otra vez.

—Está bien, cariño. —Lexie se abraza a Anna como un monito aferrado al cuello de su madre—. Mamá está aquí.

—Mamá. —Los dedos de Anna se aflojan y su cuerpo se deshace en sollozos. Le quito el cuchillo. Bajo la escalera a trompicones para buscar un teléfono.

EPÍLOGO

CINCO MESES DESPUÉS

Cierro los ojos y dejo que mis dedos se deslicen sobre las teclas mientras practico el *Claro de luna* de Beethoven. Era una de las sonatas preferidas de papá. El timbre suena antes de que llegue al final, cierro la tapa del piano y me pongo de pie.

—Buenos días. ¿Quieres esto directamente en tu coche? —Lexie agita la vieja caja de patatas fritas que tiene en la mano.

—Por favor. La mía ya está dentro. —Apunto el mando a distancia hacia mi nuevo Honda, y espero a que el maletero haga clic al abrirse.

Mis nuevos vecinos se están montando en el coche y les saludo; ella es técnico de emergencias sanitarias y él policía. Me dan seguridad, aunque espero no necesitarles profesionalmente. La señora Jones ahora vive con su hija, pero voy a visitarla a menudo.

Mi maleta está en el salón, y, al cogerla, acaricio a la gatita blanca y negra, que está hecha un ovillo en la banqueta calentita del piano.

—Adiós, Moppet[13]. Luego te veo. Sé buena.

Dejo mis cosas en el asiento del copiloto. Me vuelvo a mirar a Lexie.

—¿Estarás bien sola? —pregunta.

—Sí.

—Belle preguntó por ti ayer.

—¿Qué tal está?

Lexie va a visitarla a menudo, pero yo no quiero verla. Todavía no. Es posible que nunca quiera.

Trato de perdonar a Lexie. Está yendo a terapia, ha dejado de beber, intenta reparar el daño hecho en el pasado. Ser una buena madre. Yo trato de evitar esa parte de mí que piensa en lo distintas que habrían sido las cosas si no me hubiera mandado esas cartas. Si Charlie no se hubiese marchado. «No puedes vivir en el pasado», dice la abuela, y me he dado cuenta de que ahí es donde he estado la mayor parte de mi vida. Deseando que las cosas fueran distintas. Culpándome. Creer que iba a morir me devolvió de golpe al presente, y aquí es donde estoy intentando quedarme. Tengo muchas cosas por las que vivir.

—Está grogui. Le han puesto una medicación nueva, pero ayer habló con la

psicóloga en vez de ignorarla. Es un comienzo.

Quiero transmitir tranquilidad a Lexie. Decirle que Belle se recuperará, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta. Sé cómo el dolor puede retorcer y cambiar a una persona, dejándole rocas invisibles de culpa que acarrear. No puedo ni imaginarme el horror de perder a un hijo.

Me pongo las manos sobre el estómago, respiro hondo.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Lexie.

—El niño. Está dando patadas.

—¿Niño?

—Sí. Me hicieron otra eco ayer. Es niño, seguro.

—Dan estará encantado.

Asiento. Nunca pensé que volvería a ver a Dan después de que viniera al piso de Esmée, pero cuando las náuseas que inundaban mi cuerpo no remitían, el médico pensó que tal vez fuera algo más que ansiedad, y estaba en lo cierto. Cambio de postura al notar que se me clava un codo o un pie. Dan se entusiasmó cuando se lo dije. Me propuso matrimonio inmediatamente, y desde entonces me lo pregunta cada semana, pero por ahora estoy bien así. Vivir sola me ha traído una libertad, una paz que no imaginaba. Me he quitado ese sentimiento de pérdida que he llevado conmigo la mitad de mi vida y que me iba consumiendo, y soy feliz. No sé si Dan y yo volveremos a ser «nosotros», si el pasado, pasado está, pero somos amigos y queremos ser los mejores padres que podamos. Eso ya es un comienzo.

—Ya hemos elegido un nombre.

—A ver...

—Charlie.

Lexie asiente, parpadea para contener las lágrimas. Me estruja el brazo.

—Buen viaje.

Me subo al coche. Estiro el cinturón por encima de mi bulto creciente.

La autopista está tranquila y mi navegador dice que tardaré una hora en llegar. Enciendo la radio. Suena *Mr. Blue Skies* de ELO en los altavoces, sonrío pensando amorosamente en mi padre y subo el volumen. Canturreo. «*It's a beautiful day, hey, hey*».

Creo que he llegado. Giro por un camino de tierra, avanzo a trompicones entre baches hacia la casa grande, y paro detrás de un Volvo. Un perro blanco y negro viene a olisquearme los pies, moviendo la cola. Abro el maletero.

—Tú debes de ser Grace. —Unos ojos verdes que me resultan familiares me miran directamente.

Tiene el pelo gris y barba, pero el parecido con Charlie es asombroso.

—Paul Lawson. —Sonrío.

Había seguido al día con las publicaciones en las redes sociales, y, justo cuando estaba empezando a perder la esperanza de encontrarle, recibí una respuesta. Lexie se enfureció al principio, pero acabó aceptando que el hombre tenía derecho a saber acerca de sus hijas y se pasó horas al teléfono con él, tratando de explicarle. Paul se enfadó mucho, por supuesto; le destrozó lo de Charlie, y también lo de Lucas. La semana que viene iré a conocer a Anna..., a Belle, solo tengo que acostumbrarme a llamarla así. Pero hoy estoy aquí por Charlie.

Paul coge las cajas del coche, las deja en una enorme mesa rústica. Me quito el jersey, la cocina Aga mantiene el espacio calentito, y saco montones de fotos y vídeos, y un *tupper* con tarta.

—La ha hecho mi abuela —explico—. Porque Charlie cumpliría veintiséis años hoy.

He traído el viejo aparato de vídeo del abuelo por si Paul no tenía, pero hay uno en la cocina, con cintas de Monty Python apiladas al lado.

Paul mete una cinta. Se oye un zumbido y un chasquido, aparece nieve en la pantalla y finalmente sale una imagen, al principio borrosa pero cada vez más clara. Es el concurso de talentos del colegio. Charlie está sobre el escenario con un maillot plateado brillante, medias rosas y calentadores morados. Baila por todo el escenario, levantando la pierna y moviendo su pecho plano dándolo todo.

—¡O sea, que no era tímida!

—Nada. Se suponía que debía ser un dúo, pero yo estaba escondida detrás de la cortina. Y ganó.

La pantalla se pone azul por un instante y luego pasa a una escena en la que Charlie y yo estamos en la playa, haciendo una lancha gigante de arena.

—Siempre venía de vacaciones con nosotros —le explico—. Era feliz.

Reímos y lloramos a partes iguales viendo cumpleaños y Navidades, yincanas para encontrar huevos de pascua y pícnicos. Cuando ya no queda nada más que ver, enciendo las velas sobre la tarta y le cantamos *Cumpleaños feliz* a la chica que no deseaba nada más que tener a su padre al lado mientras las soplabas. Al final, él las sopla por ella, con los ojos encendidos.

Le hemos encontrado, Charlie. Le hemos encontrado.

CARTA DE LOUISE

Hola:

Nunca podré agradecerlos lo suficiente que hayáis leído *La hermana*, mi primera novela. Es a la vez emocionante y aterrador lanzar al mundo el primer libro, y agradezco mucho que hayáis querido dedicar vuestro valioso tiempo a Grace y Charlie.

La hermana surgió a partir de un ejercicio en un taller de escritura, en el que me dieron diez minutos y tres palabras, y nació el esqueleto del primer capítulo. Al volver a casa, iba con la cabeza llena de preguntas: ¿cuál era el secreto de Grace? ¿Cómo murió Charlie? ¿Qué había en el sobre rosa?

Aquella noche no pude dormir porque Grace no paraba de patalear exigiendo que su historia fuera contada. Al día siguiente, entre bostezos asfixiantes, intenté ponerme a escribir, explorando las consecuencias de la mentira de Lexie.

Me encantaría saber vuestra opinión. ¿Acabasteis sintiendo empatía por Anna? ¿Compasión por Lexie? ¿Debería dar Grace otra oportunidad a Dan?

Me da mucha vergüenza hablar de críticas, pero son muy importantes, así que, si os ha gustado *La hermana*, significaría mucho para mí que dejarais algún comentario.

También podéis poneros en contacto conmigo a través de mi blog, donde suelo colgar microrrelatos y pequeños retazos de la vida de una escritora.

Por último, espero que me acompañéis en mi segundo libro. Si queréis saber más, uníos a mi lista de contactos:

www.bookouture.com/louise-jensen

Con amor,
Louise

AGRADECIMIENTOS

Hay tanta gente a la que debería dar las gracias que no sé por dónde empezar. Primero, un inmenso, inmenso agradecimiento a voces para todo el equipo de Bookouture, especialmente para mi editora Lydia Vassar-Smith, por creer en mí lo suficiente como para darme esta oportunidad, a Natasha Hodgson y al resto de autores de Bookouture que forman una red de apoyo fabulosa.

A Louise Walters, mi mentora a través del maravilloso WoMentoring Project, cuyo aliento me dio la confianza para intentar escribir una novela.

A la comunidad de blogueros de Wordpress, que con sus amables reseñas me han permitido crecer como escritora, especialmente a Lyn Churchyard (¡tú ya sabes por qué!).

A Mick Rodden, del servicio de bomberos de Northants, por su valiosa aportación a las escenas de incendios y hospital. Cualquier error es completamente mío.

A Andrew Lockhart por sus palabras de sabiduría, a Gary Tipping por mantenerme serena ante el último escollo, y a Jane Isaac por estar al otro lado del teléfono en todo momento para contestar mis frenéticas preguntas.

Gracias a mis primeras lectoras, Leah Gee, Ceri Wickens, Michele Harris y Karen Coles, y a Lee Harris por sus habilidades de corrección. ¡Gracias, prima!

A Mick Wynn, con quien he barajado unas cuantas ideas. Creo sinceramente que él acabó leyendo el manuscrito bastantes más veces que yo.

A la preciosa Bekkii Bridges por ayudarme a dar forma al final.

A mi maravillosa amiga Natalie Brewin que estuvo dispuesta a leer las primeras versiones y me ha escuchado quejarme como una niña en más de una ocasión.

A mi hermana Karen Appleby por su opinión (a menudo brutal) ¡y a mi madre por crearnos a las dos!

A Tim, posiblemente el marido más paciente del mundo, que nunca se quejó por tener que llevar a los niños al colegio o preparar la cena sobre la marcha mientras yo escribía «solo una página más». Gracias por tu inquebrantable fe en que podía lograrlo. ¡Lo he hecho!

A mis preciosos chicos, Callum, Kai y Finley, siempre la fuerza que impulsa todo cuanto hago. Os quiero y estoy muy orgullosa de todos vosotros.

Y a Ian Hawley que siempre me animó en todo lo que he querido hacer. Siempre me dijiste que era capaz de escribir un libro. Ojalá estuvieras aquí todavía para leerlo.

NOTAS DE LA TRADUCCIÓN

[1] «Me siento bien».

[2] *Mittens* significa «mitones» o «manoplas» en inglés.

[3] «Tiempo tormentoso».

[4] «Alguien que vele por mí».

[5] Miembro de la llamada «Conspiración de la pólvora» que intentó volar el Parlamento británico en 1605. Su fracaso se conmemora en Inglaterra la noche del 5 de noviembre con fuegos artificiales y la quema de su efigie en hogueras por todo el país.

[6] *Mr. Blue Sky* es un tema de Electric Light Orchestra (ELO), de 1977.

[7] «Es un nuevo y precioso día».

[8] «Blues descorazonado».

[9] «Por los viejos tiempos».

[10] «Soy una superviviente».

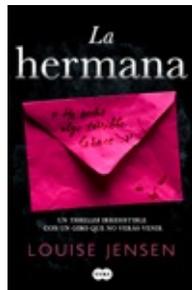
[11] «Tal vez es porque te quiero demasiado».

[12] «En algún lugar, más allá del arcoíris».

[13] En inglés, «niña pequeña».

«He hecho algo terrible, Grace. Espero que puedas perdonarme».

Un *thriller* psicológico con un giro brillante e inesperado.



Grace no ha vuelto a ser la misma tras la muerte de su mejor amiga, Charlie. Todavía la persiguen sus últimas palabras. Mientras intenta buscar respuestas en su pasado, encuentra a una joven que afirma ser hermana de Charlie y Grace se muestra feliz de abrirle las puertas de su vida. Pero algo no va bien. Hay cosas que desaparecen, su novio actúa de forma extraña y Grace está convencida de que alguien la sigue. ¿Está todo en su cabeza? ¿O se está aproximando a descubrir la verdad y corre un riesgo terrible?

No pudo hacer nada para salvar a Charlie. ¿O quizá sí?

Reseñas:

«Un debut impresionante. *La hermana* va añadiendo capas de suspense hasta que la tensión llega al límite para acabar en una emocionantísima conclusión... Si te gustan los *thrillers* psicológicos, me atrevería a insistir en que compres un ejemplar de este libro ¡AHORA!»

The Book Review Cafe

«¡Una novela de debut fantástica! Parecía que el corazón se me iba a salir del pecho cuando todas las piezas empezaron a encajar... Un *thriller* excelente.»

The Book Shelf Blog

«Todo el libro es una montaña rusa con las dosis justa de acción, suspense y tensión para obligarte a seguir leyendo mucho más allá de tu hora de dormir.»

Chocolate 'n' Waffles

«La hermana es atrapante y estremecedor desde el primer minuto.»

Blabbering About Books

«Una novela rápida, emocionante y sobrecogedora, llena de traiciones y secretos.»

Becca's Books

«Justo cuando pensaba que la historia se estaba cerrando# ¡BANG! ¡Otro giro! Es escalofriante y oscuro pero a la vez conmovedor y trágico. ¡Una estupenda novela de debut!»

Bloomin Brilliant Books

«Lo recomiendo encarecidamente a todo el que le gusten los *thrillers* psicológicos. Su recuerdo te perseguirá durante mucho tiempo.»

Strong Book Reviews

SOBRE LA AUTORA

Louise Jensen soñaba con ser Enid Blyton cuando era una niña, pero, cuando se dio cuenta de que eso no iba a pasar, decidió conseguir un trabajo «de verdad». Hace unos años, tras sufrir un accidente, Louise volvió a escribir de nuevo para distraerse del dolor y de su pérdida de movilidad. Pero la escritura resultó ser algo más que una buena distracción. A Louise le encanta crear mundos emocionantes, personajes turbios y tramas llenas de sorpresas. Vive en Northamptonshire con su marido, sus hijos, su perro y un gato bastante revoltoso, y también da clases de *mindfulness*.

www.louisejensen.co.uk

Título original: *The Sister*
© 2016, Louise Jensen
Todos los derechos reservados
© 2018, Ana Momplet, por la traducción
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-180-0

Adaptación del diseño de cubierta original de © Henry Steadman: Penguin Random House Grupo Editorial
Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[La hermana](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1. Ahora](#)

[Capítulo 2. Ahora](#)

[Capítulo 3. Entonces](#)

[Capítulo 4. Ahora](#)

[Capítulo 5. Entonces](#)

[Capítulo 6. Ahora](#)

[Capítulo 7. Entonces](#)

[Capítulo 8. Ahora](#)

[Capítulo 9. Ahora](#)

[Capítulo 10. Ahora](#)

[Capítulo 11. Ahora](#)

[Capítulo 12. Entonces](#)

[Capítulo 13. Ahora](#)

[Capítulo 14. Ahora](#)

[Capítulo 15. Entonces](#)

[Capítulo 16. Ahora](#)

[Capítulo 17. Entonces](#)

[Capítulo 18. Ahora](#)

[Capítulo 19. Ahora](#)

[Capítulo 20. Entonces](#)

[Capítulo 21. Ahora](#)

[Capítulo 22. Entonces](#)

[Capítulo 23. Ahora](#)

[Capítulo 24. Entonces](#)

[Capítulo 25. Ahora](#)

[Capítulo 26. Entonces](#)

[Capítulo 27. Ahora](#)

[Capítulo 28. Entonces](#)

[Capítulo 29. Ahora](#)

[Capítulo 30. Entonces](#)

[Capítulo 31. Ahora](#)

[Capítulo 32. Entonces](#)
[Capítulo 33. Ahora](#)
[Capítulo 34. Entonces](#)
[Capítulo 35. Ahora](#)
[Capítulo 36. Ahora](#)
[Capítulo 37. Ahora](#)
[Capítulo 38. Ahora](#)
[Capítulo 39. Ahora](#)
[Capítulo 40. Ahora](#)
[Capítulo 41. Entonces](#)
[Capítulo 42. Ahora](#)
[Capítulo 43. Ahora](#)
[Capítulo 44. Ahora](#)
[Capítulo 45. Entonces](#)
[Capítulo 46. Ahora](#)
[Capítulo 47. Ahora](#)
[Epílogo. Cinco meses después](#)
[Carta de Louise](#)
[Agradecimientos](#)
[Notas de la traducción](#)
[Sobre este libro](#)
[Sobre la autora](#)
[Créditos](#)

Table of Contents

[La hermana](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1. Ahora](#)

[Capítulo 2. Ahora](#)

[Capítulo 3. Entonces](#)

[Capítulo 4. Ahora](#)

[Capítulo 5. Entonces](#)

[Capítulo 6. Ahora](#)

[Capítulo 7. Entonces](#)

[Capítulo 8. Ahora](#)

[Capítulo 9. Ahora](#)

[Capítulo 10. Ahora](#)

[Capítulo 11. Ahora](#)

[Capítulo 12. Entonces](#)

[Capítulo 13. Ahora](#)

[Capítulo 14. Ahora](#)

[Capítulo 15. Entonces](#)

[Capítulo 16. Ahora](#)

[Capítulo 17. Entonces](#)

[Capítulo 18. Ahora](#)

[Capítulo 19. Ahora](#)

[Capítulo 20. Entonces](#)

[Capítulo 21. Ahora](#)

[Capítulo 22. Entonces](#)

[Capítulo 23. Ahora](#)

[Capítulo 24. Entonces](#)

[Capítulo 25. Ahora](#)

[Capítulo 26. Entonces](#)

[Capítulo 27. Ahora](#)

[Capítulo 28. Entonces](#)

[Capítulo 29. Ahora](#)

[Capítulo 30. Entonces](#)

[Capítulo 31. Ahora](#)

[Capítulo 32. Entonces](#)

[Capítulo 33. Ahora](#)

[Capítulo 34. Entonces](#)
[Capítulo 35. Ahora](#)
[Capítulo 36. Ahora](#)
[Capítulo 37. Ahora](#)
[Capítulo 38. Ahora](#)
[Capítulo 39. Ahora](#)
[Capítulo 40. Ahora](#)
[Capítulo 41. Entonces](#)
[Capítulo 42. Ahora](#)
[Capítulo 43. Ahora](#)
[Capítulo 44. Ahora](#)
[Capítulo 45. Entonces](#)
[Capítulo 46. Ahora](#)
[Capítulo 47. Ahora](#)
[Epílogo. Cinco meses después](#)
[Carta de Louise](#)
[Agradecimientos](#)
[Notas de la traducción](#)
[Sobre este libro](#)
[Sobre el autor](#)
[Créditos](#)